

# ANTOLOGÍA DE POETAS ARGENTINOS

POR

JUAN DE LA C. PUIG.

---

«LA PATRIA ES UNA NUEVA MUSA QUE  
INFLUYE DIVINAMENTE.»

*Fr. C. J. Rodriguez.*

«NUESTROS POETAS HAN SIDO LOS SA-  
CERDOTES DE LA CREENCIA DE MAYO.»

*J. M. Gutierrez.*

---

TOMO III — PAZ Y LIBERTAD

---

BUENOS AIRES

EDITORES: MARTIN BIEDMA É HIJO

BOLIVAR N° 535

AÑO DEL CENTENARIO—1910

129-4-3



ANTOLOGÍA  
DE  
POETAS ARGENTINOS  
(TOMO III)





ANTOLOGÍA  
DE  
POETAS ARGENTINOS

POR  
JUAN DE LA C. PUIG.

---

«LA PATRIA ES UNA NUEVA MUSA QUE  
INFLUYE DIVINAMENTE.»

*Fr. C. J. Rodriguez.*

«NUESTROS POETAS HAN SIDO LOS SA-  
CERDOTES DE LA CREENCIA DE MAYO.»

*J. M. Gutierrez.*

---

Tomo III—PAZ Y LIBERTAD

---

BUENOS AIRES  
EDITORES: MARTIN BIEDMA é HIJO  
BOLIVAR Nº 535  
AÑO DEL CENTENARIO—1910



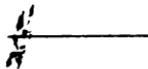
ANTOLOGÍA  
DE  
POETAS ARGENTINOS

---

PAZ Y LIBERTAD

---

JUAN CRISÓSTOMO LAFINUR  
JUAN CRUZ VARELA







# NOTICIAS

BIOGRÁFICAS Y BIBLIOGRÁFICAS

.



## DOCTOR JUAN CRISÓSTOMO LAFINUR

---

El doctor don Juan Crisóstomo Lafinur nació en las minas de la Carolina, en la provincia de San Luis, el 27 de Enero de 1797. (1)

Siendo todavía estudiante de la Universidad de Córdoba, abandonó las aulas y los libros para alistarse en las filas del ejército del Norte, cuando el general Belgrano se dirigía á ponerse á su frente y vengar el desastre de Huaquí con los lauros inmortales de Tucumán y de Salta.

Lafinur era un espíritu selecto que procuraba siempre realizar el impulso de sus nobles inspiraciones con el más perfecto dominio de los asuntos en que intervenía; y siguiendo esta norma de conducta, al dejar la toga por la espada, pasó de las clases de la Universidad á las de la Academia de Matemáticas, en donde el virtuoso general Belgrano instruía y disciplinaba, en medio de las marchas, á la juventud destinada á enseñar en cualquier momento al frente de sus soldados, que, verdaderamente: *dulce et decorum est pro patria mori.*

---

(1) Don Juan M. Gutierrez dice que era cordobés.

Tanto más mérito debemos ver en esta actitud del joven estudiante cuanto que ella importaba romper con todas las consideraciones de familia, habiendo sido expulsado del hogar paterno á causa de sus entusiasmos revolucionarios.

Los datos biográficos que hemos podido consultar no nos permiten establecer el tiempo que Lafinur permaneció en el ejército, ni los grados militares que en él alcanzó. El señor M. A. Pelliza (1) admite que esta permanencia fuese hasta que el general San Martín se recibió del ejército de los Andes. Lo cierto es que, en 1819, se encontraba en Buenos Aires dedicado á sus estudios predilectos, que eran los filosóficos y literarios, pues ese año, obtuvo por oposición la cátedra de filosofía del colegio «Unión del Sud», empezando desde entonces á destacar su figuración en el mundo de las personalidades más sobresalientes.

Según referencias recogidas por don J. M. Gutierrez, Lafinur era un hombre de fisonomía muy expresiva y de mucha sensibilidad. Tenía pasión por la música y tocaba muy bien el piano, lo que le sirvió también como un recurso para ganarse la vida después que abandonó las filas del ejército, siendo maestro de música, profesor de filosofía y periodista.

Según noticias recogidas por el señor Gutiérrez, su afición por la música era tanta, que alguna vez se le vió gastar en piezas de música cuanto dinero tenía.

Cuentase también de él, que era sumamente distraído, al extremo de que muchas veces iba á alguna

---

(1) Revista Literaria núm. 7 de 1 de Agosto de 1875.

casa amiga de visita, y solía salirse olvidándose el sombrero y el bastón, que debía luego mandar á recojer.

Su avanzado volterianismo y sus tendencias liberales, lo obligaron á sostener acaloradas polémicas con los hombres más sazonados en el ambiente universitario de su época; pero de todas ellas resultó siempre airoso, ganando reputación con el prestigio de su gentileza, su ilustración y su talento.

Era muy elecuento é improvisaba con mucha facilidad.

En Buenos Aires escribía en «El Curioso», que redactaba con Camilo Enriquez.

En 1822 pasó á Mendoza, donde fundó un colejo y publicó un periódico titulado «Verdadero amigo del país». Pero sus ideas iban degenerando en volterianismo puro, y acosado por sus opositores, se vió obligado á salir del país, dirigiéndose á Chile. Al año siguiente se recibió de abogado en la Universidad de Santiago y se casó con una señorita de Valparaiso. Murió ese mismo año, cuando apenas contaba 30 años de edad.

En sus últimos momentos abjuró completamente sus errores y recibió los auxilios de la religión.

Las poesías que se conocen de Lafinur son muy pocas.

Su canto fúnebre *A la muerte del general Belgrano*, y su oda *A la oración fúnebre pronunciada en la Catedral de Buenos Aires* por el prebendado DON VALENTÍN GÓMEZ EN LAS EXEQUIAS DEL GENERAL BELGRANO, han sido siempre muy celebradas. Algunos han considerado á Lafinur como el poeta romántico de aquella época clásica, pero sus poesías no demuestran esa tendencia,

ni en el fondo, ni en la forma; por lo que creemos que tal opinión solo tenga por base el conocimiento de algunos hechos de la vida del hombre, que autorizarían á suponerlo poseído de esa inclinación peculiar de los temperamentos nerviosos, que los lleva á adoptar actitudes en desarmonía con las de las demás personas, y que los hace aparecer como maniáticos geniales ó excéntricos raros.

Así, se dice (y el dato lo ha registrado don J. M. Gutierrez en sus apuntes), que: estando ya próximo á expirar, pidió Lafinur que viniera una orquesta á su cuarto y que estuviera ejecutando trozos de su repertorio predilecto, para poder él cerrar los ojos entre sus acordes.

Las poesías de Lafinur son muy desiguales, su estilo es muy desparejo y su entonación muy accidentada, lo cual no puede atribuirse á modalidades de escuela, sino á falta de seguridad en su estro.

Hasta en las ideas se nota esta incongruencia; pues buen chasco se lleva quien pretende encontrar en las poesías de Lafinur el volterianismo de que le acusaran sus contemporáneos. El espectáculo de la destrucción y de la muerte, hace olvidar á su snobismo filosófico todas las dudas alardeadas en la cátedra; y buscando en los auxilios de la moral el tesoro de los consuelos más inefables, empieza por preguntarse á sí mismo, porqué se conmueven los justos y porque pueden temblar las lozas desquiciadas de un sepulcro:

¿Porqué tiembla el sepulcro, y desquiciadas  
 Sus sempiternas lozas de repente,  
 Al pálido brillar de las antorchas  
 Los justos y la tierra se conmueven?

Le ha bastado al poeta poner los ojos sobre el cuadro que circundan los pálidos hachones, para que el nombre de Dios brotara de sus labios. No debía pues ser muy fuerte su alardeado escepticismo.

Lafinur es poeta mediocre. No tiene el entusiasmo de Luca, ni la galanura de Varela, ni la fogosidad de Rojas, ni la intención de Rodriguez.

Tiene, como Lopez, fecundidad de ideas, abundancia de razonamiento y de discurso; pero le falta virtuosidad, elegancia y donaire.

---

## JUAN CRUZ VARELA

---

Juan de la Cruz Varela nació en Buenos Aires, el 24 de Noviembre del año 1794, y murió expatriado, en Montevideo, en 23 de Enero de 1839. Estudió humanidades en el Colegio de San Carlos, teniendo por maestro de latín al Dr. D. Víctor Achega, de filoso-

fía al Dr. D. Francisco José Planes, y por condiscípulos, entre otros, á los señores Juan Manuel de la Sota, Miguel Rivera, Ramón Díaz y Eugenio Necochea (1). Hizo sus estudios superiores en Córdoba, en cuya Universidad graduose en Teología y Cánones en 1816.

Fué Secretario del Congreso Nacional de Tucumán hasta la disolución de esa Asamblea.

Posteriormente, el año 1820, al recibirse del mando de Gobernador de la Provincia de Buenos Aires el general D. Martín Rodríguez, fué nombrado oficial 1º de la Secretaría de Gobierno.

Amigo y colaborador entusiasta de Rivadavia, puso al servicio de los planes de organización y reforma de aquel gran estadista, su bien cortada pluma de escritor chispeante, crítico humorista y fustigador tenaz de todo despotismo, habiendo hecho célebres las columnas de «El Mensajero Argentino», «El Tiempo», «El Centinela», «El Porteño», y demás diarios que redactó en Buenos Aires; así como las de «El Patriota», en que escribió durante su expatriación, luciendo su erudición y su talento, en levantadas discusiones y controversias de economía, de política y de derecho.

Habiendo pasado en Córdoba los años más propicios al favor de las diosas del castalio coro, y habiendo

---

(1) De la Sota escribió la Historia antigua de la República Oriental. Díaz fué magistrado y colaboró en la edición de la «Lira Argentina». Rivera fué médico y completó sus estudios en Europa por cuenta del gobierno.

Necochea era militar, como su hermano D. Mariano; llamado el Aquiles argentino por el cantor de Junín.



sido dicha ciudad el escenario de su primer amor, fué también la cuna de sus primeros versos, escritos, según él mismo lo dice (en el prólogo de su colección, publicada muchos años después de su muerte, en 1879) á impulsos de una afición invencible á la poesía. Este prólogo, sonoro, dulce y melancólico, firmado en Montevideo el 15 de Noviembre de 1831, es realmente una autobiografía de Varela; y respetando la intención y el momento solemne en que lo escribiera, hacemos uso exclusivo de sus datos, renunciando á la fácil tarea de ampliarlos con los innumerables relatos que, perduran todavía, sobre el carácter y la vida de este poeta.

Así, sabemos por él mismo, que, mezclado desde muy temprano en la política, sin haber estado en su mano evitarlo, había actuado durante catorce años, viéndose envuelto en las agitaciones de la revolución y resultando una de sus víctimas.

Desterrado de Buenos Aires, desde el 12 de Agosto de 1829, y asilado en Montevideo, pudo dedicarse con más exclusividad á sus aficiones literarias; y como cultor eximio de la belleza de las ideas, de la gracia de las formas y la armonía de las expresiones, se puso á la obra magna de corregirse á sí mismo, revisando todas sus poesías, sin menosprecio de las que escribiera cuando solo tenía 17 años.

Con este motivo, dice: «A los 17 años de mi edad me pareció que yo era poeta; á los treinta y siete años, y después de un estudio constante de Virgilio, de Horacio y de las obras de los grandes ingenios

que en los siglos modernos han sabido apreciar el tesoro que nos dejó la antigüedad, ni me engaño á mí mismo, ni sé si mis poesías hallarán un censor más rígido que yo ».

El consideraba que sus versos, serían el único caudal que legaría á sus hijos; y puso en esta revisión tanto cuidado, que, algunas composiciones han resultado hechas casi de nuevo. Habiéndolas reunido por orden cronológico, vemos comprobado lo que él también nos dice: que en su juventud se dedicó casi exclusivamente al género erótico; pero que después lo abandonó y condenó al olvido la mayor parte de sus poesías amatorias, exceptuando solo á aquellas que podían, sin inconveniente, salir del círculo íntimo de sus amigos.

De cultura eminentemente clásica y de gusto refinado por el ambiente de exquisita sociabilidad en que actuara toda su vida, era un erudito de los poetas griegos y latinos, habiendo dejado traducidos los dos primeros libros de la *Eneida* (1) en forma tál, que obliga á decir á uno de sus censores más acervos: «el estilo es puro y agradable, la versificación corre fácil y sin tropiezos», si bien luego añade: «pero el uso frecuente de los pareados quita á esta versión dignidad clásica, y, por otra parte, el trabajo tiene visos de improvisación, y no siempre es fiel á la letra, ni menos al espíritu de Virgilio» (2), por más

(1) «Revista del Río de la Plata», Tom. 9, pag. 192.

(2) M. Menéndez Pelayo. «Antología de poetas Hispano-Americanos», Tom. 4, pag. CXXXI.

que el mismo señor Menendez y Pelayo se haga eco del modo de pensar y de entender que respecto al papel del traductor tenía D. Juan de la Cruz, transcribiendo algunos párrafos de una carta de Varela á D. Bernardino Rivadavia, fechada el 29 de Abril de 1836 (1), los cuales prueban todo lo contrario á lo que sostiene.

Pero todavía prueban mucho más los siguientes, de la misma carta: « Desde luego hay poetas latinos, cuyo texto más oscuro que el del Mantuano, y cuya dicción, por decirlo así, más complicada, parece que deberán embarazar más al traductor. Juvenal el primero, y Horacio mismo, entran en este número. Mas yo creo que la simplicidad magestuosa, la claridad sublime, el estilo de Virgilio, siempre elevado, pero siempre fácil, hacen más espionosa la traducción de sus obras. Supuesta la instrucción necesaria, bastan para vencer las dificultades que presenta el texto de los otros, un conocimiento perfecto del idioma latino, y el trabajo de confrontar las varias lecciones y de consultar los mejores intérpretes. Pero no basta esto para traducir bien á Virgilio: el que vertiera sus *versos con claridad, pero con prosaismo; y el que dijera, en cualquiera de nuestras lenguas, lo mismo que él dijo en la suya, sin añadir ni quitar cosa alguna, pero que lo dijera en un estilo obscuro, en una poesía enigmática, y con frases complicadas, distarían igualmente de lo que es aquel modelo, y no darían de él una idea aproximada. Así que, yo*

---

(1) Rev. del R. de la Plata, Tom. 3, pag. 403.

*pienso que lo que debe sobre todo procurarse traduciendo al Mantuano, es imitar su estilo y conservar sus bellos colores; y esto precisamente es lo que desespera al que pretende traducirle.*

Un verso, por sonoro y elevado que sea, si no tiene la fluidez, la elegancia y melodía que distinguen á los de Virgilio, no se parecerá jamás á ellos. *Esto es lo que yo creo que no han comprendido bien los traductores de que yo tengo conocimiento; y esto es lo que me ha hecho siempre sentir, como quizá lo he significado á Vd. alguna vez, que Virgilio no haya sido traducido por Racine.* En cuanto yo conozco en poesía, nada encuentro más parecido á los versos del épico latino que los del trágico francés, á pesar de ser tan diverso uno y otro género. Y bien, pues; yo, que pienso así, y que estoy íntimamente convencido de que tal pensamiento no es errado, ¿habré conseguido, no digo ya imitar, pero dar siquiera una idea en mis pobres versos, de lo que son en sí mismos los de mi inimitable modelo? ¿Habré remedado de algún modo lo que Vd. llama, tan propiamente, el canto de Virgilio?»... «Otra cosa que no debe de perderse de vista un momento al traducir á los antiguos, es que, no son modernos. Vd. sabe bien lo que quiero decir con esto; y creo no aventurar nada en asegurar que muchos traductores de Virgilio, Delille muy especialmente, no se han fijado bien en la importancia de esta observación»...

«Para hacer una buena imitación de los versos de Virgilio, es necesario tener también un corazón muy

sensible, una fibra muy delicada. Virgilio es el poeta del corazón...

«Ahora diré á Vd. algo sobre el mérito de la concisión de las traducciones y sobre el número de versos de la mía. Desde luego, la precisión es un gran mérito en toda clase de escritos, y debe aspirarse á ella con empeño; pero yo no creo que para juzgar si una traducción de versos hexámetros latinos en endecasílabos castellanos carece ó no de aquel requisito, sea buena regla contar el número de versos del original y la versión. Tan no lo creo, que jamás he pensado en esto seriamente, y opino con Vd., que eso no solo no puede medirse, sinó que, hasta cierto punto, es indiferente. Pero dejémosnos de ideas generales, y contrayéndonos directamente á nuestro caso, es justo confesar que una traducción del latín al castellano es absolutamente imposible que tenga la misma extensión que el original. Por necesidad debe tener más; y las razones en que esta necesidad se funda nacen principalmente del genio y artificio de uno y otro idioma.»

«Cuando se trata de traducir del verso hexámetro latino al endecasílabo nuestro, existe una razón poderosa, incontestable, que hará forzosamente que esta clase de traducciones contengan siempre muchos más versos que el original. Digo que esa razón es incontestable, porque salta á la vista, por expresarme así. Los hexámetros latinos pueden tener desde 17 sílabas, el que más, hasta 13, el que menos. En el primer

caso, se halla todo hexámetro que conste de cinco piés dáctilos y de un solo espondeo, como este:

Quadrupedante putrem sonitu quasit ungula campum ;  
y en el segundo, el que conste de cinco espondeos y un solo dáctilo, como este :

Apparent rari nantes in gurgite vasto.

Yo creo que á esto no hay que replicar; y si se agrega esta razón á las otras que dejo indicadas, y que se fundan en la diversa estructura de los idiomas, vea Vd. cuanto debe aumentarse los versos de una traducción castellana sobre los de un original latino en hexámetros. Esto es tan cierto, que Iriarte, en el primer libro de su *Eneida*, ha hecho, con corta diferencia, el mismo número de versos que yo; y la traducción de Iriarte mirándola solo por lo textual y ceñida á la letra, puede llamarse perfecta: en lo demás no se parece á Virgilio.

Por lo demás, mi sistema de traducir á Virgilio no es otro que el de imitar en lo posible su estilo, y usar aún sus mismas palabras, en cuanto lo permitan la lengua y las inmensas trabas, que cuando se traduce, presenta la versificación.»

Decir de un hombre que demuestra de este modo tener el más profundo conocimiento de la cuestión que quiere resolver, que su trabajo no es más que el fruto de un entretenimiento ocioso de expatriado, llevando la irritante injusticia hasta el extremo de hacer consistir la dignidad de la entonación y de la

forma clásica, en la mayor ó menor frecuencia con que se rimen versos pareados, para concluir, lanzando, sobre la erguida fantasma del insuperado émulo, la idiosa opinión de que «el trabajo tiene visos de improvisación» como lo hace el Sr. Menendez y Pelayo es tan ridículo, que no es preciso que se conteste, bastando recordar que el Sr. Menendez es también traductor del célebre poema.

Juan de la Cruz Varela, es el poeta de numen más lírico de su generación, el de formas más clásicas, de armonías más suaves, de visión más grande, colorido más bello, entonación más amplia, y lenguaje más puro.

Festivo, enamorado y galante con el bello sexo, su frase es siempre limpia, y agraciada, siendo sus ana-créonticos verdaderos poemitas en miniatura.

Entre otros, los que incluimos: «Delia sobre todas», «El enojo» y «Mis recuerdos en la ausencia», son joyas en su género.

Maneja la octava con la soltura de los mejores épicos. Refiriéndose al poema «Elvira», dice D. Juan María Gutiérrez: «la siguiente estrofa es una de las bien hechas y mejor tallada que puede presentar el Parnaso castellano:

«Tiemble la hermosa, cuando sola, al lado  
De su querido el corazón le lata:  
Que contra el ruego de un amante amado  
Es imposible que el rubor combata:  
El primer beso á la modestia hurtado,  
El primer nudo del pudor desata,

Y arrancada á la flor la primer hoja  
Un hálito del aire la deshoja».

«Creemos oír el ruido de la lima sobre estos versos de oro, que tienen según la exigencia de Voltaire, valor intrínseco, brillo y sonido armonioso como las monedas de aquel metal». (1)

La poesía «A mi lira», escrita en 1831, con el ánimo entristecido por los sufrimientos de la patria y las amarguras del destierro, es de una suavidad incomparable; muestra la exquisita delicadeza de sentimientos de aquel corazón patriota, que sin necesidad de hacer uso de maldiciones ni denuestos, como otros poetas de su tiempo lo hicieron, condena y deplora la desolación sangrienta de su país, y busca en los encantos de los blandos sonos de su lira, el consuelo de sus penas y el bálsamo de su dolor:

«Ven mi blanda lira  
Mi solo tesoro,  
Y tus cuerdas de oro  
Den dulce sonido,  
Que temple mi llanto,  
Y acalle el gemido,  
Y acompañe al canto,

Se olvida contigo  
La negra perfidia,  
Y en vano la Envidia  
Aguza su diente,  
Que envenena tanto;

---

(1) Rev. del Río de la Plata, Tom. 1. pag. 39 y 43.



Pues nada se siente  
Con tu dulce canto.

Hoy triunfa el delito,  
Mas tú, lira mía,  
Espera que un día  
Venturoso torne,  
Y á la Patria amada  
La gloria retorne  
Que le fué robada».

Es que, como observa muy bien su ilustrado biógrafo Dn. J. M. Gutiérrez, (en el concienzudo y competente estudio que hizo de la personalidad literaria de Varela,) (1) este era: «un hombre de su tiempo, formado en la literatura, en los modelos correspondientes á la época brillante de Luis XIV, y filósofo sensualista, amoldado al sentir de los pensadores que prepararon la revolución social del siglo XVIII».

Pero donde el poeta descuella y muestra realmente todo el esplendor de su numen, es cuando emplea la oda, para sus cantos. Sus canciones son rotundas, marciales, vibrantes, amplias y magníficas en el pensamiento, en el lenguaje y en la entonación. En este caso, y refiriéndose á la oda «Sobre la invención y libertad de imprenta», el implacable Sr. Menendez y Pelayo llega á dispensarle el favor de decir: «Quintana mismo, á quien el autor va siguiendo paso á paso, y á quien ensalza dignamente al principio de su canto, no hubiera desdeñado algunos versos de

---

(1) Revista del Rio de la Plata. Tom. 1 pag. 45.



cible y animada. Los más sencillos accidentes de la naturaleza, el color de una hoja, el juego de dos sonidos, una facción fisonómica, una actitud, tienen para el arte suma importancia; cualesquiera que sean las ideas que éste exprese, las reviste de su lenguaje propio, y puede haber artistas que no sepan expresarlas por medio de otro lenguaje». (1)

Y esta es la forma característica de expresarse Varela, la peculiaridad más sobresaliente de sus pensamientos y de sus imágenes.

Prescindiendo pues de la terrible comparación de que habla el Sr. Menendez y Pelayo, podemos decir con completa seguridad, que la poesía que él critica, de Varela, puede figurar entre las mejores de su género; y que el discurso que á él le choca, muestra el esplendor de una imaginación creadora, que ha podido permitirse el lujo de enriquecer nuestra poesía, con lo que Quintana no vió ú olvidó cantar sobre la imprenta.

¿Cabe mayor verdad, síntesis, orden, propiedad y belleza de conceptos y de formas que los que se encuentran en los siguientes versos?

El inventó la imprenta y del olvido  
Redimió grandes nombres;  
Que el invento atrevido  
Eternizó las obras de los hombres,  
Y ató todos los tiempos al presente.  
Todo cuanto la mente  
De algún mortal contemplador concibe

---

(1) M. Milá y Fontanals. «Tratados doctrinales de literatura», pág. 84.

O exaltada imagina  
 Si, libre inmensa, por do quier camina;  
 Cuanto precepto la razón prescribe;  
 Todo, todo estampado,  
 Y en copias mil y mil multiplicado,  
 Cruza la erguida sierra,  
 Cruza el ponto profundo  
 Que divide la tierra de la tierra,  
 Y atraviesa veloz el ancho mundo  
 Del Ecuador al polo,  
 Y del ocaso do la noche mora  
 Hasta el fúlgido reino de la aurora.

La crítica española, ha encontrado vulgares las ideas vestidas por el cantor de Padilla con el manto real de su lenguaje poético, y asevera que, en la obra de Gutembeg, aquel no ha vitso más que la cuna de la libertad humana. (1)

En cambio, el poeta argentino ha volcado sobre el descubrimiento del famoso Hans Gensfleish el haz de rayos de su brillante imaginación, y contemplando á la humanidad á través de todas las edades, ha visto, en los tipos de la primera prensa, la redención del pensamiento y la libertad de los pueblos oprimidos:

Esas negras edades,  
 De ignorancia y maldades,  
 Y universal error, ya son pasados;  
 Y el hombre dueño de su pensamiento,  
 Libre como su hablar y sus miradas,  
 Libre como la luz y como el viento,

---

(1) P. F. Blanco García. «La literatura española en el siglo XIX». Tomo I. pág. 11.

En rasgos indelebles lo publica,  
 Su tesoro de ciencia comunica,  
     O de temor seguro,  
     Juzga al déspota duro,  
 Veraz y mesurado le condena,  
 Y sin violencia su furor refrena;  
     Y de la hipocrecía  
 Los simulados crímenes delata,  
 Y á la impostura pérfida arrebatá  
 El doloso disfraz que la cubría.

Pero no solamente ve y admira los beneficios obtenidos por la imprenta, sino que también recuerda los males que ha causado; y protestando de la *proterva condición del hombre* que así *abusa de las bondades* del cielo, utilizando mal sus dones, recuerda con el más delicado sentimiento que:

Así llegó de la fecunda tierra  
 Al seno enjendrador su osada mano,  
     Y el metal que se encierra  
     En las hondas entrañas  
 De las erguidas ásperas montañas,  
 Arrebatára á la caverna oscura  
 Do plugo sepultarlo á la natura.  
 El rígido metal se convertía  
     En surcador orado,  
     Y el campo alborozado  
 Una mies abundosa prometía.  
 .....  
 Así la selva sus robustos pinos  
     A la mar vió lanzados,  
 Y, venciendo las ondas denodados,  
     Hallar nuevos caminos

Que de un mundo conducen á otro mundo,  
Y hermanan las naciones del Oriente  
Con los pueblos lejanos de Occidente.

y, ¿es esto lo que se tilda de discursivo?

A fin de que pueda apreciarse el progreso realizado por nuestro más grande épico, de una á otra época de su vida, y también para que se vea el gran esmero que ponía en la corrección de sus poesías, siendo crítico de sí mismo, hemos señalado en la oda en elogio de los generales San Martín y Balcarce, que publicó el año 18, los versos que aparecen modificados en la colección de sus poesías, arreglada durante su expatriación en Montevideo, y las dos formas de la oda «Al triunfo de nuestras armas en los llanos del río Maipo», la de La Lira y la de la edición corregida.

Ambas composiciones son del más remarcable corte clásico, al extremo de que llegan á perder en naturalidad lo que han podido ganar en semejanza con las de los grandes líricos del siglo de oro.

Pero la más festejada de sus poesías, ha sido la oda «El triunfo de Ituzaingo», dedicada al general D. Carlos Alvear, en homenaje por su célebre victoria sobre el ejército brasilero.

Este verdadero *canto lírico*, que es como el mismo Varela lo llama, es grandioso bajo todo punto de vista: magnífico en las ideas, solemne en la entonación, riquísimo y brillante en las imágenes, altisonante en su lenguaje, y en una palabra, propio y adecuado á su

objeto, á su género y á las circunstancias que lo inspiraron.

Criticar de hinchazón las estrofas en que un poeta canta las glorias de su patria, porque su estro ha condensado en esos versos todos los entusiasmos de su alma, equivale á suprimir el mejor de los géneros en la poesía, el épico, y á renegar de lo mejor de la literatura de todos los pueblos.

¿A qué quedaría reducida la epopeya, si se admitiese que son defectos la grandiosidad y el entusiasmo por lo heroico ó lo maravilloso?

Sin embargo, los críticos españoles nos hablan de una ráfaga de inspiración sublime, de una nueva musa que pone en los labios del duque de Frías la siguiente estrofa, que vivirá, según ellos, mientras viva la lengua castellana: (1)

¡Gentes que alzais incógnita bandera  
 Contra la madre patria! En vano el mundo  
 De Colón, de Cortés y de Pizarro  
 A España intenta arrebatat la gloria  
 De haber sido español; jamás las leyes,  
 Los ritos y costumbres que guardaron  
 Entre oro y plata, y entre aroma y pluma,  
 Los pueblos de Atahualpa y Motezuma  
 Y vuestros mismos padres derribaron,  
 Restablecer podreis: odio, venganza,  
 Nos jurareis cual pérfidos hermanos,  
 Y ya del indio esclavos ó señores,  
 Españoles sereis, no americanos.

---

(1) P. Blanco García. Tomo 1. pág. 109.

Pues, esta pretensión es, á nuestro juicio, mucho más utópica que la criticada á Varela por Menendez y Pelayo. (1)

El libertador Bolívar encomendó al poeta ecuatoriano D. José Joaquín de Olmedo, que cantara las glorias del ejército americano, y escribiéndole el insigne autor del canto á «la victoria de Junín» sobre el honroso encargo, le decía: «Aseguro á Vd. que todo lo que voy produciendo me parece malo y profundísimamente inferior al objeto»... «mi actual desaliento proviene de que me ha llegado á dominar la idea de que nada vulgar, nada mediano, nada mortal es digno de ese triunfo»...

Esta es la situación de ánimo con que los épicos del nuevo mundo han cantado á sus héroes, y no es extraño que cuando la inspiración ha lanzado sus rayos sobre el prisma del «mens divinior», su musa haya tendido sus alas, remontando el vuelo, desdeñando la tierra, salvado los montes, visitado el sol, abierto el cielo, y, si le ha placido, hasta se haya hundido en los infiernos un instante para suspender el lloro y los tormentos de los condenados. (2) Este es el único modo de subir al Pindo.

El Sr. Menendez y Pelayo dice que hay «hinchazón, satisfacción infantil y seudopatriótica, hipérbole desaforada y candorosa, como de pueblos recién nacidos» (3), en la introducción del canto de Varela,

---

(1) Antología. Tomo 4, pág. CXLI.

(2) Cit. por D. Manuel Cañete. «Escritores castellanos». Tomo I. pág. 298.

(3) Antología de poetas hispano-americanos. Tomo 4, pág. CXLI.



sin duda porque, mirando á la altura á que se remonta el vate desde el abismo de derrotas que sufrieron los españoles, y desconociendo ahora todavía (después de un siglo de evidenciación, en que hemos incorporado á nuestro progreso los más grandes adelantos de todas las naciones) el nervio, el poder, el anhelo, y la fuerza de expansión de estos pueblos para los cuales hoy son aldeas las viejas capitales de la dominadora de entonces, no alcanza á ver que el *pueril vaticinio* empieza á tener los contornos de una hermosa realidad, en cuanto se refiere á que:

..... mil naciones  
 Con ellos perecieron,  
 Y otras generaciones  
 Y otros imperios á su vez nacieron ;

y en cuanto á que :

..... otra historia  
 De admiración embarga al universo :  
 Otros hechos sublimes, otros nombres  
 Miro allí consignados  
 En las líneas fatídicas del verso,  
 Y en páginas eternas ; y los hombres  
 Los pronuncian de asombro penetrados,  
 Con respeto profundo,  
 Por los inmensos ámbitos del mundo.

Hace ya mucho tiempo que, en los oídos de la juventud argentina y, en general, americana :

No suenan las Termópilas ; los llanos  
 De Maratón no suenan ;

y que:

Platea y Salamina

Cual si no fueran son, y ya no llenan

Leonidas y Temístocles el orbe;

Que otra gloria perínclita domina,

Y la atención del universo absorbe.

El último cañonazo de Ayacucho puso fin al rumor de aquellas célebres batallas, en cuanto ello podía significar como carácter de la instrucción del pueblo; y hoy su eco es voz de ultra-historia, que solo perciben los eruditos de biblioteca, pues todos los demás hombres de estudio, que viven afanosos del desenvolvimiento y progreso de la nación, calientan su alma con el recuerdo de los llanos de Maipo, en vez de los de Maratón, y prefieren estudiar los planes militares de los intrépidos sorpresores de Cavite, ó del siames Togo, que no las disposiciones de D. Juan de Austria en Lepanto. Con todo, es bueno advertir, que, la paternidad de esa observación no es del señor Menéndez y Pelayo, sino de Bello. (1)

Para ensalzar á Bolivar el vate de Guayas no trepidó en falsear la verdad de los hechos, agolpando sobre el escenario de Junín las jornadas de Ayacucho, á fin de darle ambiente y situación propicia á la evocación de la sombra del inca Huaina-Capac. La crítica española ha festejado este recurso, como un artificio ingenioso, para obtener el *simplex et unum* recomendado por Horacio (2); y el señor Menéndez y Pelayo

(1) «Obras completas». Tom. 7. pág. 298.

(2) Manuel Cañete. «Escritores Castellanos». Tom. 1. n.º 220.

considera que el hecho es de poca monta, y que podría subsanarse: ¡cambiándole el título á la composición! (1).

En cambio, el Tirteo argentino, que sabía distinguir las características del canto lírico de las de la oda, prefirió seguir la ilación de los sucesos relacionados con la célebre batalla que puso fin á la campaña del Brasil, convencido de que el asunto en sí bastaba para agotar la efervecencia del mejor numen épico; pero, en este caso, su poema ha sido criticado por la extensión, (3) que es mas ó menos la misma que la del canto de Olmedo.

Podrá juzgarse de la acritud y del espíritu de acometividad con que la crítica española ha mirado siempre á los escritores argentinos, por el siguiente detalle: El señor Menéndez Pelayo acusa de plagiarlo á Juan de la Cruz Varela, diciendo que: «Las bóvedas espléndidas del cielo» es un verso de Quintana; y que el verso «Pero tienen valor: son argentinos» no es mas que una sencilla y patriótica variante del famoso verso de Vaca de Guzmán en LAS NAVES DE CORTÉS: «Pero tienen valor: son españoles». (2)

Como idea poética, el primer verso es de una vulgaridad tan subida, que no puede ser mas cómica la pretensión de querer sentar derecho de propiedad sobre ese pensamiento. Pero no se critica lo vulgar, porque en esa falta también cayó Quintana; sino que

(1) Antol. Hisp. Amer. Tom. 3, pág. CXXXII.

(2) Ant. de poet. Hisp. Am. Tom. 4, pág. CXI,II.

se le enrostra el plagio al que se atreva á ver una espléndida bóveda en el firmamento.

Dejando de lado otros cargos que le han sido hechas á nuestro insigne vate, concluimos con las siguientes palabras de D. J. M. Gutiérrez:

«La poesía elevada y erudita del Sr. Varela, que proporciona satisfacciones delicadas al lector que en ella saborea los recuerdos de sus estudios clásicos, no debió gozar de grande popularidad, y brilló y derramó su aroma, como nuestra flor del aire, en las altas regiones en donde le eran propicios el terreno, el clima y la atmósfera.

En cambio, como poeta humorístico, ha sido J. C. Varela el más festejado y popular, á pesar de existir muy pocas composiciones de este género que llevan su firma al pié.

Han bastado las crónicas de la época, para gran gearle ese aplauso y adjudicarle ese título.

Dice D. J. M. Gutiérrez: «La parte en verso del periódico titulado «Granizo», se atribuye fundadamente al señor D. Juan Cruz.

El «Granizo» era una especie de galería de caricaturas burlonas, formada de los personajes más notables en el gobierno de la provincia, y de sus amigos y sostenedores. Cada uno de estos fué bautizado de nuevo, rotulado con un apodo, condenando á un ridículo inmerecido á buenos y respetables ciudadanos.

Las gracias del «Granizo» eran aceradas; á veces las puntas de sus alfilerazos causaban no solo leves punturas en el amor propio, sino heridas de estileto,

que penetraban más allá de la epidermis de las víctimas. Jamás la grosería, la palabra obscena, el cuento cínico, afearon las columnas del «Granizo»; y no es de esta clase de delitos contra la moral pública que pueda acusarse á la memoria de su ático redactor principal. »

Varela es también autor de dos piezas dramáticas. La primera, «Dido», es una adaptación á la escena del libro IV de la Eneida. Fué concluida en 1823, pero no sabemos que jamás se haya representado.

Aun cuando hemos limitado esta colección á la poesía lírica, incluimos la «Dido», y la «Argia» porque, más que piezas de teatro, son realmente paráfrasis dialogadas de la Eneida.

En ellas se encuentran los mejores versos de Varela, los mas dulces, armoniosos, y de verdadero *canto virgiliano*.

La Argia se publicó en 1824, precedida de un prólogo en que dice que la idea de esta pieza la debe á la lectura del *Polinico* y la *Antígona* de Alfieri, y explica el carácter de sus cuatro personajes: Adrastro, Argidia, y Eurimedon.

Al solo efecto de enunciar en esta breve reseña de los trabajos literarios de Varela, todo cuanto pueda servir para ilustrar el criterio de nuestra juventud sobre el papel que desempeña en la historia de las letras argentinas, recordaremos que, Varela y el señor don Ramón Díaz, son los que hicieron la primera colección de poesías argentinas que se publicó con el nombre de «La Lira Argentina.»



# ANTOLOGÍA





JUAN CRISÓSTOMO LAFINUR





## HIMNO PATRIÓTICO \*

QUE CANTÓ EL COLEGIO DE MENDOZA EN LA NOCHE  
DE SU FUNCIÓN DRAMÁTICA EN CELEBRIDAD DEL  
ANIVERSARIO DE MAYO DE 1822.

CORO

*Viva el ilustre día,  
Viva la hermosa ciudad,  
Que tras la tiranía  
Nos dió la «libertad».*

La patria á las naciones  
Muestra hoy el rostro hermoso  
Y el genio poderoso  
Le traza un mismo rol:  
—«Sed libres»—las naciones,  
Le dicen más remotas,  
—«Tus cadenas son rotas  
Ilustre hija del Sol».

---

\* Está en la Colección, pág.26.  
No está en La Lira.

## CORO

Entre afanes y penas,  
Dispuso la Fortuna,  
Que tuviera su cuna  
La libertad del Sud ;  
Por romper las cadenas  
Sufrimos sus reveses ;  
Ella nos faltó á veces,  
Mas nunca la virtud.

## CORO

Cuando Chile oprimido  
Sin libertad zozobra,  
Cuyo prepara la obra  
De su restauración ;  
Atenta á su gemido  
No hay riesgos que sean grandes ;  
Que aun se abrirán los Andes  
Al *ya es* de la legión.

## CORO

Pero el caudillo al frente  
De sus legiones fieles  
Desprecia estos laureles  
Buscando nuevo afan :  
Revuelve en su alta mente  
Los cuidados que anima :  
Tus genios ¡ Oh gran Lima !  
Su sien coronarán.

## CORO

A los héroes que fueron  
¡O Lima! en tu venganza,  
Cuyo les dió su lanza,  
Y su inmortalidad:  
Si tus grillos rompieron  
Con virtud y fortuna  
En Cuyo ved la cuna  
De tu felicidad.

## CORO

Del saber la alta lumbre  
Ilumina hoy al mundo,  
Y un grito, el más profundo,  
Se oye que dice así:  
No haya más servidumbre;  
Hombres son los colonos,  
Dice: y mil altos tronos  
Desplómanse por sí.

## LA OBLIGACIÓN Y EL AMOR \*

Es la tercera vez mi dulce amigo  
 (Cuanto este idioma me es ignominioso)  
 Que estas letras que ves grabar no quiso  
 El pulso inobediente y tumultuoso.  
 ¡Qué fácil que era transportar el alma  
 A do tú estás! ¡Con qué placer y gozo  
 Mis inocentes *fiestas* y mis males  
 Dividía con vos: joven virtuoso,  
 Digno de una amistad menos funesta!  
 ¿Cuál plan el cielo oculto y misterioso  
 Presentó á nuestras almas, cuando fuimos  
 Llamados á la vida? Fué forzoso

---

\* De la Colección de Manuscritos de Dn. Juan María Gutiérrez.

Carta escrita por Don *Juan Crisóstomo Lafinur* á su amigo y condiscípulo Don *Agustín Delgado*, mendocino. El asunto por sí solo no puede manifestar el género de poema á que pertenece. El uso de las metáforas, la narración y el metro, lo califican de épico. Con todo si se hubiera escrito este poema para otros, se disculparía al autor de algunos vicios que pueden criticarle, especialmente la mucha narración precedente al asunto principal, con razones muy poderosas que tuvo para ello. Mas como no escribe sino para sí solo, y para algunos de cuya benevolencia está seguro, se ha ahorrado el trabajo de disculparse.

La cópia de donde se saca la presente está llena de errores y de descuidos provenientes de la mano inexperta del copista. En la presente se ha corregido *algo* lo más notable.

El nombre de Lafinur, más que el mérito de este trabajo nos ha decidido á copiarlo y conservarlo como antecedente de que puede sacarse algún fruto ya para estudiar al autor, ya para comprender la marcha de esta, poesía patria.

Esta composición está dirigida á su paisano y compañero de infancia Agustín Delgado y á quien en el curso de ella llama *Teodoro*, (que significa *Don de Dios*).

El autor hizo una poesía de esta composición denominándola *Elegías*, sin duda en recuerdo de Ovidio. La 2 se contrae á la vida militar del autor, quien como se sabe estuvo en el ejército del general Belgrano.

(1) Corren muchas copias de esta elegía: yo he visto tres y poseo dos de ellas: circulan especialmente en las provincias interiores. La presente de mi puño está tomada de una que posee Don *Damián Hudson*. (Notas del Sr. Gutiérrez).

Un mismo sentimiento á entrambos pechos?  
¿ Una cuna, una edad, un mismo todo?  
¿ Te acuerdas de la infancia? ; Ah! no te acuerdas  
De ese tiempo feliz y venturoso  
Que otro tiempo agotó cual avirumas  
Acuérdate Teodoro que hubo un día  
Que ocupados los dos en nuestros ocios  
Exentos de pasión, de infamia, puros,  
Un eco de repente pavoroso  
Al alma hablaba, y triste predecía  
Un porvenir aciago. Un otro día  
Temblando nos mirábamos, no orando  
Ni tener ni esperar de tal pronóstico.  
Ay! cuántas veces en los sacros templos  
De la divina Palas, cuando el reposo  
Reina del alma immaculada y fuera  
Cuándo con paso firme y valeroso  
Volaba el génio y de la gran natura  
Los secretos espiaba; cuando en coro  
De las sagradas ninfas acorria  
A templar nuestros pechos y nosotros  
Con voz incierta alzábamos el canto.  
Ah! ya entonces el pecho temeroso  
Latía, cual las hojas del arbusto  
Que ven venir el huracán furioso,  
De amistad y de afectos inocentes.  
Dañadas nuestras almas, era el gozo  
Del arte encantador que ya absorbía  
De nuestros pechos los ardientes votos.  
Cuántas veces en la hora en que descansa

Naturaleza, alzábamos el tono ;  
Y cuántas veces vino á interrumpirle  
El padre de la luz en carro de oro !  
¿Qué era yo para vos, amigo entonces ?  
¿Qué nuestras almas ? El alegre otoño  
Sus verdores nos muestra tan risueños  
En las plantas y flores, que ya el noto  
Amenaza arrancar ; oh recorramos  
Esos sagrados claustros do el decoro  
Un asilo buscara, aquellos sitios  
Al silencio librados y al reposo,  
De eterna arquitectura fabricados,  
Colosal monumento y testimonio  
De la activa virtud de nuestros padres.  
Allí empezó á correrse el misterioso,  
El oscuro telón que infausta suerte  
Por mí encubriera, mas el ominoso  
Pesar que me ocupara fué partido  
Con vos, precioso joven ; te es notorio  
Que tus consejos despreciando entonces,  
Ardiendo el pecho en fuego impetuoso,  
Al amor me entregué de la que sabes ;  
Que me acogió la dicha, más al pronto  
Pasó cual suele el remontado buitre  
Por la región del aire vagoroso  
Sin vestigio dejar de haber pasado ;  
Que pesares siguieron á mis gozos,  
Y que el día llegara en que tu amigo  
De vos huyera y hasta de sí propio ;  
Que en furores el pecho enardecido



Lanzando horrores sin piedad ni enojos  
Resolví abandonar los láres pátrios,  
Y de tí me aparté siguiendo el polvo  
Del carro de la Diosa sanguinaria.  
Tú, si fijaste tus amigos ojos  
Sobre el segundo de mis cantos tristes, (1)  
Habrá tu corazón sentido como  
Se hizo mi situación acerba y dura.  
Oh! maldito por siempre el mentiroso  
Que dijo era virtud la impía dureza,  
Aras alzando al cruel y al ambicioso;  
Que del amor lanzó al varón sencillo,  
Dejando yermo el lecho del esposo;  
Y á la triste horfandad y al lloro eterno  
Condenó la mitad del orbe todo!  
Yo combatí conmigo mismo, y cuando  
Me estrechaste en tus brazos cariñosos,  
Sé virtuoso, por siempre, me dijiste,  
Bañando en llanto tu apacible rostro.  
Yo te lo prometí cuando á apartarme  
De vos me resolviera: presuroso  
Hacia esta Capital guié mis pasos,  
Oye lo que siguió mi buen Teodoro,  
Oye y condena á tu infeliz amigo  
Que la virtud abandonó, y hoy solo  
Sin carácter, sin patria, sin él mismo,  
Se ve librado al Boreas proceloso  
De sus crímenes . . . ¡Oh lenguaje nuevo,

---

(1) La segunda de las elegías del autor, en que describe el tiempo militar y las desastrosas campañas en que se halló.

Para tu corazón puro y virtuoso!  
Oye Teodoro el deshonoroso canto;  
Oye y no me disculpes, yo os lo imploro.

En este país emulador del griego  
Do se despliega el inmortal tesoro  
De la célebre Europa, en los umbrales  
Que bañan los cristales abundosos  
Del espumoso Plata, do natura  
Con un sistema vario y prodigioso  
Multiplica sus formas mejorando  
Su pincel elegante y poderoso;  
Donde amor y las gracias han formado  
Un sistema esclusivo y voluptuoso,  
Y el arte de rendir á los sensibles  
Es propiedad del sexo delicioso.  
Este es el caso que la Vénus bella...  
Pero ¡con qué lenguaje!; ¡con qué modo!  
Nuestra filosofía aquí claudica  
Teodoro amado, y el sentido solo  
Puede hacer ocasiones de prudencia.

En una tarde que paseaba en torno  
La inmensa población, y conducía  
Mis fatigados pasos al hermoso,  
Al delicioso sitio en que las aguas,  
Compañeras de amantes cavilosos  
Con blando murmurar ligeras marchan  
Dando á la tierra un céfiro gustoso,  
Una beldad Teodoro ¡oh! que es ahora,  
La ocasión de mis penas y mis lloros,  
Se presentó á mi vista. Mas pintarte

La expresión elocuente de sus ojos,  
El albor de su tez, formada al cabo  
De lirios y azucenas por sonrojos;  
Los breves hemisferios, que señalan  
La mansión del amor... no, no es dado.  
Mi voz es débil, muy humilde el tono.  
Yo osé hablarla, Teodoro, y no sabía  
Ni de mí, ni de vos. Más venturoso,  
Logré que una ocasión mi duelo oyera,  
Y no sin compasión, que el amoroso  
Furor que me abrazaba y que en conflicto  
Ponía su candor y su decoro  
Prometiera apagar: más hizo amigo,  
Dejó escapar sobre el divino rostro  
Lágrimas de ternura y protestóme  
Que este era de su amor primer despojo.  
Un mortal que sufriera los furores  
De las olas del mar y victorioso  
La tierra hollara de la muerte lejos,  
No fuera tan alegre y venturoso,  
Cual era yo, cogiendo las primicias  
De este triunfo feliz. Era forzoso  
Que la esperanza ardiendo en nueva llama  
Me aprisionara más con lazo de oro  
Al objeto precioso de mis ansias.  
¡Que situación difícil y escabrosos  
Los medios de lograrla! Ella temblaba  
Al nombre solo del amor, y no osó  
Burlar su sencillez immaculada.  
Mas qué valen preceptos rigurosos

De una moral austera que reprende  
Los instintos del alma? ¿Mas, que apoyo  
Preparan los hábitos violentos,  
Que la ignorancia ciega, con desdoro  
Del siglo de la luz, infunde al pecho,  
Para librarlos del comun trastorno?  
El corazón fracasa apenas piensa  
Resistir al embate poderoso  
De la naturaleza. Ay! yo la he visto  
Enrojecer la nívea de su rostro  
Cuando, un tierno suspiro, interrumpido  
Por otro más amante é impetuoso  
A mí me la entregaba; á mis furores,  
Venció el amor ¿quién resistirse puede  
A sus encantos? Bastaré yo solo  
A publicar lo que es, que no en la Arcadia  
Amor hiciera solo hombres dichosos.  
Ella así lo entendió cuando entregada  
A mi mortal deliquio, el labio hermoso  
A los míos aplica, y la ambrosía  
De Jove soberano sorbí al pronto.  
Asida de mi cuello, el peso siento  
De sus divinas formas y contornos,  
Me toca ya la magia seductora  
De su vientre ligero y voluptuoso.  
¿Qué corría en mis venas? fuego puro,  
Fuego del Etna, activo y ardoroso,  
Que todo lo devora y purifica.  
¿Qué es probar el encanto ponzoñoso  
De sus besos amantes? ¿qué es sentirse

Empapado de lágrimas el rostro,  
Que fabricaron las divinas gracias?  
¿Cómo puede pintarse el cuadro hermoso  
De dos amantes que natura uniera  
Por simpática acción? ¿quién los coloquios  
Inefables del alma copiaría?  
¿Ese lenguaje de ayes y de lloros,  
Ésas palabras que el desorden forma,  
De efectos vehementísimos, al modo  
Que de una tempestad es el granizo,  
El trueno, el rayo, el aire, el agua, todo,  
El simple efecto de una causa sola?  
No es desgraciado el hombre que el tesoro  
De su felicidad quitar ánsia,  
Pues si lo espera, él es más venturoso  
Que lo era yo en el seno de los gustos,  
Deseando más y más, como el hidrópico  
A quien la sed fatiga y atormenta,  
Que bebe por estar más anheloso.  
¿Qué faltaba á mi dicha? Caro amigo,  
¡Ser criminal é infeliz faltaba solo!  
Allá cuando absorbido en mis transportes  
Como un átomo el orbe era á mis ojos,  
Oigo una voz que hundida entre suspiros  
Me dice: « Hombre fatal si mi decoro  
« Es el trofeo de tu ardiente llama,  
« ¿A qué naciste? vuélveme el reposo  
« Que injusto me robaste. ¡Ah bien lo entiendes,  
« Ves la naturaleza en vuestro apoyo  
« Dorarme el precipicio en que me abismas!

« Mas, ¿quién me ha de salvar? ha de ser otro  
« Que el mismo que ha jurado amarme tanto?  
« ¿Y si esto es cierto te será costoso  
« Hacer el sacrificio que exigiera  
« Mi estimación, mi fe, mi amor precioso?  
« Te costaría, dime, en los altares  
« Jurarme tu pasión con labio heroico,  
« Y ser tú, desde hoy, ese ser raro  
« Objeto de mi amor y eternos votos?  
« Que ser así, bien mío: el noble pecho  
« No ultraja á la que adora. Yo antepongo  
« Tu amor á todo el resto de los hombres,  
« Y si es cierto que el uno para el otro  
« Ha nacido, cual dices, ya no temo  
« Que tú te portes menos generoso.  
« Bajo un techo amigable, y ocupados  
« De los placeres dulces y sabrosos  
« De amor y de amistad, llegará el día  
« Que rodeados de amables y graciosos  
« Frutos de nuestra unión, se satisfaga  
« De natura el designio: no el pomposo  
« Brillar de la fortuna ultraje tu alma  
« Para amor y virtud nacida solo:  
« Vos eres mi universo, y yo en tus brazos  
« Ocupo de la vida el mejor trono.  
« Asegúrame, pues, que así tu juzgas  
« Y triunfarás de mí según tu antojo  
« Afírmalo y cerrándome en tus brazos,  
« Sabrás lo que es amor, ser venturoso. »

No permití cesara el hechicero

Discurso que ablandaban sus sollozos;  
Con presteza mayor que la del rayo,  
Corro temblando y á sus piés me postro:  
« ¡Oh qué quieres de mí, clamé, bien mío,  
« Que pueda á mi fineza ser costoso?  
« Dudaré unirme en sempiterno lazo  
« Al mejor de los seres? Yo te adoro,  
« Yo te lo juro... No acabara el labio  
Cuando me torna, oh Dios, el mas dichoso  
De todos los mortales... ¿Quién pudiera  
Explicar este instante prodigioso  
Manantial de placeres inefables?  
Cual si de un sueño largo y soporoso  
Hubiera de otras regiones despertado  
En donde se sintiera de otro modo,  
En extásis miréla sumergida,  
Y hasta la estoy viendo. Si Teodoro,  
Que parecía un genio, un ángel puro  
Que había humillado su esplendor glorioso  
Por favor de un mortal. Aquí copiarte  
Quisiera (pero, cómo, ni aun de Apolo  
El divino entusiasmo, bastaría)  
Los ojos fijos, lánguidos, llorosos  
Doble el carmín de sus mejillas blancas,  
El pecho palpitante y más hermoso,  
Sus miembros caídos con inercia blanda,  
El cabello librado á un abandono  
Mas gracioso que el arte: finalmente  
Todo fué tan celeste y prodigioso  
Que el primer sentimiento de la vida

Y el último sin duda, fué allí todo  
Empapado de amor y de deleite.  
El Dios nos contemplaba que oficioso  
Desciende de mil Gracias rodeado  
Y derrama amapola en nuestros ojos.  
Un sueño blando de que nunca ¡oh cielo!  
Hubiera despertado, me hace al pronto  
Un mortal de otra esfera; mil imágenes  
Perpetúan mi dicha y presuroso  
Cual relámpago corre el tiempo tardo.  
Vuelvo de mi sopor y en tierno lloro  
Veo á mi amor que redoblaba fina  
El juramento de su amor precioso.  
¡Ya el mío me pesará! Despedime,  
Y á mi casa y al lecho luego torno;  
Medito mi fortuna, me contemplo  
Y me hallo un criminal impetuoso.  
Soy un perjuro ¿lo creerás, amigo?  
Yo ofrecí un sacrificio que cumplirlo  
No está en mis manos y es forzoso falte  
El desamor eterno, el abandono  
De la que ayer tan venturoso me hizo.  
¡Yo unirme para siempre en matrimonio!  
¡Ofrecerme á mí mismo! ¡renunciarme!  
¡Precipitarme al día tenebroso  
En que embotado el gusto, imbécil sea  
Mi tormento, la misma que hoy adoro!  
¿Negarme á los hechizos de beldades  
Que si por ahora afortunado ignoro,  
Mañana á mi pesar sentirá el pecho?



Tú me conoces bien, caro Teodoro:  
Sabes cuánto abomino el romancesco  
Deliberar de los amantes locos  
Que á una hora de placer ciegos se venden  
Para aburrirse de la vida pronto.  
Yo más quiero morir que desposarme,  
Y perder el mejor, el más precioso  
De los dones del hombre. No, no cumplo  
Sacrificio tan crudo. De este modo  
Angustiado en mi lecho meditaba,  
Cuando el sueño cerró mis tristes ojos.  
Agitada mi ardiente fantasía,  
A la acción animal cedió el reposo,  
Y una imagen tras otra, horrible estorbo  
Me despertaba, cuando presuroso  
Latía el corazón de miedo opreso.  
De repente, arrastrado al almo sólio  
De Temis soberana, me contemplo:  
Su airado ceño adusto y enojoso  
Me hizo temblar... reparo luego al punto  
Que las vírgenes entran y á su turno  
Colocadas le hacían reverencia.  
Cuando el eco mortal y pavoroso  
Sonó de una mujer que corrió al ara,  
Descompuesto el vestir, lívido el rostro  
En negro traje que infundía miedo:  
« Oh diosa », exclama, « del virginio coro  
« Tutelar de mis días, consagrados  
« A tu honor y á tu templo, á vos imploro  
« Vengues mi fé burlada y tus altares:

« Ved marchito por siempre el lirio hermoso  
« Con que me ornaste vos, Virtud divina!  
« Yo no os abandono. Allá en el fondo  
« De mi alma penetrad: yo fuí engañada;  
« Me sedujo su labio mentiroso;  
« Tus favores perdí, me hice culpable,  
« Hundí mis días en el hondo caos  
« De la infamia de donde huir no puedo.  
« Vengad ¡oh justa diosa! el tierno lloro  
« De una sin par y desolada madre  
« Digna de mejor hija; el cruel desdoro  
« De una triste familia; desagravia  
« Tu nombre escarnecido ». ¡Oh Dios! al pronto  
Yo ví, Teodoro amado, no te engaño  
Abrirse los infiernos, donde un negro  
Pestífero vapor eterno reina;  
Cadáveres de fuego unos sobre otros  
Rayos lanzando y con feroz sonrisa  
Exclamar desde allá de lo más hondo:  
« Ven con nosotros criminal, perjuro,  
« Goza de tus delitos con nosotros ».  
Al latido mortal que el pecho diera  
Despierto ¡oh Dios! me dudo... me conozco  
Y el temor me persigue aun de mi sueño.  
Ved, mi querido amigo, ved ya roto  
El secreto gordiano, ved la fuente  
De mis males sin fin. Ya yo soy otro  
De aquel que otro tiempo en vos cargaba  
Sus inocentes cuitas. El pasmoso  
Inaudito secreto que os confío

Ténlo ignorado; mas si generoso  
Quieres aun ser amigo, aconsejadme;  
Mientras tanto á las penas me abandono  
Y no sé si tu amigo he de llamarme.  
Soy criminal y falso: el más odioso  
Soy de los hombres, mas si vos me acorres  
Cederá mi hado acerbo y ominoso;  
Feliz mi adversidad será si logro  
La compasión de un corazón virtuoso.

## A UNA ROSA \*

Señora de la selva, augusta rosa,  
Orgullo de Setiembre, honor del prado,  
Que no te despedace el cierzo osado,  
Ni marchite la helada rigorosa.

Goza más; á las manos de mi hermosa  
Pasa tu trono; y luego el agraciado  
Cabello adorna, y el color rosado  
Al ver su rostro aumenta vergonzosa.

Recógeme estas lágrimas que lloro  
En tu nevado seno, y si te toca  
A los labios llegar de la que adoro,

También mi llanto hacia su dulce boca  
Correrá, probarálo, y dirá luego:  
Esta rosa está abierta á puro fuego.

Buenos Aires 1820.

---

\* Publicada por primera vez en la América Poética, ed. 1846, pag. 386

## LAS FLORES \*

## ODA

Astros amables de la madre tierra  
Luces del prado, espíritus del orbe,  
Hijas del sol, hermanas de la aurora,  
Sentid mis voces;  
Ora la noche entre su horror sublime  
Tanta beldad tirana descolore,  
Ora del sol bebais las luces puras,  
Oidme, flores:  
Que suave canto vuestro dulce genio;  
Embalsamado el céfiro transporte  
Hoy mis acentos cual llevaba el eco  
De mis amores;  
Vos que me dais los besos de mi Lise  
En cáliz de oro, recibid mis loores,  
Que flores dice el labio cuando dice  
De Lise el nombre.  
Sois de la tierra el ornamento digno;  
A su vejez prestais matiz y olores,  
¡Oh cuanto os debe, que por vos es siempre  
Virgen y joven!

---

\* De la Colección de manuscritos y autógrafos de Dn. J. M. Gutiérrez existente en la Biblioteca del Senado Nacional.

Copia sacada de un autógrafo que me facilitó don Luis Varela. Es otra de Lafinur y fué leída en una asociación de jóvenes formada en 1821 de la cual eran socios Alsina, Manuel Belgrano, Alcorta, Baldomero García, Portela, Francisco Pico. El señor Luis Varela posee las actas originales de otra sociedad cuyo objeto principal era difundir ideas liberales.

Se leían disertaciones y se hacían juicios críticos de las mismas.  
(Nota de Dn. Juan María Gutiérrez.)

Ella no muda posición ni forma  
 Eternos son del monte los verdores,  
 Vos les variáis el rostro y cada día  
     Nuevo en su porte.

Sin vos ¡qué fuera su lozana pompa!  
 Cielo ni astros pareciera entonces,  
 Ni alzarán vanos su soberbia frente  
     Tristes los montes;

Ni deleitoso bañaría el río  
 Sus dulces playas, sus nativos robles,  
 ¡Oh! si faltais, natura desfallece  
     Yerma é inmóvil.

Mudo el amor guardara sus misterios  
 Dentro el desierto, y en la negra noche  
 Asaltaría al alma ocasionando  
     Crudos dolores;

No lo aspirara el pecho enardecido  
 Dentro de aromas cuando el aura sorbe,  
 Ni vagaría del jazmin á Lise  
     De Lise al hombre.

Robad las flores de la tierra y presto  
 Tornará en luto su boato noble,  
 Robad las flores al alma y la huesa  
     Cubrirá al orbe.

¿Donde mi pan de mieles me escondisteis?  
 (Dirá la abeja) susurrando amores;  
 Donde mi dulce regalado nido  
     Donde está, donde?

Qué es *mi alegría*? sonaría el prado:  
 De *Lise el lecho* pediría el bosque:

*Nuestra delicia*, clamaría el eco

De los pastores.

No de arirumas cual el oro rubias  
Fuera la alfombra do la planta pose  
Al viento dando el canastillo leve

La hermosa Cloris.

Ni ya en sus pechos las violetas mueven,  
Asperas hojas que su seno esconden;  
Estas no sienten ni inspirar procuran

Dulces pasiones.

Oh cuan amable sois á los mortales  
Divinas flores! Angeles inmóviles  
Velais de día cual el sol la tierra,

Dormis de noche.

No es triste el campo do vivis; Natura  
Dió su decreto: donde existen flores  
Allí placeres y esperanzas, vida

Lleven al hombre.

De cieno inmundo un piélago corriendo  
Triste el viajero registró en sus bordes  
Que una azucena levantó su cáliz;

El vióla y rióse,

Tal en el pecho enamorado nace  
Feliz riendo la esperanza noble;  
Talvez se asienta la virtud hermosa

Sobre dolores.

Chupan el llanto de la noche triste,  
Vuélvenlo al día en bálsamos y olores;  
Así se ve que con su pena misma

Curan al orbe.

Volad amantes á los dulces sitios  
 Do primavera ostenta sus primores,  
 Llegad al alba antes que el astro quemé  
 Los horizontes.

Qué cuadro agosto! El genio solitario  
 Aun no del todo abandonó los bosques,  
 Que en sus misterios todavía algunos  
 Troncos se esconden.

Mirad las rosas: Pálidas las madres  
 Ayer se vieron cuando el sol se pone  
 Y hoy tan lozanas!... quién, prodigio tanto  
 Ha obrado entonces?

El amor era: tálamo y esposo  
 Diólas ayer, robó sus arreboles  
 Mientras amaban. Ahí está la causa  
 Ved ahí la prole.

Pronto en la alcoba de mi Lise ufanas  
 Dentro cristales que su amor dispone  
 Cuna tendrán los tiernos infantitos  
 Que ella recoge.

Allí testigos de su dicha ó pena  
 Aspirarán suspiros y transportes,  
 Aspirarán el fuego, cual aspiran  
 La agua en el bosque.

Irán sus almas de mi Lise al lecho  
 Cuando ella duerme y con fineza doble  
 Oprimiránla, besaránla tiernas  
 Toda la uoche.

Unas al pecho y otras al oído  
 Dirán Fileno, doblarán las voces,



Serán presente á su adorada Lise  
    Fileno entonces.

¡Oh quien me diera ver á mi pastora  
Cuando despierta de Fileno al nombre,  
Cuando lo busca en su encantado lecho  
    Y él no responde!

Cuando azarosa de verdad tan dura  
Vuelve á sus dulces plácidos errores,  
Vuelve amor y anéganla de nuevo  
    Sus ilusiones.

¡Oh cuán lasciva el velo avaro arroja  
Que de sus formas la beldad esconde!  
Véñse en sus pechos de deleite hinchados  
    Nieve y pasiones.

Sus miembros tiende voluptuosa, imprime  
A el vientre hermoso amor oscilaciones;  
Dicen que el genio solitario vióla  
    Y enamoróse.

¿Viste desnuda á la que adoro? ¡Cielos  
Tan venturoso vuestro amor miróse!  
Sabed que es mío, flores, cuanto visteis  
    Y no os asombre.

Que ya me ha dado de su amante boca  
Vuestro ámbar mismo. El lábio si probóle,  
Y muchas veces... que por mí lo digan  
    Hombres y dioses.

Sabed cuitada que quien mas altiva  
Hoy se le ofrece, prisionera y pobre,  
La dará Lise á su pastor mañana  
    Sin dilaciones.



## ELLA EN EL BAÑO \*

Ella sale del baño  
más tersa que la nieve  
pero mi pecho en breve  
se ha sentido abrasar.  
Yo ví para mi daño  
la hermosura divina  
más pura y cristalina  
que se miró jamás.  
Sacaba en la apariencia  
La blancura del hielo  
pero el fuego del cielo  
ocultaba sagaz;  
así como la aurora  
mensajera del día  
la frescura que envía  
al sol viene á anunciar.  
Así fué presurosa  
en su baño mi bella  
de la ardiente centella  
que me debió abrasar.  
El negro de su pelo  
encrespado y luciente  
sombreaba de su frente  
la dulce majestad:

---

\* De la Colección de manuscritos autógrafos de Dn. J. M. Gutiérrez existente en la Biblioteca del Senado Nacional.

este rizado velo  
á la ceja se estrecha,  
á ese arco de la flecha  
que amor despide audaz.  
Oh Dios! llegué á sus ojos . . . .  
quién podrá retratarlos  
si al punto de mirarlos  
se roban el mirar?  
Mil almas por despojos  
cuentan sus niñas bellas,  
que solo tienen ellas  
alma para matar.  
Ya centellando fuego  
á los astros compiten  
y al corazón derriten  
con su llama inmortal.  
Ya con desasosiego  
ó en calma enternecidos,  
ó se finjen dormidos  
ó nos finjen amar.  
Ellos de todos modos  
el pecho se arrebatan,  
y dulcemente matan  
sin sentirse el puñal.  
Cuando los ojos baja  
para suavizar la herida  
por su nariz pulida  
desciende el dulce afan;  
este perfil que ataja  
la fuerza de los rayos

no impiden los desmayos  
que ellos saben causar.  
Su boca . . . aquí enloquece  
la mano en el retrato,  
todo, el amor ingrato,  
lo viene á perturbar.  
Cuando ella habla, enmudece  
la gran naturaleza,  
que todo se embeleza  
y se pone á escuchar.  
Su labio candoroso  
robó á la clavelina  
la grana que destina  
solo para inflamar.  
Sus dientes vanidosos  
allí las perlas tienen,  
allí es adonde vienen  
las gracias á jugar.  
La rísa de la aurora  
entre aljofar se asila  
y al abrirse destila  
lo dulce del panal.  
En fin ella atesora  
inefable embeleso  
si á un angel diera un beso  
lo volviera inmortal.  
Ay! Yo siento entre tanto  
en llamas convertirme  
y en amor consumirme  
sin poder acabar.

A vista de este encanto,  
quién sabe de sí mismo?  
Todo en ella me abisma,  
ni atino á continuar.  
Bajaremos la vista  
al delgado tejido  
que su pecho bruñido  
se ha atrevido á ocultar.  
Pueden hacer conjunto  
de todos los imperios  
esos dos hemisferios  
que amor quizo tornear.  
Un rubí delicioso  
es el botón que asoma,  
sobre una y otra poma,  
de néctar celestial.  
Del seno primoroso  
se reparte á porfía  
la exquisita ambrosía  
que todo ha de bañar.  
El delicado brazo,  
la breve y blanca mano,  
y cuanto al ojo humano  
no es dado registrar.  
De Venus el regazo  
cómo podrá pintarse?  
Más vale abandonarse  
á un deliquio mortal.  
De su fina cintura  
circulada de amores

gracias, deseos, ardores  
desprende sin cesar.  
Por la noble estructura  
de dos columnas bellas,  
se deslizan las huellas  
del centro del gozar.  
Ellas, al fin terminan  
en ese pié pulido  
que del goce escondido  
es la mejor señal.  
Mis ansias desatinan  
al solo imaginarle  
si no puedo gozarle  
será mejor callar.  
¡Salve claro elemento  
que has sido tan dichoso  
lamiendo el cuerpo hermoso  
de la mejor beldad!  
¡Salve amable portento  
que todo me enajenas;  
si te duelen mis penas  
déjate de bañar!  
Pero, no, sigue el baño  
que forma tus delicias,  
y hazte allí mil caricias  
al verte retratar.

## Á LA GLORIOSA JORNADA DE MAIPO \*

POR UN PATRIOTA.

## ODA

Cantar el triunfo ilustre, la victoria  
Que consiguió la patria en la jornada  
Que hicieron sobre el Maipo sus soldados:  
Tanto como su gloria,  
Es la obra grande, solamente dada  
A la trompa de genios más osados;  
Sus versos delicados  
Sabrían perpetuar tan claros hechos  
Más que en el jaspe, en nuestros tiernos pechos.  
Yo lo quisiera, y á la misma vez,  
Me intimida mi propia pequeñez.  
Mi numen se resuelve, pero tarda,  
Se anima á penas, cuando se acobarda.

Dócil al genio mi razón se mira  
La ley del corazón á obedecer  
Y seguir su transporte . . . ¡Oh! ese mismo  
Que anima los encantos de la lira,  
Cuando á su son se canta un gran placer,  
Ese mismo dedica al heroísmo  
Mi ardiente patriotismo,

---

\* De la Colección de manuscritos y autógrafos de Dn. J. M. Gutiérrez, existente en la Biblioteca del Senado Nacional.



Al héroe, á quien la fama  
En raudo vuelo por el sud le llama  
El genio de la América, el Atlante  
De los patrios derechos; y al instante  
Amor responde con placer vehemente,  
Dulce esperanza de la libre gente.

Hubo una noche ¡Oh noche! en que el horror,  
Al suelo y los cuidados presidiendo,  
Todo en negro nublado lo envolvía;  
Nuestras huestes ocupan sin temor  
El campo, que otra vez con alegría,  
Y con gloria ocuparon . . . El estruendo  
Se escucha de repente . . . más horrendo .  
Al coraje domina, y á su abrigo  
Soberbiamente audaz el enemigo  
Con oculta maniobra invade, y luego,  
Envueltas nuestras tropas en el fuego . . .  
Por do quier la ala izquierda derramada . . .  
Si no es conflicto, ó muerte, nada han, nada.

¿Quién nos vió en tal estado? cruel pesar!  
Sin Patria suspirar, y en tal quebranto  
Era un furor del mal nuestra esperanza:  
Quien ahogaba su mísero llanto  
Podría ser un crimen su tardanza;  
Acrece la confianza  
De los ingratos, que la patria ampara,  
Cada uno con el dedo nos repara;  
El pueblo corre, puebla sus altares;

Alzarse al cielo votos á millares;  
La madre llora, el viejo se acobarda,  
El joven se resuelve, el pueblo aguarda.

Pero el varón, que hacerse victorioso  
De los contrastes aprendió en la cuna,  
Y á apreciar el laurel sin arrogancia,  
Manda, prevé, asegura, y su constancia  
Reune los dispersos con fortuna;  
En difíciles lances animoso  
Su aliento poderoso,  
Por do quier se derrama, á todo alcanza.  
Desagravio, furor, cruel venganza,  
Respiran sus legiones. El intento  
No consiente una pausa al movimiento:  
A Maipo las conduce, no se tarda,  
Que el triunfo con mil palmas las aguarda.

De combatientes mil la tierra llena  
Parados los guerreros á la muerte,  
Ella llega temblando, y se coloca,  
Ejecuta la seña, el bronce truena  
Empieza la matanza, y no se advierte  
A cual el plomo mata, el filo toca.  
Más, y más se provoca  
La lid sangrienta, que el coraje inflama,  
La sangre por torrentes se derrama,  
Y en el nublado que hasta el cielo oculta,  
Y en el tronar, que hasta el abismo insulta,  
Confundense en el humo, en la ceniza,  
El que acaba, el que expira, el que agoniza.

La borda del tirano protegida,  
Por posición más fuerte y ventajosa  
Destina sus estragos con fiereza;  
Metralla, hacia los nuestros, homicida;  
Mil veces el cañon mandarla osa,  
Pero arredrar no pudo la firmeza,  
El ímpetu, y braveza  
De los soldados, que la patria cuenta.  
Sobre escombros de muerte se presenta  
Nuestra fila sufriendo con tesón  
Los estragos del fuego y el cañón;  
Miro sus pechos, y registro entonces  
Los bronces estrellarse con los bronces.

Estrechanse, acometen sin tardanza,  
Las espadas se encuentran, se equilibra  
De la homicida acción el golpe airado;  
El tropel sigue con más cruel matanza  
Por el acero que esforzado vibra  
El campeón, que en caballo desbocado  
Acorre denodado.

La victoria del cielo presta asiste,  
Y si á ceder sus palmas se resiste,  
Es por que quiere que este triunfo sea  
El único, en el mundo, en que se vea  
Vencer al héroe en tan feliz jornada,  
Que si no es su vencer, no quede nada.

Así triunfamos: El afortunado  
Maipo lo vió, lo vió el tirano aprisa,

Y el cielo nos lo dijo sin cesar,  
El campo de cadáveres sembrado,  
Do la muerte con plácida sonrisa  
Sus despojos levanta . . . aquí humillar  
El soberbio sus armas, doblegar  
Los altivos pendones no avezados  
A humillarse á los galos esforzados:  
Millares de infelices, que el favor  
Imploran del bizarro vencedor . . .  
No escapa nada: Alla dó va el deseo  
Encuentra de este triunfo algún trofeo.

Salve númen del sud, héroe glorioso  
Castigo del tirano: Si tus dones  
La trompa de la gloria los proclama,  
Cuando el placer más dulce, y abundoso  
Domina nuestros tiernos corazones;  
Al son con que os conducen á la fama,  
Os sigue aquel placer, que nos inflama,  
Y lágrimas arranca si se anuncia  
Tu gloria, ó si tu nombre se pronuncia;  
Placer demente, afectos extremados  
De tu inmortalidad dignos legados;  
El libre vive, y si respira al fin  
Sus alientos tributa á San Martín.

A vos genios ilustres y vos solo  
A quienes la celeste, sacra llama  
Enciende el pecho, el corazón domina;  
Amadores de Clío, hijos de Apolo

A quienes con el estro, con que inflama  
Da encantos al placer que os determina  
Vuestra lira divina  
¿No registra en el Maipo los titanes  
En las tumbas, los manes?  
¿En el templo, el incienso de la gloria  
Que escapa al hacedor de la victoria?  
Acorred á mi voz, mi canto es vuestro:  
Por que hable el corazón, acallo el estro.

#### A LA ORACION FUNEBRE \*

QUE EN LA IGLESIA CATEDRAL, DE ESTA CIUDAD FUÉ  
PRONUNCIADA POR SU PREBENDADO DR. D. VALEN-  
TÍN GÓMEZ, EN LAS EXEQUIAS DEL GENERAL DON  
MANUEL BELGRANO.

No tiene poco de héroe el que sabe alabar  
dignamente á los que lo son.—Un escritor  
americano.

#### ODA.

Era la hora: el coro majestuoso  
Dió á la endecha una tregua; y el silencio,  
Antiguo amigo de la tumba triste,  
Sucedió á la armomía amarga, y dulce:  
La urna solitaria presidía  
La escena que canta hoy la musa mía.

---

\* La Colección pág. 310. La Lira Argentina pag. 312.

Que las virtudes que en su torno andaban  
Velando su tesoro, y dando al cielo  
Su llanto, su esperanza, y sus amores,  
Al púlpito volaron; sus acentos  
Dulcísimos sonaron; los oyeron  
Los hombres, . . . y de serlo se dolieron.

¡Cuándo más dulce la verdad fué oída!  
¡Cuándo sus rayos más apetecidos!  
Y ¡cuándo más acerba nuestra pena!  
Y ¡cuándo nuestra pena menos dura!  
Milagros tuyos ¡orador divino!  
Del corazón tu lengua halló el camino.

El pueblo suspiraba hasta tu frente;  
Un canal misterioso se veía  
Desde tu boca hasta él. Avara el alma  
Se guarda tus palabras, cual si fuesen  
Las reliquias del héroe que encarecen.

Un cuadro de virtudes delineado,  
Por quien sabe sentirlas; de virtudes  
Por quienes Clío aún no ensayó su trompa,  
Ni la historia sus páginas, fué dado  
A tu expresión feliz, dechado entero  
De lo bello, lo tierno y verdadero.

No á la mísera Safo retrataste  
Herida de un ingrato; ni de Ariadna  
Los suspiros; ni lágrimas de Dido  
Tu pincel espumara regalado;

Si al mausoleo penetraste triste,  
Con mejor causa que Artemisa fuiste.

Aquí á la patria en su desdicha hundida,  
Mostraste, señalando la urna avara;  
¿Y quién no fué el primero á apresurarse  
Para tenderle el brazo?... El patriotismo  
Dijo á la Fama: *un héroe se ha acabado,*  
*Y en su pérdida mil han asomado.*

¡Momentos fugitivos! ¡oh que vuelva  
El dolor que nos diste! torna á vernos  
Envanecidos de glorioso llanto;  
Heriate el dolor; tú nos herías,  
Con su espada y la tuya; que fué entonces  
Mengua de tu poder no herir los bronce.

Centellas que despide el entusiasmo,  
Y que apaga el sollozo... reticencias,  
Más elocuentes que la lengua misma...  
Tiernas interjecciones, usurpadas  
Del sentimiento á la dialecta grave;  
Leyes son con que el arte triunfar sabe.

Mas te bastó tu causa; tus prodigios  
El cielo solo los obró en tu boca;  
Si la sombra del héroe fué presente  
A tu dolor sublime ¡qué contento!  
Diciendo á su silencio tornaría:  
*¡Os vivo aún querida Patria mía!*

Pero el tiempo... ¡cruel! y ¡cuál te engaña  
El hombre en su consuelo! Vuela el tiempo...  
¡Nuestra dulce ilusión, nuestra esperanza,  
Se han acabado ya! Despierta el alma  
A su afán anterior, y se estremece,  
Y la verdad apura que aborrece.

Tú nos dejaste al fin, pero dejando  
En nuestras almas la virtud hermosa;  
Así obscurece el Sol, porque á otros climas  
Vaya el torrente de su lumbre pura;  
Así la rosa, cuando dulce espira,  
Descarga su fragancia en quien la mira.

Viva en nosotros tu oración sagrada  
Como el fuego de Vesta; orgullo sea  
De las divinas letras; pesadumbre  
De los tiranos; ornamento digno  
De la patria; que al héroe honra mil veces  
Más que mármoles, bronces y cipreses.



## À LA MUERTE DEL GENERAL BELGRANO \*

## CANTO FÚNEBRE

Olsuit audentem rerum gravitasque, nitorque  
Nec potuit cepti pondera ferre mei

*Ovid. ex Pont.*

¿A dónde alzaste fugitiva el vuelo,  
Robandote al mortal infortunado,  
Virtud, hija del cielo?  
¿Quién ayermó tu templo immaculado,  
Y tu antorcha apagó? Dinos, ¿adónde  
El voto te hallará del varón justo?  
Un eco pavoroso ¡ay! nos responde:  
*Olvidó para siempre al mundo injusto:  
Al tûmulo volóse, allí se esconde.*  
Y el justo lo sintió; que en su alta mente  
Vió las desgracias que la patria llora,  
Y antes que ella lloró; vió de repente  
Gemir los bronces, dó el buril pronuncia  
Los nombres de los hijos de la gloria;  
De luto el estandarte que ántes fuera  
Prenda de la victoria;  
Ronco el tambor glorioso  
Que predicó el combate y las venganzas;  
Y al héroe que animoso  
Vió su sangre correr en mil matanzas,  
Y viólo en faz serena,  
Hoy postrarse al dolor, darse á la pena.

---

\* La Colección pág. 303. La Lira Argentina pág. 303.

Aún sintió más: en bárbara alegría  
 Los abismos hervir, y las pasiones  
 Del mundo apoderarse con fiereza;  
 De la guerra fatal la chispa impía  
 Avivar es su afán, y con presteza  
 La copa tiende el miedo á la venganza  
 Traidora é impotente;  
 Mientras que la ambición más insolente  
 Avanza hasta el terrible tabernáculo;  
 El velo despedaza, escupe el ara;  
 Truena la guerra, y mil desastres para,  
 Y mil sepulcros abre. La cuadriga,  
 En carro de serpientes arrastrada,  
 La densidad rompiendo  
 De una nube de crímenes preñada,  
 El paso se abre, y en los aires zumba  
 Un grito pavoroso á que responden  
 Los huecos de la tumba;  
 Grito fatal con que ella se recobra:  
*Murió Belgrano; consumada es la obra.*

¿Es verdad? ¿El oráculo espantoso  
 Terminaría aquí? ¡Bárbara suerte!  
 ¡Acabó la virtud! ¡Polvo y ceniza  
 Caen en el rostro que la misma muerte  
 No logró contubar! ¡La tumba triste  
 Por una ley precisa  
 Es el último carro de los héroes!  
 Sea: ¡y qué resta, Muerte, al triunfo impio,  
 Si el valor es difunto!  
 ¡Que resta ya sinó cambiar al punto  
 En sepulcro la tierra, divorciando

Al tiempo y á la vida para siempre!  
Sol, que ves nuestro luto; ilustre padre  
De la patria y la luz; tú que reinando  
En las regiones dó sus lindes puso  
La inmensa creación, viste las glorias  
Del héroe que á tu causa reservaste;  
¿Testigo del contraste,  
Que por amarga pérdida lloramos,  
Serás? Mil veces para sus victorias  
Fué escasa tu luz pura;  
Hasta aquella región donde natura  
Escondió sus tesoros, y algún día  
Aras de oro se alzaron á tu frente, . . .  
Hasta allá fué su espada; y su energía  
Vengó tu templo, y redimió tu gente.  
Pero ¡á qué describir sus altos triunfos!  
¡A que rumiar laureles marchitados  
De la tumba en el hielo!  
Contemplemos por único consuelo  
A Belgrano inmortal en nuestras almas,  
Y su alma contemplemos.  
Su religión ¡Oh Dios! ¿Quién como él supo  
Rendir al ara el estandarte altivo  
Y al Dios de los combates acatarse?  
Su pecho compasivo,  
Cuando estaba la gloria fermentando  
Sus soberbias semillas,  
Y en el furor del triunfo, él las ahogara  
Por mejor heroísmo,  
Y á la hueste rendida le declara  
La vida y libertad. Su patriotismo,  
Su celo por el bien, su porte justo,

Su generosidad... Gritadlo á voces  
Legiones que á la gloria condujera;  
Vosotros que á su ejemplo fuisteis siempre  
Pródigos de las almas;  
La miseria espantosa, la hambre fiera,  
La estación penetrante ¡ay! combatisteis  
Con vuestro general: ¡Oh! vos sentisteis  
De su pecho las tiernas emociones;  
Vos le visteis mil veces  
Primero que la luz, volar en torno  
De vuestras pesadumbres. ¡Cuántas, veces  
No os consoló su ejemplo poderoso!  
Y cuando la fortuna en sus reveses  
Falló ciega por vos, en sus abrazos  
Cogisteis con usura,  
El precio á tanta pena acerba y dura.  
Rodead también el negro monumento,  
Jóvenes tiernos que al santuario ilustre  
De la hermosa virtud habreis llegado  
A merced de su amor. Quería el hado  
Perpetuar en vosotros sus caprichos,  
Y ciegos á la luz, parar el día  
En que fuerais esclavos:  
Belgrano combatió su tiranía,  
Y con piedad heroica y sin ejemplo,  
De la alma educación os abrió el templo.  
¡Qué más quiere la tierra! No, no es ella  
Para quien tanto se hizo:  
La virtud quiere su obra y se querella  
Contra el tiempo y el crimen;  
La eternidad á unirse con el hombre  
anhela ávida y torva;

Y ella y la muerte con furor oprimen  
La muralla de bronce que lo estorba:  
¡Ay! que el dolor, la enfermedad acerba  
Legados de la parca,  
Desplomán su existencia, y Esculapio  
Jamás, jamás tan crudo  
En sus altares lágrimas ver pudo,  
Y lágrimas tan justas!!  
Iba á rayar el día en que la patria  
Recuerda de su cuna la hermosura;  
Triste era esta alba, no cual la alba pura  
En que el mundo la vió libre y señora:  
El bronce en truenos su llegada anuncia,  
Y Belgrano lo siente; en esta hora  
Desasirse pretende de la muerte  
Que lo ahoga y lo devora:  
Cárdeno el lábio, trabajosa el habla  
Al cielo alzando las deshechas manos,  
Se rindió á un parasismo... Americanos,  
Un cuadro tan terrible, y tan sublime  
Os faltó ver; entonces clamaríais:  
*Nuestra patria no vuelve á los tiranos*  
Vuela el tiempo sus alas empapando  
Del excelso vivir en las corrientes  
Hasta secarlas todas;  
Belgrano ya no alienta; ¡oh! ¡qué elocuentes  
Son sus miradas lánguidas, sus formas  
Escuálidas y tristes!  
Así descansa el ave hermosa y pura  
Sus plumas y matices recogiendo,  
Pronta á volar á la suprema altura,  
Y mostrarnos sus alas derramadas,

De oro y azul celeste salpicadas.  
Héroes de nuestro suelo  
Que habeis volado de la gloria al templo,  
A la tierra dejando  
Sangre, gloria, virtud, fama, y ejemplo  
Ved vuestro general: corred el velo  
A las doradas puertas, mientras tanto  
Nosotros con desvelo,  
Visitaremos la urna para darle  
Tributo eterno de amargura y llanto.

Año 1820.

Á LA MUERTE DEL GENERAL DON  
MANUEL BELGRANO \*

CANTO ELEGÍACO

¿Por qué tiembla el sepulcro, y desquiciadas  
Sus sempiternas lozas de repente,  
Al pálido brillar de las antorchas  
Los justos y la tierra se conmueven?  
El luto se derrama por el suelo,  
Al ángel entregado de la muerte,  
Que á la virtud persigue: ella medrosa  
Al túmulo volóse para siempre.  
Que el campeón ya no muestra el rostro altivo  
Fatal á los tiranos; ni la hueste  
Repite de la Patria el sacro nombre,  
Decreto de victoria tantas veces.

---

\* La colección pág. 297. La Lira Argentina pág. 308.

Hoy, enlutando su pendón, y al éco  
Del clarín angustiado, el paso tiende,  
Y lo embarga el dolor: ¡dolor terrible,  
Que el llanto asoma só la faz del héroe! . . .  
Y el lamento responde pavoroso  
*Murió Belgrano*, ¡ó Dios! ¡asi sucede  
La tumba al carro, el ay doliente al viva,  
La pálida azucena á los laureles!  
¡Hoja efímera cae! tal resististe  
Al Noto embravecido y sus vaivenes!  
¡La tierra fría cobra tus despojos,  
Que abarcará por siempre; mas no puede,  
Campeón ilustre, Atleta esclarecido,  
La mano que te roba hollar las leyes,  
Que el corazón conoce; el jaspero eterno (1)  
Tu nombre mostrará á los descendientes (2)  
De la generación que te lamenta.  
La patria desolada el cuello tiende  
Al puñal parricida que le amaga  
El anárquico horror: la ambición prende  
En los ánimos grandes, y la copa  
Dá la venganza al miedo diligente.  
Aun de Temis el ínclito santuario  
Profanado y sin brillo: el inocente  
El inocente pueblo, ilustre un dia,  
A la angustia entregado: el combatiente,  
Sus heridas inútiles llorando  
Escapa al atambor: el país se enciende

---

(1) Que el corazón conoce; envanecido (*La Lira* pág. 309).

(2) El jaspero os mostrará á los descendientes (*La Lira* pág. 309).

En guerra asoladora, que lo ayerma:  
Asoma la miseria, pues que cede  
La espiga al pie feróz que la quebranta,  
Y ¿ora faltas, Belgrano?... ¡Así la muerte,  
Y el crimen, y el destino de consuno  
Deshacen la obra santa, que torrentes  
Vale de sangre, y siglos mil de gloria,  
Y diez años de afan!... ¡Todo se pierde!  
Tu celo, tu virtud, tu arte, tu genio,  
Tu nombre en fin, que todo lo comprende,  
Flores fueron un día; marchitólas  
La nieve del sepulcro. Asi os lamente  
La legión que á la gloria condujiste:  
Con tu templo inmortal probó el deleite,  
La magia del honor, y con destreza  
Amar le hicisteis el tesón perenne,  
La hambre angustiadora, el frío agudo...  
Suspende ¡Oh musa! y al dolor concede  
Una mísera trégua. Yo lo he visto  
Al soldado acorrer que desfallece,  
Y abrazarlo, cubrirlo y consolarlo.  
Ora rayo de Marte se desprende,  
Y al combate amenaza y triunfa y luego..  
¿Qué mas hacer?... El desairar la suerte,  
Y ser grande por si; esta no es gloria  
Del comun de los héroes, él la ofrece  
En pró de los rendidos, que perdona.  
Ora el genio se presta, y lo engrandece:  
Corre la juventud, y á la natura  
La espía en sus arcanos, la sorprende,



Y en sus almas revienta de antemano  
El gérmen de las glorias. (1) ¡Oh! ¿quien puede  
Describir su piedad inmaculada,  
Su corazón de fuego, su ferviente  
Anhelo por el bien? ¡Solo á tí es dado,  
Historia de los hombres: á tí que eres  
La maestra de los tiempos! La arca de oro  
De los hechos ilustres de mi héroe,  
En tí se deposita: recogedla,  
Y al mundo dadla en signos indelebles.  
Y vos ¡sombras preciosas de Balcarce,  
De Oliver, Colet, Martínez, Velez!  
Ved vuestro general; ya es con vosotros;  
Abridle el templo, que os mostró valiente.  
¡Tucumán! ¡Salta! ¡Pueblos generosos!  
Al héroe del Febrero y del Septiembre  
Alzad el postrer himno; mas vosotras,  
Vírgenes tiernas, que otra vez sus sienes  
Coronasteis de flores, id á la urna,  
Y deponed con ansía reverente  
El apenado lirio; émulo hacedlo  
De los mármoles, bronces y cipreces.

Año de 1820.

---

(1) La Academia de matemáticas establecida en Tucumán para la instrucción de los caballeros cadetes, y á la que el autor tiene el honor de haber pertenecido. A este propósito hubiera dicho mas en detalle algunos de los hechos que han marcado su vida con caracteres eternos de filantropía y humanidad; tal como el de la fundación de escuelas de primeras letras en varios pueblos á sus expensas; pero esto no ha sido posible atendida la brevedad del canto, y la premura del tiempo. (Nota de la Lira).

## Á LA LIBERTAD DE LIMA

## ODA \*

Hasta allá donde llega el himno patrio  
Quiere alzarse mi voz: ¡valedla cielos!  
¡Dios del verso y de Delos!  
¡Dios de la Patria! En tu fulgor divino,  
Arda por siempre irrefrenable el alma;  
Prenda en mi sien tu rayo, y el destino  
Y las glorias diré del Mundo Nuevo.  
¡Salud, hijos de Febo!  
La virtud hoy las rosas amontona,  
Do posará por siempre vuestra lira;  
Que ya os señala el génio que os inspira  
De laureles sin sangre una corona;  
Cantad la patria, y la virtud amada,  
Cantad la salvación, que ya aherrojada  
En el Averno la crueldad se mira;  
La libertad alzada  
En tronos de oro, la virtud vengada  
De tres siglos de oprobio ¡Oh ved cual frena  
Sus estragos el bronce! cual resuena  
El himno augusto de la paz querida;

---

\* La Lira Argentina, pag. 400.  
La Colección, pag. 174.  
Se publicó en hoja suelta, y puede verse un ejemplar en la colección de don J. M. Gutierrez existente en la Bibl. del Senado Nacional.

Que el heroísmo aprisionó la guerra  
Con candados de hierro, y para siempre  
Tendió su brazo al hombre, y de la tierra  
Se encargó la virtud: ved que la fama  
Al romper su clarín omnipotente,  
*No hay más que un héroe solo*  
Gritando va de un polo al otro polo.  
Y vos lo visteis cuando el genio dijo:  
*Fué la salud de Lima* ¡que impotentes  
Sus hebras dirigiera  
La discordia tenaz! la vista fiera  
Arrojó al rededor, miróse sola  
Y llamó á la venganza, concitóla,  
Hizo el postrer amago, y dispóse,  
Y el abismo cubrióla.  
La América su rostro lacrimoso  
Al cielo alzando, registró en sus luces  
Su destino glorioso;  
Que en letreros de estrellas miró escrito  
De San Martín el nombre; vió allí mismo  
Su antiguo poderío, su heroísmo,  
Virtud, leyes, riqueza . . . todo viólo  
En el augusto manto del Olimpo.  
No fué esta una ilusión, sombra mentida  
Que engañara su afán ¡héroes del mundo  
Que sois soles del ciclo,  
Vos nos mirasteis dulces; fué este suelo  
Bendecido por vos, por vos fecundo  
De bienes y virtud. ¡Oh! sois los mismos  
Que en Chacabuco y Maipo encadenasteis

La ambición orgullosa; en los abismos  
Do muerde inútil sus pesados hierros,  
De vos y San Martín los almos nombres  
Escándalo serán—Parad guerreras,  
Pueblo Araucano, las hermosas naves  
De redención cargadas. ¡Cuan ligeras  
Róbanse al puerto con felice planta!  
La aura diólas favor en soplos suaves,  
Y la hija de Neréo  
Sus Ninfas convocando,  
Vióse en el mar mil héroes sustentando.  
Es vuestra salvación ¡oh venturoso  
Pueblo Peruano! que las aguas llevan;  
Venganza del afan ignominioso  
Que os costó vuestra vida. ¡Oh, cual renuevan  
Su gloria escarnecida vuestros lares!  
¡Cual hierve humeante en el sepulcro ilustre,  
La antigua tierra y sombras empapando,  
La regia sangre! Cerros mil brauando,  
Vomitando huracán se dan la nueva  
Desde el gran Potosí á los Almancaes.  
La tiranía atónita asomando  
Desde su asilo la espantosa frente  
Mil rayos que ya hieren vé asombrada,  
Y se esconde impotente,  
Y sus víboras pisa; ensangrentada  
Por dentro de cadáveres se avanza  
La guerra impía v su consejo oferta  
Que es la última salud. ¡Oh! cual despierta  
El rayo que dormía! ¡Ay! que se afila

La rencorosa espada con las hieles  
Del despecho mortal!... Tened crueles,  
¿Hasta donde el odioso poderío  
Quereis llevar y la injusticia antigua?  
¡Esclavos de un tirano! ¿El don impío  
De servirle mostrais cuando á la suerte  
La llave de dos mundos ha arrojado?  
Iberia os lo persuade; ensangrentado  
Os mostrará su trono  
De nuestra sangre y vuestra; una vez cedan  
La ambición y el encono  
Al clamor de la tierra, al *ay* vehemente  
De la virtud hollada;  
Paz os grita el Perú; dad á mi frente  
De hermosuras hibléas coronada  
La dulce oliva Pachacama os grita...  
El despotismo convirtió á sí solo  
Su torva vista, contemplóse atento;  
Dió un silvo pavoroso y al momento  
Que las furias juntó, la tierra abrióse;  
Una mirada atroz al noble pueblo  
Lanzó y precipitóse,  
Y el cocito abarcólo para siempre.  
Salud ínclita Heliópolis; el rostro  
Gozosa alzad al héroe esclarecido  
Que asoma en vuestras calles; noblecido  
El laurel se le ofrece generoso;  
Al escuadrón glorioso  
Limeños contemplad; ved esos pechos  
Usados al trabajo y á la gloria,

Y en ellos hallareis el precio justo  
 De vuestra suerte venturosa y grande.  
 ¡Oh fausto día de eterna memoria!  
 ¡Oh júbilo inefable! «*Es acabado,*  
 Dijo el Rimac frenando su corriente,  
*Mi presagio feliz; no será dado*  
*Mientras mis aguas dore el sol ardiente*  
*Hollar á los tiranos mis arenas»*  
 Y alzando sus espaldas, pudo apenas  
 Al héroe saludar y retiróse.  
 La fama entonces tras el astro hermoso  
 Que la nueva llevaba al Occidente  
 Voló, y fué más allá y resonoso  
 Dió el grito: *es libre el Sud é Independiente.*

¡Cuanta mudanza! ¡Que universo nuevo  
 Llena mi fantasía! ¡Arrebatado  
 A una nación contemplo hermosa y grande  
 Que al rol de las antiguas se coloca;  
 Y ellas blandas la miran.  
 Sierras alzadas con el dedo toca  
 Y en oro se convierten; les señala  
 Países inmensos do natura había  
 Arcanos aún ignotos, desgarrada  
 La cortina eternal que los cubría.  
 ¡Cuanta gente repasa infatigosa  
 La inhabitada tierra! ¡Cual resuenan  
 Los hondos valles que antes silenciosa  
 La augusta Céres visitar solía!  
 La industria es exaltada; al alto sólio

Presentes son sus nobles pensamientos;  
Se reproduce el hombre  
Bajo un clima feliz; sus sentimientos  
La dulce religión, las sabias leyes  
Reglar supieron elevando el alma;  
Las luces se derraman y revienta  
La virtud en los blandos corazones.  
¡Cuantos Régulos! ¡Ah! cuantos Solones  
Ilustres van creciendo!  
Y á par de los Ulises cual asoman  
Los Homeros divinos!  
Vos lo sereis oh genios peregrinos (1)  
Que con verso de luz, cítara de oro  
Cantasteis de la patria los destinos.  
Vivid, vivid; y mientras se amontonan  
Los broncees que han de dar á la memoria  
Los nombres imborrables  
De los héroes del Sud, cantad su gloria;  
Cantad su gloria que será la vuestra,  
Cuando una misma estatua muestre al hombre  
Que aun no nació, su nombre y vuestro nombre.

---

(1) Los señores D. Esteban Luca y Dr. D. Vicente López, ambos han cantado este asunto dignísimamente.

## HIMNO PATRIÓTICO \*

QUE CANTÓ EL COLEGIO DE MENDOZA EN LA NOCHE DE  
SU FUNCIÓN DRAMÁTICA EN CELEBRIDAD DEL ANI-  
VERSARIO DE MAYO DE 1822.

CORO

*Viva el ilustre día  
Viva la hermosa edad,  
Que trás la tiranía  
Nos dió la libertad.*

La patria á las naciones  
Muestra hoy el rostro hermoso  
Y el genio poderoso  
Le traza un mismo rol:  
«Sed libre», las naciones  
Le dicen más remotas,  
«Tus cadenas son rotas  
Ilustre hija del sol.»

CORO

Entre afanes y penas,  
Dispuso la fortuna,  
Que tuviera su cuna  
La libertad del Sud:

---

\* La colección de Poesías patrióticas, pág. 26.—No está en La Lira.



Por romper las cadenas  
Sufrimos sus reveses ;  
Ella nos faltó á veces,  
Mas nunca la virtud.

## CORO

Cuando Chile oprimido  
Sin libertad zozobra,  
Cuyo prepara la obra  
De su restauración ;  
Atenta á su gemido  
No hay riesgos que sean grandes ;  
Que aun se abrirán los Andes  
El ya es de la legión.

## CORO

Pero el caudillo al frente  
De sus legiones fieles  
Desprecia estos laureles  
Buscando nuevo afan ;  
Revuelve en su alta mente  
Los cuidados que anima ;  
Tus genios ¡Oh gran Lima!  
Su sien coronarán,

## CORO

A los héroes que fueron  
¡Oh Lima! en tu venganza,  
Cuyo les dió su lanza,

Y su inmortalidad:  
Si tus grillos rompieron  
Con virtud y fortuna,  
En Cuyo ved la cuna  
De tu felicidad.

## CORO

Del saber la alta lumbre  
Ilumina hoy al mundo,  
Y un grito el mas profundo  
Se oye que dice así:  
No haya mas servidumbre;  
Hombres son los colonos;  
Dice, y mil altos tronos  
Desplómanse por sí.

## CORO

## BRINDIS \*

## EN UN CONVITE PATRIÓTICO.

Cuatro constelaciones en el cielo  
Hoy aparecen de figura estraña:  
Al medio dia corre el astro hermoso,  
Y por el norte se atraviesa el águila.

---

\* Publicado por primera vez en la América Poética, pág. 386.

De fenómeno tal nadie adivina  
Los efectos, los modos y las causas:  
Se aturde el necio; el sabio es el que dice:  
Colombia y el Perú, Chile y Bonaria.

Santiago de Chile, Julio 9 de 1823.

### BRINDIS

—

Como Amor se sentó en Amatonte  
Prefiriéndolo á todo lugar;  
En el ópimo y plácido Chile  
Se asentó la feliz Libertad.

—

Fué natura quien le hizo su templo  
Circundado de sierras y mar;  
Derramaron semillas los Dioses,  
Flora quiso su clima soplar.

—

Son alfombras los valles floridos,  
Son los Andes el trono y altar,  
Es la lámpara el sol; y el incienso  
De sus hijos el voto inmortal.

---



JUAN CRUZ VARELA





## LA ENEIDA \*

TRADUCCIÓN DEL PRIMER LIBRO DE LA ENEIDA DE  
VIRGILIO, POR EL SEÑOR DOCTOR DON JUAN CRUZ  
VARELA.



Las armas canto y el varon guerrero,  
Prófugo por la fuerza del Destino,  
Que del suelo de Troya á Italia vino,  
Y á las playas Lavínias el primero.  
La voluntad del cielo, favorable  
A la rabia de Juno infatigable,  
Largos trabajos tolerar le hiciera  
En la tierra, en el mar, en los combates,  
Antes que una ciudad estableciera,  
Dando entrada en el Lácio á sus Penátes:  
Dél vienen los latinos, los albanos,  
Y los altos alcázares Romanos.  
Oh musa, que yo sepa de tu labio  
De qué ofensa á su Numen, de qué agravio  
La reina de los Dioses se quejaba,  
Que del varon piadoso renovaba  
Sin cesar los peligros y los males.

---

\* Publicada por primera vez por Dn. Juan María Gutiérrez en la Revista del Río de la Plata, No. 34. Tom. 9; pág. 192.

¿Guardan tanto rencor los inmortales?

En frente de la Italia, y apartada,  
De las bocas del Tíber, florecía  
La célebre Cartago, levantada  
Por colonos de Tiro tiempo había:  
Opulenta ciudad y belicosa,  
Por la que Juno á Samos posponía.  
Allí estaban las armas de la Diosa,  
Allí su carro estaba; y cuanto el Hado  
Con sus votos ardientes se acordara.  
Ella anhelaba que su pueblo amado \*  
A todas las naciones dominara.  
Oyera empero que esforzada prole  
De una estirpe Troyana nacería,  
Que de Catargo la soberbia mole  
Y las tierras de Libia asolaria;  
Y que esa descendencia al fin sería  
El solo pueblo rey, grande, guerrero,  
Claro dominador del orbe entero:  
Así hilaban las parcas su destino.

Temiéndolo Satúrnica, de continuo.  
Los pasados combates recordaba  
En que armó contra Troya á sus Argivos  
Ni sus resentimientos olvidaba,  
Ni de su fiero encono los motivos.  
Hondamente grabada está en su pecho  
La sentencia de Páris, y el ultraje  
A su beldad, por él menospreciada,  
Y el alto honor á Ganimédes hecho  
Y el odio inveterado á su linaje.



Con tan vivos recuerdos inflamada,  
 Apartaba de Italia á los Troyanos,  
 Reliquias de los Griegos inhumanos,  
 Y del furor de Aquíles inclemente;  
 Y, errantes largo tiempo, eran traídos  
 De un mar en otro mar, de gente en gente,  
 Por el Hado y la Diosa perseguidos.  
 ¡Tan grande empresa, tan difícil era  
 Hacer que la alta Roma apareciera!

No bien toda la flota en alegría  
 La Sicilia de vista iba perdiendo,  
 Y la ferrada prora dividía  
 Las espumas del mar, cuando sintiendo  
 Nueva en el corazón su eterna herida,  
 « ¡Yo ceder! (dijo Juno): ¡yo vencida!  
 « ¡Que alejar de la Italia yo no pueda  
 « A un jefe de Troyanos fugitivos,  
 « Porque el Destino adverso me lo veda!  
 ¿No pudo Pálas, una simple Diosa,  
 « Las naves incendiar de los Arjivos,  
 « Y hundir á tantos en la mar furiosa,  
 « Por la falta excusable de uno solo,  
 « Por el ciego furor de Ajax Oileo?  
 « Jove mismo, cediendo á su deseo,  
 « Con su rayo la armó; del alto polo  
 « Ella le vibra, y sirven sin tardanza  
 « El fuego, el mar, el viento á su venganza.  
 « Destruyó los bajeles, y el culpado  
 « Infeliz, que las llamas en que ardía

« Del fulminado pecho despedía,  
 « Fué por un torbellino arrebatado,  
 « Y en las rocas agudas enclavado.  
 « ¡Y yo, hermana y esposa del Tonante,  
 « Yo, reina de los Dioses, al Troyano  
 « Hago tan larga guerra, y la hago en vano!  
 « ¿Y quién ha de adorarme en adelante?  
 « ¿Qué mortal ha de haber, con este ejemplo,  
 « Que lleve sus ofrendas á mi templo? »

En su ulcerado pecho revolviendo  
 De este modo la Diosa sus dolores,  
 A la Eolia descende, albergue horrendo  
 Y patria de los Austros bramadores.  
 Allí, en ancha caverna, Eolo enfrena  
 Las tempestades y sonoros vientos,  
 Y quebranta sus ímpetus violentos,  
 Y los ata imperioso á la cadena.  
 Ellos, luchando por romper sus hierros,  
 Rugen al rededor de sus encierros,  
 La montaña atronando. El Dios potente,  
 Sentado en la alta cumbre, los modera,  
 Y templa su furor: si no lo hiciera,  
 Tierras, mares, y cielo de repente  
 En su rápido vórtice arrollaran,  
 Y por el aire vago arrebataran.  
 Más Jove, porque tal no sucediese,  
 Los encerró en oscura y honda sima,  
 Y alta mole de montes puso encima;  
 Dándoles un monarca, que supiese,

Conforme á su mandato soberano,  
 Tal vez la rienda mantener tirante,  
 Y aflojarla tal vez con diestra mano.

La altiva Juno, entonces suplicante,  
 De este modo le habló: « pues ha dispuesto  
 « El rey de hombres y Dioses que pudieras  
 « Conmover ó calmar las ondas fieras,  
 « Eolo, una nación que yo detesto  
 « Va por el mar Tirreno navegando,  
 « Su Ilión á la Italia transportando,  
 « Y sus vencidos Dioses: manda pronto  
 « Que tus vientos las olas enfurezcan,  
 « Y separa sus naves ó perezcan,  
 « Y siembra de cadáveres el ponto.  
 « Catorce Ninfas tengo, todas bellas,  
 « Y con la más gentil que campa entre ellas  
 « Premiaré tu servicio agradecida.  
 « Deyopeya será la digna esposa,  
 « Que, á tu destino para siempre unida,  
 « El padre te haga de una prole hermosa. »  
 « Tuyo, reina, es mandar: á mi tan solo  
 « Incumbe obedecer (responde Eolo):  
 « Si yo el favor de Jove he merecido,  
 « Y en sus mesas cubiertas de ambrosía  
 « Hago á los altos Dioses compañía;  
 « Si yo reino es por tí; y á tí he debido  
 « Que de los vientos el rebelde bando  
 « Respete mi poder, tema mi mando.»

La cúspide del cetro, así diciendo,

Volvió contra la cóncava montaña,  
Y al lado opuesto la impelió pujante.  
Halló salida el escuadrón tremendo,  
Y arremetió en tropel: con furia extraña  
Su negro torbellino en un instante  
Envuelve la ancha tierra, á un tiempo mismo  
El Euro, el Noto, el Afro proceloso  
Revuelven desde el fondo de su abismo  
El turbulento mar, y el mar furioso  
Con vastas olas la ribera azota.  
Alza un triste clainor toda la flota,  
Y los vientos con hórrido silbido  
Rechinan en las cuerdas. Escondido  
El día entre nublados, desaparece,  
Y se tiende en el mar la noche densa:  
El trueno las esferas estremece,  
Arde del éter la extensión inmensa,  
Y á doquier que se vuelve el navegante  
Su inevitable muerte ve delante.  
Embarga á Eneas repentino hielo;  
Llora, y, las manos levantando al cielo,  
« ¡Tres veces (dijo), y mas, afortunados  
« Los que tanto del Hado merecieron,  
« Que, al pie de nuestros muros elevados,  
« A vista de sus padres perecieron!  
« O Diomédes, de Griegos el más fuerte,  
« ¿Por qué no plugo al cielo que pudieras  
« En los campos de Troya darme muerte?  
« Allí inmolado á tu furor me hubieras

« Donde de Aquiles la tremenda lanza  
« Rompió de Héctor el pecho y la pujanza;  
« Donde el gran Sarpedon cayó, y el Janto  
« Vuelca espumoso adargas y morriones,  
« Y cuerpos de fortísimos varones. »

Así en vano exclamaba, y entretanto  
Embiste el Aquilon, y despedaza  
De su bajel las velas. Sublevado  
El mar á las estrellas amenaza;  
Rompiéronse los remos; y la prora,  
Cediendo al duro embate, de costado  
La ya indefensa nave al mar presenta.  
Un monte de agua la levanta ahora,  
Y luego en un abismo cae violenta;  
Ya en lo alto el marinero está pendiente,  
Ya, abriéndose las olas de repente,  
Siente hervir las arenas en el fondo,  
Y descubre la tierra en lo mas hondo.  
Contra las rocas pérfidas, de altares  
Con el nombre en Italia conocidas,  
Que forman la ancha espalda de esos mares,  
Y están en sus espumas escondidas,  
Estrelló el duro Noto tres navíos;  
Y otros tres, impelidos, arrojados  
Por la furia del Euro á los bajíos,  
Quedaron en las sirtes encallados.  
Cae una mole de agua en la galera  
Que á Oróntes y los Lícios conducía,  
Y á su piloto, que el timón tenía,  
A la vista de Eneas, la onda fiera

De la popa arrebatada y precipitada:  
 Luego en su remolino impetuoso  
 Tres veces al bajel en torno agita,  
 Y se lo traga el mar voraginoso.  
 Por do quiera se ve flotar perdidas  
 Armas, tablas, riquezas, confundidas,  
 Y nadando en el golfo inmensurable  
 Aparece uno ú otro miserable.  
 Ya la nave de Alétes el anciano,  
 La de Ilioneo, poderosa en vano,  
 La de Acátés el bravo y la de Abántes,  
 Abiertas del costado las junturas,  
 Dan del mar á las aguas espumantes  
 Entrada por las anchas hendeduras.

Del profundo, en sus senos alterado,  
 Por Neptuno entretanto fué sentida  
 La horrible tempestad, sin él movida,  
 Y oyó sonar los vientos: indignado,  
 Pero grave y sereno en sus enojos,  
 Alza la frente plácida, y sus ojos  
 Ven hundirse en el ponto ó separarse  
 De los Teucros las naves desgraciadas,  
 Y en su daño las olas conjuradas,  
 Y sobre ellos los cielos desplomarse:  
 Ni en tal desorden se ocultó á Neptuno  
 La rabia artera de su hermano Juno.

Al Zéfiro y al Euro á su presencia  
 Llama al punto y les habla de este modo:  
 « ¿ Pudo á tanto llegar vuestra insolencia,  
 « Que la tierra, y el mar, y el cielo, y todo

« Osárais confundir sin mi licencia?  
 « ¿Vuestra raza os inspira confianza  
 « Para alzar en el ponto este tumulto?  
 « Yo os haré ver. . . pero ántes la bonanza  
 « Debo volver al mar amotinado:  
 « Después castigaré tamaño insulto  
 « Con una pena igual al atentado.  
 « Idos pronto, y decid al que os gobierna  
 « Que no á él, sinó á mí, la suerte ha dado  
 « El imperio del mar y el gran tridente:  
 « Dueño de la vastísima caverna,  
 « Donde vosotros rebramais violentos,  
 « Que en tal palacio su poder ostente,  
 « Y reine en las mazmorras de los vientos. »

Dijo, y, más pronto que decirlo pudo,  
 Restituyó la calma al mar sañudo,  
 Y las nubes ahuyenta, y vuelve el día.  
 Triton y Cimotoë juntamente  
 Las naves que en un escollo retenía  
 Desencallan al fin: con su tridente  
 Otras levanta el Dios; les dá camino,  
 Las arenosas sirtes allanando,  
 Y sobre el mar, ya plano y cristalino,  
 Vá en su carro levísimo volando.

Como en un grande pueblo, si se mueve  
 Horrible sedición, enfurecidas  
 Las gentes más oscuras de la plebe  
 Lanzan piedras y teas encendidas,

Y el furor arma á todos: ven empero  
Que algún hombre de un mérito eminente,  
Y de rara virtud, se hace presente,  
Y al punto callan, del varón severo  
Atentos esperando las razones,  
Y habla, y rige los ánimos; ablanda  
De la turba feroz los corazones,  
La paz persuade, y persuadiendo manda  
Así de una mirada tranquiliza

El piélagos Neptuno, cuando, al vuelo  
De sus caballos, y aclarado el cielo,  
Sobre el agua en su carro se desliza.

Anhelan en las costas más cercanas  
Lasos los Teucros encontrar reposo,  
Y guían á las playas Africanas.

En un sitio apartado y silencioso  
Hay un seno profundo, en cuya entrada,  
Cual si fuese al intento colocada,  
Forma una isla un puerto delicioso.  
Son los extremos de ella dos rompientes  
Que quebrantan las olas, y, partidas,  
Entran al manso golfo ya dormidas.  
Cierran dos promontorios eminentes  
Por uno y otro lado aquel asilo:<sup>6</sup>  
Selvas coronan sus erguidas frentes,  
A sus plantas el mar calla tranquilo,  
La sombra de los árboles se avanza,  
Y el Sol su ardiente rayo en vano lanza.  
Una gruta entre rocas se ha formado



En el fondo del puerto, y la natura  
Tersos asientos de la piedra dura  
En su fresco recinto ha fabricado,  
Y corren á raudales dulces linfas:  
Aquel es el retrete de las Ninfas.  
No es menester en rada tan serena  
Que el retorcido cable ate la nave,  
Ni echar al fondo el áncora que clave  
Recorvo diente en la tenaz arena.

Siete bajeles, restos de su armada,  
Allí conduce Eneas, y descienden  
Los Teucros á la playa suspirada.  
Besan la tierra hospitalaria, y tienden  
En la grama sus miembros fatigados,  
Y de la sal marina penetrados.  
Hiriendo un pedernal en el momento,  
Hace saltar Acátes la centella,  
Y en hojas la recibe: en torno de ella  
Nutre el fuego con árido alimento;  
Levanta leve llama el leve viento,  
Y apesar del cansancio, entonces vuelan  
A sacar de sus naves los Troyanos  
Húmedos frutos, corrompidos granos,  
Que al fuego sequen, y en la piedra muelan.

Sube entretanto Eneas á una altura,  
Por si á lo lejos descubrir pudiera  
De Cápis ó de Anteo la galera  
En el tendido mar, ó por ventura

Las armas de Caïco en la alta popa.  
 Nave ninguna vé; pero una tropa  
 De ciervos á su vista se presenta,  
 Que en los valles vecinos se alimenta.  
 Tres de los más gallardos van delante;  
 Vélos el héroe y para, y al instante  
 Toma el arco y los hierros voladores,  
 Que el siempre fiel Acátes le llevaba.  
 Desciende, y los esbeltos conductores,  
 Cuya arbórea cabeza más se alzaba,  
 Los tres primeros son que postra en tierra:  
 Huyen los otros á la selva umbrosa,  
 Y allí sin distinción hace la guerra  
 A la pávida turba, y no reposa  
 Hasta que tantos ciervos hubo muerto  
 Cuantas quedaron naves en el puerto.

Entonces afanoso allí regresa,  
 Parte entre todos la reciente presa,  
 Y mandando sacar de anchos toneles  
 Un vino confortante y delicado,  
 Por el bondoso Acéstes regalado  
 Al salir de Sicilia los bajeles,  
 Así dijo con voz consoladora:  
 « ¡Animo mis amigos! No es de ahora  
 « Que á mayores desgracias han querido  
 « Enseñaros los Dioses inmortales;  
 « Y pues ellas su término han tenido  
 « También tendrán su término estos males.  
 « Mostrad aquel valor que os animaba  
 « Cerca de los escollos estruendosos

- « De Escila, y de los montes cavernosos
- « Que el truculento Cíclope atronaba.
- « Desterrad la tristeza: que algún día
- « Tal vez recordareis con alegría
- « El actual infortunio. Si el destino
- « Ha sembrado de riesgos el camino
- « Que nos conduce á Italia, en ella el cielo
- « Nos ofrece morada permanente,
- « Y quiere que renazca en aquel suelo
- « El imperio de Troya prepotente.
- « Sufrid y conservaos, compañeros,
- « Para los bellos días venideros. »

Su profundo dolor disimulando,  
Así hablaba, pintado en su semblante  
El gozo y la esperanza lisonjera;  
Y, el futuro banquete acelerando,  
Toda la comitiva en el instante  
De la campestre caza se apodera.  
Quien la divide en trozos, ya desnuda  
Por otros de la piel que la cubría;  
Quien clava, palpitantes todavía,  
Carnes y entrañas en la vara aguda.  
Unos la vianda en el metal preparan,  
El fuego atizan otros con que hierva,  
Y sus fuerzas al fin todos reparan,  
Consumiendo, tendidos en la yerba,  
La pingüe carne, y el añejo vino.  
Del hambre la impaciencia mitigada,  
Y la rústica mesa levantada,

Llaman á los amigos que el destino  
 Ingrato les robó, cediendo inciertos  
 Tan pronto á la esperanza de que vivan,  
 Como al triste temor de que, ya muertos,  
 Sus voces lastimeras no perciban.  
 Eneas sobre todos, ya la suerte  
 Lloro del bravo Oróntes y de Amico,  
 Ya consagra sus lágrimas á Lico,  
 Y al fuerte Jias y á Cloanto el fuerte.

Iba á esconder el Sol su clara lumbre,  
 Cuando Jove, del cielo en la árdua cumbre,  
 Contemplando la mar y la honda tierra,  
 Y de tan varios pueblos habitadas  
 Las regiones vastísimas que encierra,  
 Fija al fin en la Líbia sus miradas,  
 Y allá revuelve en su saber profundo  
 Del hombre los destinos y del mundo.  
 Vénus le dijo entonces, anublados  
 Con el llanto sus ojos esplendentes:

« Señor, cuyos decretos respetados  
 « En el Olimpo son, y que á las gentes  
 « Aterras fulminante, ¿en qué ha podido  
 « Tanto mi caro Eneas ofenderte;  
 « Los suyos cuál delito han cometido,  
 « Que, tras de tanto estrago y tanta muerte,  
 « Por vedarles de Italia la ribera,  
 « Se les veda también la tierra entera?  
 « Descendientes de Teucro los Troyanos,

« Al volver de los tiempos deberían  
« A la Ausonia llegar, donde serían  
« Los padres de los ínclitos Romanos,  
« De cuanto alumbre el Sol dominadores.  
« Si estas son tus promesas anteriores,  
« ¿Tu voluntad, gran rey, será mudable?  
« Yo con ellas tal vez me consolaba  
« Del incendio de Troya lamentable,  
« Y unos hados con otros compensaba:  
« Pero ¡ay! que de los míos renovarse  
« Miro los infortunios cada día!  
« ¿Y no mandas que cesen todavía?  
« Pudo Antenor sin riesgo libertarse  
« De en medio de los griegos inclementes;  
« Y el Ilirico golfo penetrando,  
« Y toda la Libúrnica atravesando,  
« Pasó el Tímara, que de nueve fuentes  
« Brotando estrepitoso en las montañas,  
« Cubre, cual mar sonante, las campañas.  
« El fundó á Pádua, y ostentó en su muro  
« Troyanas armas: su remoto asilo  
« Con su nombre se honró: vivió seguro,  
« Y hoy descansa en su túmulo tranquilo.  
« ¡Y Eneas, prole tuya, en la lumbrosa  
« Morada de los cielos esperado,  
« Ve perecer su armada numerosa,  
« Y lejos de la Italia es arrojado,  
« Víctima de las iras de una diosa!  
« ¿Aqueste premio la piedad merece?  
« Así nuestro poder se restablece?

Con el rostro sereno y placentero  
Con que suele calmar las tempestades,  
Dando á Vénus un ósculo ligero  
El padre de los hombres y deidades,  
Se sonríe, y sus voces desvanecen  
Tan inquieto temor. « Mi amada hija,  
« La suerte de los tuyos no te aflija:  
« Sus hados inmutables permanecen:  
« Tú verás por sus manos erigidos  
« Los muros de Lavínia prometidos,  
« Y en lo alto del alcázar estrellado  
« Al magnánimo Eneas sublimado.  
« No temas que se alteren mis decretos;  
« Y quiero, para más tranquilizarte,  
« Los varios y recónditos secretos  
« Del eterno destino revelarte.  
« El hijo tuyo en la italiana tierra  
« Hará á pueblos feroces cruda guerra,  
« Y les dará costumbres y ciudades;  
« Y después de tres años de reinado,  
« Y de haber á los Rútulos domado,  
« Subirá á la mansión de las Deidades.  
« Julio Ascánio, que Ilo se llamaba  
« Cuando Ilión al Asia dominaba,  
« Reinará después de él: verá en su mando  
« Renacer treinta veces el estío;  
« Y á los palacios de Alba trasladando  
« De Lavínia su trono y poderío,  
« Inespugnablee hará su nueva corte.  
« Allí trescientos años la familia

« De Héctor dominará; y el Dios Mavorte,  
« Al cabo de ellos, á la joven Iliá,  
« Vestal de quien un rey ha de ser padre,  
« De dos niños gemelos hará madre.  
« Uno será el gran Rómulo: fiada  
« Verás á su poder tu gente amada,  
« Y engalanado con la piel rojiza,  
« Despojo de una loba su nodriza,  
« Una ciudad á Marte consagrada  
« Fundará, y á los nuevos ciudadanos  
« Ha de dar, por su nombre, el de Romanos.  
« Será de ellos el orbe: plazo alguno,  
« Ni límite á su imperio he señalado:  
« Dominarán sin fin: la misma Juno,  
« Que hoy persigue á los Teucros implacable,  
« Y cielo, y mar, y tierra ha concitado,  
« Será entonces á Roma favorable,  
« Y por ella y por mí será amparada  
« Reina del mundo la nación togada.  
« Así está decretado. Vendrá día  
« En que será de Grecia vencedora,  
« Y de Argos, de Micenas, y de Ptia  
« La progenie de Asáraco señora.  
« Después llegarán tiempos en que veas  
« Nacer á Julio César el Troyano,  
« Llamado como el hijo de tu Eneas,  
« Y de tan bello tronco ilustre rama.  
« Mandará cuanto abraza el océano,  
« En las estrellas sonará su fama,  
« Y cuando le recibas en el cielo,

« Cargado de despojos del Oriente,  
 « Le invocará la tierra reverente.  
 « Convertiráse en gozo el largo duelo  
 « De largos siglos de funesta guerra;  
 « Y Vesta y la alma Fé, Remo y Quirino,  
 « Llegados estos tiempos del Destino,  
 « Serán los que den leyes á la tierra.  
 « Férreo cerrojo y trabazón de bronce  
 « Del triste templo del bifronte Jano  
 « La dura puerta cerrarán entonces;  
 « Y adentro el furor bélico inhumano  
 « Sobre armas en desorden hacinadas  
 « Sentado horrible, y una y otra mano  
 « Con cien cadenas á la espalda atadas,  
 « Las morderá sangriento y repetido  
 « Retumbará su horrísono rugido ».

Dice, y ordena que á Cartago vaya  
 El mensajero Dios hijo de Maya  
 Para hacer que á los Teucros desgraciados  
 Dido en su nueva patria recibiera;  
 No fuese que, ignorante de los hados,  
 Les vedase pisar en su ribera.  
 El aljero Dios el aire hiende,  
 Y, volando más rápido que el viento,  
 A las arenas Lívicas desciende,  
 Y cumple el soberano mandamiento.  
 El altivo Fenicio se resigna  
 Al divino poder que al Teucro ampara,  
 Y Dido la primera se prepara  
 A hospedarle pacífica y benigna.



Mas, durante la noche, mil ideas  
Revuelve en su ánimo el piadoso Eneas,  
Y, apenas Febo en el oriente brilla,  
Aquellos sitios explorar intenta,  
Y decir á los suyos en que orilla  
Arrojados se ven por la tormenta;  
Porque no saben si esa tierra inculta  
Es por hombres ó fieras habitada.  
Bajo una roca cóncava su armada  
Entre sombríos árboles oculta,  
Y con el solo Acátés, y vibrando  
Dos lanzas de ancho fierro, el puerto deja,  
Y de la playa intrépido se aleja.

Iba una densa selva atravesando,  
Y su divina madre en forma humana  
Al encuentro le sale en la espesura,  
Y en las armas, el traje y la figura  
Semejante á una virgen Espartana:  
O Harpálice de Fracia así sería,  
Que á los prestos corceles, voladora,  
Y al Euro rapidísimo vencía.  
Porque llevaba Vénus cazadora  
De los hombros pendiente un arco hermoso,  
Suelta al viento la blonda cabellera,  
Y sobre la rodilla un lazo airoso  
Regazaba la túnica ligera.  
Acercóse y les dijo: « ¿No ha llegado  
« A este sitio una joven compañera,  
« Que en esta misma selva se ha extraviado?

« Lleva una piel de lince por vestido,  
« A la espalda la aljaba resonante,  
« Y flechado tal vez y perseguido  
« Va huyendo de ella jabalí espumante.  
« ¿La visteis por ventura? »— Vénus dijo,  
« Y de Vénus así responde el hijo:  
« No hemos visto ni oído á tal doncella:  
« Pero ¿qué nombre, cazadora bella,  
« Habré de darte á tí? ¡Ah! Tú eres Diosa:  
« Ni tu rostro ni tu habla melodiosa  
« Pueden ser de mortal. ¿Eres hermana  
« De las Ninfas del bosque? ¿Eres Diana?  
« Cualquier Deidad que seas, te rogamos  
« Que alivies nuestros males y fatigas;  
« Que escuches nuestros votos, y nos digas  
« En que región del orbe nos hallamos,  
« Lanzados por los vientos y los mares,  
« Desvalidos errando y sin destino,  
« No conocemos hombres ni lugares:  
« Si nos ampara tu poder divino,  
« Quemaremos incienso en tus altares ».  
« No soy digna de honor tan elevado  
« (La diosa replicó) del arco armarse,  
« Y coturnos de púrpura calzarse,  
« Es entre Tirias vírgenes usado.  
« En las riberas de la Líbia te hallas,  
« Y en el imperio Púnico, fundado  
« Por hijos de Ajenor: ¿ves las murallas  
« De su nueva ciudad? En la frontera  
« Vaga una raza indómita y guerrera;

« Pero en esta comarca reina Dido,  
« Que huyendo de su patria y de su hermano,  
« La colonia de Tiro ha conducido;  
« Y aunque es larga la historia del tirano,  
« Y de la triste y prófuga princesa,  
« Yo te diré lo solo que interesa.  
« Su mismo padre, autor de un himeneo  
« Confirmado por prósperos auspicios,  
« Intacta virgen la entregó á Siqueo,  
« Opulento entre todos los Fenicios.  
« Tiernamente la mísera le amaba;  
« Mas Pigmalion su hermano, el más perverso  
« De los hombres que abriga el universo,  
« En la soberbia Tiro dominaba.  
« Entre Siqueo y él se enciende luego  
« Un odio inapagable; y el malvado,  
« De amor del oro arebatado y ciego,  
« Y de Dido y los Dioses olvidado,  
« Se arma, se oculta, y al incauto esposo  
« Al pie de los altares asesina.  
« Largo tiempo su crimen horroroso  
« Astuto encubre, y á la triste hermana  
« Con mentidas palabras alucina,  
« Entreteniendo su esperanza vana.  
« Hasta que en sueños se aparece á Dido  
« La imagen de la víctima insepulta,  
« Y pálida descubre el pecho herido,  
« Y la maldad doméstica y oculta.  
« Y el altar con su sangre enrojecido.  
« — Huye, le dice, de tu patria impía;

« — Tu presta fuga facilite el oro:—  
« Y le muestra el lugar donde debía  
« Hallar bajo la tierra un gran tesoro.  
« Tales revelaciones la estremecen;  
« Y, disponiendo al punto su partida,  
« De todos los que temen ó aborrecen  
« Al tirano feroz se ve seguida.  
« Pronto estaba una flota en aquel puerto  
« Y, apoderados de ella con presteza,  
« La cargan del tesoro descubierto,  
« Y se entregan al mar con la riqueza  
« A que aspiraba el inclemente avaro:  
« Autora una mujer del hecho claro.  
« Llegaron al lugar en donde ahora  
« De Cartago verás el muro ingente,  
« Y encumbrarse el alcázar eminente.  
« Para tan gran ciudad la fundadora  
« No compró de terreno mayor trecho  
« Que el que la piel de un toro circundara,  
« Y el lugar en memoria de aquel hecho,  
« Ha querido que *Birsa* se llamara.  
« Mas ¿quienes sois vosotros? ¿Y de dónde  
« Venís ó adonde vais? » Lanzando Eneas  
« Un profundo suspiro, así responde:  
« Si nuestra historia, que saber deseas,  
« Te fuese por estenso relatada,  
« Se escondería el sol en el ocaso  
« Antes de que la oyeras acabada.  
« Desde la antigua Troya (si es que acaso  
« Sonó el nombre de Troya en tus oídos)

JUAN CRUZ VARELA

« Hemos sido hasta el África impelidos,  
« Atravesando procelosos mares.  
« Soy el piadoso Eneas, que conmigo  
« Conduzco en mi bajel los patrios Lares  
« Que arranqué del poder del enemigo,  
« Y mi fama á los astros ha llegado.  
« Del Hado los decretos superiores  
« A buscar en Italia me han forzado  
« La cuna de mis ínclitos mayores,  
« Que descienden de Júpiter divino.  
« Por la Diosa mi madre encaminado,  
« Partí del mar de Fríjia á mi destino,  
« Llevando veinte naves: siete apenas,  
« Por las ondas y el Euro maltratadas,  
« De Libia en las riberas apartadas  
« He podido salvar, y en sus arenas  
« Vago errante, infeliz, desconocido,  
« De la Europa y del Asia repelido ».

Vénus mas quejas escuchar no pudo,  
Y enternecida interrumpió á su Eneas:  
« Pues llegas á Cartago, ya no dudo,  
« Extranjero, cualquiera que tú seas,  
« Que eres objeto del amor del cielo,  
« Y que cuidan los Dioses de tu vida.  
« Vé y preséntate á Dido sin recelo:  
« Te anuncio que tu flota no es perdida,  
« Y que, calmado el Aquilón insano,  
« Ya están los tuyos en tranquila rada;  
« Si á conocer pronósticos no en vano

/ He sido por mis padres enseñada.  
 « ¿Ves esos doce cisnes, que, ya unidos,  
 « Hienden el aire con alegre vuelo,  
 « Y antes iban dispersos, perseguidos  
 « Por el ave de Jove, que del cielo  
 « Sobre ellos se lanzó devoradora?  
 « Como ves que ya posan en el suelo,  
 « O que á posarse van; y cómo ahora,  
 « Vueltos de su pavor y placenteros,  
 Baten las alas, y en el aire todo  
 « Resuena su cantar; no de otro modo  
 Tus naves y tus ledos compañeros  
 « O la áncora en el puerto están echando,  
 « O en él á toda vela van entrando.  
 « Sigue haste la ciudad: esta es la vía ».

Dijo; y, al retirarse, al róseo cuello  
 Con divino fulgor resplandecía,  
 Exhalando un nítido cabello  
 El olor celestial de la ambrosía,  
 Desplegóse hasta el pie la veste undosa  
 Y su marcha mostró que era una diosa.

Eneas la conoce, y, ya distante,  
 Prorrumpe en estas quejas resentidas:  
 « ¡Ah madre! ¿Tú también de un hijo amante  
 « Te burlas con imágenes fingidas?  
 « ¿Es posible cruel, que nunca quieras  
 « Que tu diestra y mi diestra estén unidas,  
 « Y yo escuche tus voces verdaderas? »

Así la increpa y se encamina al muro:  
Pero á los dos viajeros Citerea  
De una nube formada de aire oscuro  
Con el velo densísimo rodea;  
Para que nadie así pudiese verlos,  
Ni la causa inquirir de su venida,  
Ni dañarlos tal vez ó detenerlos.  
Ella vuelve á su Páfos preferida,  
Y visita contenta los lugares,  
Donde el aire embalsaman los olores  
Del incienso Sabéo y de las flores  
Que perfuman su templo y sus altares.

Siguieron el sendero señalado,  
Y llegaron por fin á la colina  
Frontera á la ciudad, y que domina  
Sus torres y su alcázar encumbrado.  
Admira Eneas desde aquella altura  
Esa fábrica inmensa, en el asiento  
Que antes la choza mísera ocupaba;  
Portadas de magnífica estructura,  
Y calles de enlosado pavimento,  
En que el ruidoso pueblo se agitaba.  
Activando sus obras los Fenícios,  
Unos al muro y ciudadela elevan  
Enormes piedras, que rodando llevan;  
Otros, para sus propios edificios,  
Señalan el solar con el arado:  
Cavan un puerto aquellos; nombran estos  
De la magistratura y del senado

A los que han de ocupar los altos puestos:  
Del tēatro la noble arquitectura  
Se ve salir aquí de su cimiento,  
Y allá se cortan de la roca dura  
Columnas que le sirvan de ornamento.

Lo mismo las abejas, trabajando  
Por el verano en la pradera amena,  
Ya los nuevos enjambres van sacando  
Por la primera vez de la colmena,  
Ya sus líquidas mieles condensando,  
Y el dulce néctar los panales llena;  
O alivian de la carga á las que suelen  
Llegar del grave peso fatigadas,  
O, á manera de ejército formadas,  
Al perezoso zángano repelen:  
Todo es ardor y afan, y á la distancia  
Trasciende del tomillo la fragancia.

«¡Oh pueblo mil de veces venturoso,  
«El que sus propios muros ya levanta!»  
Dijo el héroe pasmado de obra tanta;  
Y, cercado del velo nebuloso,  
Penetra sin ser visto ni sentido,  
Y vaga entre la turba confundido.

Había en la ciudad un bosque umbroso,  
Cuyo plácido asilo fué el primero  
Que en África los Tírios encontraron,  
Después de atravesar el ponto fiero.  
Cavando entre los árboles, hallaron



De un soberbio caballo la cabeza;  
Señal por la que Juno prometía  
La abundancia del suelo, y la grandeza  
Que Cartago á la guerra debería;  
Y á Juno, en lo interior del bosque sacro,  
Un templo alzaba la Sidónia Dido,  
Del Númen con el santo simulacro  
Y con dádivas de oro enriquecido.  
Anchas gradas de bronce se elevaban  
Hasta el umbral del edificio ingente,  
Las bóvedas en bronce descansaban,  
Y las puertas de acero reluciente  
En quiciales de bronce rechinaban.

Allí al héroe Troyano se presenta  
Un objeto que en su ánimo indeciso  
Calma las inquietudes de improviso,  
Y de nueva esperanza le alimenta:  
Pues mientras, en el templo de la Diosa,  
Esperando á la reina, atento mira  
Los primores de la obra portentosa,  
Y el arte y los artífices admira,  
Ve de repente de la Ilíaca guerra,  
Ya divulgada por la inmensa tierra,  
En coloridos lienzos los combates;  
Y de Atrídas, de Priamo el anciano,  
Y de Aquiles, con ambos inhumanos,  
La imágen le conmueve. « Amado Acates,  
« ¿ En qué región del orbe el Sol se muestra,

« En qué sitio (exclamó) que no esté lleno  
 « De las desgracias de la patria nuestra ?  
 « ¡ Mira á Príamo ! Amigo, el mal ageno  
 « También se llora aquí: también alcanza  
 « Su premio la virtud y su alabanza:  
 « No desmayes; seremos protegidos  
 « Donde son nuestros hechos aplaudidos. »

Así hablaba, y la inánime pintura  
 Su espíritu y su vista embebecía,  
 Lágrimas de dolor y de ternura  
 Corriendo hasta su seno. Ya veía  
 Como, en torno de Troya, al griego bando  
 Acosaban los Frijios batallando;  
 Ya como, en medio del combate fiero,  
 El penacho de Aquiles espantaba  
 Las Troyanas falanges, y el guerrero  
 En su carro tonante atropellaba.  
 A manos de Diomédes destruídos  
 Vió de Reso los blancos pabellones,  
 De noche por un pérfido vendidos;  
 Y del príncipe muerto los bridones  
 Arrebatados, antes que probaran  
 La yerba de las márgenes del Janto,  
 Y la sed en sus aguas apagarán.  
 Desarmado y huyendo ve entretanto  
 A Troilo, infortunado adolescente,  
 Que osó medir sus fuerzas juveniles  
 En lucha desigual con las de Aquiles.  
 Afuera de su carro vá pendiente,

Y ya, ya, por caer, con débil mano  
A sus caballos sofrenando en vano,  
Despavoridos le arrebatan ellos,  
Barren el negro polvo sus cabellos,  
Y la lanza en el pecho atravesada  
Vá surcando la tierra ensangrentada.  
Suelta la cabellera, allá venían  
Las Troyanas, vertiendo largo llanto,  
E, hiriéndose los pechos, ofrecían  
A la airada Minerva un rico manto;  
Mas la Diosa los ojos enclavaba  
En la tierra, y la ofrenda desdeñaba.  
Mas allá, en otro lienzo, Aquiles duro  
De Héctor tres veces arrastrado había  
El cuerpo exángüe al rededor del muro,  
Y á Príamo por oro le vendía.  
Entonces fué cuando el varón Troyano  
Lanzó un hondo gemido, al ver sus ojos  
El cadáver, el carro, y los despejos  
De su amigo infeliz, y al rey anciano  
Tendiendo al matador la inerme mano.  
Lidiando con los griegos campeones  
Se conoció á sí mismo de repente,  
Y distinguió las armas y escuadrones  
Que el tostado Memnon trajo de Oriente.  
Ve en fin á la pugnaz Pentésilena  
Llevar sus Amazonas aguerridas,  
De lunadas adargas defendidas,  
Adonde es más sangrienta la pelea;  
Y el no cortado pecho sujetando

Con una franja de oro, vá en las lides  
La tremenda doncella batallando  
Con los más beliciosos adalides.

Estaba del Dardánio enternecido  
En los cuadros el alma embelesada,  
Y al templo llega la elegante Dido,  
De jóvenes gallardos escoltada.  
Cual Dïana en la margen del Eurótas,  
O del Cinto en la altura, dirijiendo  
El coro de las Ninfas, se presenta;  
Y de cumbres cercanas y remotas  
Las festivas Oréades viniendo,  
La Diosa en medio su beldad ostenta:  
Con la aljaba en el hombro vá marchando;  
Y, del triunfo de su hija satisfecho,  
Al verla sobre todas descollando,  
Palpita alegre de Latona el pecho.  
Tal era Dido, tal aparecía  
En medio de su pueblo y activaba  
Las prodigiosas obras que algún dia  
Ilustrasen el reino que fundaba.  
Cercada de su guardia, al fin se sienta  
En un trono, á las puertas del santuario,  
Y bajo de la cúpula erigido:  
Dicta sus leyes á la turba atenta,  
Y equitativa impone al operario  
Llevadera labor, ó decidido  
Queda el duro trabajo por la suerte.  
Gran gentío se agolpa mientras tanto,

Y entre él Eneas acercarse advierte  
A Anteo, y á Serjesto, y á Cloanto,  
Y á varios Teucros, que la mar había  
Lanzado á otras orillas. La alegría  
Y el ansia de abrazarlos estimulan  
A los que densa nube protegía;  
Mas, dudosos y absortos, disimulan,  
Y entre el opaco velo se mantienen.  
Quieren antes saber á qué ribera  
Aportaron los suyos, y á qué vienen,  
Y qué suerte en Cartago les espera;  
Pues de cada bajel los principales,  
De la reina implorando la clemencia,  
Ya tocaban del templo los umbrales.

Admitidos al fin á su presencia,  
Permíteles hablar la excelsa Dido,  
Y el anciano Ilioneo, al pie del trono,  
Dijo en modesto pero firme tono :  
« O gran reina, á quien Jove ha concedido  
« Un imperio fundar, y que trajeras  
« Al yugo de la ley gentes tan fieras;  
« De la nación Troyana maltratada  
« En la tierra y el mar, escucha el ruego,  
« Y no consientas que enemigo fuego  
« Devore en tu ribera nuestra armada :  
« Hágate tu poder la salvadora  
« De la raza piadosa que te implora.  
« No hemos venido á provocar tu enojo,  
« Ni á devastar los Líbicos hogares,

« Para volver, cargados del despojo,  
« En infames bajeles á los mares ;  
« Que nuestra alma detesta la violencia,  
« Ni es propia de vencidos la insolencia,  
« Hay una tierra fértil, floreciente,  
« Que los Griegos Hespéria renombraron ;  
« Los antiguos Enotrios la habitaron,  
« Y la hicieron en armas prepotente :  
« Italo allí reinó, y ahora es fama  
« Que, por Italo, Italia se le llama.  
« Ibamos en su busca, y de repente  
« El funesto Orión la mar subleva.  
« Y el Austro, arrebatando los navíos,  
« Dispersos por el piélago nos lleva,  
« Fluctüando entre escollos y bajíos :  
« De su furia los pocos que salvamos  
« Náufragos á tus costas arribamos.  
« Mas ¿ qué linaje de hombres las habita ?  
« ¿ O dónde hay una ley que tal permita ?  
« No bien húmeda playa nos hospeda,  
« Y el vacilante pie la arena toca,  
« Hierro en mano la arena se nos veda,  
« Y á una bárbara lid se nos provoca.  
« Si este pueblo desprecia á los humanos,  
« Ni las mortales armas le intimidan,  
« Entienda que los Dioses soberanos  
« De lo justo y lo injusto no se olvidan.  
« Nuestro rey era Eneas; y si el Hado  
« De un varón tan piadoso, recto y fuerte,  
« El aliento conserva, y no ha bajado,

« A los lóbregos senos de la muerte,  
 « De habernos tu favor anticipado  
 « Nunca tendrás, oh reina, que dolerte.  
 « También es de la dárdana familia,  
 « Y domina ciudades populosas,  
 « Que son nuestras aliadas poderosas,  
 « El magnánimo Acertes en Sicilia.  
 « Deja que de las aguas retiremos  
 « La destrozada flota, y que en la selva  
 « Nos hagamos de mástiles y remos,  
 « Con que á las hondas reparada vuelva;  
 « Para volar á Italia placenteros,  
 « Si los Dioses propicios han querido  
 « Salvar á nuestro jefe y compañeros.  
 « Pero si tú en el ponto has perecido,  
 « Oh padre de tu pueblo, y no nos queda  
 « Ni la esperanza del amado Ascánio,  
 « Y á la tierra volver se nos conceda  
 « En donde Acéstes manda, y preparada  
 « Siempre hallarán los Frijios su morada. »

Terminado el discurso de Ilioneo,  
 En confuso rumor la Teucra gente  
 Mostró igual inquietud, igual deseo;  
 Mas, bajando los ojos indulgente,  
 « Dardánios, no temais (les dijo Dido):  
 « Dura es mi situación, mi imperio nuevo,  
 « Y de su costa, y límite estendido  
 « Solo á soldados la defensa debo  
 « Forzada confiar. Mas ¿quien ignora

« Los diez años de guerra asoladora,  
 « Y el nombre de Ilión? ¿la griega llama,  
 « El troyano valor y sacrificios,  
 « Y de Eneas los hechos y la fama?  
 « No somos tan incultos los fenicios,  
 « Ni tan lejos de mi y de mis vasallos.  
 « Ata el Sol á su carro sus caballos.  
 « Si á los campos quereis de los latinos,  
 « Do Saturno reinó, volver la prora,  
 « O buscar en los fines Ericinos  
 « La tierra amiga donde Acétes mora,  
 « Para cruzar el ponto los caminos  
 « Contad con mis auxilios desde ahora.  
 « Si preferís quedar en mis Estados,  
 « Esta ciudad es vuestra; en la ribera  
 « Descansen los bajeles maltratados;  
 « Que por Dido serán de igual manera  
 « El troyano y el tirio gobernados  
 « ¡Y ojalá á vuestro rey lanzado hubiera  
 « A estas orillas el furor del Noto!  
 « Pero al confin de Livia mas remoto  
 « Irán mis mensajeros al instante,  
 « Por si en pueblos ó selvas anda errante.»

Con tan dulces palabras animados,  
 Eneas y su bravo compañero  
 La nube de que estaban rodeados  
 Anhelaban romper; y asi primero  
 Exhorta Acátes de la Diosa al hijo:  
 « ¿No ves á tus amigos? ¿Ya no sabes:



« Que están, como tu madre lo predijo,  
 « Seguras en el puerto nuestras naves?  
 « Tan solamente falta el desgraciado  
 « A nuestra vista por el mar tragado.  
 « ¿Cual es tu mente ahora?»—Así decía,  
 « Y de pronto se rasga y desvanece  
 La oscura nube que á los dos cubría.  
 Eneas de improviso se aparece  
 Brillante en cuellos y hombros, y brillante,  
 Como es el de los Dioses, su semblante:  
 Porque Vénus con hálito divino  
 Le dió la lumbre de sus ojos bellos,  
 Y su color de rosa purpurino,  
 Y esplendor á su frente y sus cabellos.  
 En pulir el marfil así se emplea  
 Experta mano; y con adorno vario  
 Así el oro finísimo hermosea  
 La lámina de plata, el mármol Pário.  
 El, á la muchedumbre circunstante,  
 « Si buscabais á Eneas el troyano,  
 « No te ha tragado el piélagó Africano:  
 « Miradle, dijo: le teneis delante;»  
 « Y luego, vuelto á Dido con blandura,  
 « ¡Oh tú, la sola que piadosa miras  
 « De Troya la inefable desventura?  
 « ¡Tú, que á víctimas tristes de las iras  
 « Del griego y de la mar, de tierra y ciclo,  
 « Cuando más desvalidos nos hallamos,  
 « Das asilo y morada en este suelo!  
 « Ni los que ahora tu favor logramos,

« Ni todo cuanto Teucro está disperso  
 « En la vasta extensión del universo,  
 « A pagar tus bondades alcanzamos.  
 « Si es juez de las acciones la conciencia,  
 « Si hay justicia en los hombres, y benigno  
 « Recompensa algún númen la clemencia,  
 « Te espera, Dido, el galardón más digno.  
 « Dichoso el padre á quien el ser debiste!  
 « ¡Afortunado el siglo que naciste!  
 « Mientras que corran á la mar los rios,  
 « Sustente el cielo la sidérea lumbre,  
 « Y caiga larga sombra de alta cumbre,  
 « Do quier me lleven los destinos mios,  
 « Haré vivir en inmortal memoria  
 « Tu nombre, tus virtudes y tu gloria.»  
 Vuélvese á sus amigos, dicho aquesto,  
 Y sus amantes brazos abre al cabo  
 Al facundo Ilioneo y á Seresto,  
 Y al bravo Jias y á Clöanto el bravo.

Después que absorta la Sidónia Dido  
 Contempló de tal héroe la presencia,  
 « ¿De qué Númen, le dijo, la inclemencia  
 « De peligro en peligro te ha traído?  
 « ¿Quién, hijo de la Diosa, quien creyera  
 « Verte por los destinos impelido  
 « Del Africa á la bárbara ribera?  
 « ¿Con que eres el Eneas afamado,  
 « Que á la margen del Frijio Simoente

Por el dardáneo Anquises engendrado,  
Nació del alma Vénus? Bien presente  
« En la memoria tengo todavía  
« Que cuando, á fuerzas de armas, á su mando.  
« Belo la opima Chípree sometía,  
« Vino Teucro á Sidón; solicitando,  
« Expulso de su patria Salamina,  
« Con el auxilio de mi padre Belo,  
« Otro imperio fundar en otro suelo.  
« Desde entonces de Troya la ruina,  
« Tus gloriosas hazañas y tu fama  
« Supe, y los nombres que la Grecia aclama.  
« Aunque de los troyanos enemigo,  
« Teucro con gran loor los ensalzaba,  
« Y de ser de su stirpe blasonaba.  
« Ea, jóvenes, pues; venid conmigo,  
« Y yo os daré hospedaje en mis mansiones.  
« Antes que me trajese á estas regiones  
« Una suerte á la vuestra semejante,  
« También me he visto perseguida, errante,  
« Y mi propia desgracia me ha enseñado  
« A tener compasión del desgraciado.»

No bien de esta manera hablado había,  
Conduce á Eneas al palacio regio,  
Mandando que en los templos aquel día  
Se celebrara con honor egregio;  
Y al mismo tiempo providente ordena  
Que del héroe á los tristes compañeros,  
Que estaban de las playas en la arena,



Se envíen cien ovejas, cien corderos,  
Cien cuerpos de cerdosos animales,  
Y alegre don de Baco, y veinte erales.

Entretanto el espléndido convite  
Con pompa en el palacio se prepara:  
Brillan tapetes en que el arte rara  
Con la soberbia púrpura compite;  
Y en las mesas los vasos cincelados,  
Donde en oro y en plata han esculpido  
La serie de los hechos señalados  
De los abuelos ínclitos de Dido.

Inquieto empero por su tierno Ascánio,  
Y cuidadoso él únicamente,  
A las naves del príncipe Dardánio  
Manda que vaya Acátés diligente,  
Y con el hijo le conduzca luego  
Preciadas galas que el troyano fuego  
No alcanzó á devorar; un rico manto  
Cubierto de pomposa argentería,  
Y un velo en cuyas orlas estendía  
Sus vástagos floridos el acanto:  
Pasmoso don, que á la venusta Elena  
Hizo su madre Leda, y que la ornaba  
El triste día en que á la Teucra arena  
Y al adúltero tálamo llegaba.  
A estos presentes agregar dispone  
El magnífico cetro que Ilione,  
Hija mayor de Príamo, ostentaba,  
Y su collar de perlas primoroso,

Y la régia corona en que lucía  
Doblado cerco de oro y pedrería.

Mientras á los bajeles presuroso  
El fiel Acátés vá, con nueva idea  
Forma nuevo designio Cítrea,  
Y astuta determina que Cupido  
Transformado en Ascánio se presente,  
Y las preseas ofreciendo á Dido,  
La incendie toda con su llama ardiente;  
Porque teme el dobléz y la inconstancia  
Del Fenício versátil y doloso,  
Y de Juno la atroz perseverancia  
En la noche perturba su reposo.  
Llamó, pues al amor, y así le dijo:  
« O tú, mi sola fuerza, amado hijo,  
« Yo imploro tu poder, y á ti me acojo,  
« A quien no aterra el brazo fulminante,  
« Que, armado de sus dardos, en su enojo  
« Contra Tifeo levantó el tonante.  
Ya has visto que de Juno el odio impío  
Trae á tu hermano Eneas maltratado  
De un mar en otro mar, y te ha causado  
Muchas veces dolor el dolor mio.  
« Hoy Dido en su palacio le ha hospedado,  
« Al parecer benigna y obsequiosa;  
« Pero me tiene inquieta y recelosa;  
« Ver á tu hermano en la ciudad de Juno,  
« Y temo que aproveche rencorosa  
« Un tiempo de dañar tan oportuno.

« Conviene anticiparse en el instante,  
« Y encender en la reina tanto fuego,  
« Que ninguna potencia baste luego  
« A poderle apagar, y en adelante  
« Ame cual yo á mi Eneas: oye el modo  
« De poder conseguir mi intento todo.  
« Ascánio, de mi amor la prenda cara,  
« Llamado de su padre, un don preciado,  
« Por la llama y las ondas respetado,  
« A llevar á Cartago se prepara.  
« Yo en mi regazo le alzaré dormido,  
« Y, sin turbar su plácido reposo,  
« Volaré de la Italia al bosque umbroso,  
« O le tendré en Citéres escondido;  
« Para que nada sepa, nada tema,  
« Y no pueda impedir mi estratagema.  
« Niño eres tú, y él niño, tu semblante  
« Cambia esta sola noche por el suyo;  
« Y cuando, en medio del festín brillante,  
« De Dido el dulce lábio toque el tuyo,  
« Y te estreche en sus brazos cariñosa,  
« Reclinándote á veces en su seno,  
« Devórala con llama silenciosa,  
« Y derrama en su pecho tu veneno. »

Alegre y dócil de su madre el ruego,  
Entrambas alas el amor se quita,  
Y anda, y en el andar á Julio imita,  
Y á obedecer á Vénus parte luego.  
Ella entonces un sueño regalado

Vierte en los miembros de su nieto amado,  
Y al aire rapidísima se entrega :  
Abrazada con él á Itália llega,  
Y á la sombra le deja sosegado,  
Respirando aromáticos olores  
En un lecho de amáraco y de flores.  
Por Acátes en tanto conducido  
Y llevando las dádivas reales,  
Obediente á su madre, iba Cupido,  
Al llegar de la reina á los umbrales,  
Ella, cubierta de oro ya ocupaba  
Un sitial en el centro colocado.  
De recamada tela entapizado,  
Y que el dosel soberbio coronaba.

Eneas y los próceres troyanos  
Sobre lechos de púrpura se sientan ;  
Y mientras unos pajes en sus manos  
Vierten la linfa pura ; otros presentan  
En el trenzado mimbre el don de Céres,  
Y desplegan tejidos de albo lino,  
Cincuenta son las hábiles mujeres  
Que en lo interior preparan los manjares,  
E incienso queman, en honor divino,  
Ante los simulacros de los Lares ;  
Y de viandas, de copas y de vino  
Cubren la rica mesa cien doncellas,  
Y cien ministros, jóvenes como ellas.  
Al alegre palacio apresurados  
Tambien los nobles Tirios se encaminan

Y, al pomposo banquete convidados,  
En bordadas alfombras se reclinan.  
Ya contemplan las dádivas de Eneas,  
Ya del flagrante Ascánio la figura,  
Y el razonar fingido y la hermosura;  
Y se admiran del niño y las preseas,  
Y del manto, y del velo guarnecido  
De acanto con el vástago florido.  
Pero la triste reina, destinada  
De una pasión funesta á los horrores,  
Sin cesar mira y arde: sus ardores  
Del fraudulento Dios cada mirada  
Redobla, y la conmueven igualmente  
Cupido y el magnífico presente.  
Después que, asido al cuello, y abrazado  
Con el supuesto padre el falso niño,  
Lo dejó que agotara alucinado  
En ósculos y halagos su cariño,  
A la infeliz el pérfido se llega.  
Ella con toda su alma la acaricia,  
Abrazarle, mirarle es su delicia,  
Y algunas veces, inocente y ciega,  
Le reclina en su seno: ¡miserable!  
Que no sabe que Dios tan formidable  
Como un instante en su regazo juega!  
El, de Vénus la trana recordando,  
Las antiguas memorias de Siqueo  
En Dido poco á poco fué borrando,  
Y con nueva pasión, nuevo deseo,  
Trastorna un pecho que tranquilo estaba,  
Y desde largo tiempo ya no amaba.



De la mesa las viandas levantaron,  
Y grandes copas de esquisito vino  
Con guirnaldas de flores coronaron.  
Del placer con el grito repentino  
Resonaron los átrios y salones,  
Y luminosas lámparas ardiendo  
Penden de los dorados artesones,  
Las tinieblas en día convirtiendo.  
Un vaso de oro y perlas esplendentes,  
Desde el antiguo Belo, usado habían  
De la reina los claros ascendientes,  
Cuando las libaciones ofrecían :  
Dido llenarle manda ; las sonoras  
Voces que henchian el palacio todo  
Cesan al punto, y habla de este modo :  
« Jove, autor de las leyes protectoras  
« De la hospitalidad, haz que este día.  
« A Tirios y Troyanos fausto sea ;  
« Ni su memoria perecer se vea.  
« Ven, oh Baco, dador de la alegría,  
« Oh Juno, ven, y tu favor nos presta ;  
« Y vosotros, oh Tirios, á porfía  
« Solemnizad tan memorable fiesta ».  
Dice, y derrama del licor precioso  
Una parte en la mesa. La debida  
Libación á los Dioses ofrecida,  
De la taza de néctar espumoso  
El borde apenas con el labio toca ;  
Luego la alarga á Bicias, y á que beba

Ella misma festiva le provoca.  
Con ambas manos á los labios lleva  
El ancho vaso el prócer, y, sediento,  
Hasta el fondo le apura en el momento.  
Síguele la nobleza placentera;  
Y entretanto repite en sus canciones  
Iópas el de la larga cabellera,  
Al son del arpa de oro, las lecciones  
Que en otros tiempos enseñaba Atlante;  
Los eclipses del sol, la luna errante,  
Y el rayo y lluvias; de hombres y animales  
El origen primero; las dos Osas,  
Y el Arturo y los Híadas pluviosas:  
Por qué causas los soles invernales  
A bañarse en las ondas se apresuren,  
Y las frías noches tanto duren.  
Sus cantares los Tirios celebraron,  
Y el aplauso los Teucros redoblaron.

También Dido, la noche entreteniéndola,  
Con Eneas incauta discurría,  
Y largo amor la mísera bebía,  
Mil preguntas sobre Héctor repitiendo,  
Sobre Priamo mil. Ya deseaba  
Saber de cuales armas revestido  
El hijo de la aurora había venido,  
Ya cuan tremendo Aquíles batallaba,  
Ya el motivo fatal porque se hicieron  
Famosos los caballos de Diomédes.  
« Dime, huesped, en fin, todas las redes

Que á los fuertes de Pérgano tendieron  
Los Griegos, tan fecundos en ardidés:  
Cuenta el estrago de las Teucras lides,  
Y dí tus aventuras singulares;  
Pues desde que te lleva el Hado impío  
Vagando por las tierras y los mares,  
Ya ha vuelto siete veces el estío ».

## A LOS GENERALES

DE LOS EJÉRCITOS UNIDOS DE CHILE Y DE LOS ANDES  
 D. JOSÉ DE SAN MARTÍN Y D. ANTONIO GONZÁLEZ  
 BALCARCE.

## CANTO \*

Amados de Caliope, hijos de Febo,  
 Del Parnaso en las cimas educados;  
 Perdonad si los cantos elevados  
 De vuestra lira á interrumpir me atrevo.

Lo se, lo se; no debo (1)

Mover el labio osado. (2)

---

\* Está incluido en la Colección, pág. 100—firmada.

Está en la Lira, pág. 142; sin firma.

En la edición de las Poesías de Dn. J. C. Varela, hecha el año 1879, está esta composición con el siguiente título: «En elogio de los señores generales D. José de San Martín y D. Antonio Balcarce, por el triunfo de nuestras armas á su mando, en los llanos del río Maypo, el 5 de Abril de 1818» y está precedida de la siguiente nota: «En el canto que va á leerse también se hace mención de la célebre batalla de Chacabuco. Cuando el se escribió, por insinuación de personas inmediatas al Gobierno, ya todos los peetas de Buenos Aires habian celebrado, de un modo digno, la victoria de Maypo. Parece que la autoridad deseaba entonces ensalzar el mérito del Sr. Balcarce, que contribuyó no poco á este triunfo, y cuyo mérito habian olvidado nuestros poetas. De todos modos, esta composición, y la que la precede, son, á mi parecer, las que necesitan más indulgencia entre las mías.»

En este volumen, cuya publicación fué preparada por el mismo Sr. Varela, esta composición aparece bastante cambiada; y como en la advertencia con que lo prologa dice que solo reconocerá por suyas á las que allí se hallan, tal como están, hemos hecho llamada en cada caso sobre los versos de la composición primitiva para presentar de ese modo la obra poética completa.

Estas modificaciones son las siguientes:

(1) Sé que pulsar no debo

(2) La pobre lira mía;

- Empero ¿á quién es dado (3)  
 El ardor refrenar que el pecho inflama?  
 Veo dos héroes; sus renombres solo (4)  
 Entusiasmo me dan, penden mi llama, (5)  
 Son mi genio, mi númen, y mi Apolo. (6)
- San Martín y Balcarce; dos guerreros  
 Cuales la Fama no cantó hasta ahora, (7)  
 Cuales ni cantará su voz sonora (8)  
 En el voltear de siglos venideros (9)  
 Temblad, temblad iberos;  
 Vuestro fin se aproxima,  
 Que San Martín la cima  
 De montes, que su frente han escondido  
 En las regiones donde el trueno rueda,  
 Amenaza escalas, y confundido, (10)  
 Si lo ejecuta, vuestro orgullo queda (11)
- Quedará vuestro orgullo. En movimiento (12)  
 Ya sus falanges van; la falda pisan, (13)  
 Y la altura también; de allí divisan  
 En Chacabuco un pabellón al viento. (14)

- 
- (3) ¿Más que podrá este día.  
 (4) Veo dos héroes, su renombre soló  
 (5) Del entusiasmo la sagrada llama  
 (6) Enciende, y siento que me inspira Apolo.  
 (7) A quienes justa nuestra edad aclama,  
 (8) Y cuyos hechos cantará la Fama  
 (9) En la serie de siglos venideros.  
 (10) Amenaza escalar, y destruido,  
 (11) Si lo ejecuta. vuestro imperio queda.  
 (12) Quedará vuestro imperio: en movimiento  
 (13) Ya las falanges van; la falda pisan  
 (14) En Chacabuco una bandera al viento.

« Del hispano sangriento	(15)
« Es la bandera,» gritan:	(16)
Sobre él se precipitan,	(17)
Y rayos lanzan, y el cañón retumba;	(18)
En el avance los alfanges vibran;	(19)
En la cuesta el tirano halló su tumba,	
Y á Chile triste las legiones libran.	

El venerando Maypo, que, en la hondura	
Por sus puros cristales retirado,	
Por tres siglos lloraba inconsolado	(20)
Del suelo que regó la suerte dura,	(21)
De su mansión oscura	.
El ruido oyó de guerra,	(22)
Y, cuando más se aterra,	(23)
Siente el volar de la veloce Fama	(24)
Que á San Martín cantaba sonora.	(25)
Alegre entonces su Náyades llama,	(26)
Y sobre el agua alzó su faz rugosa.	

- 
- (15) Como huracán violento,  
 (16) Que brama en la alta sierra,  
 (17) Son hijos de la guerra  
 (18) Fieros se lanzan; el cañon retumba,  
 (19) Y ellos la espada fulminante vibran:  
 (20) Era un río sin fama, destinado  
 (21) A dar inútil riego á una llanura,  
 (22) Oyó el clamor guerrero,  
 (23) Y oyó el grito primero  
 (24) Que, al desplegar sus alas, dió la Fama,  
 (25) A San Martín cantando sonora  
 (26) Alegre entonces á sus Ninfas llama,

- Las convocó, y les dijo: « Yo sabía (27)  
 « Que tras mucho tronar del tiempo alado (28)  
 « Era de haber un día, en que arruinado (29)  
 « Chile el imperio ibérico vería; (30)  
     « Y que al fin la energía (31)  
     « De un hijo de la guerra, (32)  
     « Desde la opuesta tierra  
 « Mole inmensa de montes traspasando,  
 « Vendría hacia nosotros, y en un día (33)  
 « Siglos y siglos de maldad vengando,  
 « Al cruel cetro de hierro fin daría. (34)
- « Su nombre allá en el libro de los hados  
 « Con carácter de fuego escrito estaba; (35)  
 « Jove empero su nombre reservaba  
 « Y los días al triunfo señalados : (36)  
     — Cuando veais que encontrados (37)  
     (Dijo el Tonante un día)  
     — En la alta serranía  
 — Ejércitos batallen, sangre corra,  
 — Vague muerte sin fin, la Fama cante,

---

(27) Convocólas, y dijo: «Yo esperaba  
 (28) «Que era de haber un día en que este imperio  
 (29) «Al déspota feroz de otro hemisferio  
 (30) «No soy tuyo dijera. Escrito estaba  
 (31) «Que á esta región esclava  
 (32) «Un genio de la guerra,  
 (33) «Vendría victorioso; y en un día  
 (34) «El oprobioso yugo rompería.  
 (35) «En páginas de luz escrito estaba:  
 (36) «Y los tiempos al triunfo señalados.  
 (37) «Cuando sea que osados

- Llegó á Chile el momento en que socorra (38)  
 —Su aciago suelo el Argentino Atlante (39)
- « Hoy en la cuesta yo sentí fragores;  
 « En Chacabuco las cavernas roncás  
 « Del monte retumbaron; voces broncas  
 « Cuales de muertes escuche, y horrores. (40)  
   « En después, los clamores (41)  
   « De la Fama se oyeron:  
   « San Martín, repitieron,  
 « *San Martín es el héroe: Chile vive:*  
 « Me alzo yo entonces; de la cuesta veo (42)  
 « Sangre correr que el llano la recibe, (43)  
 « Y del campeón en manos el trofeo. (44)
- « Pero no se acabó: ¿Veis estos llanos  
 « Delicia un día de Araucana gente?  
 « ¿Los veis que yermos, del arado el diente (45)  
 « Sentido no han, ni laboriosas manos?  
   « Sepulcro de tiranos  
   « A ser vendrán un día;  
   « La ibera sangre impía  
 « Dará fertilidad á mis llanuras:  
 « Pasarán pocos soles, y otra escena, (46)

- 
- (38) Llegó el feliz momento en que socorra  
 (39) Al araucano el adalid triunfante.  
 (40) « Escuché de feroces contendores;  
 (41) « Y después los clamores  
 (42) « Me alzo yo entonces, y en la cumbre veo  
 (43) « Al capitán ilustre, que recibe  
 (44) « De manos de Mavorte el gran trofeo.  
 (45) « ¿Veis los que, yermos, del arado el diente  
 (46) « Un nuevo atleta pisará mi arena,



- « Otro Marte mayor, lides más duras (47)  
 « Aquí, aquí ha de ver con faz serena. (48)
- « El héroe San Martín á otro héroe llama, (49)  
 « A otro Dios de combates, animado (50)  
 « De venganza y honor; su pecho osado (51)  
 « Abriga de honradez inmensa llama: (52)  
   « Su corazón inflama (53)  
   « El amor de su suelo: (54)  
   « Y bien que el negro velo (55)  
 « De la envidia mordaz y roedora (56)  
 « Quiso un tiempo encubrir tanta nobleza, (57)  
 Balcarce en su alma la virtud adora, (58)  
 « Y á nadie cede, ni cedió en grandeza. (59)
- « Balcarce llegará. ¡Presagio cierto! (60)  
 « Mas ¡presagio maléfico al tirano (61)  
 « Que aumentando su hueste en Talcahuano, (62)  
 « Ruinas medita de placer cubierto! (63)  
   « Sus naves en el puerto (64)  
   « Ejército vomitan, (65)  
   « Que á morir precipitan (66)

---

(47) « Y otro Marte mayor, lides más duras

(48) « Entonces he de ver con faz serena

(49 á 59) (Suprimidos)

(60) « Balcarce llegaba: mi vaticinio

(61) « Es funesto y cruel para el tirano,

(62) « Que ostenta su poder en Talcahuano,

(63) « Y ha jurado de Chile el exterminio.

(64) « En vano á su dominio

(65) « Ya sujetar intenta

(66) « A una nación que cuenta

- « Jefes soberbios, en soberbia fiados. (67)  
 « San Martín y Balcarce en mi llanura (68)  
 « Guerrearán, vencerán mas esforzados, (69)  
 « Y patria entonces vivirá segura » (70)

- Así predijo el venerando Río.  
 Luego á la capital su blanca frente  
 Revuelve, vé, y aumenta de repente (71)  
 Con llanto de placer su raudal frío.  
     Las Ninfas el impío (72)  
     Dolor de ver su suelo (73)  
     Al luto, al lloro, al duelo (74)  
 Tres siglos entregado, depusieron; (75)  
 Por la orilla un momento divagaron; (76)  
 Y del Dios á una seña se volvieron, (77)  
 Y con el dios al fondo se tornaron. (78)

En tanto el primer héroe, que gozosa  
 La madre patria en sus anales cuenta,  
 En Santiago, ya libre, se presenta,  
 Mas no en Santiago su valor reposa.

- 
- (67) • Con la ayuda de genios denodados  
 (68) • Los libres triunfarán; y en mi llanura  
 (69) • Los monumentos á su gloria alzados,  
 (70) Dirán sus triunfos á la edad futura.  
 (71) Vuelve, mira, y aumenta de repente  
 (72) Cesó el dolor impío  
 (73) De las Náyades bellas,  
 (74) Y en vez de sus querellas,  
 (75) Los écos sus cantares repetían.  
 (76) Por la orilla festivos divagaron,  
 (77) Y, á una seña del Dios que obedecían,  
 (78) Con el Dios á las ondas retornaron.

La legión animosa  
De nuevo al campo guía,  
Y raya al fin el día

En que el nuevo campeón se hace presente: (79)  
Ambos ansiaban por mayor victoria, (80)  
Y ambos conducen belicosa gente (81)  
A do se cubra de más alta gloria.

El tirano también, que en su honda mente (82)  
Horror solo, y horror, y horrores vuelve, (83)  
Vengativo á la marcha se resuelve, (84)  
Y la ejecuta en orden prontamente, (85)  
A Talca diligente (86)

Conduce los soldados,  
En Europa educados  
En arrastrar el carro de Mavorte,  
Y afrontar mil de veces mil de muertes;  
Aquí esperanzas de su avara corte,  
Como allá azote de los Galos fuertes.

A Talca llegan de soberbia henchidos, (87)  
La planta fijan, y en furor aguardan (88)  
A los guerreros que á su enojo tardan,

---

(79) En que se muestra el campeón ausente

(80) Ansiaban ambos la postrer victoria,

(81) Y ambos conducen la aguerrida gente

(82) El tirano también, que, rencoroso,

(83) De Chacabuco la pasada afrenta

(84) Lavar en sangre americana intenta,

(85) Y de nuevo imponer su yugo odioso,

(86) A Talca presuroso

(87) Con sus antiguos triunfos engreídos

(88) A Talca llegan, y en furor aguardan

- Y que ven ya en idea confundidos. (89)  
 Al fin los escogidos (90)  
 Por patria á su defensa (91)  
 Ven repente la inmensa (92)  
 Muchedumbre enemiga; ronco suena (93)  
 El clarín y atambor; el jefe manda; (94)  
 Se suspende el marchar, y en faz serena (95)  
 Se espera el día de matanza infanda.
- Pero vino una noche, que Fortuna  
 Ya avergonzada la borró del año. (96)  
 ¡Noche de ruinas, y de espanto, y daño, (97)  
 Noche tremenda á Chile cual ninguna! (98)  
 De la traidora luna  
 Protegido el ibero  
 (Bien como tigre fiero. (99)  
 Que sin rugir se avanza hacia la presa) (100)  
 Se aproxima en silencio: nadie advierte; (101)  
 Y los patrios soldados en sorpresa  
 Circundados se ven de inmensa muerte.

---

(89) Y á quienes ven, sin pelear, vencidos.

(90) Los hijos escogidos

(91) De la patria entretanto

(92) Miraron sin espanto

(93) La muchedumbre inmensa: ronco suena

(94) El bélico clarín; el jefe manda,

(95) Las huestes paran, y con faz serena

(96) Avergonzada ya, borró del año;

(97) Noche de estragos y de horrible daño,

(98) Noche funesta á Chile cual ninguna,

(99) Cual suele tigre fiero

(100) De improviso caer sobre la presa

(101) Marcha en silencio, llega, nadie advierte,

No desmaya el valor; al arma corren (102)  
 Envueltos en asombro, pero en vano, (103)  
 Porque al plan meditado del tirano (104)  
 La imprevisión y el sobresalto acorren. (105)  
     Estos á aquel socorren (106)  
     Que es amigo juzgando; (107)  
     Y en confusión guerreando, (108)  
 Tal vez por los hispanos da la vida (109)  
 El que por acabarlos muerte busca; (110)  
 Esta ala vence, y á su vez vencida (111)  
 En sombra, en humo, en fuego más se ofusca. (112)

¡Héroes del canto mío! ¡Campeones  
 En quienes Chile su esperanza libra! (113)  
 ¿Vuestro acero esta noche no se vibra? (114)  
 ¿Impunemente morirán legiones?  
     Mañana los pendones  
     Del opresor de Lima,  
     El sol desde su cima (115)  
 ¿Flamear verá, en afrenta de su prole, (116)  
 Sobre montones mil de cuerpos muertos?  
 ¡Ah!, tanta vida en vano no se inmole;  
 Salvad los restos de pavor cubiertos.  
  
 Y los salvaron. San Martín sereno (117)

-----  
 (102 á 112—Suprimida)

(113) En quienes Chile tiene su esperanza!

(114) ¿No impedireis la bárbara matanza?

(115) Verá el sol de su cima

(116) Flamear, en afrenta de su prole,

(117) Y los salvaron. San Martín ajeno

\*

En medio del horror y del espanto; (118)  
 Balcarce, en quien el alma puede tanto, (119)  
 Sueltan sin rienda á su valor el freno; (120)  
     Mezclan su voz al trueno (121)  
     Del cañón que aún se escucha, (122)  
     Y en la terrible lucha (123)  
 De mil muertes por medio atravesando, (124)  
 La retirada ordenan al soldado,  
 Y su infortunio aquí y allí vengando, (125)  
 Dejan por fin el campo abandonado.

Al hispano lo dejan. Basta, Musa, (126)  
 De desastre y dolor: un día viene (127)  
 En el que Chile su destino tiene (128)  
 Para siempre fijado.—La difusa, (129)  
     Tropa que aquí confusa, (130)  
     Allá en pavor vagaba, (131)  
     Ya sobre Maypo acaba (132)  
 De reunirse de nuevo á la pelea. (133)  
*Venganza solo, y más venganza gritan;* (134)  
*Venganza solo su furor desea,* (135)  
 Y á la venganza sus jefes la concitan. (136)

---

(118) De vil temor á la Fortuna instable,  
 (119) Y Balcarce, y Las Heras indomable,  
 (120) Cual nunca ostentan su valor sereno.  
 (121) Se oye su voz cual trueno,  
 (122) Y con la diestra fuerte  
 (123) Repartiendo la muerte,  
 (124) Y abriendo entre la turba anchos caminos  
 (125) Y, cediendo un momento á los destinos,  
 (126 á 136) (Suprimida)

Su triunfo oscuro al anenigo ciega,  
 Y su ilusión acrece y su confianza;  
 Hacia los libres con furor avanza, (137)  
 Y marcha, y corre, y hasta Maypo llega; (138)  
     Su batalla despliega, (139)  
     Y de la guerra al grito  
     Desde el hondo Cocito  
 Muerte y discordia salen. De repente (140)  
 El silencio en clamor se ve mudado (141)  
 Uno al otro se mira el combatiente,  
 Y teme acaso y tiembla el más osado.

Mas dió el bronce la seña de matanza,  
 Y la patria legión en el momento (142)  
 Se desprende, cual rayo, de su asiento, (143)  
 Y al enemigo con furor avanza. . . . . (144)  
     No, Musa, no; no alcanza  
     El entusiasmo á tanto.  
     ¿Como podrá mi canto  
 Producir una imagen de aquel día  
 Por Jove á la venganza abandonado (145)  
 Y á los horrores de la guerra impía?  
 Cantelo, ó Musa, un genio más osado. (146)

---

(137) Hacia los libres denodado avanza,

(138) Y en el llano los ve que Maypo riega,

(139) Y marcha, y corre, y llega,

(140) Muerte y discordia acuden. De repente

(141) El clamor en silencio se ha mudado,

(142) Y las patrias legiones al momento

(143) Se desprenden cual rayo de su asiento,

(144) Que llegaron las horas de venganza.

(145) A la muerte por Jove abandonado,

(146) Cante otro genio lo que á mi no es dado.

El mío á los dos ínclitos varones	(147)
San Martín y Balcarce se convierte:	(148)
Pero ¡ay! que expuestos á tremenda muerte	(149)
A la frente se ven de las legiones.	(150)
No hay brillantes acciones,	(151)
No hay rasgo de venganza,	(152)
No hay ruina, no hay matanza	(153)
A que ellos no presidan. Los iberos	(154)
Los vieron con espanto batallando,	(155)
Los primeros lanzarse á los aceros,	(156)
Trofeos á trofeos aumentando.	
Aquí mezclados con la hispana gente	(157)
Sangre enemiga por doquier derraman;	(158)
Allá se vuelven; y su voz se siente,	(159)
Se siente apenas. y mil bronces braman.	(160)
Aquí al soldado inflaman	(161)
Que en la lucha se aterra;	(162)
De la pequeña sierra	(163)
Suben con sus falanges á la cumbre;	(164)
Al llano lanzan al hispano impío;	(165)
Y se distinguen de la muchedumbre	(166)
Solo por mas valor, por mayor brío.	(167)

---

(147) Mi voz á los dos ínclitos varones

(148) San Martín y Balcarce es consagrada:

(149) Ni yo diré la lucha encarnizada,

(150) Y el destrozo feroz de las legiones.

(151) Las brillantes acciones

(152) Y el estrago horroroso,

(153) Y el triunfo portentoso,

(154) Obra fué toda de ellos. Los iberos

(155) Los vieron con asombro, batallando,

(156) Cruzar por entre el plomo y los aceros

(157 á 167) (Suprimida)



Por tres veces la parca en la matanza,  
De los dos héroes el morir decreta,  
Y ya, ya al dar el golpe, los respeta (168)  
Y dirige á otra parte su venganza.

Al cabo la balanza  
Se inclinó de los hados:

Redoblan los soldados  
El coraje, el furor, la justa saña; (169)  
Sangre y más sangre por do quier se vierte;  
Y, donde antes guerreros de la España,  
Se ven miembros, y ruina, y nada, y muerte. (170)

Triunfamos: lo vió Febo, y afligiendo  
Los brutos de su carro, al occidente  
Baja; y al otro mundo hasta el oriente (171)  
Va el triunfo de sus hijos repitiendo. (172)

El sacro Maypo, viendo  
Su presagio acabado, (173)  
El curso refrenado (174)

Soltó de nuevo su linfa pura:  
*Vivid héroes, envidia de guerreros,*  
*Vivid siempre exclamó, que en mi llanura*  
*Supisteis dar sepulcro á los iberos.* (175)

- 
- (168) Y al descargar el golpe, los respeta,  
(169) El bélico furor, la justa saña:  
(170) Solo se ven despojos de la muerte.  
(171) Bajar y al viejo mundo hasta el oriente  
(172) El triunfo de sus hijos fué diciendo.  
(173) Su presagio cumplido  
(174) El curso reprimido  
(175) • Disteis sepulcro á mis tiranos fieros .

La América de allá de la alta sierra  
 Do un genio singular (1) la vió sentada,  
 Su faz de llanto en de placer mudada,  
 Se vió ya la Señora de la tierra.

¡Héroes! mi Musa cierra,  
 Cierra ya el labio osado.

La patria que ha logrado  
 Por vuestras manos la libertad y gloria, (177)  
 Sabrá premiar tan relevantes hechos, (178)  
 Sabrá inmortalizar vuestra memoria,  
 Mientras viviendo vais en nuestros pechos: (179)

Tú, digno jefe, tú que has consagrado  
 Al honor de la patria tu reposo,  
 Por cuyo influjo triunfo tan glorioso  
 Los héroes de mi canto han alcanzado;  
 Tú que eres del Estado  
 El poderoso Atlante,  
 Nunca será que cante  
 La Fama en las edades y naciones  
 Nuestro honor, nuestro triunfo, nuestra gloria  
 Sin que al sonar de sus aclamaciones  
 Del grande Pueyrredón no haga memoria.

---

(1) El autor del canto hecho á nombre de la Secretaría de Gobierno. «*Al vencedor de Mayo*», Dn. Estevan de Luca. (Nota del autor)

(176) Y la América allá en la erguida sierra

(177) Por vuestro esfuerzo, libertad y gloria,

(178) Y renombre y poder irresistible,

(179) En el marmol y bronce indestructible.

(180 á 190) (Suprimida)

## O D A \*

AL TRIUNFO DE NUESTRAS ARMAS EN MAIPO EL 5 DE  
ABRIL DE DE 1818

¿Era que Jove había  
Nuestro baldón eterno sancionado,  
Y que tornara un día  
Para siempre á la patria malhadado?  
¿O llanto y luto, asolación y muerte,  
Iban á ser el fin de nuestra suerte?

¿Y tanta, y tanta gloria  
En ocho años de afanes conseguida,  
Debió ser transitoria,  
Y gozada no bien, cuando perdida?  
El sud, ya libre, volvería al cabo  
Por la segunda vez á ser esclavo?

---

\* La colección pg. 82. «La Lira» pág. 174. La forma en que aparece en La Lira es la siguiente:

¿Era que Jove había  
Nuestro baldón eterno sancionado,  
Y que tornara un día  
Para siempre á la patria mal-hadado?  
¿Oh llanto y luto, asolación y muerte  
Debiera ser el fin de nuestra suerte?

Y tanta, y tanta gloria  
En ocho años de afanes conseguida  
¿Ser debió transitoria,  
Y gozada no bien, cuando perdida?  
El Sud ya libre ¿volvería al cabo  
Por la segunda vez á ser esclavo?

Los que en Maipo acabaron  
 Una noche tremenda así creyeron; (1)  
 Noche en que no lograron  
 Sobre los bravos que vencer quisieron,  
 Sino aumentar el fuego de venganza,  
 Y provocarlos á mayor matanza.

El campo sorprendido,  
 Nuestra hueste dispersa el hoste fiero  
 De sombras protegido,  
 Blandiendo impune el ominoso acero,  
 Y uno ú otro campeón dando á la muerte  
 Triunfamos, dijo, se fijó la suerte.

Como en Ilión el Griego  
 En noche infanda derramó su enojo,  
 Y en la sangre y el fuego

Los que en Maipo acabaron  
 Una noche tremenda si creyeron;  
 Noche en que no lograron  
 Sobre los bravos, que vencer quisieron,  
 Si no aumentar el fuego de venganza,  
 Y provocarlos á mayor matanza.

El campo sorprendido;  
 Nuestra hueste dispersa; el hoste fiero  
 De sombras protegido  
 Blandiendo impune el ominoso acero,  
 Y uno ú otro campeón dando á la muerte:  
 "Triunfamos, dijo: se fijó la suerte"

Como en Illión el Griego  
 En noche infausta derramó su enojo,  
 Y la sangre y el fuego

(1) La noche del 19 de Marzo fué sorprendido y disperso por las tropas españolas en Cancha Rayada el mismo ejército que pocos días después en los llanos de Maipo consiguió sobre ellos la victoria más grande y decisiva.

Se hundió de Troya hasta el postrer despojo  
Sin que exterminio tal venganza hubiera,  
Así pensó triunfar la audacia ibera.

Pero el jefe invencible  
A quien nunca abandona la victoria,  
Y en lance más terrible,  
A sus armas y á sí cubrió de gloria, (1)  
Hurta el momento á la fortuna ingrata,  
No duda de su triunfo, y lo dilata.

De la luna al amparo  
Con honor salva su dispersa gente:  
Y cuando Febo claro  
Se tornaba á esconder en occidente,  
Ve las huestes en trozos divididas,  
Por su jefe hácia Maipo conducidas.

---

Hundió de Troya hasta el postrer despojo,  
Sin que exterminio tal venganza hubiera;  
Así pensó triunfar la audacia ibera.

Pero el jefe invencible  
A quien nunca abandona la victoria,  
Y en lance más terrible  
A sus armas y á sí cubrió de gloria,  
Hurta el momento á la fortuna ingrata,  
No duda de su triunfo, y lo dilata.

De la luna al amparo  
Con honor salva su dispersa gente;  
Y cuando Febo claro  
Se tornaba á esconder en occidente,  
Ve las huestes, en trozos divididas,  
Por su jefe hacia Maipo conducidas.

(1) En el paso de los Andes y batalla de la cuesta de Chacabuco el 12 de Febrero de 1817, que dió la libertad á Chile.

Llegó, llegaron ellas;  
 Y San Martín exorta, increpa, enciende  
 Las cubiertas centellas  
 Del fuego patrio, que do quier se extiende.  
 Muerte ó gloria el soldado le asegura,  
 Y lo torna á jurar, y otra vez jura.

Tales disposiciones  
 El camino á los triunfos preparaban;  
 Y cuando los campeones  
 En la idea de gloria se gozaban,  
 Hélo allí el enemigo se descubre  
 Y la llanura inmensa erguido cubre.

Lo ven los inmortales;  
 El grito todos de victoria alzaron,  
 Y los filos fatales,  
 Los aceros de muerte prepararon,

---

Llegó, llegaron ellas,  
 Y San Martín exorta, increpa, enciende  
 Las cubiertas centellas  
 Del fuego patrio que do quier se extiende,  
 Muerte ó gloria el soldado allí asegura,  
 Y lo vuelve á jurar, y otra vez jura.

Tales disposiciones  
 El camino á la gloria preparaban;  
 Y cuando los campeones  
 En la idea del triunfo se gozaban,  
 Helo allí el enemigo se descubre,  
 Y la llanura inmensa erguido cubre.

Lo ven los inmortales;  
 El grito todos de victoria alzaron,  
 Y los filos fatales  
 Los aceros de muerte prepararon.

El tirano los mira, se acobarda,  
Y tras tres días otra noche aguarda. (1)

¿ Pero quien el deseo  
De venganza ó de muerte refrenaba?  
Precipitarse veo,  
(Cual torrente que un dique represaba,  
Lo rompe y todo arrasa) á nuestra gente  
Sobre la horda enemiga de repente.

A la altura montando,  
Rayos de guerra los iberos lanzan;  
Y bronces mil tronando,  
Reparten muertes por do quier alcanzan  
Pero el infante (2) en quien el Sud confía  
Solo en la punta de su acero fía.

El tirano los mira, se acobarda,  
Y tras tres días otra noche aguarda.

¿ Pero quien el deseo  
De venganza ó de muerte refrenaba?  
Precipitarse veo  
(Cual torrente que un dique represaba,  
Lo rompe y todo arrasa) á nuestra gente  
Sobre la horda enemiga de repente.

A la altura montando  
Rayos de guerras los iberos lanzan,  
Y bronces mil tronando  
Muertes reparten á do quier alcanzan:  
Pero el Infante (3) en quien el Sud confía  
Solo en la punta de su acero fía.

(1) El enemigo rehusó batirse tres días consecutivos, tal vez con la esperanza de lograr otra sorpresa, pero al cabo de ellos fué obligado á la acción por el pronto movimiento que hicieron sobre él nuestras fuerzas.

(2) Infante. En esta voz están comprendidos todos los cuerpos no montados.

(3) Están comprendidos en esta voz todos los cuerpos de infantería, artillería, y demás, no montados.

Huella cuerpos de amigos,  
 Que ¡venganza! al caer iban gritando:  
 Hacia los enemigos

Con más furia se acerca, y en llegando,  
 Mil arroyos de sangre de la altura  
 Hirviendo bajan hasta la llanura.

Bajan, y los hispanos,  
 Envueltos todos en desastre y muerte,  
 Procuran en los llanos  
 Algún recurso á su menguada suerte;  
 Y en los llanos su estrago los persigue,  
 Y muy más grande la matanza sigue.

No sigue, que allí empieza;  
 Porque el bruto á la guerra acostumbrado  
 Se lanza con braveza  
 Por el dragón invicto gobernado, (1)

Hollan cuerpos de amigos  
 Que, *venganza*, al caer iban gritando;  
 Hacia los enemigos  
 Con mas furia se acercan, y en llegando,  
 Mil arroyos de sangre de la altura  
 Hirviendo bajan hasta la llanura.

Bajan, y los hispanos  
 Envueltos todos en desastre y muerte,  
 Descienden á los llanos  
 A probar de sus armas nueva suerte;  
 Y en los llanos su estrago los persigue,  
 Y muy mas grande la matanza sigue.

No sigue; que allí empieza,  
 Porque el bruto á la guerra acostumbrado  
 Se lanza con braveza,  
 Por el dragón (2) invicto gobernado,

(1) Dragón. En esta voz están comprendidos todos los cuerpos montados.

(2) Están comprendidos en esta voz todos los cuerpos montados.



Y atropella, y derriba, y el guerrero  
Lleva la muerte á do llevó el acero.

¡Iberia! tus caudillos  
En la lid hasta entonces no domados,  
Dejaron los cuchillos  
De los libres del Sud ensangrentados:  
Resistir no fué dado: allí mordieron  
El suelo mismo do mandar quisieron.

San Martín los furores  
De sus bravos gobierna y acrecenta;  
Y él mismo los horrores  
De la guerra desprecia, y los aumenta,  
Si Marte mismo tal bravura viera,  
En Marte mismo algún pavor cupiera.

Cinco horas el hispano  
Disputa el campo y la tenaz victoria;

Y tropella y derriba; y el guerrero  
Manda la muerte á do mandó el acero

¡Iberia! Tus caudillos  
En la lid hasta entonces no domados,  
Al cuello los cuchillos  
De los libres del Sud vieron bajados:  
Resistir no fué dado: allí mordieron  
El suelo mismo do mandar quisieron.

San Martín los furores  
De sus bravos gobierna y acrecenta;  
El mismo los horrores  
De la guerra desprecia, y los aumenta.  
Si Marte mismo tal bravura viera,  
En Marte mismo algún pavor cupiera.

Cinco horas el hispano  
Disputa el campo, y la tenaz victoria;

Pero disputa en vano,  
 Pues Jove desde el solio de su gloria  
 Incliné del destino la balanza  
 Al lado de la patria sin mudanza.

Triunfamos. Vuestros nombres,  
 Balcarce, Quintana, Heras, Alvarado, (1)  
 Repetirán los hombres  
 Con respeto y ternura; y á igual grado  
 Caminareis al templo de la fama,  
 Que ya por todo, vuestro honor proclama.

Y vosotros, que muertos,  
 Porque fuera la patria libertada,  
 Fuisteis de honor cubiertos,

Pero disputa en vano,  
 Pues Jove desde el solio de su gloria  
 Incliné del destino la balanza  
 Al lado de la patria sin mudanza.

Triunfamos. Vuestros nombres  
 Balcarce, Quintana, Heras, Alvarado,  
 Repetirán los hombres  
 Con respeto y ternura; y á igual grado  
 Caminareis al templo de la Fama  
 Que ya por todo, vuestro honor proclama.

Tú, joven destinado  
 Para dictar empresas de momento,  
 Que tanto has cooperado  
 De la gloria de América al aumento;  
 Genio penetrador, ilustre Guido,  
 Te vive el suelo patrio agradecido.

Y vosotros, que muertos  
 Porque fuera la patria libertada,  
 Fuisteis de honor cubiertos,

(1) Jefes principales del ejército patrio.

Y vuestra sangre la dejó vengada,  
Recibid en tributo nuestro llanto,  
Y tan justo dolor suspenda el canto.

AL SR. CORONEL D. FEDERICO RAUCH  
EN EL REGRESO DE SU CAMPAÑA Á LOS BÁRBAROS. \*

Joven terrible, rayo de la guerra,  
Espanto del desierto,  
Cuando vuelves triunfante á nuestra tierra  
Del negro polvo de la lid cubierto,  
Te saluda la patria agradecida;  
Y la campaña rica,  
Que debe á tu valor su nueva vida,  
Tus claros hechos y tu honor publica.

Gloria al valiente Rauch! Suelo extranjero  
Su cuna vió mecer; del Rhin helado  
Fueron las aguas que bebió primero;  
Y amó la Libertad, y abandonado  
Con noble intrepidez á su destino,  
Vino por medio de la mar furiosa  
A defender las aras de la Diosa  
En la orilla feliz del Argentino.  
Desde entonces la espada fulminante,

---

Y vuestra sangre la dejó vengada;  
Recibid en tributo nuestro llanto,  
Mientras, dado al pesar, suspendo el canto.

\* En la edición de las poesías de J. C. Varela hecha en 1879, en la pág. 243 está esta composición con alteraciones y supresiones muy grandes.

En sostén de la patria que elegía,  
Cual hijo de la patria el más amante,  
El intrépido huesped se ceñía:  
Y mientras tanto el bárbaro indomable,  
El indio rudo, habitador del yermo,  
Con estrago espantable  
Por toda la comarca discurría,  
Y su rencor antiguo, inaplacable,  
De horfandad y miseria la cubría.

Tal como alguna vez de la montaña  
Se lanza á la llanura de repente  
Con estrépito horrísono el torrente,  
Y retiembla á lo lejos la campaña,  
Y arrebatan las ondas victoriosas  
El pastor, el ganado, la cabaña,  
Las mieses y las vides pampanosas;  
O como suele con silbido horrendo  
El huracán pasar, y donde pasa  
Todo se precipita con estruendo,  
Todo envuelve en su vortice y lo arrasa;  
El salvaje feroz no de otro modo  
En bandas tumultuosas se lanzaba  
Del fondo del desierto,  
Y nuestros ricos campos inundaba.  
A la piedad y á la ternura muerto  
Su corazón ferino, y abrazado  
De la sed de rapiña y de matanza,  
El brutal indio rudamente armado  
Del fuego, de la flecha y de la lanza,

Volaba en el alpedo caballo,  
Derramando á torrentes su venganza.  
A la pálida luz de opaca luna,  
Que vaga en la alta noche entre celajes,  
Arremetían sin barrera alguna  
Las sanguinarias hordas de salvajes;  
Y el hórrido alarido,  
La súbita algazara, interrumpían  
El sueño fermentado  
En que confiados en la paz, yacían  
Del campo los tranquilos moradores.  
Ese era el sueño precursor de muerte:  
¡Era el último sueño! Los amores  
De la esposa tal vez y las caricias  
Al lecho humilde de la humilde choza  
Lo hicieron descender entre delicias.  
¿Y despertará de él el miserable  
Para caer en brazos de la esposa  
Exánime, saugriento, moribundo,  
Verla insultar por un salvaje inmundo  
Con brutal osadía,  
Y espirar en tan bárbara agonía?  
Si; que ya el fuego estallador devora  
Los apacibles lares;  
Y el temblón viejo que abrigado mora  
Allá en los más recónditos hogares,  
Atravesado el descarnado pecho  
De saeta homicida,  
Lanzó el cansado aliento por la herida:  
Mientras que arrebató del casto lecho

A la intacta doncella  
 Otro bárbaro atroz, y la destina  
 Para esclava de torpe concubina,  
 Sin apiadarse al llanto de la bella.

¿Y tan crueles horrores,  
 Sin levantar la diestra al escarmiento,  
 Impunemente cometer dejamos?  
 La riqueza adquirida con sudores,  
 La población del campo y su ornamento,  
 Se destruye, se roba, ¿y no vengamos  
 El repetido ultraje  
 Sobre la vida del feroz salvaje?  
 ¡Que mengua! ¡Que vergüenza!—Rauch no pudo  
 Más tiempo tolerarla: concitando  
 Las huestes valerosas de su mando,  
 Juró humillar al bárbaro insolente,  
 Y descendió al desierto de repente.  
 Agil muy más que el indio, y atrevido  
 Como feroz aquel, pisa el soldado  
 El terreno hasta entonces oprimido  
 Solo de planta bárbara, y dejado  
 En inculta aridez—La turba impía,  
 Que arrebató en trofeo mil cautivas,  
 Entre alaridos, en lugar de vivas,  
 Entraba ya á la tosca toldería, (1)  
 Y de pingüé ganado rica presa  
 Entre sí dividía

---

(1) Este es el nombre que se da á las informes chozas de cuero en que habitan los salvajes. (Nota del autor)

Sin cuidado y temor. Mas la sorpresa  
Fué mayor que el placer, cuando improviso  
(Como en día sereno  
Suele estallar tal vez el ronco trueno),  
Sintieron á sus piés temblar la tierra  
Al repetido golpe de la planta  
Del cuadrúpedo, anigo de la guerra,  
Que furioso sobre ellos se adelanta;  
Y el jinete vibrando el limpio àcero,  
Y Rauch, de su legión á la cabeza,  
Arremeten con ímpetu más fiero,  
Con más estrago, con igual presteza,  
Que cuando el rayo las esferas hiende,  
Y cuanto encuentra su furor enciende.

¡ Pudo llevarse al fin el escarmiento  
A los inmensos llanos  
Que habitan los salvajes inhumanos!  
¡ A tanto alcanza el bélico ardimiento!  
Pudo llevarse al fin la vez primera;  
Y de playa extranjera  
Vino á las nuestras un guerrero experto,  
A exterminar la raza abominable  
De los tigres feroces del desierto.

Reliquias de la inmensa muchedumbre  
Escapan del estrago formidable  
Y escalan fugitivas la alta cumbre  
De la erguida montaña,  
Que domina soberbia la campaña.

En la fragosa altura  
Recobrados un tanto  
Del susto, del pavor y del espanto,  
Creyeron su existencia ya segura;  
E intentan la defensa nuevamente  
En tosco ardid de inusitada guerra,  
Cual el que allá, en la infancia de la tierra,  
La natura tal vez al combatiente  
Primero le enseñó: pero el valiente  
Que conducía Rauch á la victoria,  
Arredrarse no sabe,  
Ni abandona las sendas de la gloria.  
Con firme pié por la pendiente grave,  
De la cuesta fragosa  
La legión animosa  
Con el rayo en la mano se aproxima;  
Y mientras tanto desde la alta cima,  
Con estruendo espantoso despeñadas  
Ruedan moles inmensas por la sierra  
Al empuje del bárbaro arrojadas.  
Toda retumba en derredor la tierra  
Al impetuoso golpe de la roca  
Que en otra peña indestructible choca:  
Pero el fuerte soldado  
Entre la dura lluvia se avalanza,  
Y venciendo el peligro denodado,  
El plomo al cabo del mosquete lanza:  
Y luego, luego, en la enemiga altura  
Pone el pié vencedor, y largos bajan  
Los arroyos de sangre á la llanura.



Gloria al valiente Rauch! ¡Gloria á los bravos  
Que á tan heroica empresa lo siguieron!  
¡Redención á los míseros esclavos,  
Que tantos años en dolor gimieron!  
Y paz á la campaña! Su riqueza  
No será ya la presa  
Del ávido salvaje que asolaba  
Cuanto su furia bárbara encontraba!

---

¡Oh patria en que nací! Triunfos iguales  
Te darán prontamente  
Los que han ido á humillar al insolente  
Que profanó los campos orientales.  
Entonces se alzaré tu claro nombre  
Al cenit de la gloria,  
Y cuanto dure el hombre,  
Durará con respeto tu memoria.

## LA VICTORIA. COMPLETA

CONSEGUIDA POR EL GENERAL ORIENTAL DON JUAN ANTONIO LAVALLEJA, SOBRE LOS USURPADORES BRASILEROS EL DÍA 12 DE OCTUBRE DE 1825 EN EL LUGAR LLAMADO LA ORQUETA DEL SARANDI.

ODA \*

¡Pueblos oid! ¡Escarmentad tiranos!  
La venganza que toman las naciones  
De los que insultan sus sagradas leyes,  
Es la justicia que el Omnipotente  
Hace de los delitos de los reyes.  
La cadena de férreos eslabones  
Con que está siempre atado el viejo mundo  
Al pie de un insolente  
En silencio profundo,  
En una época horrible, y ya distante,  
Se tendió más acá del mar de Atlante.  
Un día se trozó; y el mismo día  
Se vió en los Cielos, aunque tarde, justos,  
Un letrero de lumbre que decía:  
«Los decretos augustos  
«Del único Señor de los humanos  
«Hacen libre la América por siempre,

---

\* Está en la Colección de Poesías patrióticas, pág. 293. No está en La Lira, ni ha sido incluida en el tomo de las Poesías de J. de la C. Varela que se publicó en 1879, pero que él tenía preparado desde 1831.

«Y abandonan la Europa á los tiranos».  
¿Y el Brasil? ¿El Brasil como consiente  
Que en infame sitial, llamado trono,  
Un déspota lo insulte,  
Y en medio de la América se siente?  
Más ¡cómo consentir! Ya el trueno rueda  
En la cabeza del monarca intruso;  
Y en la Banda Oriental del rico río  
El rayo ya estalló! Bien corto queda,  
Bien corto tiempo; y el presagio mío  
Tendrá su cumplimiento.  
¡Hombres opresos! Recobrad aliento,  
Alzad, alzad las vengadoras manos;  
¡Pueblos, oid! ¡Escarmentad, tiranos!  
¡Día de salvación y complemento!  
Ya amaneciste en Sarandi! ¡Orientales!  
¡Qué génio os inspiró ¿Qué genio vino  
A escribir nuevamente los anales  
Del hombre libre, y su feliz destino,  
Con sangre de opresores?  
¿Con sangre destinada á una venganza,  
Por vosotros, humanos, no deseada,  
Por ellos, inhumanos, provocada?  
Helos ya bajo el filo.—¡Usurpadores!  
¿Dó está vuestro poder?—¿No era que un día,  
Cuando recién el gérmen se movía  
De abrasadora guerra,  
En el silencio de domada tierra,  
Vuestra faz altanera  
De sonrisa insultante se cubriera?

Probad, probad ahora  
Cuanto es de fulminante y vengadora  
La espada que alza el oriental valiente;  
Ved como sabe de laurel de triunfo  
Ceñir la enhiesta frente,  
Y vengarse con muertes á millares  
De un solo insulto á sus paternos lares.  
¡Abrete, historia, y muestra en que regiones,  
En que época del mundo, que naciones  
Presentaron jamás un grupo aislado,  
Desvalido, indefenso,  
De hombres que, atravesando un rio inmenso,  
Hasta la orilla opuesta se lanzaron,  
Y el fuerte grito de la guerra alzaron!  
Era su patria, aquella era su patria  
A esclavitud horrible condenada;  
Y á los americanos  
Ser patriotas les basta y ciudadanos,  
¡Oh querer eficaz del hombre libre!  
Ellos pisaron su natal orilla,  
El suelo patrio con dolor besaron,  
Y, al alzar la rodilla  
Que del eterno ante la faz doblaron,  
O pronta muerte, ó libertad juraron.

Todo el Oriente se inflamó al momento  
En el fuego sagrado  
Que libertad enciende.  
No lleva tan veloz el raudo viento  
En los estivos meses

La llama abrasadora, cuando prende  
En los secos despojos de las mieses:  
Y la lid empezó. ¿Pero, empezaba?  
¿No la veis acabar? ¡Cuánto sepulcro  
En Sarandí se ha abierto! ¡Un solo instante  
Vió las terribles haces opresoras  
Ufanas, engreídas,  
Y el mismo instante las miró perdidas!  
Así triunfaron los libres: al amago  
No puede distinguirse del estrago.  
¡Héroes! Si este renombre,  
Siempre dado al guerrero,  
Pero quizás no siempre verdadero,  
Ha sido alguna vez digno del hombre,  
Es hoy, cuando mi musa reverente  
De adulación ajena,  
Con él saluda, de entusiasmo llena,  
A los ínclitos hijos del Oriente.

## ¡AMOR! \*

## FRAGMENTO DE UN POEMA

.....

De un suspiro de Dios en el vacío  
Surgió el mundo brillante de esplendor;  
Y al ronco mar y al aquilón sombrío  
Al cielo, al aire, á la cascada, al río,  
A todo entonces animó el amor.

La tierra entre suspiros misteriosos  
Gimió á los besos del ardiente sol,  
Y anegándose en llantos voluptuosos  
Prendió á sus pechos bosques milagrosos  
Frutos eternos de su eterno amor.

Abrasadas las nubes se arrojaron  
En los brazos del férvido huracán,  
Y cuando ébrios de amor se entrelazaron,  
El rayo y los relámpagos brotaron,  
Y nació de ese amor la tempestad.

Las brisas fecundaron á las flores  
Engendrando el aroma embriagador;  
Y las perlas de pálidos colores  
Se formaron de llantos quemadores  
Que á las sirenas arrancó el amor.

---

\* Apareció en Marzo 19 1865.

Suspiraron de amor los ruiseñores  
La tierna abeja elaboró su miel,  
Y es fama que flotando entre vapores  
Vertiendo aromas y esparciendo flores  
Apareció ante el mundo la mujer.

¡La mujer! ¡Animada poesía,  
Misterioso poema de Jehová;  
Melancólica y viva melodía,  
Engendro de la luz y la armonía,  
Sagrado fuego de ignorado altar!

¡La mujer! ¡Creatura deliciosa  
Intermedio entre el ángel y la flor;  
Bello ser cuya vida vaporosa  
Se desliza fugaz y voluptuosa  
Entre besos y lágrimas de amor!

¡Ah, que el amor es fuego sin segundo  
Que tiene por altar la creación,  
Y que si inflama el corazón del mundo  
No estrañéis que al indómito Facundo  
También le haya quemado el corazón!

## EPÍGRAMAS

## I

Díle un beso á mi adorada  
Y me miró con sonrojos,  
Díle dos; cerró los ojos  
Y se cayó desmayada!  
Corrí exclamando: ¡Jesús!  
Cuando la misma enojada  
Me gritó:— Calla Juan Cruz,  
¿No ves la puerta cerrada?  
O no entiendes avestruz  
Lo que es estar desmayada!

## II

Con setenta años Vicente  
Ayer lo tentó el demonio,  
Y contrajo matrimonio  
Con una joven de veinte:  
Y ya hoy en el espejo  
Mira atenta su cabeza,  
Pues siente algo que le pesa..  
Pobre viejo! pobre viejo!



## III

Eres un cohete, mujer!  
 Le dijo á Pepa fray Diego —  
 ¿Sí? dijo esta. . . Señor lego,  
 Si soy cohete, ¿ cómo ayer  
 Apesar de vuestro fuego  
 No me pudiste encender!

## CANCIÓN \*

PARA LAS ALUMNAS DE LA ACADEMIA DE MÚSICA Y  
 CANTO 25 DE MAYO DE 1823

## CORO

*Venid, amadoras  
 De bella armonía  
 A cantar el día  
 De la libertad.*

Hoy fué que cambiaron  
 A impulso divino  
 Su triste destino  
 Los hijos del Sud:  
 Y sesenta lustros  
 De horrores sin cuento  
 Un solo momento  
 Borró de virtud.

---

\* Está en La Colección, pág. 32; firmada. No está en La Lira. En la edición de 1879: «Poesías» de J. C. Varela, en la pág. 191, ha sido incluida con bastantes alteraciones.

## CORO

El luciente padre  
De la luz y el verso  
Por el universo  
Tanto honor cantó:  
Y la fama al punto,  
Doblando su vuelo,  
De la tierra al cielo  
También lo llevó.

## CORO

Entonces su garra  
La fiera de España  
En la heroica hazaña:  
Volvió contra sí  
Y del león sañudo  
El feroz rugido  
Fué do quier temido,  
Despreciado aquí.

## CORO

Del hermano, el padre,  
El hijo, el esposo,  
El brazo nervioso,  
Entonces se armó:  
Y el llano, y el cerro,  
La arena, y la ola  
La sangre española  
Do quiera tiñó.

## CORO

La madre en las filas  
Abrazando al hijo,  
No vuelvas, le dijo,  
Sin gloria, y lloró.  
Y la tierna esposa  
Al joven guerrero  
Le ciñó el acero,  
Y un beso le dió.

## CORO

Así libertada,  
La domada tierra,  
Calló de la guerra,  
Al cabo el clarín.  
Y el fuego, y el humo,  
El rayo, el amago,  
La sangre, el estrago  
Cesaron al fin.

## CORO

Hoy el sol saluda  
Desde el alto cielo  
A su amado suelo  
Ya libre y en paz:  
Que los duros tiempos,  
En que era precisa  
Sangrienta divisa,  
No vuelvan jamás.

## CORO

Venid, entonemos,  
Virginales coros:  
Mirad los tesoros,  
Que nos da la paz:  
Mirad como vienen  
Por el mar profundo  
Los libres del mundo  
Al suelo feraz. .

## CORO

Venid y ciñamos  
Nuestra sien de rosa;  
No porque la hermosa  
Nunca esté mejor,  
Sí, porque llevemos,  
En honor del día  
Signos de alegría,  
Coronas de flor.

## CORO

Hoy nos vió la aurora  
Al nacer cantando,  
El sol en bajando  
Nos mire también:  
Pues ya de la patria  
Todo mal se aleja,  
Y el cielo nos deja  
Gozar tanto bien.

## Á LAFINUR \*

O Lafinur, tú pierdes  
Sensiblemente el tiempo,  
Revolviendo los libros  
De autores mil diversos,  
Y en pos de inútil ciencia  
Afanoso corriendo.  
De la filosofía  
Enseñando el sendero,  
A la Verdad conduces  
A tus jóvenes tiernos,  
Y toda tu ventura  
Consiste solo en eso.

Desengáñate: hubo  
Para mí cierto tiempo,  
En que también Minerva  
Me introdujo en su templo,  
Y subió en sus altares  
El humo de mi incienso.  
Entonces yo creía  
Que solo aqúeste empleo  
Era digno del hombre,  
Y me engañaba necio.

Porque, dime, querido,  
¿Qué te importa en efecto

---

\* Poesías de J. C. Varela, pág. 83. No está en la Lira, ni en La Colección.

Que el hombre solo piense  
A fuer del sentimiento,  
O que piense, movido  
De principio diverso?  
¿Qué te importa que, fijo  
El Sol, en medio cielo,  
Gire la Tierra en torno  
Por el espacio inmenso;  
O que, fija la Tierra,  
Gire en contorno Febo?  
¿Qué importan las distancias  
Que hay de Mercurio á Vénus,  
O de Marte á Saturno,  
O de Saturno al centro?  
Han de volar tus años,  
Y cuando el cano tiempo  
En tu cabeza blanca  
Ponga el pesado dedo,  
Dime ¿de tanta ciencia  
Qué ha de quedarte luego?  
Corta la Parca el hilo,  
Vas al sombrío reino,  
Y el que pasó la Estijia  
No vuelve del Averno  
A emplear de otro modo  
Los perdidos momentos.

Haz tu deber, amigo;  
Que si dió vida el cielo  
Al mortal desgraciado

Para que muera luego,  
El destino del hombre  
En amar está puesto;  
Y es instante vacío  
Y de ningún provecho,  
En el que no exhalamos  
Algún suspiro tierno.  
¿Conoces á mi Délia,  
A mi adorado dueño?  
Pues otra Délia busca,  
Querido amigo, luego.  
Como la mía nunca  
La encontrarás, es cierto;  
Pero Cupido sabe  
Herir también los pechos,  
Que, cuando están tocados  
De su divino fuego  
Toda querida es Diosa,  
Todo lo amado es bello.

Mírame á mí, encerrado  
Del gabinete en medio,  
Cercano á los que rigen  
La suerte de los pueblos,  
A do vine arrastrado  
Por un destino ciego;  
Esto, á que llaman dicha  
Los aspirantes necios,  
¿Piensas que satisface  
Ni aun el menor deseo,  
Cuando no se ha nacido

Con corazón de fierro?  
¡Ah, Lafinur! Te engañas;  
Dejo el palacio, y vuelo  
A los labios de Délia,  
Que me esperan sedientos;  
Y el sumo de las flores  
Que, con prolijo aseo,  
Las abejitas liban  
Para su miel, es menos  
Dulce que el dulce néctar  
Que de su boca bebo.

Esto solo es fortuna;  
Esto es vida ¡y si muero,  
Y recoge mi Délia  
Mi postrimer aliento,  
Me quedaré en sus brazos  
Como en un blando sueño!  
Que si hay memorias tiernas  
Allá en el hondo seno,  
Adonde todos vamos,  
De donde nadie ha vuelto,  
Yo, habitador tranquilo  
Del país de los muertos,  
Me acordaré de Délia,  
Y esperaré el momento  
De su hado inevitable,  
Para unirme de nuevo  
A la que, sombra entonces,  
No será amada menos.



Ea, querido amigo,  
 Aprovecha tu tiempo;  
 Que uno al otro los días  
 Se atropellan violentos,  
 Como si fuera largo  
 El plazo que tenemos

Á LA MUERTE DEL EXCMO. GENERAL  
 D. MANUEL BELGRANO \*

ACAECIDA EN BUENOS AIRES EN EL MES DE JUNIO DE 1820

Si á tu sed de destruir, muerte implacable,  
 Algún triunfo bastára,  
 Que colmase tu cólera insaciable  
 Y todos tus trofeos coronara,  
 ¿Cuál otro esperaría  
 El crudo afan de tu dureza impía?

---

\* La Colección pág. 325. La Lira Argentina, pág. 298.

Se publicó en hoja suelta, por la imprenta de la Independencia. En la Colec. de D. J. M. Gutiérrez existente en el Senado Nacional, hay un ejemplar. En las Poesías de J. C. Varela, ed. 1879, pág. 103, está esta composición, muy modificada, como sigue:

Si á tu poder fatal, muerte implacable,  
 Algún triunfo bastára,  
 Que llenase tu cólera insaciable,  
 Y todos sus trofeos coronára,  
 ¿Cuál otro esperarías,  
 Y cuando mayor llanto causarías?

¿ Con qué á Belgrano heriste y no temblaste?  
 ¿ O acaso, dí, olvidada  
 De su gloria y su mérito quedaste  
 Al levantar la diestra descarnada?  
 ¿ Cómo es que de tu mano  
 No cayó espedazado el hierro insano?

Pero ¡ ay! Yo se que tú, menospreciada  
 Por el héroe te vías  
 Mil veces en la lid ensangrentada:  
 Entonces de respeto no lo herias,  
 Y vuelta á otro guerrero  
 Cebabas tu despique carnicero.

Por eso tu venganza habias jurado,  
 Y traidora esperaste  
 Verlo en el lecho del dolor postrado;  
 Y aun allí, cuando el crimen consumaste,

---

¿ Con qué al fin á Belgrano nos robaste,  
 Y ciega y olvidada  
 De su gloria y su mérito quedaste,  
 Al levantar la diestra descarnada?  
 A una nación entera  
 Condena al llanto tu venganza fiera.

No heriste al adalid en tantos días  
 De mortandad horrible;  
 Al génio de la guerra en él veías  
 Que á respetarle te obligó invencible,  
 Y, vuelta á otro guerrero,  
 Cebabas tu desquite carnicero.

Para arrojarte al bárbaro atentado,  
 Alevosa esperaste  
 Verle en el lecho del dolor postrado;  
 Y aun allí, cuando el crimen consumaste,

Te azoró tu delito,  
Y te ocultaste horrenda en el Cocito.

Así es que, puestos en igual balanza  
El justo y el malvado,  
Todos víctimas son de igual venganza;  
Y, perdida una sombra, á nadie es dado  
Con el llanto y gemido  
Evocarla del reino del olvido.

Faltas, Belgrano, faltas; y á la tierra  
Que defendió tu espada,  
Todo lo que en túmulo se encierra,  
¿Quién podrá ya volver?—Abandonada  
La patria al desconsuelo  
La copa apura del furor del cielo.

---

Te azoró tu delito,  
Y te ocultaste horrenda en el Cocito.

Pero ¡ay! que, puestos en igual balanza  
El justo y el malvado,  
Todos víctimas son de igual venganza;  
Y, perdida una sombra, á nadie es dado  
Con el llanto y gemido  
Evocarla del reino del olvido.

Faltas, Belgrano, faltas: ¿y á la tierra,  
Que defendió tu espada,  
Todo lo que en tu túmulo se encierra (1)  
Quién podrá ya volver? (1) Abandonada  
La patria al desconsuelo,  
La copa apura del furor del cielo.

(1) Los dos versos aquí anotados son de Cien fuegos.

Y de furor sin fin. Al templo sacro  
 A la virtud alzado,  
 Ya no vá adorador. Su simulacro,  
 Por el crimen triunfante inacatado,  
 En trozo dividido  
 Cayó hasta el polvo en vilipendio hundido.

Quizá tu vida, como el éter pura,  
 A los días de duelo,  
 Y de luto, y de llanto, y de amargura  
 No es que debió llegar; y justo el cielo  
 Inmaturo te lleva  
 Do salve tu virtud de dura prueba.

La salvará, es verdad. Pero entretanto  
 ¿A quién sus ojos vuelve  
 La ya olvidada patria, entre el espanto

Y de furor sin fin. Al templo sacro,  
 A la virtud alzado,  
 Ya no vá adorador: su simulacro,  
 Por el crimen triunfante profanado,  
 En trozos dividido,  
 Cayó hasta el polvo, en vilipendio hundido (1)

Quizá tu vida, como el éter pura  
 A los días de duelo,  
 Y de desolación y de amargura,  
 No debiera llegar; y justo el cielo  
 Inmaturo te lleva  
 Do salve tu virtud de dura prueba.

La salvará, es verdad; pero entretanto  
 ¿A quien sus ojos vuelven  
 Los hijos de la patria, en el espanto

(1) No deberán extrañarse muchas expresiones y conceptos de esta composición, si se recuerda que el virtuoso General Belgrano murió en el período más crítico del desgraciado año 1820. Los mejores y más decididos patriotas desesperaban entonces de la salvación del país....

En que tu muerte y su aflicción la envuelve?  
 Héla ya desolada,  
 A enojosa viudez abandonada.

El valor, la virtud, ya sin modelo, (1)  
 No más serán seguidos,  
 Que el tesón incansable, el noble celo  
 En llenar los deberes distinguidos,  
 Y en cubrirse de gloria, (2)  
 Ya no es más que un tributo á tu memoria. (3)

¿Dó está la hueste que tu voz oía,  
 Y en quien patria libraba  
 Su esperanza y su honor? ¿La que algún día  
 La hueste de virtuosos se llamaba,  
 Y cuyo solo amago  
 Fué tanta vez al enemigo estrago? (4)

---

(1) El valor, y la honradez, ya sin modelo

(La Lira).

(2) Cubriéndose de gloria

(La Lira).

(3) No es mas ya que un tributo á tu memoria

(La Lira).

(4)—El reglado y virtuoso ejército del Perú; deteriorado, corrompido, y casi enteramente disuelto en el año 20. (Nota de la Colección)

En que tu muerte y su aflicción la envuelven?  
 Héla ya desolada,  
 Y á enojosa viudez abandonada.

La virtud, el valor, ya sin modelo,  
 No mas serán seguidos;  
 Que el tesón incansable, el noble celo  
 El llenar los deberes distinguidos,  
 No son más que memoria  
 Que han dejado tus hechos y tu gloria.

¿Dó está la hueste que tu voz oía,  
 Y que á la patria daba  
 Seguridad y honor? ¿La que algún día  
 Hueste de virtuosos se llamaba,  
 Y cuyo solo amago  
 Fué tanta vez al enemigo estrago?

No ya tu dedo mostrará el camino  
 Por dó seguir debía;  
 Ni sus triunfantes sienes el destino  
 Coronará, cual coronó algún día,  
 Cuando fiel á tu mando,  
 Del laurel á la sombra iba marchando.

Entonces fué su vencedora planta  
 A hollar el cerro erguido,  
 Que en Potosí opulento se levanta  
 De plata á un tiempo, y de codicia henchido, (1)  
 Y do quiera pisaba  
 Más glorias á más glorias aumentaba.

Ora sin jefes, sin virtud, sin freno  
 La obediencia perdida,  
 No más escucha de la guerra el trueno;  
 Que, en pequeñas reliquias dividida,

---

(1) De oro, y riquezas, y codicia henchido; (La Lira)

No ya tu dedo mostrará el camino,  
 Por do seguir debía;  
 Ni sus triunfantes sienes el destino  
 Coronará, cual coronó algún día,  
 Cuando, fiel á tu mando,  
 Del laurel á la sombra iba marchando.

Ora sin jefes, sin virtud, sin freno,  
 La obediencia perdida,  
 No mas escucha de la guerra el trueno;  
 Que, en pequeñas reliquias dividida,  
 Y acá y allá vagando,  
 Las banderas infiel va abandonando.

Por esto llora la virtud; y hoy día,  
 Que campos y ciudades,  
 Por la furia brutal de la anarquía,  
 Son teatro de sangre y de maldades,

Aquí y allí vagando,  
Sus banderas infiel va desertando.

Por esto llora la virtud, por esto  
Llora tu muerte Marte,  
Que mil de veces, el furor depuesto  
Supo entre mil de muertes escudarte: (1)  
Por esto sin consuelo  
La Patria su dolor levanta al cielo.

Levanta su dolor: la vista tiende  
A sus hijos queridos;  
Y cuando en ellos encontrar pretende  
Quien igualarte pueda, sus gemidos,  
Quizá sin esperanza,  
Otra vez y otra vez al cielo lanza.

Pero en vano: el camino de la Parca

---

(1) Supo en medio del riesgo respetarte; (La Lira)

La patria sin consuelo  
Su doliente clamor levanta al cielo.

Pero envano: el camino de la parca  
Nunca mas se atraviesa,  
Y á una sombra el Aqueronte abarca,  
Nada es bastante á rescatar su presa:  
Que al reino del espanto,  
Ni penetra el clamor, ni llega el llanto.

Vosotros, genios, que en la fuente pura,  
Bebisteis de Hipocrene,  
Y á quienes, al cantar vuestra amargura,  
Acompaña llorosa Melpomene,  
¿Os negareis al canto  
En este día de común quebranto?

¿Será que nunca en metro doloroso

Nunca más se atraviesa ;  
 Y, si una sombra el Aqueronte abarca,  
 Nada es bastante á rescatar su presa ;  
 Que al reino del espanto  
 Ni penetra el clamor, ni llega el llanto.

Vosotros, génios, que en la fuente pura  
 Bebisteis de Hipocrene,  
 Y que, cuando cantais vuestra amargura,  
 Vuestro canto acompaña Melpomene,  
 ¿Será que en frío labio,  
 No vengueis de la Parca el crudo agravio?

¿Será qué nunca, en metro doloroso,  
 Alceis á las estrellas  
 El nombre del varón grande y virtuoso,  
 Que nunca supo separar sus huellas (1)  
 De la senda olvidada,  
 Por la virtud y el mérito trazada? (2)

---

(1) Que nunca quiso separar sus huellas (La Lira)

(2) Por el honor y el mérito trazada? (La Lira)

Alceis á las estrellas  
 El renombre del héroe virtuoso  
 Que nunca quiso abandonar las huellas,  
 Hoy de nadie trilladas,  
 Por la virtud el mérito estampadas?

No hagais que del honor triunfe el olvido  
 Tomad mi pobre lira,  
 Vuestro dolor la temple, y su sonido  
 Será digno del númen que os inspira,  
 Y del héroe la gloria  
 Durará eternamente en la memoria.

¡Oh jefes de los pueblos! A la frente  
 No estais de sus destinos  
 Para hacerlos gemir bárbaramente.  
 Belgrano os ha mostrado los caminos  
 Que llevan á la fama ;  
 Oid la voz que de su templo os llama..



No hagais que del honor triunfe el olvido, (1)  
 Tomad mi pobre lira,  
 Vuestro dolor la temple, y su sonido  
 Será digno del núnmen que os inspira,  
 Y del héroe la gloria  
 Hará durar eterna en la memoria.

¡ Oh jefes de los pueblos, que á su frente  
 Arbitrais su destino!  
 ¡ Oh jefes de los pueblos! ved patente,  
 Marcado por Belgrano, el fiel camino  
 En que puesta la fama,  
 A que sigais hasta su ejemplo os llama.

Id á la tumba donde está encerrado (2)  
 El frígido esqueleto;  
 Llegad y el corazón sobresaltado  
 Sentireis de pavor y de respeto,  
 Cual si os dijera él mismo:  
*Evocad de mi tumba el heroismo* (3)

Año de 1829.

- 
- (1) ¿No hacéis que emulen su valor y gloria  
 Los que han sobrevivido?  
 ¿No lo inmortalizais? ¿O su memoria  
 Hundireis en la noche del olvido,  
 Sin que á vuestros loores  
 Merezca su virtud imitadoras? (La Lira)
- (2) Id á la huesa donde está encerrado (La Lira)
- (3) «*Aquí yace conmigo el heroismo.*» (La Lira)

Id á la tumba donde está encerrado  
 El frígido esqueleto;  
 Llegad, y el corazón sobresaltado  
 Sentiréis de pavor y de respeto,  
 Cual si os dijera él mismo:  
 «Evocad de mi tumba el patriotismo.»

## Á LA LIBERTAD DE LIMA \*

POR EL EJÉRCITO LIBERTADOR DEL PERÚ, AL MANDO  
DEL EXMO. SEÑOR GENERAL DON JOSÉ DE SAN  
MARTIN, EL DIA 10 DE JULIO DE 1821.

¿Cuál embriaguez, cuál entusiasmo mi alma  
Hoy arrebatan? ¿y en la sangre mía  
Por qué un hervor desconocido siento?  
¿Quién, con alegre voz, la triste calma  
Se atreve á perturbar, en que yacia,  
Víctima inútil de un dolor violento?  
¿Sois, vosotras, ó vírgenes del Pindo,  
Las que agitais mi pecho? Perdonadme,  
Si á vuestro imperio, dócil, no me rindo;  
Y de una vez dejadme  
Que, en lugar de mi canto,  
Vierta sobre mi patria largo llanto.

¿Y como hé de cantar? Desde la orilla  
Del plateado rio hasta las cumbres  
De los montes que en Salta se levantan,  
¿No veis, no veis que la mortal semilla  
De discordia cundió? ¡Qué pesadumbres!  
¡Qué asolación y lágrimas! Quebrantan  
El freno las pasiones en un año:  
¡Oh año veinte del siglo! Tú pasaste,

---

\* La Lira Argentina, pag. 336. En la Colección pag. 164.  
En las *Poesías* de J. C. Varela, pag. 109.

Y contigo tu horror: empero el daño  
    Que tras de tí dejaste,  
    A la patria condena  
A ignominiosa y duradera pena.

¿Más qué gozo hasta ahora no sentido  
Mi corazón inunda de repente?  
¿Que Dios es este que mi pecho inflama?  
¿Será, será verdad que desmentido  
Queda mi vaticinio eternamente,  
Y que el llanto ya en vano se derrama?  
Sí, vírgenes, corred; las victoriosas  
Sienes de un héroe coronad festivas  
De albo jazmín, y de laurel y rosas;  
    Y, entre alabanza y vivas,  
    A los Libertadores  
El camino cubrid de palma y flores.

Oígo el eco veloz, que, atravesando  
Del Pacífico mar la quieta hondura,  
Resuena de los Andes en la cima.  
Ya, ya llega á nosotros, proclamando  
De San Martín el nombre, y la bravura  
De los que dieron libertad á Lima,  
¡Libertad! ¡Libertad! no más resuena  
En todo el continente; y el ruido  
Del último eslabón de la cadena,  
    En trozos dividido,  
    Amedrenta y aterra  
A todos los tiranos de la tierra.

Y todo cierto fué. Los batallones  
Condujo San Martín, y circundaron,  
De los Reyes las hórridas murallas, \*  
Do rujían de España los leones.  
Los iberos atónitos temblaron,  
Cual si vieran al Dios de las batallas;  
Y pávidos contemplan desde el muro  
Al adalid, que la soberbia frente  
De los Andes holló con pie seguro,  
    Y á su escuadrón valiente,  
    Y el famoso estandarte,  
Signo de libertad, honor de Marte.

Acudid, acudid con mano fuerte  
Erguidos héroes de la erguida España;  
Abrid las férreas puertas, y llevando  
Las falanjes al campo de la muerte,  
En el campo venced. La fiera saña  
De vuestros duros pechos derramando  
Sobre los libres que teneis al frente,  
Vengaos en ellos: decidid ahora  
Si el Perú debe ser independiente,  
    O si Lima, señora  
    De tan rica comarca,  
Será siempre la esclava de un monarca.

Esos son, esos son los que dos veces,  
En Chacabuco y Maipo, ya os mostraron

---

\* Lima era llamada La Ciudad de los Reyes.

Que humillar saben el poder de Europa,  
 Y convertir sus lauros en cipreces.  
 El mismo rayo lanzan que lanzaron;  
 Vibran el mismo acero; esa es la tropa,  
 Y ese su general. La misma guerra  
 Con que el suelo de Arauco han redimido,  
 Conducen hoy á la domada tierra,  
     Que el yugo aborrecido  
     De vuestra tiranía  
 Sacudir sin su auxilio no podría.

¿Y abandonais de un golpe las venganzas  
 A vuestro amo insolente prometidas,  
 Y el enconoso y temerario empeño?  
 ¡Oh! Dejad, si podeis, las esperanzas  
 De los libres del Sud desvanecidas;  
 El Perú conservad á vuestro dueño,  
 Y enseñadnos de nuevo á ser esclavos.  
 Pero ¡que! ¿No salis del doble muro  
 A llamar al combate á nuestros bravos?  
     ¿Y su asilo seguro  
     Pávido no abandona  
 Fiero español, que su valor pregona?

¿Más qué estrépito horrisono en las plazas  
 De la oprimida capital se siente?  
 ¿Qué repentino movimiento lleva  
 Por doquier las falanjes? ¡Qué amenazas!  
 ¡Qué clamor á la vez!—¿Se cree valiente  
 El ibero cruel, y así se ceba

Del pueblo inerme en el brutal saqueo?  
 ¡Cobardes! ¿Ya perdida la esperanza,  
 Vuestro oprobio ha de ser vuestro trofeo?  
     ¿Será que la venganza,  
     Hasta la afrenta os lleve?  
 Pero ¡cuando un tirano no es alevé!

Más no osarán, ó San Martín terrible,  
 Arrostrar tus enojos. Hélos, hélos,  
 Que ya, la capital abandonando  
 A tu poder tremendo, irresistible,  
 De la encumbrada sierra por los hielos  
 Asilo á su vergüenza van buscando.  
 Donde la planta fijan allí imprimen  
 La huella del horror. ¡Empero á donde,  
 Cuando sus hados al malvado oprimen,  
     De su furor se esconde?  
     Sobre su cuello alzadas  
 Ya están de tus guerreros las espadas.

Entra, genio inmortal: anega tu alma  
 En el placer de libertar al suelo;  
 Entra en la gran ciudad, y los abrazos  
 Recibe de los libres, y la palma  
 Con que tu triunfo coronó tu anhelo  
 Has roto ya los apretados lazos,  
 Y el ferreo yugo del Perú oprimido:  
 Por do quier haya libres en el mundo,  
 Y resuene tu nombre, será oído  
     Con respeto profundo,

Y la fama sonora  
Le cantará por cuanto Febo dora.

¡Cuál se goza la América, elevando  
Cada vez más y más su digno trono  
Sobre ruinas de ambición ibera!  
Sus hijos, sus derechos recobrando,  
El oprobioso nombre de colono  
Para siempre borrarón. Nueva era,  
Nuevo tiempo se cuenta: la memoria  
De nuestra antigua servidumbre hundida  
En el olvido quede; y si en la historia  
Debe ser repetida,  
Que solamente sea  
Porque nuestra justicia el mundo vea.

¡Preclaro General! Anníbal mismo  
Envidiára tu nombre, si existiera,  
Que en los Andes á Anníbal excediste.  
¡Con qué placer su heroico patriotismo,  
Reproducido en tí, Washington viera!  
Su sombra ilustre por do quier te asiste,  
Y tuyas son tus obras. No, no acabes,  
Sin que acabe el tirano en justa guerra;  
Y, cuando el crimen de tres siglos laves,  
Da la paz á la tierra;  
Que de hoy para entonces  
Tuyo es el mármol, tuyos son los bronce.

¡Provincias, que, en el Sud del nuevo mundo

Disteis de libertad el primer grito,  
 Y el primer estandarte levantásteis!  
 Sobre vosotras, sí, su aliento inmundo  
 La anarquía sopló; pero al Cocito  
 El monstruo horrible de una vez lanzásteis  
 El funesto año fué, y al negro olvido  
 Está ya su memoria encomendada,  
 Y á honor mayor volveis: tal, combatido  
     Por la mar irritada,  
     Vaga un bajel incierto,  
 Y escapa de la mar, y gana el puerto.

¿Más vosotros qué haceis, imitadores  
 De Píndaro inmortal, hijos amados  
 Del padre de la luz y la armonía?  
 Cantad á San Martín, y sus loores  
 Llevad en vuestros metros delicados  
 Desde do nace hasta do muere el día.  
 De todo triunfa el Tiempo; sin las Musas  
 Un héroe al fin no es héroe; que perdido  
 Debe quedar su nombre en las confusas  
     Tinieblas del olvido,  
     Si el sonoro verso  
 No recuerda su gloria al universo.

Solo al sublime canto y á los Dioses  
 Dado es vencer al Tiempo. ¿Quién ahora  
 De Eneas las hazañas conociera?  
 ¿Quién de Príamo triste los atroces  
 Dolores, y la llama asoladora



De su ciudad inmensa, si no fuera  
 La Musa de Marón? ¿Y sin Homero,  
 Qué sería de Aquiles? Los loores  
 Cantad, cantad del inmortal guerrero;  
     Y tributadle honores,  
     Que no puede mi lira,  
 Dignos dél y del Númen que os inspira.

EN ELOJIO DE MI AMIGO D. ESTEBAN DE LUCA \*

POR SU CANTO LIRICO Á LA LIBERTAD DE LIMA,  
 PUBLICADO EN BUENOS AIRES, EN OCTUBRE DE 1821

¿Es este el joven, que otro tiempo ha hecho,  
     Con encendido canto,  
 Envidiables las ansías de su pecho,  
 Su fogosa pasión, su dulce llanto,  
     Los ojuelos de Amelia,  
 Y el beso hibleo que le daba Célia?

¿Es este el joven, que la guerra infanda  
     Y sus negros horrores  
 Abominó sin fin? ¿Cuya alma blanda,  
 Ilustrada, sencilla, los clamores  
     No oyó del semejante,  
 Sin que el llanto bañara su semblante?

---

\* *Poesías* de J. C. Varela, ed. 1879 pag. 118

Yo le ví, yo le ví, cuando pulsaba  
Al son de amor su lira,  
Y con versos de miel nos enseñaba  
La primer ley que la natura inspira,  
La ley del sentimiento,  
De que mortal ninguno vive exento.

¿No era que Apolo le negó algún día  
Que, en metros numerosos,  
Cantar pudiera la fatiga impía  
De alumnos de Belona sanguinosos,  
Que con funesta guerra  
Abruman fieros la angustiada tierra?

¿Como es que ahora denodado eleva  
Muy mas soberbio vuelo  
Y del héroe del Sud el nombre lleva  
De la honda tierra al encumbrado cielo  
¿Los bélicos furores  
Canta también el que cantaba amores?

Si, si; pero su Musa no se goza  
En la matanza horrenda,  
Y en la rabia guerrera que destroza  
La humanidad en bárbara contienda;  
Ni en metros inhumanos  
Héroes llamó jamás á los tiranos (1)

---

(1) Ni en metros inhumanos,  
Héroes he de llamar á los tiranos... (Cadalso.)

Mas su Musa se goza, cuando advierte  
    Que genios bienhechores,  
Venciendo mares, precipicios, muerte,  
Llevan la libertad. y los clamores  
    Del oprimido acallan,  
Y al opresor indómito avasallan.

La humanidad entonces le arrebatada,  
    Y su misma blandura ;  
Besa la mano fuerte, que desata  
Al Perú sus cadenas; la ventura  
    Canta de sus hermanos,  
Y execra la maldad de los tiranos.

En su entusiasmo generoso sigue  
    La hueste protectora  
Que al duro ibero en el Perú persigue ;  
Su genio le arrebatada, le acalora,  
    Y, en feliz fantasía,  
Vé cuanto en Lima San Martín hacía.

A su mente fatídica es muy corta  
    De este siglo la escena ;  
El divino poeta se transporta ;  
Vive en el porvenir, y á la cadena  
    De las generaciones.  
Anuncia celestiales bendiciones.

A sus ojos no mas está patente  
    el libro del Destino ;  
Sus páginas de fuego de repente

Manifiestas le son, y allí el camino  
Libre, feliz, glorioso,  
Que el cielo nos prepara, lee gozoso.

Y canta el vate: á San Martín entonces  
Ver inmortal quisiera;  
Empero no es el mármol ni los bronce  
A quienes esto es dado. Duradera  
Del héroe sin segundo  
Debe ser la memoria, como el mundo.

El cerro de los Andes, que mas lleve  
De las nubes al seno  
Su frente indestructible, y que se eleve  
A las regiones donde rueda el trueno,  
Cíncelado, pulido,  
Será en humana forma convertido.

Èste es el monumento que eternice  
Del héroe la memoria,  
Y en los futuros siglos divinice  
Por todas las naciones esa gloria,  
Que ya el nuestro respeta;  
Así lo canta el inmortal poeta.

Pero al humano esfuerzo está negado  
La obra que concebiste;  
Èsa mole asombrosa, inalterada  
Desde el nacer del mundo, se resiste  
A que el mortal osado  
Se eleve hasta donde ella se ha elevado.

Tú solo harás, Estévan, con tu canto  
Tan brillantes proezas  
Duraderas y vivas, hasta tanto  
Que el universo entero hecho pavesas,  
Informe destruido,  
Caiga en el caos de donde ha nacido.

De San Martín el nombre que se lea  
En todas las regiones;  
Que tu nombre también con él se vea,  
Y el del que hizo callar á las naciones,  
Cuando cantó exaltado  
« Oid, mortales, el grito sagrado. » (1)

Entretanto, á los genios que aspiraren  
A los premios del Pindo,  
Y á celebrar las glorias que alcanzaren  
Los libres de mi patria, yo les briudo  
Tu grave canto, Estévan,  
Por que bellezas, como en fuente, beban.

---

(1) Este es el primer verso de nuestra canción ó Himno Nacional, obra del poeta porteño doctor don Vicente López. (Nota del autor).

## A DON JUAN C. VARELA

POR SU ELOGIO Á MI CANTO LÍRICO SOBRE LA LIBERTAD  
DE LIMA \*

¿Es verdad, dulce Fábío, que mi musa,  
Cuando las glorias atrevida canta  
De San Martín en Lima,  
Tu congojoso espíritu levanta  
Del Pindo á la árdua cima?  
¿Es verdad que ha podido  
Su métrica armonía  
Tu númen inflamar en este día?  
¿Pudo ser que, en un tono no aprendido,  
Digno solo del héroe que yo canto,  
Loor me tributases,  
Y, en tan grato loor, el hondo espanto  
Y el terror del tirano redoblases?

---

\* Visto por mi amigo D. Estéban de Luca el anterior elogio á su canto lírico á la libertad de Lima, me remitió en contestación, desde Buenos Aires á Córdoba, donde yo me hallaba entonces, en clase de diputado por mi provincia, la composición siguiente, que he creído deber insertar en esta colección de mis piezas. Esta oda de Luca guarda tanta analogía como la mía que antecede, que deben ir siempre juntas, como correspondencia de dos amigos. Sin embargo, me hubiese abstenido de copiar entre mis obritas los elogios que me hace aquel, sino creyera que redundan mas en su alabanza que en la mía y que este rasgo poético es una prueba mas de la justicia con que yo me determiné á encomiar las bellezas de su musa. Añadiré solamente que el sufragio de Luca me es muy lisonjero. La patria, las letras, y la amistad lamentarán siempre la prematura y desgraciada muerte de un jóven de tantas esperanzas.

Si, pudo ser : así me lo asegura  
De Fabio la amistad sincera y pura ;  
Así el fuego sagrado y noble aliento  
    Que agitado respiro,  
    Cuando escucho su acento,  
Cuando su verso numeroso admiro.  
O dulce cante Fabio, ó heroico y grave,  
Es siempre superior á mi deseo :  
¿ Mas como no ha de ser, si siempre sabe  
Arrebatarse, como el divino Orfeo ?  
Yo extático le escucho, yo me olvido ;  
Y, aunque el Dios invocado ora me inspira,  
A pagarle no alcanzan sus elogios  
Los débiles acentos de mi lira.

Yo inflamarle logré; yo de la pena  
Pude tal vez librarle, con que aflige  
La discordia fatal su pecho blando.  
Yo le torno al placer, cuando ella truena  
En medio de los pueblos arrojando  
    Las sierpes venenosas,  
    Que horribles los agitan,  
Y al crimen y al furor los precipitan.  
¿ Qué mas premios, qué palmas venturosas  
Pudiera desear, después que he sido  
    Gratamente acogido  
Por tan insigne vate? Erato hermosa  
Le inspira, cuando dulce canta amores  
Caliope, cuando canta de la guerra  
    Los sangrientos furores,

Y amedranta y aterra  
A todos los tiranos de la tierra.

¿Tú apruebas mi canto, querido Fabio?  
Tú, que sabes de Apolo  
Los dones conocer? ¿Tú, que de un polo  
Al otro, con armónico concento,  
Llevas el claro nombre  
De pátrios campeones,  
Que en su heroico ardimiento  
Fueron por la victoria coronados?  
Ya sus cantos oyeron las naciones  
Con sorpresa y placer, sin que turbados  
Fueran por los clamores de la Envidia,  
Yo tu númen admiro, fiel le aprecio,  
Y, si mi verso aplaudes, al profano,  
Al insensato vulgo menosprecio ;  
Y me río de aquellos que, engreídos  
Con las oscuras leyes que aprendieron,  
La ley del sentimiento no entendieron ;  
Y si una vez el nombre pronunciaron  
De las sagradas musas,  
Sirenas peligrosas las llamaron.

Mas tú, á pesar del bárbaro destino,  
Que á inútil padecer hoy te condena,  
Cantas en faz serena,  
Y con furor divino,  
De San Martín el triunfo, que resuena.  
Por el inmenso indiano continente.



Al templo de la gloria arrebatados  
Descubres á los héroes de repente;  
Y, al verse por tu lira celebrados,  
Se oyo que claman, desde el rubio oriente

Hasta el opuesto ocaso:

« Diez años por la patria combatidos;  
« Nuestra sangre por ella derramamos;  
« Libres empero al fin, hoy conseguimos  
« El premio mas glorioso á que aspiramos. »

Así otro tiempo Píndaro sublime,  
Cuando el laud armónico pulsaba,  
Como un Dios en la Grecia presidía.  
La llama del honor en ella ardía,  
Y osado el Espartano se arrojaba  
Al combate, á la muerte, á la victoria.

Aun dura la alta gloria

Del divino poeta;

Ni el tiempo destructor en su carrera  
Podrá jamás borrarla. Así tu númen,  
Que se lanza, cual rápido cometa,  
Por la brillante y anchurosa esfera  
De la imaginación, eterno debe  
Ser encanto del hombre,  
Cuando, siglos y siglos ya pasados,  
Tu belísono acento les renueve  
La virtud, el valor, y alto renombre  
De los hijos del Sud siempre esforzados.

## ODA \*

## Á LA PREOCUPACIÓN

¡Oh preocupación! tu nombre solo  
Es una plaga á la aflijida tierra,  
Más terrible mil veces,  
Y más asoladora que la guerra.  
La impostura es tu madre: nuevas creces  
La sencillez te dá, y en el instante  
El poder te fomenta,  
Y sus aspiraciones alimenta.  
En todo tiempo tu ominosa sombra  
Bajo distinto velo,  
Ha cubierto de crímenes el suelo,  
Y tú les distes de virtud el nombre.  
En todo tiempo el hombre  
Superticioso, débil, engañado,  
Oráculos falaces ha escuchado  
Que la mentira por verdad vendieron,  
Y en su interés al mundo le dijeron:  
Oye, cree y enmudece;  
El cielo te lo manda y obedece

---

La Colección de poesías patrióticas, pág- 197. La Lira, pág. 467.

Publicada por primera vez en el núm. 9 del Centinela Set. 22 de 1823 firmada "El Canario".

En la edición de 1879: *Poesías* de J. C. Varela, ha sido incluida esta composición con el título *La Superstición*, en la pag. 157. Ha sido hecha casi de nuevo.

Ciego y ciego el mortal obedecía:  
Y contra el mismo corazón luchando,  
Y contra su conciencia batallando,  
Corazón y conciencia sujetaba  
A la voz que le hablaba  
En nombre de los cielos,  
Y en nombre de los cielos le mentía.

Viérase entonces al rayar el día,  
Engañado el egipcio,  
Postrarse con sacrílego respecto  
Ante el primer objeto  
Que presentó á su paso  
La fatalidad ciega del acaso.  
Viérasele después correr al Nilo  
Con afán presuroso  
Y al feroz cocodrilo  
Tributarle humilde  
La adoración debida  
Al Ser que diera al universo vida.

Viérase como en Aulida Ifigenia,  
Al mandato de Calcas,  
Fué del beso materno arrebatada,  
Y en áras homicidas  
Con horrenda piedad sacrificada,  
Consintiéndolo Atridas:  
Y el ejército iluso, y tantos reyes,  
Al sacerdote infame obedeciendo,  
Y el fuego de las áras encendiendo,

Se imaginaban dioses  
Como Calcas tiranos y feroces.

¡Oh preocupación, siempre funesta!  
Pero funesta más, cuando en el cielo  
Apoyas los errores  
Que el miserable suelo  
Con sombra de piedad cubren de horrores.  
¡Religión! ¡Religión! Tu nombre santo  
Do quiera se profana;  
Y en vano la deidad manifestarse  
Bondadosa ha querido  
A la menguada inteligencia humana.  
Los mismos que escucharla han pretendido,  
Entre tinieblas densas  
Y entre negra impostura  
Han logrado ocultar su lumbre pura.

La religión es hoy el instrumento  
Como siempre lo ha sido  
De la astucia, la intriga; y confundido  
El resplandor de la verdad divina,  
Todo el orbe camina  
En ciega obscuridad, lo mismo ahora  
Que en los siglos de atrás; y el pueblo ignora  
Lo que saber debiera  
Si al gritar religión, no se mintiera.

Hay impostores, que á los pueblos llevan  
Por la senda torcida

Que se abrió el interés de los llamados  
Intérpretes del cielo;  
Y por siempre ocupados  
En condensar el velo  
De la superstición y la ignorancia,  
Nos engañan con pérfida arrogancia.

Tal vez no en vano por el ancho mundo,  
Del sud al septentrión, y del oriente  
Hasta el remoto ocaso,  
El aire hiende y por el mar profundo  
Atraviesa una voz, en dulces tonos  
Gritando: ¡Libertad!, y estremeciendo  
Desde el cimiento los soberbios tonos.  
Al trozarse do quier los eslabones  
Del crudo despotismo,  
Se trozará tal vez esa cadena  
Con que ató á la razón el fanatismo.  
Este teme la luz, que ya se acerca;  
Y, al sentirla llegar los impostores,  
Entre el temor horrible que los cerca,  
Redoblan sus engaños y furores.  
¡Pueblos! No los oigais. El cielo mismo  
No los oyó jamás. Ellos violaron  
De la razón los fueros,  
Al cielo y á los hombres insultaron,  
Y su interés es siempre embruteceros.

EL INCENDIO DEL PUEBLO DE CANGALLO  
EN EL PERÚ \*

EJECUTADO POR EL GENERAL ESPAÑOL CARRATALÀ, Y  
APROBADO POR EL VIRREY LA SERNA, EN DECRETO  
DE 11 DE ENERO DE 1822.

¡Venganza eterna! ¡Sin piedad, venganza!  
Hijos del Sol, ¿qué haceis? Ahora, ahora  
Renazca el odio y el rencor inmenso,  
A que provoca la feroz matanza,  
La sed de sangre que sin fin devora  
A los tigres de Ibéria. El humo denso  
Mirad cual forma impenetrable nube,  
Y el éter todo en derredor se inflama.  
Oíd, mirad que la enemiga llama  
Hasta los astros sube,  
Y entre ardientes escombros y ceniza  
Un pueblo de patriotas agoniza.

¿No sabeis? ¿No sabeis? El fiero hispano,  
Estirpe atroz del execrado Atila,  
En el Perú desesperado brama,  
Y, en su última impotencia deshumano,  
Con bárbaro furor quema, aniquila,  
Y se goza el feroz en ver la llama.  
¡Cangallo miserable! ¡Pueblo amigo!

---

\* *Poesías* de J. C. Varela, ed. 1879, pag. 145. Esta en *La Lira*, sin título y sin firma, en la pag. 418. Las modificaciones son solo de dos ó tres palabras.

Destinado á llenar en nuestra historia  
 Las páginas de llanto! Tu memoria  
     No pereció contigo; (1)  
 Vengarte en esos bárbaros juramos.  
 Vengarte, sí, y á la venganza vamos.

## LA GLORIA DE BUENOS AIRES

### CANCIÓN \*

#### CORO

*Elevemos, ¡oh! patria, tu gloria  
 A los cielos en dulce cantar,  
 Y de ocaso á la aurora tu nombre,  
 Buenos Aires, se escuche sonar.*

En la orilla del río argentino,  
 LIBERTAD levantó sus altares,  
 Y los libres del mundo á millares  
 Agolpados se ven acudir.  
 Incesante el incienso á los astros  
 Entre voces de júbilo sube,  
 Escuchando la diosa en la nube:  
*Libertad, libertad, repetir.*

---

(1) El incendio del pueblo de Cangallo dió lugar á que el gobierno de Buenos Aires decretara, en 1822, que una de las principales calles de la capital llevara el nombre de aquel pueblo. (Nota del autor)

\* La Colección de poesías patrióticas, pág. 22. En La Lira, pag. 464.

En la edición de poesías de J. C. Varela hecha en 1879, en la pag. 147.

Esta composición fué hecha para cantarse en la apertura de la Academia de Música y Canto, que se instaló en Buenos Aires el 1 de Octubre de 1822. Se publicó el mismo día.

## CORO

Sobre olvido de oprobio pasado  
 Buenos Aires su nombre levanta,  
 Y la fama le admira y le canta  
 Por do Febo derrama su luz.  
 Que los días de luto volaron  
 De funesta y horrible memoria,  
 En que timbres, honores y gloria  
 Se envolvieron en negro capuz.

## CORO

Desplegando su alas el genio  
 Que á los libres del mundo preside,  
 Por el mar que la tierra divide,  
 Atraviesa con curso veloz;  
 Y repite en el otro hemisferio  
 Que no siente pesar sus cadenas:  
 « Buenos Aires empañá de Atenas  
 « El remoto inmortal esplendor.

## CORO

« Encontraron las leyes su abrigo,  
 « Encontró la justicia su templo:  
 « Buenos Aires presenta el ejemplo  
 « Que la tierra debiera imitar.  
 « Ha bajado, buscando un asilo,  
 « De los cielos Astréa divina,



« Y en la playa feliz argentina  
« Se miró con placer adorar.

## CORO

Esta voz en contorno retumba  
Del ibérico bárbaro trono,  
Y sus garras en hórrido encono  
El león contra sí convirtió:  
Y erizada la sórdida greña,  
Y brotando la llama en sus ojos,  
Un rujido mostró los enojos  
De que el libre del sud se burló.

## CORO

Pero España también restituye  
El imperio sagrado á las leyes,  
Y el poder absoluto en los reyes  
Se avergüenza por fin de sufrir.  
A sus hijos, que en sangre tiñeron  
Otra vez nuestro suelo inocente,  
Nuestros ojos verán de repente  
Al abrazo de paz acudir.

## CORO

Entretanto á las otras naciones  
El honor de la nuestra arrebató,  
Y á los hijos del Río de Plata

Ya saludan en dulce amistad:  
Y sus naves, surcando las olas  
Del abismo salado y profundo,  
Abandonan las playas de un mundo,  
Por buscar en el otro igualdad.

## CORO

Buenos Aires es patria de libres,  
Y esta gloria le dieron sus hechos:  
De los hombres que tienen derechos  
Buenos Aires es patria comun;  
Que los rotos pedazos de hierro  
De la antigua pesada cadena,  
Nuestro río revuelve en su arena,  
Irritando sus olas aún.

## CORO

Nuestro sol nos saluda festivo,  
Al mostrarnos la faz en oriente,  
Y, al hundir, en ocaso la frente,  
Se despide festivo también;  
Y la patria se goza en sus hijos,  
Bendiciendo á los niños que crecen,  
Que fervientes su voto le ofrecen,  
Y que siempre serán su sostén.

## EN HONOR DE BUENOS AIRES \*

Verum hæc tantum alias inter caput extulit urbes,  
Quantum lenta solent inter viburna cupressi.

*Virg. Egl. 1a.*

Era la noche; y la ciudad, amada  
    Por el Dios de los libres,  
Tranquila en brazos de la paz dormía,  
En profundo silencio sepultada.  
La mole de sus torres parecía  
    Antiguo monumento,  
Allá en remoto siglo levantado,  
Para grandioso y digno enseñamiento;  
    Y ora mudo, olvidado,  
Pero del crudo tiempo respetado.

De lumbreras menores rodeada  
    La luna en medio cielo,  
En su carroza de ébano sentada,  
Con su luz melancólica y serena  
    Bañaba el quieto suelo;  
Y el grande río de la patria mía  
De su orilla feliz la suelta arena  
Suavemente en sus aguas revolvió;  
A la luz de la luna así brillando,  
    Cual una copia inmensa  
De derretida plata brillaría,  
Trémula, undante, en movimiento blando.

---

\* *Poesías* de J. C. Varela, ed. 1879, pag. 151.

Dejando el lado de mi dulce dueño,  
Que, en esas horas mudas, misteriosas,  
Ya descansaba el delicioso sueño  
De las fatigas del amor preciosas,  
Contento el corazón, suelta la mente,  
    Me sentí de repente  
    A la lira impulsado,  
    Cual de poder divino,  
    Y á cantar el destino  
    Del suelo afortunado  
En que la suerte plácida me diera  
Abrir mis ojos á la luz primera.

¡Buenos Aires! ¡Mi patria! En algun día  
    La maldición del cielo  
Tu recinto inundó, y oscuro velo  
Tus inmortales glorias encubría.  
    En su carro de espanto  
Rodando por tus calles la anarquía,  
Tus calles anegaba en sangre y llanto,  
Y en fratricida mano se agitaba  
    De la discordia impía  
El tizón infernal. Entonces era  
Cuando ni el hijo al padre respetaba,  
    Ni el hermano al hermano.  
Debida parte en su cariño diera.  
De las leyes al solió soberano  
    Subió el crimen triunfante,  
Y el altar de la ley cayó al instante,  
    En trozos dividido,

Por entre el polvo en vilipendio hundido.  
Los Dioses tutelares nos miraron  
Con ojos de piedad, y á su desgracia  
La ciudad infelice abandonaron.

Ese tiempo voló, y en nuestra historia  
No borrará el honor de tu memoria,  
Inmortal Buenos Aires: hoy levantas  
Sobre los otros pueblos tu grandeza,  
    Cual alza su cabeza  
A la nube el ciprés, entre las plantas  
    Y arbustos pequeñuelos,  
Que apenas se levantan de los suelos.

¡Gloria eterna á tu nombre! Por do quiera  
    Presentas, patria mía,  
Un motivo de asombro á las naciones.  
Creyeron que el olvido te cubriera,  
Y que tu noble fama moriría  
Entre nuestras funestas disensiones;  
Pero tú resplandeces mas glorioso,  
    Después de disipados  
    Los hórridos nublados  
De la civil contienda borrascosa:  
Bien como el alto sol en alto cielo  
    Brilla mas refulgente,  
Tras tempestad sombría, cuyo velo  
Nos robaba la lumbre de su frente  
Yo admiro tu esplendor y le contemplo  
Y le admiro otra vez. Mi incierto paso

Se dirige hacia allá, y entro en el templo  
Donde la ley se dicta en tono digno,  
Sin que lo estorbe prepotente brazo,  
Ni se oiga del poder ultraje indigno.  
Con tal triunfo engreido el ciudadano,  
Obedece gustoso  
Las leyes que le mandan ser dichoso,  
Y bendice la mano  
Que firmó su fortuna,  
Y la del hijo de su amor precioso,  
A quien la libertad mece en la cuna.

Hacia acá vuelvo, y al poder encuentro  
Noblemente ocupado  
En proteger al débil, al malvado .  
Castigar, corregir, y hacer el centro  
Del comercio y las luces protectoras  
Al pueblo afortunado,  
Que se puso en sus manos bienhechoras.  
¡Tiranos ¡ah! los que afligis al hombre!  
Sonará con horror eternamente  
Vuestro execrando nombre;  
Y vosotros, vosotros que á la frente  
Estais de los destinos  
De mi pueblo feliz, vuestros caminos  
Los de la fama son; y cuando el bronce  
Se pula en nuestro suelo, ¡cuánto entonces  
Honrará nuestro artista la memoria  
De los que dieron á su patria gloria!  
¿Pero quién me transporta á los altares

Do Minerva se adora,  
Y los dones celestes atesora,  
Que prodiga sin fin y sin medida?  
    ;Juventud escogida  
Del escogido pueblo! Yo á millares  
    Agolpada te veo  
A la fuente correr, en que se bebe  
La ciencia y la inmortal sabiduría;  
    Ni mi ardiente deseo  
    Mira distante el día  
    En que la patria debe  
    Fiarte su ventura,  
Esperando le pagues con usura.

¡Esparta libre! ¡Aténas ilustrada!  
¡Remotos nombres, que al remoto tiempo  
Pasaréis con honor! Pues imitada  
En Buenos Aires fué la inmensa gloria,  
Que en edades de atras os dió renombre,  
    Y hace que vuestra historia  
Hoy todavía al universo asombre;  
Buenos Aires unida en adelante  
    Irá á vuestra memoria,  
    Y, cuando ella se cante  
En los siglos que vengan, nuestros nietos  
Tributarán iguales sus respetos  
    Al pueblo que ha imitado  
Los modelos que al mundo habeis dejado.

Así cantaba yo; pero entretanto  
 Mostró la aurora su rosada frente,  
 De grana y oro se vistió el oriente,  
 Y, cansada la lira, cesó el canto.

### AL BELLO SEXO ARGENTINO \*

O D A

Tal como mira tras borrasca fiera  
 El triste navegante  
 Aparecer el Sol sobre la esfera,  
 Y al mugidor Oceano en un instante  
 Restituírle la calma placentera;  
 Tal, Argentinas bellas, os miramos  
 Derramando consuelos  
 Sobre los que, ya libres, habitamos  
 La tierra más amada de los cielos.

---

\* La Colección de poesías patrióticas, pag. 207.

Publicada por primera vez en el núm. 11 del Centinela, en Octubre 6 de 1822; y firmada: «El centinela».

En la edición de 1879, esta incluida en la pag. 161, con el título: *Al bello sexo de Buenos Aires*, muy modificada; por lo que trascibo ambas formas:

Así cual mira, tras borrasca fiera,  
 El triste navegante  
 Aparecer el sol sobre la esfera,  
 Y á la mar bramadora en un instante  
 Restituír la calma placentera;  
 Así, Argentinas bellas, os miramos  
 Derramando consuelos  
 Sobre los que, ya libres, habitamos  
 La tierra más amada de los cielos.



El campeón patrio, que en feroz milicia  
 Pasó sus verdes años;  
 El ministro imparcial de la justicia;  
 El sabio que destruye los engaños,  
 Consagrados tal vez por la malicia;  
 El mercadante activo y afanoso,  
 Todos, todos, oh bellas,  
 A vuestro lado olvidan deleitoso  
 Penas á un tiempo y la memoria de ellas.

La juventud se agolpa á vuestros pasos,  
 Y, ciega, arrebatada,  
 Cae en los blandos amorosos lazos  
 En que se engríe de mirarse atada.  
 Os formó el mismo Amor; y los abrazos  
 De la Diosa sin par de la hermosura,  
 Con otras tan ingrata,  
 Colmaron de belleza y de ternura  
 A las hijas del Río de la Plata.

---

El pátrio campeón, que en la milicia  
 Pasó sus verdes años;  
 El ministro imparcial de la justicia;  
 El sabio que destruye los engaños;  
 Consagrados tal vez por la malicia,  
 El mercadante activo y afanoso;  
 Todos, todos, oh bellas,  
 A vuestro lado olvidan deleitoso  
 Penas á un tiempo, y la memoria de ellas.

La juventud se agolpa á vuestros pasos,  
 Y, ciega, arrebatada,  
 Cae en los blandos amorosos lazos  
 En que se engríe de mirarse atada  
 Os formó el mismo Amor; y los abrazos  
 De la Diosa sin par de la hermosura,  
 Con otras tan ingrata.  
 Colmaron de belleza y de ternura  
 A las hijas del Río de la Plata.

Cual camina la luna majestuosa,  
 Derramando fulgores,  
 Del mismo modo la Argentina hermosa  
 Marcha serena derramando ardores;  
 Pues le dieron con mano bondadosa  
 Venus sus ademanes expresivos,  
 Los amores su risa,  
 Las gracias sus picantes atractivos,  
 Y el pudor sonrosado su divisa.

Buenos Aires soberbio se envanece  
 Con las hijas donosas  
 De su suelo feliz; y así parece  
 Cual rosal, lleno de galanas rosas,  
 Que en la estación primaveral florece.  
 Todas son bellas, y la mano incierta  
 Que á la flor se adelanta,  
 Una entre mil á separar no acierta  
 Entre la pompa de la verde planta.

---

Mostrándose la luna majestuosa, •  
 Vive y se alegra el cielo;  
 Y así gallarda la porteña hermosa  
 Da vida y alegría á nuestro suelo:  
 Pues le dieron con mano bondadosa  
 Vénus sus ademanes expresivos,  
 Los amores su risa,  
 Las Gracias su donaire y atractivos,  
 Y el pudor sonrosado su divisa.

Buenos Aires soberbio se envanece  
 Con las hijas donosas  
 De su suelo feliz, y tal parece  
 Cual rosal, lleno de galanas rosas,  
 Que del amor en la estación florece.  
 Todas son bellas, y la mano incierta  
 Que al rosal se adelanta,  
 Una entre mil á separar no acierta  
 Entre la pompa de la verde planta.

¿Cuál es el pecho, de metal formado,  
 Cuál corazón de peña,  
 Que al mirar expresivo y pasionado,  
 Al suavísimo hablar de una *Porteña*,  
 Puede permanecer desamorado?  
 ¡Hijas del primer pueblo americano!  
 Ostentad vuestra gracia,  
 Y cesen ya de presumir en vano  
 Las bellezas de Géorgia y de Circasia.

¿Qué quereis?—¿Quereis templos en que vamos:  
 A dar adoraciones  
 A vosotras ¡oh Diosas! que admiramos?  
 Vuestros altares son los corazones,  
 Nuestro incienso el suspiro que exhalamos,  
 Nuestros votos amor. Y ¡cuantas veces  
 Serás afortunado  
 Mortal, que el pecho á la argentina ofreces,  
 Y la argentina te llamó su amado!

¿Cuál es el pecho de metal formado,  
 Cuál corazón de peña,  
 Que al mirar expresivo y delicado,  
 Al dulcísimo hablar de una porteña,  
 Puede permanecer desamorado?  
 ¡Hijas del primer pueblo americano!  
 Ostentad vuestra gracia,  
 Y cesen ya de presumir en vano  
 Beldades de Georgia y de Circasia.

¿Qué quereis? ¿Quereis templos en que vamos.  
 A dar adoraciones  
 A vosotras, oh Diosas que admiramos?  
 Vuestros altares son los corazones,  
 Nuestro incienso el suspiro que exhalamos,  
 Nuestros votos amor; y, mil de veces  
 Mortal afortunado,  
 Que el corazón á la Argentina ofreces,  
 Y la Argentina te llamó su amado!

Mas no sola en vosotras la belleza,  
 Porteñas adorables,  
 Ha querido copiar naturaleza :  
 Porque, para formaros más amables,  
 Ha llenado vuestra alma de grandeza.  
 En vosotras, unida la hermosura,  
 Al sentimiento, al génio,  
 Domináis en nosotros por ternura,  
 Domináis en nosotros por ingenio.

Vuestra imaginación, cual vuestro rio,  
 Ensanchada, atrevida,  
 Corre con impetuoso señorío  
 Sin que pueda mirarse contenida.  
 Aumentad vuestro hermoso poderío  
 Con los adornos útiles del alma ;  
 Y goce á vuestro lado  
 El tumulto de amor, la dulce calma,  
 A un tiempo el amador embelesado.

Mas no solo á vosotras la belleza,  
 Porteñas adorables,  
 Pródiga quiso dar naturaleza ;  
 Porque, para formáros más amable,  
 Há llenado vuestra alma de grandeza ;  
 Y en vosotras unida la hermosura  
 Al sentimiento, al genio,  
 Dominais en nosotros por ternura,  
 Dominais en nosotros por ingenio.

Vuestra imaginación, cual vuestro río,  
 Ensanchada, atrevida,  
 Corre con magestuoso señorío,  
 Sin que pueda mirarse contenida.  
 Aumentad vuestro hermoso poderío  
 Con los adornos útiles del alma ;  
 Y goce á vuestro lado  
 El tumulto de amor, la dulce calma,  
 A un tiempo el amador embelesado.

Adios, hermosas de la patria mía.  
 ¡Feliz, feliz mi verso  
 Si pudiera lograr que en algún día  
 Llenára vuestro nombre el universo!  
 Y si lo llenára.—La luz que envía  
 Al anchuroso mundo el sol benigno  
 Es de todos loada,  
 Aunque en lábio y en metro menos digno,  
 Llegue á ser por alguno celebrada.

SOBRE LA INVENCION Y LIBERTAD DE LA  
 IMPRENTA \*

Amor, que sobre todas las deidades  
 Has recibido adoraciones mias,  
 Tu dulce poderio y tus bondades  
 Ya celebró mi canto  
 En lo florido de mis frescos días,  
 Y regué tus altares con mi llanto,  
 Canté lo que sentí. Después mi rima,

---

Adios, hermosas de la patria mía,  
 ¡Feliz, feliz mi verso,  
 Si pudiera lograr que en algún día  
 Llenase vuestro nombre el universo!  
 Y sí lo llenará. La luz que envía  
 Al anchuroso mundo el sol benigno,  
 Es en todos loada,  
 Aunque en labio y en metro ménos digno  
 Llegue á ser por alguno celebrada.

\* Colección de poesías patrióticas pág. 217.—Poesías de J. C. Varela, ed. 1879, pag. 165.

Resonando entre gritos de victoria,  
Hizo volar por cuanto Febo anima  
Los nombres de los ínclitos varones  
De perenne memoria,  
Que las iberas huestes debelaron,  
Y el suelo de mi patria libertaron

Canté lo que debí: y ora la mente,  
De un entusiasmo nuevo arrebatada,  
Trasportada se siente  
Hasta el templo del Genio, donde mora  
La invención creadora;  
Templo en cuyos altares,  
De la turba vulgar no frecuentados,  
Seres privilegiados  
Presentan sus ofrendas singulares,  
Y á par de la deidad son adorados.

Extraño ardor me inflama;  
Y, en mi rápido vuelo,  
Allá me encuentro en el helado suelo  
Do Guttemberg nació. Quintana solo  
Supo ensalzar su nombre,  
Quintana, el hijo del querer de Apolo,  
Emulo de Tirteo en fuerte canto,  
Y á quien solo se diera  
Que de su lira al sonoro encanto,  
Digno de Guttemberg su verso fuera. (1)

---

(1) Guttemberg inventó la imprenta. El desgraciado poeta español, D. Manuel José Quintana, cantó aquella invención de un modo digna de ella. (Nota del autor).

Arrastrando los carros de la guerra,  
Genios de destrucción al Rhin llevaron  
La plaga asoladora de la tierra;  
Y el renombre del Rhin eternizaron  
    Solamente á los ojos  
    De los hombres feroces,  
Que, sedientos de sangre y de despojos,  
La humanidad y sus derechos huellan,  
    Y del cielo y natura  
Las leyes sacrosantas atropellan.  
¡Oh Rhin ensangrentado! No tu fama  
Deberás al furor: el Dios del verso,  
Los veraces anales de la historia,  
    El genio, el universo,  
    Celebrarán tu gloria,  
No porque oíste el horroroso estruendo,  
Sí porque viste á Guttemberg naciendo.

El inventó la imprenta, y del olvido  
    Redimió grandes nombres;  
    Que el invento atrevido  
Eternizó las obras de los hombres,  
Y ató todos los tiempos al presente.  
    Todo cuanto la mente  
De algún mortal contemplador concibe,  
    O exaltada imagina,  
Si libre, inmensa, por do quier camina;  
Cuanto precepto la razón prescribe;  
    Todo, todo estampado,  
Y en copias mil y mil multiplicado,

Cruza la erguida sierra,  
 Cruza el ponto profundo,  
 Que divide la tierra de la tierra,  
 Y atraviesa veloz el ancho mundo  
     Del ecuador al polo,  
 Y del ocaso, do la noche mora,  
 Hasta el fúlgido reino de la aurora.  
 ¡Tanto puede la imprenta! Ni esto solo  
     A su poder es dado;  
 Que los sabios del tiempo que ha pasado  
     Hoy con nosotros hablan;  
 Y, cuando el postrer siglo haya llegado,  
 Hablará el más lejano descendiente  
 Con ellos y nosotros igualmente. (1)  
 Así la ilustración, como la llama  
     Del sol inapagable,  
 Que enseñoera inmóvil la natura,  
 De un día en otro sin cesar renace  
 De un siglo en otro permanente dura.

¡Loor á Guttemberg! ¿Ni quien creyera  
 Que su invención benéfica, sublime  
     En algún tiempo fuera  
     Causadora de males,  
 Que empaparon en sangre los mortales?  
 El fanatismo y el poder, que siempre

---

(1) Las ideas á que se refiere esta nota, y muchas otras expresadas en esta composición, son también aplicables á la simple escritura; pero es indudable que pueden referirse con mayor exactitud y extensión al uso de la imprenta, por cuanto ella nos trasmite los escritos anteriores de un modo más general, más fácil y duradero. (Nota del autor).



En daño de los hombres se adunaron,  
Del invento feliz se aprovecharon,  
Y él sirvió á los horrores  
Que al universo afligen,  
Cuando aquellos desplegan sus furores,  
Y con vara de fierro al mundo rigen.

La imprenta publicaba  
Que al mas vil, al mas bárbaro tirano,  
Si en un infame trono se sentaba,  
Del mismo Dios la sacrosanta mano  
Daba el cetro gravoso,  
Que en yugo ignominioso  
A los míseros pueblos abrumaba.

En vano, en vano la filosofía,  
Siempre amiga del hombre,  
Descubrir el engaño pretendía,  
Disimulado con mentido nombren.  
De la Verdad severa  
La penetrante voz no bien se oyera,  
Cuando atroz fanatismo,  
Evocando las furias del abismo,  
Soplaba airada la funesta hoguera,  
Y la execranda llama consumía  
Las páginas de luz, que se atrevía  
Algún sabio á escribir con libre mano;  
Que el desusado tono  
Estremeció al tirano,  
Y sintió bajo el pié temblando el trono.

Así quedó cegado  
El canal que la imprenta en algún día,  
Para dar curso á la sabiduría,  
Benéfica mostró. Desde el momento  
A nadie le fué dado  
Disponer de su libre pensamiento,  
Cual si le fuera por merced prestado.  
Cuando un nuevo camino  
A los hombres se muestra, y las deidades  
Ofrecen nuevo don, ¿será destino  
Ingratos abusar de sus bondades,  
Y hacerlas instrumento  
De crímenes sin cuento,  
De opresión, de venganzas y maldades?  
¡Ah! ¡Que proterva condición del hombre

Así llegó de la fecunda tierra  
Al seno engendrador su osada mano,  
Y el metal que se encierra  
En las hondas entrañas  
De las erguidas ásperas montañas,  
Arrebatára á la caverna oscura  
Do plugo sepultarlo á la natura.  
El rígido metal se convertía  
En surcador arado,  
Y el campo alborozado  
Una mies abundosa prometía.  
Pero pronto sonó de guerra impía  
La maldecida trompa,  
Y el metal en espada convertido,

Y en dura lanza que los pechos rompa,  
    Todo campo cubierto  
    De cadáveres fuera,  
Y la sangre humeando discurriera  
Por entre el surco del arado abierto.

Así la selva sus robustos pinos  
    A la mar vió lanzados,  
Y, venciendo las ondas denodados,  
    Hallar nuevos caminos  
Que de un mundo conducen á otro mundo,  
Y hermanas las naciones del Oriente  
Con los pueblos lejanos de Occidente;  
Mas también pronto por el mar profundo,  
Preñados de furores y venganza,  
Los armados bajeles navegaron,  
Y en llanura de bárbara matanza  
Los piélagos inmensos transformaron.

¿De qué no abusa el hombre? Así la imprenta,  
    Un tiempo envilecida,  
O brutales caprichos adulaba  
    De la ambición sedienta,  
O, al fanatismo pérfido vendida,  
Mentía en cada letra, y blasfemaba  
    Del mismo Dios excelso,  
Cuyo nombre sacrílega estampaba.

Ésas negras edades  
    De ignorancia y maldades,

•

Y universal error, ya son pasadas;  
Y el hombre, dueño de su pensamiento,  
Libre como su hablar y sus miradas,  
Libre como la luz y como el viento,  
En rasgos indelebles lo publica.  
Su tesoro de ciencia comunica,  
O, de temor seguro,  
Juzga al déspota duro,  
Veraz y mensurado le condena,  
Y sin violencia su furor refrena:  
Y de la hipocresía  
Los simulados crímenes delata,  
Y la impostura pérfida arrebatá  
El doloso disfraz que la cubría

¡Feliz, feliz el suelo  
Donde los hombres gozan  
De tanta libertad! Los que destrozan,  
Allá bajo otro cielo,  
La triste humanidad, y en los sudores  
Y en el llanto infeliz del miserable  
Se bañan con placer abominable,  
¿Qué harían si la prensa sus furores  
Al sometido pueblo revelara,  
La amenaza llevase á sus oídos,  
Y el odio de los buenos concitara,  
Del oprimido acallando los gemidos?  
Temblad, tiranos, mientras libre sea  
El ejercicio de escribir honroso:  
Y siempre lo será; que el mundo ahora

No es ya cual lo desea  
Vuestra ambición fatal y asoladora.

Mas yo me vuelvo á venerar al hombre  
Que cultiva el saber, y que el tesoro  
De su mente prodiga. Su renombre,

Con caracteres de oro

Escrito en los anales de la ciencia,  
Irá á la más remota descendencia.

Es premio de su afán: no quiso avaro  
Sus luces ocultar: pudo dejarlas

En resplandor universal y claro,  
Y no debió en la tumba sepultarlas.

Libre escribió lo que en tenaz empeño  
Arrancó á la recóndita natura,

Y de la lengua pura

De la Filosofía

Escuchó con anhelo en algún dia.

Aprendió y enseñó: tantas lecciones  
Propagaron las prensas: las naciones

Perecerán después, y otros imperios  
Se verán levantados

Sobre antiguos imperios derrocados:

Empero el sabio sin cesar renace,  
Que así la imprenta sus prodigios hace.

Por esta noble libertad se llama

El siglo en que vivimos

El siglo de las luces, aunque brama  
Sañudo el fanatismo, que quisiera

Muchos lustros al tiempo en su carrera  
Hacer retrogradar porque tornara  
Su poderio infausto abominable,  
Antes por la ignorancia respetado,  
Pero en días felices, execrable  
Al universo en fin desengañado.

¡Oh Patria en que nací, digna morada  
De la alma libertad, en donde el genio  
Se remonta brillante!  
Si la imprenta afanada  
Los frutos del saber y del ingenio  
Multiplica y derrama á cada instante,  
Esa, mi amada patria, esa es tu gloria.  
Coronada tu frente  
Mil veces del laurel de la victoria,  
La libertad, la ciencia solamente  
Te han sublimado á la envidiada altura,  
Donde el orbe te mira,  
Y á do en vano procura,  
Encumbrarse en tu honor mi humilde lira.

## A BUENOS AIRES \*

CON MOTIVO DE LOS TRABAJOS HIDRÁULICOS  
ORDENADOS POR EL GOBIERNO

O D A.

Cual te admiro, ó natura, en los portentos  
De tus inmensas obras!—Quien preside  
Los trastornos del orbe y los modera,  
El genio universal, que todo abarca,  
Al inmortal Colón escoger quiso,  
Y revelar solo sus misterios  
Que á las tres partes del antiguo mundo  
La serie de los siglos ocultara.  
Al resto de la tierra ignotos eran  
Otra tierra, otro mar: el Dios de todo  
Dijo COLÓN PAREZCA; el héroe nace,  
En demanda de un mundo parte, lo halla,  
Y de la creación se ostenta el lujo.  
Estas regiones son donde la mano  
Del Supremo Hacedor está marcada;  
Ni saber al mortal le es permitido  
Porque le plugo el esmerarse en ellas.

---

\* La Colección pág. 227. Apareció en el Centinela: No. 22 Dbre de 1822.

A todos los países dió natura  
 Parte de sus tesoros, pero á todos  
 Algo les denegó, porque se hallara  
 Allá en lejano clima, y en el cambio  
 La sociedad del hombre se estrechase  
 Llamando los de aurora sus hermanos  
 A los hijos lejanos de occidente.—  
 El hombre todo corrompiólo un día.  
 ¡Qué no corrompe la ambición y el oro! \*  
 Tornóse la hermandad en guerra infanda;  
 Y sed de humana sangre y de riqueza  
 Fué la sola pasión de los mortales,  
 Que en el delirio de adquirir robando  
 Todos los lazos de amistad rompieron.

Entonces fué cuando Colón se lanza  
 A mar no conocido, lo atraviesa,  
 Y, en premio del milagro, al fin descubre  
 Las playas de la paz, y la gran parte  
 Que se extrañaba en el inmenso todo. (1)  
 Entonces fué que la natura en pompa  
 Al universo atónito se muestra;  
 Y en el bóato de sus nuevas galas  
 La vió el habitador del viejo mundo,  
 Y él mismo allá se avergonzó de serlo.  
 La tierra de Colón era la tierra  
 De la naturaleza. En ella á un tiempo  
 Portentosa, terrible, al hombre infunde

---

(1) Inmenso todo. Esta expresión aquí alude á solo el globo terráqueo. En los poetas es muy usada para expresar toda la creación. (Nota del c)



El miedo santo á las eternas causas;  
Y á un tiempo en mano maternal le brinda  
Todos los dones que en distintas plagas  
De la tierra partió, prestando en unas  
Lo que en las otras misteriosa niega.

Yo ví en los Andes la preñada nube  
Mas baja que la cima, y en los cerros  
Rodando el trueno, y aterrando el valle,  
Que en torrentes las aguas recibía  
Blancas de espuma y entre piedras rotas;  
Yo ví los llanos de la patria mía  
Anchos, inmensos, dó sin fin en torno  
Cual la imaginación la vista vaga,  
Y en la hermosa planicie nada encuentra  
Mas que verde extensión; y el horizonte  
Así parece cual si asiento fuera  
Del vastísimo cóncavo del cielo.  
Naturaleza allí clama por brazos  
Que el seno virgen de la tierra rompan,  
Y que llenen su voto, la simiente  
Do quier echando en el fecundo suelo:  
Do quier abriendo los canales anchos  
Por dó corran las aguas; ó robadas  
Para el riego fructífero el gran río  
Que cantó Lavarden (1); ó desde el centro  
Brindador de la tierra, dó se ocultan,  
Por una mano hidráulica arrancadas.

---

(1) Alude á la Oda al Paraná del célebre porteño D. Manuel de Lavarden. (Nota del autor).

¡Cuántos prodigios en la idea veo!  
Y á mi patria felice ¡cuánta gloria  
Fatídica la mente pronostica!  
Veo brotando los raudales puros  
De límpida corriente; y la llanura  
Aquí tornada en selva populosa,  
Dó el reforzado roble crezca y sea  
Mudo testigo del morir de siglos,  
Y el pino se alce á la suprema nube  
En mole gigantea, y las raíces  
A la honda entraña de la tierra lleve;  
Allí el terreno nivelarse miro,  
Y sustentar gimiendo el peso enorme  
De la gran casería, dó la lana  
En vistoso tejido convertida,  
La fábrica extranjera no visite  
Para volver en delicada tela,  
A ser adorno de la linda virgen  
Que las orillas argentinas pisa.

Vendrá la primavera precedida  
De mansa lluvia, que fecunde el campo  
Y el prado vista de florida alfombra,  
El céfiro la mueva, y en la nube  
Se temple el rayo pero no se apague  
Del sol engendrador. En el estío,  
A Ceres grata la campiña amena  
Cúbrase toda de materna espiga,  
Y ría el labrador mientras el viento  
La blanda mies ondéa, y sus sudores

Los parvulitos y la tierna esposa  
En dulces besos doblemente pagan,  
Llegue el otoño, y entre parra verde  
Su sien corone con las anchas hojas,  
Y entre los mostos del lagar se bañe.

Corren las aguas en distinto rumbo  
Y á par de ellas corriendo los raudales  
De nacional riqueza, el orbe todo  
Se agolpa á nuestras playas. Las familias  
Del europeo, que en cansada guerra  
Y en miseria vivió, su hogar odioso  
En placer abandonan; y á las popas  
De los bajeles que á la mar se fían,  
Suben á despedirse de aquel suelo  
Que les negara el pan, ingrato siempre.  
Al argentino puerto le da arribo  
Preñada de hombres de ligera nave;  
Y el suelo besan que promete al cabo  
Sustento á sus hijuelos, y reposo  
Cuando la ancianidad sobre ellos venga,  
Y el tiempo pese en la cabeza cana.  
A la campaña corren, y entregados  
Al trabajo rural y á los amores  
Que nacen entre paz, se multiplican  
Cual la simiente que en el suelo arrojan,  
Y el genio de la Patria los bendice.  
La población se aumenta: el campo entonces

No extraña brazos, ni desierto llora;  
Y Ceres y Pomona y las deidades  
Tutoras de las artes y la industria,  
Se gozan presidiendo los trabajos,  
Cual si tornaran las edades de oro.  
El indio rudo, que rencor eterno  
Heredó de sus padres, su venganza  
Entonces depondrá, ó allá en las sierras  
Dó, como él, es inculta la natura,  
Pasará solo su salvage vida;  
Ni, como ahora, en el veloz caballo  
Discurrirá por la extensión inmensa,  
Talando campos y sembrando muertes.

¡Oh poder de los hombres! Tú alcanzaste,  
A medir á los astros su carrera,  
A contar de la luna el presto paso,  
Y del cometa la tardía marcha,  
Las aguas fugitivas detuviste  
En su curso veloz y deleznable,  
Y, cual si fueran sólidas, tu mano  
Sobre montañas elevarlas supo,  
Precipitarlas al sediento valle  
Por los caminos que más bien quisiste,  
Y en nuevo lecho adormecerlas luego.  
La hidráulica á las ciencias, á las artes,  
A la industria social, nuevos tesoros  
Próvida muestra, y á la patria mía  
Larga fortuna para siempre ofrece.

Ni solo al campo quedará ceñido  
El beneficio de la diestra ciencia  
Que á la natura en su trabajo ayuda.  
Repente el noto al argentino encrespa,  
Y, en bramadoras olas levantado,  
La nave embiste, que el ferrado diente  
Clavára envano en la tenáz arena.  
Las indómitas aguas algún día  
En más seguro puerto encarceladas,  
No harán temblar al náutico infelice  
Como tembló en Agosto, cuando el río  
Los males aumentó del año infando. (1)

Aquí en la capital las anchas plazas  
Se adornarán también, cuando las fuentes  
El agua arrojen, que en cambiantes varios,  
El rayo vuelva que despida Febo;  
Y en su vistoso juego, detenidas  
A las hermosas en su marcha tenga,  
Mientras yo las alabo con mi verso,  
Salpicada la frente en linfa pura,  
¡Os vea yo correr, fuentes hermosas!  
¡Os vea yo correr! y desde entonces  
Para siempre jamás solo vosotras  
Mi Aganípe seréis y mi Hipocréne.  
Yo volaré á vosotras cuando el estro  
Hierva en mi fantasía, y en la mente  
Ardor de canto irresistible sienta.

---

(1) El año de 1820 fué el año de nuestras desgracias. El temporal de Agosto del mismo año es memorable también. (Nota del poeta.)

Los hombres que á mi patria tantos bienes  
 Supieron prodigar, asunto digno  
 De mi verso serán, y á las estrellas  
 Llevaré en mis loóres su renombre;  
 Y de Colón los venerables manes  
 Se gozarán entre la tumba helada  
 Al ver al cabo que en la tierra suya  
 Hay un país que fortunado goza  
 De paz, de libertad, y de abundancia.

AL ANIVERSARIO DEL 25 DE MAYO DE 1822

S O N E T O \*

¡Salud, día de Mayo! ¡Primer día  
 De la patria, salud! En el oriente  
 El sol asoma su lumbrosa frente,  
 Y es más bella la luz que nos envía,  
 Por que alumbra los libres, que á porfía  
 De la ara al pié, su libertad naciente  
 Juran, cantan en himno reverente,  
 Y tiembla el sólio de la Iberia impía.  
 ¡Salve otra vez y mil, sol, que miraste  
 De infame yugo libertarse un mundo,  
 Cuando nuestras venganzas alumbraste!  
 ¡Salve mil veces más! Y del profundo  
 Olvido de la edad exento seas,  
 Porque lo grande de tus obras veas.

---

\* La Colección pág. 271.

## EPÍGRAMAS

No acertando un buen casado  
Con algún nombre bonito,  
Que poner á un angelito  
Que su mujer le había dado;  
Ella le dijo: «querido,  
Lo del nombre es poca cosa,  
La empresa dificultosa  
Es dar con el apellido.»

Un soldado bravo y fiel,  
Cayendo de la metralla,  
Exclamó: «mi coronel,  
Digan en algún papel  
Que yo he muerto en la batalla.»  
«¿Quién ha de hablar de un soldado?  
(Respondió el jefe altanero).  
Yo sí seré celebrado,  
Que una bala me ha pasado  
Por las plumas del sombrero.»

Todo, todo es corrupción,  
(Dijo airado un litigante:)  
El escribano es ladrón,  
Mi abogado es un bribón,  
Vendido á mi contrincante:

El juez enseña al testigo  
Lo que ha de hablar: un cadalso  
No basta para castigo.  
¡Y yo no encuentro un amigo  
Que quiera jurar en falso!

Blas en un corro decía:  
« No hay mujer tan apegada,  
Tan fiel, tan enamorada,  
Tan tierna como la mía. »  
Un su amigo que le oyó,  
Me dijo: « más la alabara,  
Si entre él y la tál pasara  
Lo que pasa entre ella y yo. »

Hablando de una batalla,  
En que cierto militar,  
Furibundo en el hablar,  
Se escondió como un canalla,  
Un chusco le preguntó:  
« ¿Y en tan sangriento embolismo  
Usted á cuantos mató? »  
El guapetón respondió:  
« Yo no me alabo á mi mismo. »



## LA CORONA DE MAYO \*

Deus nobis hæc otia fecit

*Verg., Eclog. 1.*

Este es el sitio, ¡oh Dios!, este es el sitio  
 Del horror y la muerte. En algún día,  
 Por el cóncavo techo,  
 En roncós ayes resonar se oía  
 El lúgubre gemido  
 De víctima infeliz, que al triste lecho  
 Atada con horrisona cadena,  
 Al cielo endurecido  
 Decía en vano su cansada pena.  
 De este lugar hasta el cadalso horrible,  
 En el carro de muerte arrebatados,  
 Iban los infelices destinados  
 Al desagravio de la ley hollada,  
 Y de la sociedad menospreciada.

\* *Poesías* de J. C. Varela, ed. 1879, pág. 195.—En la colección de poesías patrióticas, pág. 250.

Dió motivo á esta composición, la función de música y canto, con que la sociedad filarmónica, que existía entónces en Buenos Aires, solemnizó el aniversario de Mayo, como por corona de las festividades de aquel año. Para evitar notas que interrumpieran la lectura de esta pieza, no está demás advertir que el salón de la predicha sociedad era uno de los edificios llamados antes la Cuna. En Buenos Aires se sabe con cuanta razón se había hecho odioso este nombre; y seguramente la autoridad hizo bien en vender aquella casa á un particular, quien la ha destinado á usos que harán olvidar su aborrecible memoria. Algunos nombres que se leen en esta pieza métrica son los de las personas que mas contribuyeron á la brillantez de la función. (Nota del autor).

Pero más todavía: más odiosa  
Para los libres era  
Esta estancia horrorosa,  
Por las escenas bárbaras que viera  
En las horas de luto, que cubrieron  
El suelo en que algún día  
La libertad y la igualdad nacieron.  
Los grandes héroes de la patria mía,  
Los ilustres varones  
Que el primer grito levantar osaron,  
Y, con pasmo de todas las naciones,  
Al merecido abismo  
Despeñaron el fiero despotismo;  
Esos patriotas de memoria eterna,  
Encarcelados por ingrata mano,  
Aquí en dolor gimieron,  
Y víctima del odio deshumano  
De los partidos y la envidia fueron.

Mil de veces al cielo demandamos  
Un rayo vengador, que este edificio  
En polvo convirtiera,  
Y el cielo, á nuestros votos impropicio,  
El rayo suspendió; pero ya era  
Prometido otro tiempo venturoso,  
En que libre gozara el Argentino  
De la tranquila paz el don divino,  
Ya luce esplendoroso  
Ese día feliz: el fiero Marte,  
Y el carro en que atropella la anarquía,

Cuando sus sierpes y su horror reparte,  
Gozosa solo en la nefanda guerra,  
    Pasaron ya otro día  
Para no más volver, y en nuestra tierra  
    Ni la huella dejaron  
Que señale el lugar por do rodaron.

Este Mayo lo vió: su bella aurora,  
En el fúlgido oriente levantada,  
Miró la tierra por el cielo amada,  
Y miró paz y unión. En esa hora,  
Se elevó nuestro canto al firmamento,  
    Y el alígero viento  
Desde el cielo á la tierra lo volvía,  
Mientras la fama rápida volaba.  
Y á todo el universo lo anunciaba.  
    Mayo fué cual ninguno ;  
Y reservada su corona estaba  
    Al Dios de la armonía,  
Que invisible y gozoso presidía  
    El coro de amadores  
    De la música y canto ;  
El los colmó de todos sus favores,  
    Y del mágico encanto  
Que todas las pasiones adormece,  
Y todos los sentidos embelece.

Hoy es templo de Apolo  
Este lugar de llanto y de tormento,  
Y donde antes el eco del lamento

Se levantaba desoido y solo,  
Al fin se siente un día  
Todo el placer que causa la armonía.  
¿Pero donde mi verso  
Podrá empezar alabador, y donde  
En esta nueva escena corresponde  
Redoblar mi loor? Jóvenes bellas,  
Que así como en el cielo las estrellas  
En una noche hermosa,  
Así en la concurrencia habeis lucido  
De otra noche dichosa,  
Que la corona ha sido  
De la fiesta de Mayo mas pomposa;  
Vosotras me direis á quien mi rima  
Primero nombrará: solo vosotras,  
Si mi verso menguado  
De su objeto al nivel no se sublima,  
Con elogio podreis mas delicado  
Decir lo que allí visteis,  
Decir, bellas, más bien, lo que sentisteis.

Sonó la canción patria: al escucharla  
En la lid el soldado,  
En todo tiempo el pecho denodado  
Presentó al plomo ó á la punta fiera,  
Y aquel canto le hiciera,  
O vencer en la lucha,  
O morir sin dolor, pues que lo escucha,  
Pero nunca ha sonado  
El himno de los libres

Como sonó esa noche. Transportado  
El auditorio inmenso  
Al templo de la gloria se sentía,  
Y el corazón suspenso,  
En fuego patrio, como nunca, ardía.

Impresión tan profunda, fuego tanto  
¿Quién pudiera apagar, sin el hechizo  
De otro más dulce y melodioso canto?  
Micaëla cantó, y ella deshizo  
De nuevo el corazón en tierno llanto.  
En otro tiempo Circe, aquella maga,  
Aquella encantadora  
Hija del astro que el oriente dora,  
Su voz omnipotente levantaba,  
Y al momento, á los socios infelices  
Del afamado Ulises  
Con su voz á su arbitrio transformaba.  
Ella el hondo cimiento  
Hizo temblar del globo, el firmamento  
Oscureció mil veces,  
Hizo volver la mar, y amedrentados  
Ir á otras aguas los enormes peces.  
Pero nunca, jamás, los corazones  
Supo mover su voz, como conmueve  
El dulcísimo acento  
Que Micaëla plácida levanta,  
Cuando su labio, lisongera mueve,  
Cuando orgullosa de sus artes, canta.  
Carmen cantó con ella: ¿y cuál ha sido.

El corazón de bronce,  
Cuál el pecho de acero defendido,  
Que de placer no palpitará entonces?  
¿Y qué fiereza habrá que no desarmen,  
Trinando juntas, Micaëla y Carmen?  
Esa noche las Gracias se ausentaron

Del templo de Citeres,  
Y sola, sola, en el altar dejaron  
A la madre de Amor y los placeres,  
Por venir á llenar de un nuevo encanto  
A las que sin su auxilio pueden tanto.

¡Oh poder sin igual de la armonía!

Cuando en nave traidora  
El Lésbico Arion el mar surcaba,  
Tocó su arpa sonora,  
Y el delfín, que en las ondas la escuchaba,  
Al músico en su espalda recibiera,  
Y á la orilla inofenso le trajera.  
Un instrumento igual con igual arte  
Escuché yo esta vez, pero tañido  
Por diestra mano de argentina airosa.

Le escuché, y he creído  
Que desde su caverna tenebrosa  
Pudo el delfín salir; que el ponto pudo  
Deponer su furor, y, quieto y mudo,  
Conducir en la calma mas serena  
Al músico de Lesbos á la arena.

Pero el genio se pierde: cierto es todo  
Lo que dicen de Orfeo,

Cierto también lo que de Anfion se cuenta.  
Con arte celestial hallaron modo  
De conmover á la natura, atenta  
Al armónico son; y á su deseo  
Las encinas del bosque obedecían,  
Las piedras de los montes se movían.  
Todo, todo es verdad; que yo á Massoni  
    He visto cuando el arco  
A la cuerda múltisona aplicaba;  
    Y por un raro encanto,  
Sentí que su instrumento remedaba  
Del gilguerillo el armonioso canto,  
    O la flauta sonora  
Con que Mercurio adormeció los ojos  
Del Argos velador, en una hora  
En que del grande Jove los enojos  
    Del todo rebosaron,  
Y del Argos la muerte decretaron.  
    Massoni es el amado  
Del dios de Delos y su hermoso coro,  
    Y dispensa á su agrado  
De la armonía el celestial tesoro.

Tú, Esnäola, también debida parte  
En mi verso tendrás; tu edad temprana,  
Tu talento sublime y prematuro,  
    La perfección de tu arte,  
Todo viene en tu honor; y estás seguro  
De que tu sien alguna vez Apolo  
Coronará con el laurel, quo solo

Suele adornar privilegiadas sienes.  
 ¡Tanto derecho á sus favores tienes!

Mas, si mi labio la alabanza mueve,  
 Oh musa, ¿á quién no debe  
 Mi loor alcanzar? ¡Ah! perdonadme,  
 Vosotros, que á escena contribuisteis,  
 Vosotros que supisteis  
 Hacernos olvidar en un momento  
 El justo horror con que la planta hollaba  
 El ancho pavimento  
 Que antes el llanto del dolor bañaba.

Sí, perdonadme; y permitid que pueda  
 En el débil estilo  
 Que á mi verso impotente se conceda,  
 Invocar á la patria y la memoria  
 Del bienhadado día,  
 Que la llenó de gloria,  
 Y sepultó en el sud la tiranía.  
 ¡Oh Mayo venturoso!  
 Mes de los meses, pero más dichoso  
 Esta vez que jamás: *un Dios ha sido*  
*Quien la calma de la paz al fin nos diera.*  
 Felices nos has visto: en su carrera  
 No se detiene el tiempo: cuando tornes  
 En años venideros,  
 Más felices tal vez, más placenteros,  
 Tu sol nos hallará; y otro poëta  
 De Apolo más querido,



No con mal hado, como yo, nacido,  
 Celebrará ese sol, y su alabanza  
 Alcanzará á do su lumbre alcanza.

A LA PAZ \*

CON MOTIVO DE LA CONVENCION PRELIMINAR, CELEBRADA EN 1823, ENTRE EL GOBIERNO DE BUENOS AIRES Y LOS COMISIONADOS ESPAÑOLES, CERCA DE ÉL.

Monarcas de la tierra,  
 ¿ La mísera plegaria  
 No escuchais de los pueblos que os imploran?  
 Poned, poned un término á la guerra.

*Quint. Od. á la Paz.*

Baja tu vista, ordenador del mundo,  
 Alza tu diestra valerosa, y hunde  
 En el seno profundo  
 De la abrumada tierra  
 Al monstruo horrible de la infanda guerra.  
 La luminosa página, gravada  
 En el eterno libro del destino,  
 Al siglo diez y nueve prometiera  
 La paz y libertad. ¿ Cual asesino  
 Contrasta el hado, y en su saña fiera  
 Bebiendo sangre y empapando el suelo

---

\* *Poesías* de J. C. Varela, ed. 1879, pág. 202.—En la colección de poesías patrióticas, pág. 259.

En más sangre y más llanto,  
 Destruye al hombre, y menosprecia al cielo?  
 El malvado en su furia puede tanto,  
 ¿Y tu brazo, gran Dios, no lo aniquila?  
 Pon término, Señor, á nuestros males,  
 Derrama tus enojos iracundo  
 Sobre el mortal que aflige á los mortales:  
 Baja tu vista, ordenador del mundo.

Allá do el sol se eleva, aquí do esconde  
 Su esplendorosa faz, horror y guerra,  
 Y nada más alumbra. ¿Dónde, donde  
 Está el asilo de la paz? ¿Qué mano  
 Derrocó sus altares en la tierra?

Al feroz otomano  
 Mirad allá embriagándose con sangre  
 Que de los descendientes de Leonidas  
 Se derrama á raudales,  
 Porque abrieron un día sus anales,  
 Y vilmente perdidas  
 Su independencia y libertad miraron,  
 Y de vergüenza y de dolor lloraron.  
 Esparta, Atenas, Salamina, todo  
 A su mente volvió; y el pecho griego,  
 Enardecido al cabo,  
 Se mostró griego, y convirtió en venganza,  
 El deshonor y timidez de esclavo.  
 Trozaron fieros la cadena, y luego,  
 Del mismo fierro que forjóla un día,  
 Instrumentos hicieron de matanza,  
 Y el grito ¡guerra! retumbó en Turquía.

Infelices, ¿do vais? En vano, en vano  
 Los tiempos revelaron á los hombres  
 Lo que es la humanidad y lo que valen  
 De patria y libertad los santos nombres.

Do quier hay un tirano,  
 Do quier hay viles que á su voz acuden;  
 El rayo lanzan, el acero esgrimen,  
 Las sierpes venenosas se sacuden,  
 Los parvulitos y las madres gimen,  
 Y á vuestra destrucción nada se opone:  
 Que hay bárbaros que ayuden  
 A que el crimen al crimen se amontone.

¿Y el nombre griego, y la valiente empresa,  
 Digna del nombre y de victoria y fama,  
 En nada quedarán? ¿Y el vilipendio  
 Y el escarnio del turco, será acaso  
 Debido premio á la ferviente llama,  
 Que en Grecia cunde, y se procura paso  
 De pecho en pecho, y á los héroes llama  
 A la muerte, á la gloria  
 Que no siempre consiste en la victoria?

Mas ellos triunfarán: las libertades  
 Triunfan en este siglo. Los delitos  
 De los tiranos que á la guerra incitan,  
 Y, sin oír de humanidad los gritos,  
 De furor en furor se precipitan,  
 Nunca mayores fueron que en la era  
 En que, ociosa la espada,

Del moho y del orín se consumiera,  
Si no hubiese asesinos,  
Que, queriendo oponer á los destinos,  
Luchan contra el torrente  
En que va envuelto el mundo. En algun día,  
No está lejos quizá, la tiranía  
Será cual era gigantesca mole,  
Que de Febo los rayos atajaba,  
Y las anchas comarcas asombraba;  
Y, al huracán cediendo de repente,  
Desde la altiva frente  
Hasta el hondo cimiento desquiciada,  
Sus ruinas largamente se tendieron.  
Muchos con ella, á su caer, cayeron,  
Empero nunca más será agoviada  
La tierra con su inmensa pesadumbre,  
Y la que fué el escándalo algún tiempo  
Del llano y de la cumbre,  
Será del caminante  
El escarnio y la mofa en adelante.

La Grecia lo verá; veralo luego  
La malhadada Iberia,  
Que celosa miraba como ardía  
En la sencilla América ese fuego  
En que ella misma hoy día  
Consumiéndose está, porque despierta  
Del profundo letargo,  
En que ha yacido en cautiverio largo,  
Se acuerda de su honor, y esta memoria

La impele al fin á recobrar su gloria.  
¿No lo veis? ¿No lo veis? El galo astuto,  
Trastornador del orbe, ha derramado,  
Desde el alto Pirene  
Hasta el muro de Gades afamado,  
Los rencores del trono. ¿Como viene  
A hollar vuestros derechos? ¿Qué razones,  
Españoles, habrá para oprimiros?  
La guerra es la razón de los Borbones.

Acaso la justicia vengadora  
Del árbitro y Señor de todo imperio,  
Sentir os hace ahora  
Los horrores que en todo este hemisferio  
Pesaron sin cesar, en tres centurias  
De un poder ejercido por las Furias.  
Nos cansamos al fin: vosotros mismos,  
Pusisteis en la mano  
Del apaciable y blando americano,  
La espada fulminante  
Que tanto en vuestra sangre se ha teñido,  
Mostrándose triunfante  
Donde quier en trece años ha lucido.

¡Y, qué! ¿no basta ya? ¿Nuestros derechos  
No son como los vuestros? ¿Qué muralla  
Presentareis mejor que vuestros pechos  
A la rabia implacable en que batalla  
En su hórrida agonía  
La espirante y odiosa tiranía?

Libres seréis; nosotros  
Lo somos ya, lo somos; no hay potencia  
Que baste á contrastarnos,  
Ni poder en la tierra que robarnos  
Pueda ya libertad é independencia.  
Desde los llanos que Argentino baña  
Hasta las cumbres del Perú fragoso,  
Desde el suelo fructífero de Chile  
Hasta el istmo famoso,  
Y hasta la tierra que codicia suma  
En la sangre empapó de Montezuma,  
Mil templos se han alzado  
A la alma libertad, y eternamente  
En la feliz América inocente  
Su numen bienhechor será adorado.  
¿Y, por que no envainan los aceros?  
¿El sagrado motivo no ha cesado,  
Que los hizo algún día  
Con estrago lucir? Los campos yermos  
Mirad, en que debía  
La espiga levantarse, y abundosa  
Crecer en medio de la paz, y henchirse  
Del grano que da vida; y sonreirse  
El labrador, cuando á su tierna esposa  
Alegre el primer fruto presentara,  
Y ella el sudor del rostro le enjugara.

Hora corre el sudor, pero mezclado  
Con la sangre y el polvo de las lides,  
Y todavía el bárbaro soldado

Pisa la miés naciente,  
 Quema feroz las enramadas vides,  
 Destruye y mata. ¿Y para qué? ¿No es dado  
 Vivir en brazos de la paz, siquiera  
     Cuando la ley severa  
     De la necesidad no nos obliga  
     A la crüel fatiga  
 De atropellar la humanidad y hollarla?  
 ¿Viviremos sin paz pudiendo hallarla?  
     *¡ Oh jefes de la tierra !*  
     *¿ La misera plegaria*  
*No escucháis de los pueblos que os imploran ?*  
*¡ Poned, poned un término á la guerra !*

Su término será. ¡ Patria querida !  
 ¡ Inmortal Buenos Aires ! De tu seno  
 Los primeros guerreros se lanzaron,  
     Que con paso sereno  
 El inmenso país atravesaron  
     Entre muerte y horrores,  
 Y donde quier al enemigo hallaron  
 Los miró el enemigo triunfadores.  
 De tu seno salieron; pero ahora  
     Ya tú misma preparas  
 Los bienes de la paz consoladora,  
     Y acudes á tus aras,  
 De todos tus rivales vencedora.  
 ¡ Oh jefes de los pueblos ! Los oídos  
 Abrid al cabo al grito penetrante  
 Del huérfano y la viuda desvalidos.

Y de la virgen que perdió á su amante,  
 Cercano el día de llamarse esposa.  
 La guerra lo robó: la tez de rosa,  
 Pálida ya y sin brillo, se ha empañado  
 Con el largo llorar. ¡Nefanda guerra!  
 El suelo está de crímenes preñado,  
 ¿Y á tanto crimen como el suelo encierra,  
 Bárbaros todavía añadiremos  
     Los que vienen contigo,  
 Cuando en la furia del combate vemos  
 En lugar de un hermano á un enemigo?

¡Guerra! ¡Execrando nombre! ¡cuanto, cuanto  
 El suelo de la América ha sufrido  
 Por tan terrible azote, y ha corrido  
     Cuanto de sangre y llanto  
 En trece años de horrores! ¿Y esto llama  
 Timbre y honor la historia? ¿Y á la Fama  
 Se atreve á encomendar la poesía  
 Ese número inmenso de atentados  
 Que los anales de la guerra llenan,  
 Por la lira y el canto consagrados?  
 ¿Para qué son los rayos? ¿Porque truenan  
     Los cielos sin objeto,  
 Pudiendo aniquilar al insensible,  
 Que de la humanidad huella el respeto,  
 Y, por no dar al hombre lo que debe,  
 A fiar á la guerra aborrecible  
 El interés de su ambición se atreve?



¡Paz, paz, Americanos! Ya la España  
Sabe que toda vez que la justicia  
Nos ha inspirado belicosa saña,  
Sabemos combatir, y siempre fieles  
A nuestro empeño y nuestro honor, cubrirnos  
En medio de la muerte de laureles.  
Pero basta de muertes y de horrores;  
Dad olivo á mi sien, dadme que cante  
La quietud de la paz en adelante,  
Dadme que pueda en metro delicado,  
Y no en un verso duro, ensangrentado,  
Llevar de polo á polo  
El nombre de los genios bienhechores  
Que los primeros á la paz llamaron.  
Si, yo los cantaré, y al mismo Apolo  
Asistirá á mi canto.  
¡De la paz la dulzura puede tanto!  
Mirad los campos y los anchos ríos  
En vital movimiento,  
Y el comercio y la industria sus tesoros  
En la tierra verter, y en vez de lloros,  
Risas, placer, y universal contento.  
Haced la paz, y todas las deidades,  
Amigas de la paz, en nuestro suelo  
Fijarán su morada;  
Y cuando el génio de la guerra añada  
Maldades á maldades,  
Allá en el mundo que se llama antiguo,  
Aquí en el nuevo, en hermandad dichosa,  
Que nunca turbará la furia insana,  
La madre patria mirará gozosa  
Una sola familia americana.

## AL TRIUNFO

DEL EJÉRCITO LIBERTADOR EN AYACUCHO  
EL 9 DE DICIEMBRE DE 1824.

## ODA IMPROVISADA \*

Hic vir, hic est, tibi quem  
Promitti soepius acudis.

¡Sombras feroces de guerreros grandes!  
Alzaos sobre la loza  
Que eternizó vuestra memoria odiosa;  
Alzaos sobre el nivel del pavimento  
Que el pueblo humilde tembloroso pisa  
Porque teme insultar vuestra ceniza.  
¡Sombras, alzad, y responded ahora!:  
¿Para qué os dió la espada  
La mano ordenadora  
Del árbitro y señor del vasto mundo?  
¿Para destruir y reducir á nada,  
Pueblos, imperios y hasta el mar profundo.  
Enrojecer con sangre de los hombres?  
Ay! vuestra horrible historia  
Consagra con escándalo los nombres  
De los azotes de la especie humana,

---

\* La Colección de poesías patrióticas pág. 272.

Que vanamente invoca  
La hermandad y la paz—Adonde toca  
La planta del guerrero, allí la parca  
De una generación abre la tumba,  
Y se extremece cuanto el orbe abarca,  
Apenas siente que el cañón retumba.

Pero no se extremece cuando truena  
Allá en las sierras del Perú fragoso,  
Y el grito ¡guerra! aterrador resuena.  
¡Triunfó la libertad, cayó el coloso!  
Repite el eco en la soberbia cumbre,  
La voz desciende á la profunda cima,  
Y los últimos restos del destrozo  
Arrastra en su corriente el Apurima, (1)  
¡Bolívar! Sí, tu espada, tus campeones,  
No son la plaga con que aflije el cielo  
A la angustiada tierra,  
Cuando sangre inocente tiñe el suelo  
Y lo devasta asoladora guerra.  
La fuerza es en tu mano,  
Lo que es el rayo vengador. La nube  
Opaca lo desprende,  
Pero alta inteligencia lo dirige,  
El fuego asolador el aire hiende,  
El miedo marcha ante él, sigue el estrago,  
Pero el justo lo mira y no padece:  
Solo el malvado á su furor perece.

---

(1) Rfo del Perú, sobre el que ambos ejércitos practicaron muchos movimientos militares, antes de la acción. (Nota del autor)

¡Iberia! ¡Iberia! Desde largos años  
Está el genio del mal, desde su trono,  
En este suelo derramando daños;  
Y su trono es el tuyo. Las legiones  
Que lanzó tu ambición á este hemisferio,  
Sobre muertos alzaron sus pendones,  
Cuando nos sujetaron á tu imperio.  
Con sangre están escritos  
Dos fastos de la historia americana,  
Y todos nuestros fastos son delitos,  
Mientras duraba tu opresión tirana:  
Delitos tuyos son. El Dios de todo  
Hasta aquí, dijo: consentir me plugo,  
Trastorne al orbe la razón un día;  
No gima un mundo bajo infame yugo,  
Y que llore á su vez la tiranía.

Habló así Dios. El libro del destino  
De repente se abrió, y allí los nombres,  
En luminosa página marcados,  
Estaban de los hombres  
Para tan grande empresa reservados.

¡Honor, honor á todos! Esa era  
Ya se empezó á contar, desde el momento  
En que dimos al viento  
De Patria y Libertad la voz primera,  
Discurriendo por todo el continente  
El eco al punto por los aires zumba,  
Del Istmo estrecho al borrascoso Cabo,

Desde el plateado río al val de Otumba,  
Y en boca de la fama, en el instante,  
Voló del mar del Sud al mar de Atlante.

Y comenzó la lid. ¡Oh! ¡Cual se vía,  
Ya tinto en sangre de sus hijos fieles,  
Ya tinto en sangre de opresores crueles,  
El vasto suelo de la patria mía!  
¿Y quince años de afán no son bastante?  
¿No mirais, asesinos,  
Que contra la razón alzais la espada,  
Y luchais contra el hombre y sus destinos?  
Mas, sea cual quereis: justa es la guerra,  
Justa es la guerra, y su tremendo nombre  
Es nombre de consuelo  
Si es que, para ser hombre,  
Está escrito en la ley de los tiranos  
Que antes se empape con la sangre el suelo.  
Dadme la trompa que á la lid convoca,  
Dadme el aliento que á Mavorte anima,  
Y en mi trémula boca  
El beso del amor temblando muera;  
Ya que no debe melodiosa rima  
Cantar la paz, sino prender la llama  
Que á pechos bravos en la lid inflama.

Bolívar lo sintió; de sus hogares  
Los hijos de Colón tras él volaron;  
Su génio los conduce y los enciende,  
Y á su marcha los montes se allanaron.

El enemigo allí la tiranía,  
Su esfuerzo redoblando,  
Concentró su furor en su agonía;  
Así, hostigada, carnicera tigre,  
Más se enfurece cuanto más herida.

Se aproximan los fieros combatientes,  
Tiembra el recinto en derredor, la parca,  
Sus víctimas señala, de repente  
Hace el bronce la seña de matanza,  
Y un eco, á su sonido semejante,  
Repitió por los aires al instante:  
Hoy es el día de la gran venganza.

Y su luz la alumbró; toda la carga  
De tres siglos enteros de atentados,  
Y de opresión y servidumbre larga,  
Gravitaba en los bárbaros soldados  
Que aquel día juraron nuevamente,  
Subyugar otra vez el continente,

¡Cenizas de Cangallo! ¡Heroica sangre  
Allá en Colombia con honor vertida  
En diez años de horror! Vuestra memoria  
A los patrios campeones  
Redobló su valor; y las legiones,  
¡Muerte, gritaron, ó venganza y gloria!

Con gloria se vengaron. Sangre odiosa  
Se mezcló hirviendo al rápido Apurima;

Sangre odiosa tiñó llanura inmensa,  
Y odisa sangre la enriscada cima.  
Allá en la nube densa,  
Del polvo y humo de la lid terrible,  
La sombra de los héroes divagaban,  
Que con pecho invencible  
Por su patria la muerte despreciaron,  
Y en el Olimpo de laurel se ornaron.  
Venid, decían, sucesores nuestros;  
Mayor premio os espera;  
Nosotros empezamos,  
Vosotros consumasteis la carrera.

¡Píndaros de Colombia! Vuestra lira  
Sucre resuene en adelante solo,  
Mientras el nombre de Bolívar debe  
Únicamente pronunciarlo Apolo.

Año 1825.

EN UN CONVITE DE AMIGOS \*  
CON MOTIVO DEL TRIUNFO DE AYACUCHO

¡La patria y la amistad! ¡Nombres sagrados,  
Que, llenando de gozo nuestro pecho,  
Con esto y entusiasmo pronunciados,  
Llenais el ancho techo

---

\* La Colección de poesías patrióticas, pág. 278. En las poesías de J. C. Varela, ed. 1879, pág. 213 bastante modificada.

Del soberbio salón! Henchid ahora  
 Mi corazón fogozo de alegría,  
 De fuego movedor y voz sonora,  
 De imágenes y ardor mi fantasía  
 Este es, este es el día  
 Por Apolo y las Musas preparado  
 Sueñe la lira, y el poeta cante;  
 Y, si un noble entusiasmo lo arrebatara,  
 A quien se sienta sobre el trono espante,  
 A quien desprecie la amistad combata.

## CORO

*Suene la lira, y el poeta cante;  
 Y si un noble entusiasmo lo arrebatara,  
 A quien se sienta sobre el trono espante,  
 A quien desprecie la amistad combata.*

¡Cantar! Yo, amigos, con placer cantára,  
 Y, lanzando mis écos por el viento,  
 Si mi sencilla voz tanto alcanzara,  
 Se alzaría del cielo al firmamento.  
 Más ¿como he de cantar? Oid la guerra,  
 Mirá los campos dó creció la espiga,  
 Ved como los holló planta enemiga,  
 Y al punto en sangre se empapó la tierra  
 Ved los ancianos padres  
 Como el rostro del hijo en llanto mojan,  
 Y luego al campo de la lid lo arrojan,  
 Y muere la esperanza de las madres.  
 La virgen vuelve los dolientes ojos,  
 Y hasta los astros sube



De polvo y humo tenebrosa nube  
Que no le deja ver su nuevo amante.  
El entretanto entre guerreros marcha,  
Llega el combate y combatiendo mueve;  
La fama su catástrofe refiere,  
Y, de la virgen en la tez de rosa,  
Se ve marchita pálida azucena,  
Cercano el día de llamarse esposa.  
¡Guerra! ¡Execrando nombre! De mi verso  
No llenas más las sílabas sangrientas;  
Y, pues la paz del universo ahuyentas,  
Como yo te aborrezca el universo.

## CORO

*¡Guerra! ¡Execrando nombre! De su verso  
No llenes más las sílabas sangrientas;  
Y, pues la paz del universo ahuyentas,  
Que como él te aborrezca el universo.*

Mas ya pasó el horror. Así el torrente  
Sus diques rompe, inunda, todo arrasa,  
Y arrebatada en su rápida corriente  
Cuanto oponerse intenta, pero pasa.  
¡Bolívar! ¡Genio, cuyo nombre estaba  
En páginas de fuego,  
Y con buril divino,  
Grabado allá en el libro del destino,  
Desde que Dios los mundos arreglaba!  
El genio de Washington te movía,  
El valor de Leonidas te animaba,  
Y la ceniza fría

De Tell y de otros héroes, se agitaba  
En el seno profundo  
De la callada tumba,  
Por ver sin paz ni libertad el mundo.  
Pero lució tu espada,  
Y desde el Istmo á Lima,  
El río, el valle, la enriscada cima,  
La miraron triunfante; y no causada  
De escarmentar tiranos,  
A Sucre la entregaste por tus manos,  
Para que completara la venganza,  
En el día de la última matanza.  
Este día lució. Dad á mis sienes  
La oliva de la paz; dadme que cante  
Solo de la hermandad los dulces bienes,  
Al sonar de mi lira en adelante.

## CORO

*Este día lució. Dad á sus sienes  
La oliva de la paz; dadle que cante  
Solo de la hermandad los dulces bienes,  
Al sonar de su lira en adelante.*

El grito de victoria se desprende  
Desde el campo terrible de Ayacucho,  
Y más veloz que el viento, el aire hiende,  
Alígera la Fama se apresura,  
Y rápida atraviesa  
Del Pacífico mar la quieta hondura,  
De los nevados Andes la aspereza,

Y, clamando ¡victoria!,  
En las orillas del plateado río  
Repite el eco de: ¡venganza y gloria!  
Ya el labrador no teme  
Que el bárbaro soldado  
Queme la vid naciente; en paz amiga  
Crece en el campo la materna espiga;  
Tranquilo el tardo buey lleva el arado;  
Cae la cimiente en la fecunda tierra,  
Y ella la cubre y abundancia encierra.  
Sin miedo al cabo sus hijuelos besa  
La madre cariñosa, y de su seno  
De vida y néctar lleno,  
Los ve pendiente sin pavor. Un día  
Sostendrán su vejez, sin que la guerra  
Los arrebatase en flor de primavera,  
Y viuda y sola desesperada muera.  
La intacta virgen y la fresca esposa,  
Al consorte, al amado,  
Contra el pecho nevado  
Estrecharán en paz: y, si rebosa,  
Y dentro hierva el amoroso fuego,  
En un beso de amor díranle luego:  
Ya no irás á la guerra; combatamos  
A ver cual de los dos más nos amamos.  
Cantemos, pues, la paz. Ceñidme un día  
De mirtos, y de pámpanos, y trigos,  
Y dadme vino de la tierra mía,  
Con que pueda brindar á mis amigos.

## CORO

*Cantemos, pues, la paz. Ceñidlo un día  
De mirtos, y de pámpanos, y trigos;  
Y dadle vino de la tierra suya,  
Con que pueda brindar á mis amigos.*

Y allá en Europa, sobre el alto trono  
De crímenes y sangre circundado,  
¡Aun hay tirano que, con bronco tono,  
Del hombre el exterminio ha decretado!  
De nuestra patria en el altar juremos,  
A vista de los héroes que miramos  
Con respeto profundo,  
Que nunca atravesar al Nuevo Mundo  
El furor del antiguo dejaremos.  
Un límite fijemos  
En cuanto el ancho mar abarca inmenso,  
Y este límite extenso,  
Desde este día para siempre al cabo,  
Divida al hombre libre del esclavo,  
De la amigable paz la guerra impía,  
Al bárbaro opresor del oprimido,  
Y de la libertad la tiranía.

## CORO

*Divida al hombre libre del esclavo,  
De la amigable paz la guerra impía,  
Al bárbaro opresor del oprimido,  
Y de la libertad la tiranía.*

Bebamos pues amigos. Este día,  
En el pecho y la copa,  
Que todos los placeres se confundan,  
Y cual los rayos de Titán inundan  
De fulgorosa lumbre  
La atmósfera y los mares,  
Los valles y la cumbre,  
Así este día á nuestras almas traiga  
Especies todas de placer unidas,  
Y, cuando el vino á nuestros pechos caiga,  
Destierre los cuidados homicidas.  
Beba el amante por su dulce amada,  
El tierno esposo por su esposa beba,  
Mientras al labio de los padres lleva  
La salud de sus hijos este vino.  
Bebed por Sucre y su valiente tropa;  
Celebrad nuestro próspero destino,  
Y, amor y libertad, patria y amigos  
Confundánse en el pecho y en la copa.

## CORO

*Bebed por Sucre y su valiente tropa,  
Celebrad nuestro próspero destino,  
Y amor y libertad, patria y amigos,  
Confúndase en el pecho y en la copa.*

## AL GENERAL BROWN

EN UNA REUNIÓN DE AMIGOS \*

En un pecho magnánimo la suerte  
 Poder ninguno tiene;  
 Superior á los hados y á la muerte,  
 El corazón del héroe se sostiene  
 Con su sola firmeza,  
 Y se estrella el destino en su entereza.

Verdad será que, caprichosa y ciega  
 La fortuna inconstante,  
 Con el linaje humano fácil juega,  
 Al volver de su rueda; y que, constante  
 Tan solo en las mudanzas,  
 Se burla de las grandes esperanzas;

Del génio no se burla; el heroísmo  
 Favores no mendiga;  
 El siente que, bastándose á sí mismo,  
 La suerte al cabo á sus empresas liga,  
 Y que logra fijarla,  
 Porque tiene el poder de dominarla.

Sí, tiene tal poder; y Brown lo tuvo,  
 Cuando, en un año entero,  
 Contra el hado y la fuerza se mantuvo,  
 Siendo espanto y terror del brasileo,  
 Y arrancando con gloria  
 El laurel de la mano á la victoria.

---

(\*) De la Colección del Dn. J. M. Gutiérrez existente en la Biblioteca del Senado Nacional.

## A LA VICTORIA COMPLETA \*

CONSEGUIDA POR EL GENERAL DON JUAN ANTONIO LA-  
VALLEJA SOBRE LOS USURPADORES BRASILEROS, EL  
DIA 12 DE OCTUBRE DE 1825 EN EL LUGAR LLAMA-  
DO LA ORQUETA DEL SARANDÍ.

## O D A

¡Pueblos oid! ¡Escarmentad tiranos!  
La venganza que toman las naciones  
De los que insultan sus sagradas leyes,  
Es la justicia que el Omnipotente  
Hace de los delitos de los reyes.  
La cadena de férreos eslabones  
Con que está siempre atado el viejo mundo  
Al pie de un insolente  
En silencio profundo,  
En una época horrible, y ya distante,  
Se tendió mas acá del mar de Atlante.  
Un dia se trozó; y el mismo dia  
Se vió en los cielos, aunque tarde, justos,  
Un letrero de lumbré que decía:  
« Los decretos augustos  
« Del único Señor de los humanos  
« Hacen libre la América por siempre,  
« Y abandonan la Europa á los tiranos.

---

\* La Colección de poesías patrióticas pág. 293.

¿Y el Brasil?, ¿El Brasil, como consiente  
 Que en infame sitial, llamado trono,  
 Un déspota lo insulte,  
 Y en medio de la América se siente?  
 Mas ¡Cómo consentir! Ya el trueno rueda  
 En la cabeza del monarca intruso;  
 Y en la *Banda Oriental* del rico río  
 El rayo ya estalló! Bien corto queda,  
 Bien corto tiempo; y el presagio mío  
 Tendrá su cumplimiento.

¡Hombres opresos! Recobrad aliento,  
 Alzad, alzad las vengadoras manos;  
 ¡Pueblos, oid! ¡Escarmentad, tiranos!

¡Día de salvación y complemento!  
 Ya amaneciste en *Sarandí*! ¡Orientales!  
 ¿Qué génio os inspiró? ¿Qué génio vino  
 A escribir nuevamente los anales  
 Del hombre libre, y su feliz destino,  
 Con sangre de opresores?  
 ¿Con sangre destinada á una venganza,  
 Por vosotros, humanos, no deseada,  
 Por ellos, inhumanos, provocada?

¡Hélos ya bajo el filo! ¡Usurpadores!  
 ¿Dó está vuestro poder? ¿No era que un día,  
 Cuando recién el gérmen se movía  
 De abrasadora guerra,  
 En el silencio de domada tierra,  
 Vuestra faz altanera



De sonrisa insultante se cubriera?  
Probad, probad ahora,  
Cuanto es de fulminante y vengadora  
La espada que alza el Oriental valiente:  
Ved como sabe de laurel de triunfo  
Ceñir la enhiesta frente,  
Y vengarse con muertes á millares  
De un sólo insulto á sus paternos lares.

Abrete, Historia, y muestra en qué regiones,  
En qué época del mundo, qué naciones  
Presentaron jamás un grupo aislado,  
Desvalido, indefenso,  
De hombres, que, atravesando un río inmenso,  
Hasta la orilla opuesta se lanzaron,  
Y el fuerte grito de la guerra alzaron?  
Era su patria aquella: era su patria,  
A esclavitud horrible condenada;  
Y á los americanos  
Ser patriotas les basta y ciudadanos.  
¡O querer eficaz del hombre libre!  
Ellos pisaron su natal orilla,  
El suelo patrio con dolor besaron,  
Y al alzar la rodilla  
Que del eterno ante la faz doblaron,  
O pronta muerte ó libertad juraron.

Todo el oriente se inflamó al momento  
En el fuego sagrado  
Que libertad enciende.

No lleva tan veloz el raudó viento  
En los estivos meses  
La llama abrasadora cuando prende  
En los sacros despojos de las mieses.

Y la lid empezó. Pero, empezada,  
No la veis acabar ¡Cuanto sepulcro  
En Sarandí se ha abierto! Un solo instante  
Vió las terribles haces opresoras  
Ufanas, engreídas,  
Y el mismo instante las miró perdidas.  
Así triunfaron los libres: el amago  
No puede distinguirse del estrago.

¡Héroes! Si este renombre,  
Siempre dado al guerrero  
Pero quizá, no siempre verdadero,  
Ha sido alguna vez digno del hombre,  
Es hoy, cuando mi musa reverente,  
De adulación agena,  
Con él saluda, de entusiasmo llena,  
A los ínclitos hijos del oriente.

## TRIUNFO DE ITUZAINGÓ

CAMPAÑA DEL EJÉRCITO REPUBLICANO AL BRASIL

## CANTO LÍRICO \*

Las barreras del tiempo  
 Rompió al cabo profética la mente,  
 Y atónita se lanza en lo futuro,  
 Y la posteridad mira presente.  
 ¡Oh porvenir, impenetrable, oscuro  
 Rasgóse al fin el tenebroso velo  
 Que ocultó tus misterios á mi anhelo:  
 Partióse al fin el diamantino muro,  
 Con que de mi existencia dividías  
 Tus hombres, tus sucesos y tus días!

Mil siglos ya volaron  
 Ante los ojos míos: mil naciones

---

\* «Poesías» de J. C. Varela, ed. 1879, pag. 249.

DEDICATORIA—Al señor General del ejército republicano, Brigadier D. Carlos Alvear.

Exmo. señor: Tengo el honor de presentar á V. E. el adjunto canto lírico. El no tiene otro mérito que el que le dan su asunto y el nombre de V. E.

Si vinieran Luca, Lafinur, Rodríguez y Rojas, genios que tanto honor hicieron al Parnaso Argentino, ó si pulsara López su lira armoniosa y sonora, las glorias de la Patria y de V. E. serían cantadas de un modo digno de ellas.

Pero espero que se sirva V. E. acojer mi *Canto lírico* como un tributo humilde de mi respeto á su persona y á su mérito.

B. L. M. de V. E.—Señor:

J. C. V.

Con ellos perecieron,  
Y otras generaciones  
Y otros imperios á su vez nacieron;  
Empero á la República Argentina  
Salvarse miro de la gran ruina.  
¡Presente allá en las pósteras edades,  
Veo que no ha quedado ni memoria  
De griegos y romanos: otra historia  
De admiración embarga al universo:  
Otros hechos sublimes, otros nombres  
Miro allí consignados  
En las líneas fatídicas del verso,  
Y en páginas eternas; y los hombres  
Los pronuncian de asombro penetrados,  
Con respeto profundo,  
Por los inmensos ámbitos del mundo!

No suenan las Termópilas; los llanos  
De Maraton no suenan;  
Platéea y Salamina  
Cual si no fueran son, y ya no llenan  
Leonidas y Temístocles el orbe,  
Que otra gloria perínclita domina,  
Y la atención del universo absorbe.  
Esos nombres ilustres se eclipsaron;  
Los de Alvear y Brown los remplazaron;  
Y en todos los anales de la guerra  
Ituzaingó y el Uruguay escritos,  
Enseñan á los reyes de la tierra  
Que los libres no sufren sus delitos.

Descended hacia mí Númen del canto,  
Mientras el genio de la Historia corta  
La pluma de oro que á la tierra deje,  
Cual yo la miro en el momento, absorta.  
Mientras jaspes, y mármoles, y bronces

El buril no penetra,

Y á los siglos de entonces

Grabada pasa indestructible letra;

O mientras en estátuas colosales

El mundo no conoce todavía

Esos republicanos inmortales,

Blason eterno de la patria mía:

Descended hácia mí, Númen del canto;

Y si un mortal feliz pudiese tanto,

Mi verso irá por cuanto Febo dora,

Del Austro á los Triones,

Y leído en las playas de Occidente,

Llevado por la Fama voladora,

Admirará después á las naciones

Que reciben la lumbre refulgente

Del rosado palacio de la Aurora.

Sepultado en el báratro profundo,

Y respirando rencorosa saña,

Porque ya no asolaba al nuevo mundo,

Como cuando triunfamos de la España,

El monstruo de la guerra concitara

A la Ambición sedienta,

Y á la Ambición sangrienta,

Que del monstruo los ecos escuchara,

Usurpadora al llamamiento acude.  
 La Venganza sus crímenes prepara,  
 La Discordia sus víboras sacude,  
 Y atruenan sus rugidos el Averno.  
 Estos genios del mal luego quebrantan  
 Las eternas puertas del infierno,  
 Con hórrido alarido al mundo espantan  
     Y al Brasil se lanzaron,  
 Y el estruendoso carro despeñaron.

Entonces ese déspota insolente,  
     Que en el Brasil domina,  
 Tiende á los bellos campos del Oriente  
 Una mano alevosa y asesina;  
 Y con enojo horrible y bronco tono,  
 « No puede ser (clamó) que el argentino  
 Así se burle de la voz del trono,  
 Y tenga más poder que el del destino.  
 El mío es dominar un hemisferio,  
     Que tuvo la osadía  
 De aspirar á ser libre en algún día;  
 Ni basta á mi ambición mi solo imperio. »

Así dijo el tirano; pero escrito  
 Estaba ya en el alto firmamento  
 Con caracteres ígneos su delito,  
 Con caracteres ígneos su escarmiento.  
 Escrito estaba, y de la voz divina,  
 El fallo irrevocable, el cumplimiento  
 Confióse á la República Argentina.

Ella llamó á sus hijos, y sus hijos  
El flamígero acero descolgaron,  
Esos mismos aceros que algún día  
Las falanges ibéricas segaron,  
Cuando otro rey imbécil nos quería  
Arrebatár la independencia cara,  
Y que el baldón de América durara.

Ya tremolante veo  
Aquel mismo estandarte,  
Que en otro tiempo vió Montevideo,  
Cuando sañudo Marte  
El muro amenazaba y los pendones  
Ornados de castillos y leones.  
Ya las voces escucho  
De los mismos guerreros,  
Que fueron el terror de los iberos  
En Tucumán, en Maypo, en Ayacucho;  
Guerreros argentinos, que llevaron  
Triunfantes sus banderas,  
Desde la margen del undoso Plata  
Hasta el opimo Chile. Las barreras  
Eternas de los Andes se allanaron  
Al marchar de los fuertes campeones;  
Parten de allí, cual rayo, á otras regiones,  
Y con igual decoro  
En el Perú la espada desnudaron,  
Y de sangre enemiga la lavaron  
En las corrientes del Rimac sonoro.  
El Ecuador los vió, Quito amagada

Miró argentinos, y quedó asombrada;  
 Y hélos de nuevo aquí, y arder de nuevo  
 En bélico furor toda la tierra.  
 Justo rencor á la nación conmueve,  
 Justa venganza cada pecho encierra,  
 ¿Y quién es el valiente que se atreve  
 A conducir los bravos á la guerra?  
 ¿Quién es el General que en sí confía?  
 ¿Cuál es más fuerte, si el acero blande?  
 ¿A quién la Patria sus venganzas fía?  
 ¿Cuál es el héroe que á los héroes mande?  
 Alvear se mostró: toda la hueste  
 Con vítores festivos le aclamaba:  
*¡ Este es el vencedor, el genio es este !*  
 Y sus triunfos la hueste presagiaba.

La espalda en tanto del inmenso río  
     Las naos brasileras  
 Oprimen formidables y altaneras.  
 En marcial fuego y belicoso brio  
 Arda la capital, los campos ardan:  
 ¿Mas como irán á la oriental ribera  
 Los fuertes adalides, que ya tardan,  
 Y de cuyo ardimiento solo espera  
 La libertad el oprimido Oriente?  
     ¡Tardar! No lo consiente  
 El marino impertérrito, terrible,  
 Que sintiéndose intrépido, invencible,  
 Se decide á forzar á la Victoria  
 A que empiece á tejerle la corona,



Con que muy pronto en Uruguay las sienes  
Se adorne del laurel de que blasona.

Alzóse Brown en la barquilla débil  
Pero no débil desde que él se alzara;  
    Y la espumante prora,  
Que divide las ondas cristalinas,  
Convierte al enemigo vencedora.  
Le arroja de las aguas argentinas,  
Y, en un combate y mil, al mundo enseña  
Que el poder es ser bravo, y que Fortuna  
Del sublime valor, que la desdeña,  
No tiene en las hazañas parte alguna.  
Mientras que, vencedor por su destino,  
Brown combatía la tremenda flota,  
Quedaba libre el líquido camino,  
    Y á la playa remota  
    Volaban las legiones  
Que al causador de tan inícua guerra  
A mostrar iban ya nuestros pendones  
Triunfantes en las aguas y en la tierra.

« ¡Salud, hijos de Oriente valerosos,  
Ya en Sarandí cubiertos de alta gloria!  
    No basta una victoria  
Para hnmillar tiranos orgullosos:  
    Ya la patria os saluda ;  
Sus hijos sois ; y uniendo el occidente  
Su esfuerzo á los esfuerzos del oriente,  
Vuestros hermanos manda en vuestra ayuda.»

Así dijo Alvear, y en la ribera  
Mandó plantar la bicolor bandera  
De su nación preclara,  
Insignia á la victoria siempre cara.

Otra vez os imploro,  
Oh Númenes del canto;  
Pulsad mi lira con el plectro de oro,  
O borro el verso que no alcanza á tanto.  
Oiga yo resonar. . . Mas ¿qué interrumpe  
El eco celestial de la armonía?  
¿Quién en voces horrisonas prorrumpe,  
Y destruye su grata melodía?  
¡Ay! que sonó la trompa,  
La ronca trompa del feroz Mavorte,  
Y en belicosa pompa  
Se desprendió del campo la cohorte.  
¡Oh madres argentinas! en el pecho  
Estrechad, estrechad al tierno infante,  
Que ya no tiene padre en adelante.  
¡Esposas! empapad el yerto lecho  
En llanto de dolor, que ya partieron,  
Y la orfandad y la viudez amarga  
La marcha del soldado precedieron,  
Derramando tras sí miseria larga.  
Pero no: presentad á vuestros hijos  
El valor de sus padres por modelo,  
Y dejad á las madres brasileras  
Llanto sin fin, inacabable duelo;  
Que sus hijos están en las hileras,

Al filo vengador de las espadas,  
Y al altar de la muerte destinadas.

¡ Tirano del Brasil! ya nuestros bravos  
Traspasaron el límite anchuroso,  
Que divide la tierra de los libres  
De la tierra infeliz de los esclavos.  
Ahora es tiempo de que el rayo vibres  
Con que nos amagabas jactancioso,  
Cuando inmensas distancias separaban  
Ejércitos y ejércitos, ni Marte  
En tus campos plantaba su estandarte,  
Ni nuestro sol tus águilas miraban.  
¡ Tirano del Brasil! ¿ Adonde, adonde  
Los ministros están de tu venganza?  
¿ O cual es el lugar en que se esconde,  
Huyendo de la bárbara matanza,  
Ese grupo venal, en cuya frente  
Miró la marca del esclavo impresa,  
Afrentando el valor del combatiente?  
¡ Déspota! Tú, que conservar pretendes  
La posesión de una provincia ajena,  
¿ Tu mismo patrimonio no defiendes?  
¿ Y cual es el poder de que blasonas,  
Si apenas nuestro intrépido soldado  
El umbral del imperio ha traspasado,  
El suelo del imperio le abandonas?  
¡ Oh Dios! ¡ Y un pueblo entero  
Su honor, su suerte, su vivir te fía!  
¿ Quién lo defiende del furor guerrero?

¿Son las breñas de la alta serranía  
La palestra en que esperan tus soldados  
De glorioso laurel ser coronados?  
Esas armas, que brillan en la cumbre  
    Del escarpado monte,  
Como la luna con aciaga lumbre,  
Cuando pálida sube al horizonte;  
    Esos brazos inertes,  
    Con oro vil comprados,  
Y solo á la cadena acostumbrados,  
    ¿Son los que han elegido  
Para vencer los adalides fuertes,  
Que larga y cruda guerra ha endurecido?

Si; que yo veo la caverna oscura  
Preñada de armas y hombres, sin lanzarlos,  
Si no van nuestros bravos á buscarlos  
Al mismo pié de la dolosa altura.

    Así el astuto griego,  
Para envolver en una noche infanda  
La ciudad de Neptuno en sangre y fuego,  
Solo esperó en la nécia confianza  
Con que hasta el pié del pérfido caballo  
El troyano imprudente correría,  
Y, sin prever la bárbara asechanza,  
A su sombra tranquilo dormiría.  
Pero así no será; porque el guerrero  
En quien hoy la república confía  
    Si es que aprendió de Marte  
Frío valor en el combate fiero,

No ostenta menos el saber y el arte  
Con que prevé, dirige, determina,  
Y el arma del soldado, su ardimiento,  
El tiempo, la distancia, el movimiento,  
Y las dos fuerzas y el lugar combina.  
Desde hoy, Alvëar, tu renombre aumenta  
La lista de los grandes generales,  
Que ya la historia de la guerra cuenta,  
Y á quienes glorifica en sus anales.  
¡Tal premio ha merecido tu pericia  
En el arte fatal de la milicia!  
Fatal y necesario. . . Derramado  
    Por la extensión desierta,  
Donde horroriza la natura muerte,  
Nada es que el sol abrasador hostigue  
    Al escuadrón valiente,  
Y no haya fresca linfa que mitigue  
La sed rabiosa, inaplacable, ardiente:  
    Su gloria es la fatiga,  
Y la bóveda espléndida del cielo,  
O de la húmeda noche el negro velo,  
El solo techo que al guerrero abriga:  
    Marchar en su descanso,  
Y áridos arenales sus caminos;  
Pero tienen valor, son argentinos.

Abreme tus volúmenes, historia,  
    Y muéstrame aquel hombre,  
Que fatigó á la tierra con su gloria,  
Y fatiga tu pluma con su nombre.

Del Egipto en los vastos arenales  
 Le halla mi acalorada fantasía  
 Seguido de franceses inmortales;  
 Y se goza feliz la Musa mía  
     En ver que el mismo verso  
 Que esa campaña describir podría,  
 La de Alvear también describiría;  
 Y atónito observára el universo  
 Que del gran capitán el gran modelo  
 No en vano se ha grabado en la memoria,  
     Y que tenemos gloria  
 Parecida á la suya en nuestro suelo.

Mas ya salen del yermo inhospitable  
     Las huestes argentinas,  
 Y mostraron su frente deleitable  
 De Bayés las bellísimas colinas.  
 ¡Brasileros! Mirad los que pregonan  
 Su renombre y sus triunfos hazañosos:  
 Mirad esos soldados que blasonan  
 De que armaron sus brazos poderosos  
 Por defenderos hoy, como abandonan  
 Al furor militar del extranjero  
 Vuestro honor, vuestra vida. Y, ¿qué sería  
 De vosotros, ó pueblos, este día,  
     Si el argentino acero  
 Fuese instrumento vil en viles manos  
 De la ambición fatal de los tiranos?  
 ¿Que haceis, que haceis, soldados,  
 Que ya no descendéis de la alta cumbre,

Y, por estas llanuras derramados,  
Ostentais vuestra inmensa muchedumbre?  
¿Todo el tesoro que Bayés encierra  
Abandonais así? ¿No sois testigos  
De que recogen ya los enemigos  
Las ansiadas primicias de la guerra?  
¿Y están entre vosotros los valientes  
Que allá en el Volga y en el Rhin bebieron,  
Y, á la ambición y al despotismo fieles,  
A playas remotísimas vinieron,  
En demanda de gloria y de laureles?  
¡Que! ¿No hay audacia en el feroz germano,  
Y audacia no hay en el sicambro fiero,  
    Para bajar al llano  
    Con ímpetu guerrero,  
Y que triunfe el valor y no la suerte  
En los campos horribles de la muerte?  
¡Vano esperar! Ni en la enriscada altura  
Defendidos se creen: así, acosada  
Del veloz cazador, tímida cierva,  
Más y más se enmaraña en la espesura  
    Y aun su pavor conserva,  
Ya del venablo y del lebrél segura.  
Mirad, mirad la marcha triunfadora,  
Con que avanza la hueste vencedora  
Conquistando los pueblos del imperio.  
Pero ¡que conquistar! despedazando  
Los grillos de oprobioso cautiverio,  
Y por todo su tránsito sembrando  
La semilla del árbol, que algún día

Cubra todo el Brasil, como ha cubierto,  
Del frío Septenfrión al Mediodía,  
El suelo que Colón ha descubierto.  
Pero Alvear, siguiendo á la victoria,  
Quiere que el lauro de la lid le brinde,  
Y en vano, en vano, San Gabriel se rinde,  
Que un pueblo sin defensa es poca gloria

Como cuando retiembla el pavimento  
Del fuego subterráneo conmovido,  
Y el río, en encontrado movimiento,  
O retorna al lugar donde ha nacido,  
O en curso desusado  
Baña los campos que no había bañado;  
Así retiembla la campaña en torno  
Bajo el pié del alípedo caballo,  
Y así, en varias y opuestas direcciones,  
Corren los formidables escuadrones  
Y ya la falda de la sierra tocan  
Que inexpugnable al enemigo abriga,  
Y ya vuelven al llano y le provocan,  
Sin perdonar trabajo ni fatiga.  
¡Campos de Ituzaingó! Los que valientes  
Os cubrirán de gloria,  
Y harán que se conserve entre las gentes  
Con respeto y honor vuestra memoria,  
Hoy se ven precisados  
A simular pavor y retirarse,  
Por probar si se atreven á lanzarse  
De la sierra esos tímidos soldados:



Mas del castigo tiemblen espantoso,  
Con que habrán de pagar en algún día  
    La torpe villanía  
De obligar al ardid á un valeroso.  
Asi dijo Alvear, y á las legiones  
Que ansiaban el momento de venganza,  
Ordenó que siguieran sus pendones  
Hasta el campo de próxima matanza.

El enemigo entonces, que cobarde  
Ocultó en las montañas su pavura,  
De tardío valor haciendo alarde,  
Inunda con sus haces la llanura.  
¡ Infelices! Marchad; la muerte espera;  
Para saciar su saña nunca es tarde,  
Y ella os vá á sorprender en la carrera.

El sol sepulta en tanto  
Su carro esplendoroso en occidente,  
Y abandona el Ólimpo refulgente  
A la callada noche: el negro manto  
Cubre la frente de la luna clara,  
Y el trémulo brillar de los luceros,  
El horror que en el campo se prepara,  
Y el bélico furor de los guerreros.  
En la densa tiniebla de la noche  
Mil sombras pavorosas divagaban,  
Cuyo lamento y míseros gemidos  
Las huestes enemigas aquejaban,  
Y, por lúgubres ecos repetidos,

Sangre, horrores y muerte presagiaban.

Pero al campo argentino

No así el pavor cubría

En tan terrible noche: de continuo

Alvear su recinto recorría,

Y ora dispone que escuadrón tremendo

Siga á Lavalle en su feroz avance,

Ora elige el lugar de donde lance

El tronador cañón su globo ardiendo.

Este es el sitio que el infante guarde,

Aquella el ala que primero parta,

Aquí la muerte una falange aguarde,

Allá la muerte otra legión reparta.

Diestro, sereno, activo, todo ordena

Para el trance cercano,

Y la enemiga fuerza de antemano

Desbarata en su mente y desordena.

La pavorosa expectación del día

Hizo cesar el sol; y el brasiero,

Que en fuga vergonzosa nos creía,

Atónito, azorado,

Mira á su frente al enemigo fiero,

A espantable venganza preparado.

¡ Oh día de prodigios y de horrores!

¡ Día de luto, asolación y llanto!

No, no te puede celebrar mi canto;

Perdonadme, terribles vencedores

Que este asunto no es mío:

Toma tu trompa, ensalzadora Clio.

Antes que los mortales  
La industria de matar adelantáran,  
Y el rayo á las esferas celestiales  
Atrevidos robáran,  
Y en los hórridos bronces la encerráran,  
Con no menos furor, con menos arte,  
A los campos de Marte  
Los feroces guerreros descendían  
En silencio espantoso, y mas de cerca  
Mas segura la muerte repartían.  
Así en Ituzaingó silencio horrible  
Reinaba en toda la extensión del campo,  
Y con paso terrible,  
Y con serena frente,  
Se acercaba uno al otro el combatiente.  
La presencia del riesgo, la certeza  
De morir en la lid si no vencían,  
Infundieron valor, dieron fiereza  
A los mismos soldados,  
Que en las breñas poco antes abrigados,  
Parecían un grupo de indolentes,  
Tímidos, pusilánimes, indignos,  
De matar y morir entre valientes.

Ya se acercan las masas condensadas  
De los fieros teutones,  
De agudas bayonetas erizadas,  
Cercadas del cañón: sus batallones  
Muros parecen que moviera el arte;  
Inexpugnable muro; no hay guerrero

Tan formidable que contra él se estrelle,  
Ni rayos suficientes á abrasarle,  
Ni fogoso bridón que le atropelle,  
Ni pujanza bastante á derribarle.

Solo el patrio soldado,  
Que vencer ó morir había jurado,  
La tremenda falange  
Pudiera ver llegar, y no temblára;  
Y la vió y no tembló, y el corvo alfanje  
Desnudó con que pronto la segára.

Pero el bronce tronó; la muerte fiera  
Subió en su carro á la señal de Marte,  
Y se lanzó en el campo carnicera.  
El belicoso bruto al punto parte,  
Que ya el audaz jinete  
Alzó el acero y le soltó la brida,  
Y, al ímpetu feroz con que arremete,  
Retiembla la campaña combatida.

De temor que el estrago á la distancia

• No tan sangriento sea,  
Y de que silbe el plomo en la pelea,  
Sin herir, sin matar, los escuadrones  
Acometen, se encuentran, se rechazan,  
Y se estrellan legiones con legiones,  
Y con mútuo furor se despedazan.  
Queda encerrado en el fusil entonces  
El plomo matador, callan los bronces  
Y el puñal fiero y el recorvo sable,  
La bayoneta y la tremenda lanza,

Sirven mas al furor de la venganza,  
Y el silencio horroroso y espantable  
Se ejecuta la bárbara matanza,  
    Sin elección de muerte  
Ciega revuelve su fatal guadaña,  
Y ciegamente hiere; rinde al fuerte,  
Ceba en el débil su sangrienta saña,  
Y ningun bando es suyo. En la campaña  
La sangre amiga y la enemiga sangre,  
    Con furia igual vertidas,  
En un mismo raudal corren unidas;  
Brazo á brazo pelea el combatiente,  
No hay punta aguda ni tajante acero  
Que no penetre el pecho de un valiente,  
Que no corte la vida de un guerrero.

Mas no ciego furor, razón serena  
De Alvear los esfuerzos dirigía,  
Y del duro soldado la osadía  
Ora estimula más, ora refrena:  
Su ánimo imperturbable no se inmuta,  
Y en el confuso caos mantenía  
La inalterable calma del que ordena,  
La ardiente intrepidez del que ejecuta.  
De en medio de la lid llamando á Brandzen,  
« Allí (dijo) el combate es mas sangriento,  
Y nuestra patria, amigo, este momento  
Entre el honor y la ignominia lucha ».  
No dijo mas: el héroe que lo escucha,  
Fiero, orgulloso, de que así lo mande,

Y allí le envíe donde el riesgo es grande,  
A la arena con ímpetu desciende:  
El rayo está en su mano, y en sus ojos  
La llama brilla que el honor enciende.  
La presencia de Brandzen los enojos  
Redobló del soldado: tal un día  
Allá á los campos de la antigua Troya  
    Héctor descendería,  
Con un valor igual, con igual suerte,  
En demanda de Aquiles y la muerte.  
Y el momento llegó: la parca avara,  
De matanza vulgar no satisfecha,  
Una víctima grande señalara,  
Y Brandzen espiró... ¡Golpe terrible!...  
¡Oh brasileras huestes! Mas valiera  
    Que tal honor el hado  
En este día atroz no os concediera.  
La sangre que el campeón ha derramado  
Mil vidas vale, y el estrago horrendo  
Ahörá empezará. « ¡Venganza! » grita  
El intrépido Paz: « ¡venganza! » clama,  
Ardiendo en ira, el escuadrón tremendo,  
Y « ¡venganza! » Alvear también responde.  
Toma el lugar de su difunto amigo,  
Hondo en el pecho el sentimiento esconde,  
Y se lanza, cual rayo, al enemigo.  
El soldado le sigue: vanamente,  
Con la muerte de Brandzen orgulloso,  
El experto jinete brasilerero  
Oponerse pretende al horroroso,

Al repetido choque: allí el acero  
Corta, hiende, destroza, despedaza,  
Como torrente, el escuadrón furioso  
Por sobre miembros palpitantes pasa,  
Por sobre moribundos atropella,  
Atraviesa de sangre el ancho lago,  
Deja á su espalda el espantoso estrago,  
Y en la sólida falange al fin se estrella.  
La aguda bayoneta la defiende

De aquel ímpetu ciego,

Y el mortífero plomo se desprende.

De su prisión de fuego;

Pero más bravo el argentino avanza  
Por el camino que le abrió la lanza,  
Y del fogoso bruto el ancho pecho  
Ciérrase luego: el escuadrón deshecho  
Vuelve, júntase, estréchase, acomete  
Con ímpetu mayor, con mayor ira,  
Y otra vez y mil veces se retira,  
Y otra vez y mil veces arremete,  
Así las olas la muralla embaten,  
Y, contra ella rompiéndose estruendosas,  
Retroceden, y vuelven, y furiosas  
Con repetido empuje la combaten,  
Hasta que se desploma á lo mas hondo  
La contrastada mole, y victoriosas  
Revuelven los escombros en el fondo.  
No de otro modo allí desaparecieron  
Esas fuertes columnas, esperanza  
Del vil usurpador: en la matanza

También algunos libres perecieron ;  
Mas, cayendo opresores á millares,  
Digno holocausto fueron  
A las sombras de Brandzen y Besares.  
La lid por todas partes entretanto  
Es, como aquí, sangrienta,  
Y, como aquí, se aumenta  
Por todas partes el horror y espanto.  
Asorda el trueno del cañón: su fuego  
La árida yerba inflama  
Que todo el campo cubre; cunde luego  
La abrasadora inextinguible llama, ( 1 )  
Mientras el aire hienden  
Globos ardiendo que también lo encienden.  
Pelea el combatiente enfurecido  
Entre el incendio, el humo, la ceniza ;  
Y el grito lamentable del herido,  
La hórrida convulsión del que agoniza,  
La sangre que en el campo corre hirviendo,  
Los miembros de sus troncos separados,  
Y á la llama de pábulo sirviendo  
Muertos y moribundos hacinados ;  
Tal es el cuadro que la lid presenta.  
¿ Y ya no es tiempo, ¡ oh Dios ! de que se sienta  
De la afligida humanidad el llanto ?  
Basta para triunfar. ¡ Qué ! ¿ la victoria

---

( 1 ) Nada en Ituzaingó fué tan horrible, como el incendio general del campo, en medio de la batalla. El fuego prendió en el pasto, demasiado alto, y ya seco por la fuerza de los soles, y cundió con extraordinaria rapidez. Muchos heridos perecieron abrasados, sin haber sido posible librarlos de las llamas. ( Nota del autor ).



Vende tan caramente sus laureles?  
¿Las palmas de la gloria valen tanto,  
Que se compren con muertes tan crüeles?

¿Y, en medio del estrago,  
Adonde está el guerrero,  
Cuya presencia triunfa, cuyo amago  
Pavor infunde al enemigo fiero,  
Y cuyo brazo el genio de la guerra  
Armara él mismo del fulmíneo acero,  
Para que hiciera estremecer la tierra?  
¿Lavalle dónde está? Cual raudo viento,  
Que arrebatara en furioso remolino  
Cuanto encuentra en su paso, y que, violento,  
Derribando no más, se abre camino;  
O cual de la alta cumbre de repente,  
Las desquiciadas voces arrastrando,  
Rápido se despeña algún torrente,  
Y á los llanos con ímpetu bajando,  
Todo arranca en su curso, todo arrasa,  
Y sobre escombros espumantes pasa;  
Así Lavalle y su escuadrón valiente  
Atropellan, derriban este día  
A todos los que hubieron la osadía  
De ponerse insensatos á su frente.  
Muy mas allá del campo de batalla  
Los siguen, los persiguen, los acosan,  
Los acaban en fin, y no reposan,  
Y á la lid vuelven que pendiente se halla.  
Llegaron, y al instante

Disipada la nube que ocultaba  
 La faz del sol, que su cenit tocaba,  
 Se mostró, mas que nunca, radiante.

De lo mas elevado

De los aires desciende de repente

Un trono refulgente,

De azul, y de oro, y resplandor cercado.

Armoniosos cantares

Mil coros celestiales repetían,

Y las sombras de Brandzen y Besáres

El pedestal del trono sostenían.

Belgrano estaba en él: su frente orlaba

El laurel de la gloria,

Y en su mano brillaba

Las espada que nos daba la victoria

Cuando Belgrano fué. « Basta de sangre

« (El héroe prorrumpió); que este es el día

« En que, en otro Febrero,

« Rendir vió Salta el pabellón ibero, ( 1 )

» Y cubrirse de honor la patria mía.

« Este estrago terrible, este escarmiento

« Es sacrificio á mi memoria digno,

« Y digno de la patria el vencimiento.

« Argentinos, triunfad ». Dijo, y benigno

A la sien de Alvear en el momento

Hizo el lauro bajar que le adornaba,

Y la visión desapareció en el viento.

---

( 1 ) El 20 de Febrero de 1827 fué la batalla de Ituzaingó; y en el mismo día del año 1813, el ejército patrio del Perú, al mando del general Belgrano obligó á rendirse en la ciudad de Salta, después de una sangrienta refriega en sus inmediaciones, á todo el ejército español, con sus armas y bagajes, desde su general D. Pío Tristán hasta el último soldado. ( Nota del autor ).

En el medio del campo se entroniza  
 Entonces el terror; el brasilero  
 El estrago contempla, se horroriza,  
 Y deja el premio del combate fiero  
 A quien ganarle supo. El argentino  
     También vuelve y se asombra  
 De mirar á sus piés la horrible alfombra  
 Que le dejó la muerte por despojos.  
 Ella su vista en el estrago ceba;  
 Y, no bien satisfechos sus enojos,  
 Por sobre muertos su carroza lleva.

¡Ilustre general! ¡Oh, si mi verso  
 Al del cisne de Mantúa se igualára!  
 ¡Cómo entonces por todo el universo  
 Orgullosa mi musa te aclamára!  
 Y á la paz vuestro nombre ensalzaría,  
 Soler, Oribe, Paz, Olavarría,  
     Preclaros adalides,  
 Vencedores en estas y otras lides.  
 Ni tu nombre, Vilela esclarecido,  
     Fuera por mi olvidado;  
 Tú al campo del honor has conducido  
 Pacíficos vecinos (1), que al soldado  
 Dieron grandes ejemplos de bravura,  
 Cual si en la escuela de la guerra dura  
     Educado se hubiesen,

---

(1) El regimiento de caballería de milicia, conocido generalmente por el nombre de *Colorados de las Conchas*, al mando de su coronel D. José María Vilela, se portó en toda la campaña, y en el acto de la batalla, como el mejor de los cuerpos veteranos. (Nota del autor).

Y á sus horrores avezados fuesen,  
 ¡Vivid, vivid, guerreros! Las hileras  
 Que en el campo formais, son hoy la patria;  
 Solo cubren su honor vuestras banderas.  
 Hija de la victoria, ya de lejos  
 Os saluda la paz, y á los reflejos  
     De su lumbre divina,  
 Triunfante, y de ambiciosos respetada,  
 Libre, rica, tranquila, organizada  
 Ya brilla la República Argentina.

### AL COMBATE NAVAL

DEL II DEL CORRIENTE, EN ELOGIO DEL SEÑOR GENERAL  
 DON GUILLERMO BROWN, Y DE TODOS LOS VALIENTES  
 DE SU MANDO.

#### ODA \*

¿Era este el día atroz? De espanto llena  
 La población inmensa se agolpaba,  
 Hasta la suelta arena  
 Que el grande río con pavor bañaba.  
 El remoto horizonte iba cubriendo  
 Enmarañada selva  
 De enemigos bajeles;

---

\* Mensajero Argentino.—Junio 1826.

Y la espumante proa altiva hendiendo  
Las ondas cristalinas  
Segura destrucción, estrago horrendo,  
Amagaba á las naves argentinas.

Pero *Brown* está en ellas: «Pocos somos,  
« Amigos, (exclamó); mas la bandera  
« Que nunca al viento se tendió sin gloria,  
« Hoy, como en otros días,  
« La mano la clavó de la Victoria  
« Aquí en el mástil de las naves más ».

Dijo, y no hay tiempo á más: la turba inmensa  
Estaba ya sobre él; y nuestra armada,  
A la flota enemiga comparada,  
Tal parecía cual en selva densa  
Arbustos pequeñuelos  
Al lado de los cedros que se elevan  
A la bóveda excelsa de los cielos.

¿ Mas BROWN cuando temió? Llegó el momento,  
Y cada buque es un volcán; el fuego,  
De aclamación y vítores seguido,  
La muerte, el humo, circundólos luego;  
Y, á la vista robados,  
Solamente el horrísono estampido  
Su existencia avisaba  
Al pueblo, que, en silencio y confundido,  
Tan espantosa escena presenciaba.

Disipóse por fin la nube umbría,  
Y en medio el Sol de su eternal carrera,  
Alumbró la ignominia brasilera,  
Y el honor inmortal que á BROWN cubría.  
¡Salud! ¡Salud!, valiente, cuyo ejemplo  
Ha hecho que los valientes de tu mando,  
Dignamente hasta el templo  
De la inmortalidad vayan marchando!  
¡Salud, otra y mil veces! y mi canto  
Pueda al mundo llevar vuestra alabanza  
Como vuestro valor lleva el espanto  
Do quier que el Río de la Plata alcanza.

#### A LAS MUSAS \*

Merced, ninfas sagradas,  
Del Parnaso y del Pindo habitadoras,  
Merced, Musas amadas,  
Mis fieles bienhechoras,  
Que en la desgracia no me sois traidoras.

No la faz importuna  
De la desdicha os arredró, ni el vuelo  
Seguis de la fortuna;  
Y en extrajero suelo  
Me dais, oh Musas, celestial consuelo.

---

\* *Poesias* de J. C. Varela, ed. 1879, pg. 273.

Cuando el aura süave  
De la prosperidad la vela inflaba  
De mi pequeña nave,  
Mientras el mar tragaba  
Grandes bajeles en tormenta brava,

Del Pindo con las flores  
Vosotras coronabais mi barquilla;  
Y, con vuestros favores,  
A mi Délia sencilla  
Canté, y al fuego que en sus ojos brilla.

Canté la inmensa gloria  
Que á mi patria perínclita cubría,  
Cuando de la victoria  
Los frutos recogía,  
Y con lauro inmortal su sien ceñía.

Sus leyes protectoras,  
Que, obedecidas con respeto santo,  
En mas felices horas  
Le dieron lustre tanto,  
Fueron asunto digno de mi canto.

Asunto digno fueron  
Las ciencias y las artes, que, á porfía,  
La cuna ennoblecieron  
De un pueblo que nacía  
Entre el estruendo de la guerra impía.

Y la paz, don del cielo,  
No ménos fué en mi verso celebrado,

Cuando del patrio suelo  
Huyó precipitada  
La guerra por las madres detestada.

Y tu lúgubre acento,  
Oh Melpómene trágica, me diste,  
Y tu puñal sangriento,  
Y resonar oíste  
El gran tēatro con mi verso triste;

Que son las duras leyes  
De la desdicha iguales: ella oprime  
A los excelsos reyes,  
Y el magnate sublime  
También hundido en la miseria gime.

Si mi pueblo algún día  
Me escuchó con aplauso no pequeño,  
Y la envidia veía  
El favor halagüeño  
Sesgos los ojos, iracundo el ceño;

Si me cupo la gloria  
De ensalzar á los patrios adalides  
De perenne memoria  
Que, rivales de Alcídes,  
Contaron los trofeos por las lides;

Y del río Argentino  
Las ninfas mis cantares repitieron  
Con su labio divino,



Y á mis cantares dieron  
Este premio que nunca merecieron;

Vosotras sois las diosas  
A quienes solamente lo he debido,  
Piéridas hermosas,  
Y vuestro don han sido  
Los días venturosos que he vivido.

Perdonadme, si ahora  
Lo vengo á confesar, cuando ha sonado  
La inesperada hora  
Del enojo del hado,  
Y en otro tiempo ingrato lo he callado.

Así audaz marinero  
De los dioses se olvida en la bonanza;  
En el peligro empero  
Los llama sin tardanza,  
Y solo pone en ellos su esperanza.

Vosotras sois la mía;  
Amparadme en el tiempo que me queda,  
Y la fortuna impía  
Verá que, en calma leda,  
Me duermo al son de su estruendosa rueda.

Hoy mismo, que, arrojado  
Léjos del seno de la patria hermosa,  
Sin crimen castigado,  
Sin hijas, sin esposa,  
Arrastro una existencia fatigosa.

Alzo la voz del canto,  
Y siento en mi desgracia algún consuelo,  
Y el entusiasmo santo  
Con que pedir al cielo  
Que venga los ultrajes de mi suelo.

Cuando Dios irritado  
Decretó castigar la patria mía,  
Por crimen reservado  
A su sabiduría,  
Dióla ese monstruo que la aflige hoy día.

Con mano sanguinaria  
Robó, y abusa del poder robado;  
Y la turba nefária,  
Por quien se ve ensalzado,  
Se empuja de atentado en atentado.

Su audacia sin ejemplo  
Echa por tierra con brutal violencia  
De Libertad el templo,  
Y alza con insolencia  
Escandaloso altar á la Licencia.

El aleve asesino  
Recibe de la sangre derramada  
El precio en que convino;  
Y acción tan execrada  
Es largamente ; Oh Dios! recompensada.

La virtud desfallece,  
El crimen triunfa, la inocencia gime,

Y la ley enmudece,  
Cuando, en su nombre, esgrime  
La espada el monstruo que, en su nombre, oprime.

Do el orador famoso  
Alzaba, en medio del senado augusto,  
El eco victorioso,  
Y con tono robusto  
Enseñaba las reglas de lo justo,

Hoy palaciego astroso  
Repite la lección que le ha dictado  
El déspota furioso  
Que lo tiene comprado,  
Y sanciona delitos el malvado.

Pisó el feroz salvaje  
Con planta inmunda la ciudad insigne;  
Y del horrendo ultraje  
No hay pecho que se indigne,  
Y que á la humanidad no se resigne;

Que, proscriptos los bravos,  
Oprimidos los buenos, y en cadenas  
Los que no son esclavos,  
En tan negras escenas  
El llanto femenino se sufre apénas.

Basta, Musas, de llanto.  
En mi patria infeliz también proscrita  
Está la voz del canto,

Y vuestro culto irrita:  
Huid, huid de la región maldita.

La Ignorancia y Torpeza,  
Que vuestro templo nítido escalaron,  
Con bárbara rudeza  
Vuestras aras hollaron,  
Y en lo alto del altar se colocaron.

Volved cuando, irritado,  
Alze la diestra el vengador tonante,  
Y, de sufrir cansado  
La iniquidad triunfante,  
Con su justicia al universo espante.

Empero ya me abrume  
Del infortunio la insufrible carga,  
Y el tiempo, que consume  
Nuestra existencia amarga,  
Me dé una vida miserable y larga;

Ya en un punto mis penas  
Cesen, y viva venturoso luego;  
Siempre, dulces Camenas,  
Que conserveis os ruego  
Éstro en mi mente, y en mi pecho fuego.

## DIDO

## TRAGEDIA EN TRES ACTOS

1823

## ACTORES

DIDO—Viuda de Siquéo, y Reina de Cartago.

ANA—Hermana de Dido.

ENEAS—Rey elegido por los troyanos que escaparon  
del incendio de su patria.

NESTEO }  
SERGESTO } Dos de los jefes troyanos.

BARCENIA—Dama del palacio de Dido.

*La escena es en Cartago, en un salón del palacio  
de la reina*

## DIDO \*

## TRAGEDIA EN TRES ACTOS

## ACTO PRIMERO

## ESCENA I.

NESTEO, SERGESTO

SERGESTO

Fuera mengua, en verdad, si hubiera Énéas  
 Formado tal designio; más, Nestéo,  
 ¿No miras tus sospechas disiparse  
 Bien como el humo se disipa al viento?  
 El amor á la gloria y á la fama  
 Es superior á todo; y los inciensos  
 Que los héroes ofrecen, nunca suben  
 En honor de otro dios, ni en otro templo.  
 Dido es hermosa, es reina; nuestras naves  
 En paz amiga recibió en sus puertos;  
 Y desde aquella noche, en que, pendiente  
 De los labios de Énéas, el suceso  
 Oyó de Troya, y nuestros crudos males,

---

*Al Sr. D. Bernardino Rivadavia ministro de gobierno y relaciones exteriores*

Señor :

Es una época en que todo marcha en nuestro país rápidamente hacia la perfección, cada individuo particular se siente arrebatado del movimiento común, y sus ideas insensiblemente se elevan. Mi pobre musa también ha sido envuelta en esta revolución general; y olvidándose que, cuando más, solo puede serle permitido el tocar la lira, ha tenido la audacia de aspirar á mayor sublimidad, y se atreve á ofrecer á V. S., su primer ensayo en la tragedia.—He meditado tanto sobre este género de composiciones, y estoy tan penetrado de las dificultades que ellas presentan aún á los mejores poetas, que conozco que hay algo de temeridad en haber emprendido esta obra: pero dedicándola á V. S.

*¿Quid Tentasse Nocebit?*

La flecha del amor hirió su pecho.  
 Todo es verdad: pero jamás podría  
 Nuestro rey humillarse hasta el extremo  
 De olvidarse á sí mismo, porque Dido  
 No se acuerda de sí. Nunca, Nestéo,  
 Me quise persuadir que el mismo Enéas  
 Manchase así la historia de sus hechos.  
 En fin, ya tú lo ves: nuestros bajeles  
 Las velas hoy ofrecerán al viento;  
 Y mañana la Aurora, al levantarse,  
 Nos verá en alta mar, lejos de un puerto  
 Do se respira un aire ponzoñoso  
 Destructor de la gloria, y en que el tiempo  
 En ócio muelle y femenil halago  
 Se pierde sin honor y sin provecho.  
 Enéas juntamente con nosotros  
 Se lanzará á la mar; él el primero  
 En paz serena afrontará el peligro,  
 Y á insultar á la muerte aprenderemos.

## NESTÉO

Mi sospecha, Sergesto, si crecía,  
 Era porque crecía mi deseo  
 De abandonar cuanto antes unas playas  
 Que á los troyanos ha negado el cielo.  
 Los restos de Ilion son destinados  
 Para dar nueva forma al universo,  
 Y hacer que las edades venideras

---

La indulgencia con que V. S. ha mirado siempre mis composiciones en otro género, me ha inspirado esta confianza. Mi DIDO será feliz si, en algunos de los ratos que dejen á V. S. libres sus vastas atenciones, consigue excitarle este dulce placer que nace de saber sentir. Por lo demás, yo quisiera que mi temeridad sirviera de estímulo á algunos de nuestros jóvenes privilegiados por la naturaleza; y que ejercitarán sus talentos en el drama; que algún día una musa argentina llegue á merecer que se diga de ella;

*«Sola Sophocleò tua carmina digna cothurno».*

Tengo el honor de ser con el más profundo respeto

Señor: Atento servidor.

JUAN CRUZ VARELA.

Repitan con asombro nuestros hechos.  
 ¿Qué debía yo creer, cuando miraba  
 Pasarse tantos soles, y con ellos  
 Enéas entregarse á los placeres  
 Que, de la reina en el delirio ciego,  
 Le ofrece este palacio? Es necesario  
 De bronce duro amurallarse el pecho  
 Contra el halago de mujer que adora,  
 Contra la astucia del amor artero.  
 Enéas lo hizo ya: cuando la noche  
 Cielos y tierra con oscuro velo  
 Cubra, y entregue los mortales todos  
 Al letargo pacífico del sueño,  
 Entonces nuestras naves silenciosas  
 Al mar se confiarán: tal es al menos  
 La orden que Enéas á Cloanto diera  
 Cuando á su estancia lo llamó en secreto  
 Al rayar este día, en que la gloria  
 A mostrársenos vuelve.—Yo Sergesto,  
 Reviví con la nueva; y de mi engaño  
 Yo solo sé con que placer he vuelto.  
 Otra vez en Enéas hallo al héroe  
 Que, de mi patria en el fatal incendio,  
 Me enseñó en una noche solamente  
 Como puede un mortal hacerse eterno.

#### SERGESTO

Siempre debiste hacer esa justicia  
 Al mérito de Enéas. Tantos hechos,  
 Tantas proezas, y un renombre claro  
 No se mancillan pronto, y mucho menos  
 Por el débil amor, cuyos placeres  
 Tan solo afectan mujerieles pechos.

#### NESTÉO

Cuando inundaron los troyanos campos  
 Las falanges inmensas de los griegos,  
 Tres lustros no contabas, y de entonces



Sonó en tu oído de la guerra el eco.  
Diez años de un combate continuado  
A la ruina de Troya precedieron,  
Y, en tan largo periodo, el pecho tuyo  
Solo en justa venganza estuvo hirviendo.  
Gritos feroces, moribundos ayes,  
Rios de sangre, asolación y muertos,  
Tal era el cuadro de la patria nuestra  
En tantos dias de furor inmenso;  
Y tal escuela á conocer no enseña  
El corazón del hombre. Yo, Sergesto,  
Con pocos años más de los que cuentas,  
Sé cuanto puede amor. Cuando los griegos  
Vinieron sobre Troya, las troyanas  
Solamente bastáran á vencerlos,  
Si los griegos tuvieran corazones  
Que no fueran de tigres ó de acero.  
Cuando yo á Aquiles conocí, y á Ulises,  
Y los dos hijos del soberbio Atréo,  
Ya había conocido la violencia  
Con que arde á veces del amor el fuego,  
Y cuán difícil es ahogar su llama  
A quien se goza con su mismo incendio.  
Por esto, amigo, cuando ya seis lunas  
Ha que pisamos de Cartago el suelo,  
Sin que hasta hoy Enéas se acordase  
De su honor y de Italia, en el silencio  
Mi sospecha oculté: pero he temido  
Que en el altar de amor quemára incienso,  
Y que la gratitud de ser amado,  
Amante lo tornára, posponiendo  
Su antigua gloria, y la mayor que resta  
Con llenar del destino los decretos.

## SERGESTO

Pues de otro modo ha sido. El Sol ya brilla (1)

---

(1) Dice esto como en actitud de mirar afuera por alguna ventana del salón.

Sobre la cima de los altos cerros  
 Que á Cartago dominan: el instante  
 És ya llegado en que cumplir debemos  
 Lo orden que, por medio de Cloánto,  
 Enéas nos ha dado. Con secreto.  
 De nuestra pronta fuga, y de la hora  
 En que es preciso concurrir al puerto,  
 Avisemos á todos los troyanos:  
 Y do el honor nos llama, allá volemós,  
 Y nunca Enéas sienta haber nombrado  
 Por uno de sus jefes á Sergesto.

NESTÉO

Vamos, amigo. — ¡Malhadada reina! (*Aparte*)  
 ¡Cuánto tu suerte y tu dolor lamento!

(*Se van los dos*)!

## ESCENA II.

DIDO, ANA

DIDO

¡Ay, Ana! Tú lo sabes: la primera  
 Te abrí mi corazón; y mi secreto,  
 Hasta que el fondo te mostré del alma,  
 Tus ojos penetrantes no leyeron.  
 Mi ardor no es obra tuya: yo no imputo  
 Ni imputaré jamás á tus consejos  
 El repentino estrago de esta llama  
 Que ya en pavezas convirtió mi pecho.  
 Frenética era ya, cuando tu lengua  
 Aun no aprobara mi furor inmenso,  
 Ni tu cariño á la infelice Dido  
 Te hiciera toralesbles sus excesos.  
 Esta insana pasión me llena toda,  
 Y todo abrasa cuanto en torno veo.

¡Será que tal volcán, Ana querida,  
 En mi daño los Dioses encendieron?  
 Perdona á mi dolor: deja que lllore,  
 Y derrame mis ansias en tu seno...  
 Yo no sé, yo no sé que abismos hondos  
 Cavarse bajo de mi planta siento.

*(Se inclina unos instantes en el seno de su hermana).*

## ANA

¿De cuándo acá, mi Dido, ese lenguaje  
 De desesperación? ¿esos afectos  
 De una inquietud ansiosa y afligente,  
 Contrarios hoy á los de ayer serenos?  
 Troya y Enéas en igual renombre  
 Sonaban en Cartago, y el incendio  
 De la ciudad más populosa de Asia  
 Ya llenaba de asombro el universo.  
 Tú admirabas al héroe que, entre llamas,  
 Penates, padre, esposa, el hijo á un tiempo  
 Supo salvar con valerosa mano,  
 Sin que de Atridas los soldados fieros,  
 Ni los horrores de la noche infanda  
 Pudieran contrastar su noble esfuerzo.  
 Tú lo admirabas; y en las nuevas salas  
 Sirven de adorno á tu palacio régio  
 Los animados lienzos, do trazaron  
 Tantas hazañas los pinceles diestros.  
 En ellos ¡Cuántas veces hemos visto  
 Entre escombros, y ruina, y humo, y fuego,  
 Vibrar de Enéas la tremenda espada,  
 Y circundar mil muertos á los griegos!  
 Allí se mira entre falange espesa  
 Las puntas despreciar de cien aceros,  
 Solo animar desesperanzada hueste,  
 Solo triunfar del bárbaro Androgéo  
 Y vengar solo los airados manes  
 De los fuertes de Illion, que perecieron

En el largo periodo de diez años  
 Contra toda la Grecia combatiendo.  
 ¡Dido! tú lo mirabas; y el destino  
 Todavía ocultaba entre sus velos  
 Del grande Enéas la futura suerte,  
 Y tu suerte también; ni al pensamiento  
 Pudo venir jamás que nuestras playas  
 Vieran de Troya los preciosos restos.  
 Ellos se fiaron á merced del ponto;  
 Y al ponto amotinaron tantos vientos  
 Cuantos de Juno á la inmortal venganza  
 Y al eterno rencor obedecieron.  
 Otro dios los salvó: las rotas naves  
 Arribaron por fin á nuestros puertos,  
 Y Eneas á tus ojos se presenta  
 Muy mayor que su fama. Cuando el cielo  
 Se ocupa de un mortal, y lo reserva  
 Para obrar sus prodigios ¿qué recelo  
 Puede inspirarte la pasión mas digna  
 Que abrigara jamás humano pecho?  
 ¿Temes amar lo que los dioses aman?  
 ¿O son que Dido las deidades menos?

## DIDO

¡Ay hermana! perdona... no es mi llama,  
 Es mi destino cruel al que yo temo.  
 Yo le ví, tú le viste; y era Eneas,  
 Mas que un mortal, un Dios; hijo de Vénus,  
 Amable, tierno, cual su tierna madre,  
 Grande su nombre como el universo;  
 Me miró, me incendió; y el labio suyo,  
 Trémulo hablando del infausto fuego  
 Que devoró su patria, mas volcanes  
 Prendió con sus palabras aquí dentro,  
 Que en el silencio de traidora noche  
 Allá en su Troya los rencores griegos.  
 Amor y elevación eran sus ojos,  
 Elevación y amor era su acento;  
 Y, al mirar, y al hablarme, yo bebía,

Sедienta de agrадarle, este veneno  
 En que ya está mi sangre convertida,  
 Y hará mi gloria ó mi infortunio eternos.  
 Al principio dudé si el pecho mío  
 Sería digno de su heroico pecho.  
 No he fijado, aunque reina, las miradas  
 De los moderadores de los cielos;  
 No soy mas que mortal; y yo creía  
 Ver brillar en Enéas un reflejo  
 De aquella lumbre celestial, que pasa  
 Del rostro de los dioses al de aquellos  
 Que su amor soberano arrebataron,  
 Ó de tan alto origen descendieron.  
 Mi temor era justo; pero pronto  
 No pudo más el alma obedecerlo,  
 Y cedió á su pasión: los ojos míos  
 Declararon por fin al extranjero  
 El ardor que en mis venas discurría,  
 Penetrando sútil hasta los huesos.  
 Su corazón, hermana, solo es duro  
 En frente de la muerte, cuando lleno  
 De coraje sañudo en los combates,  
 La venganza y furor hinchan su pecho:  
 Pero al lado de Dido, si es que pudo  
 Resistir al amor, no quiso al menos  
 Negar el paso á los ardores míos,  
 Y los dejó llegar hasta su seno.

Mil de veces pedíle en ruego blando  
 Que me quisiera referir de nuevo  
 Los hados de su patria, y mil de veces  
 Los escuché con rodoado anhelo.  
 ¡Astucias de mi amor! Mientras su labio  
 Radiante me tenía, yo en los besos  
 Me gozaba de Ascánio, y en el hijo  
 Encontraba á su padre mi deseo.  
 Todo fué Enéas para mí de entonces;  
 Enéas, eran mis dichosos sueños,  
 Enéas, era mi vigilia ansiosa,

Y mi palacio, de su nombre lleno,  
 Y Cartago también, de mis furores  
 Testigo todos con asombro fueron.  
 Esta ciudad reciente, cuyos muros  
 Empeñé con afán, de su cimiento  
 No los ve ya subir; los torreones  
 Que elevar á las nubes se debieron,  
 Para defensa de Cartago un día,  
 Apenas se alzan del nivel del suelo;  
 E, interrumpidas ya las obras todas,  
 Mi sola ocupación es mi amor ciego.  
 Pero ayer... ¡ay hermana!... los destinos,  
 Los destinos de Dido la perdieron;  
 No nací para tanto... ¡Nunca, nunca,  
 Llegarán sus bajeles á mis puertos;  
 Y nunca, nunca tú infeliz hermana  
 Sufrierá tan atroz remordimiento!  
 ¡Ay, Ana! ¿Ya lo sabes? ¿Qué querías  
 De una flaca mujer, contra el incendio  
 Que, entre la sombra de callada selva,  
 La abrasaba en presencia de su objeto?  
 ¡Día de perdición! ayer luciste.  
 ¡Silencio de los bosques! ¡Oh silencio  
 Peligroso al pudor! Deja que oculte  
 Mi vergüenza, Ana mía, y mi secreto.

*(En ademán de irse).*

ANA *(Deteniéndola).*

¿Y así rehusas nuevamente abrirte  
 A la que sola te dará consuelos?  
 Ignoro tu pesar: pero ¿en que parte  
 Vas á encontrar alivio á tu tormento,  
 Si en mi seno amoroso y compasivo  
 No quieres descargar su enorme peso?  
 Cuanto mas delicada, es mas expuesta  
 Una intensa pasión á contratiempos,  
 Y cuanto mas incendio, mas temores

Tal vez circundan los amantes pechos.  
 Háblame, Dido; que quizá tu llanto  
 Discurre en vano por tu rostro bello;  
 Y quizá en vano se atormenta un alma  
 Que debiera nadar entre contentos.  
 Las veces de razón, querida hermana,  
 La amistad hace en los amantes ciegos,  
 Y la mía merece lo que anhela,  
 Porque no anhela más que tu sosiego.

## DIDO

Ver no quiero, Ana mía, convertidos  
 Tu amistad y cariño en menosprecio.  
 Si desato mi lengua, y en su claro  
 Te pongo el corazón, todo tu afecto  
 Se cambia en odio á la infelice Dido,  
 Y todo, todo, hasta mi hermana pierdo.  
 Ya se vengaron los airados Dioses,  
 Y ya el castigo de mi culpa siento:  
 No aumentes mi dolor con la vergüenza  
 De confesar yo misma mis excesos.  
 No me creí culpable; pero anoche  
 Crimen y pena me ha mostrado un sueño,  
 Y estoy abandonada á la venganza,  
 A la justa venganza de los cielos.  
 No me aborrezcas, Ana, en mi desdicha,  
 Que bastante yo misma me aborrezco.

## ANA

¡Ingrata! ¡ingrata! ¿Alguna vez por suerte  
 Te faltó mi amistad? ¿ó en largo tiempo  
 El dolor te amargó, sin que mi mano  
 Dejáramara dulzuras en tu seno?  
 ¡Aborrecerte yo! ¿Pudiste, Dido,  
 Así ofenderme, cuando no te ofendo?  
 ¿Este retorno á las finezas mías  
 Debiste prepararme, ó yo temerlo?  
 Si Enéas y su amor te ocupan toda,

Y si él solo te basta, por lo menos,  
La amistad de tu hermana merecía  
Un galardón mejor que tu desprecio.

DIDO

No insultes mi dolor, ni mas agravies  
Un tierno corazón, en que reservo  
La sola parte que á mi hermana toca  
Sin entregarla al que prendió este fuego.

ANA

¿Y en qué te obstinas, ó por qué no admites  
La sola mano que te dá el remedio?

DIDO

No hay remedio, querida; si mi labio  
El misterio revela, no por eso  
Esperes aliviar las ansias mías.

ANA

Te ayudaré á sentir, si mas no puedo,  
Y ¡qué dulce es llorar, cuando se mezclan  
Lágrimas de amistad al llanto nuestro!

DIDO

¿Lo quieres? Está bien. ¡Así quisiera  
Mis ansiedades aquietar el cielo!  
Oye la causa de mi mal, y mira  
Si te sabré querer, cuando me atrevo  
A descubrirte la vergüenza mía.  
¡Oh! ¡si como es oculta al universo,  
Así lo fuese á las Deidades todas  
Cuya venganza desde anoche temo,  
Y que en sueño espantoso me mostraron  
Que fuí culpable, sin pensar en serlo!  
Sal; ve si alguno el importuno paso  
Hacia esta estancia mueve, y al momento



Hazlo retroceder, no siendo Enéas.  
 El solo escuchar puede los tormentos  
 Que desde anoche el corazón desgarran;  
 El solo puede, pues por él padezco.

(*Ana se va*).

### ESCENA III

DIDO (*sola*)

DIDO

¿Qué la voy á decir? ¿Por. do mi lengua  
 Primero empezará? Sino refiero  
 El crimen que me abruma, hi la causa  
 De mis terrores referirla puedo.  
 ¡Crimen! Enéas es esposo mío:  
 Si decirlo á la faz del orbe entero  
 De mi estrella el rigor no me permite,  
 Testigo ha sido de mi unión el cielo.  
 En el fuego del rayo que cruzaba  
 Prendió su antorcha el plácido Himenéo;  
 Fué nuestro altar un álamo del bosque,  
 Y la selva frondosa nuestro templo.  
 ¡Crimen! Mi corazón exento y libre  
 Quedó desde la muerte de Siquéo;  
 Y si no quise darlo al duro Yarbás,  
 Al blando Enéas entregarlo puedo...  
 Mas, Dido, tu deliras... te fascinan  
 Tu pasión miserable y tu deseo.  
 Si la culpa no es tuya ¿cómo anoche  
 ¡Criminal! ¡criminal! te dijo el cielo?  
 ¿Y cómo tu razón, cuando volviste  
 Del horrible espanto de aquel sueño,  
 Te empezó á condenar, y te condena  
 Siempre que á la razón das un momento?  
 ¡Dioses, que el fondo de mi pecho visteis,

Y las ansías mirais en que peléo !  
 ¿Sois Dioses sin piedad?...¿y abandonada  
 Podré verme de Enéas?...¿será cierto  
 Lo que entre sombras ví? Vuelve, querida;  
 ¡Ay, Ana! vuelve, y me darás consuelo.

*Dice esto como llamando á su hermana; y en acabando de hablar quedará la escena en silencio por un breve rato, pasado el cual Ana se presentará en ella.*

#### ESCENA IV

DIDO, ANA

ANA

Nadie se acerca, hermana: del palacio  
 Dicen que Enéas se ausentó, al momento  
 Que el primer rayo precursor del dia  
 Con oro el horizonte fué vistiendo.  
 Cloánto iba con él, y á poco rato  
 Nestéo, añaden, que salió, y Sergesto.

*Mientras Ana está refiriendo esto, Dido mostrará su sorpresa y su inquietud.*

Es rara esta conducta, yo á Barcénia  
 Encargué que indagára con secreto  
 El motivo que pueda ocasionarla,  
 Y que á informarnos regresará luego.  
 Mas no vendrá tan pronto que no puedas...  
 Pero, Dido ¡que extraño abatimiento!  
 Héme á tu lado nuevamente, amiga;  
 Deposita tus penas en mi pecho;  
 Que, si acaso aliviarte no me es dado,  
 Sabré contigo perecer al menos.

DIDO

¡Crüel! ¡Crüel! ¿Qué nueva me has traído?  
 ¡Qué puñal, sin saberlo, hasta mi seno!...  
 ¿Lo ves? ¿lo ves?...ya se cumplió...No habla

La luz del sol esclarecido el cielo.  
 Cuando Enéas . . . ¡oh Dios! ¿Y dónde ha ido?  
 ¿A qué fin á la aurora, y en silencio,  
 Del palacio salir? ¡Qué nuevos pasos!  
 ¡Que no debo temer de este misterio!  
 ¿Ves como era verdad; verdad terrible,  
 La que anunciaba mi horroroso sueño?

## ANA

Depon, querida, turbación tan grande.  
 ¿Qué sueño es ese, que á tan duro extremo  
 De dolor te arrebató? Ya no es justo  
 Atormentarme mas con tu silencio.

## DIDO

Pues oye, y tiembla, como yo he temblado,  
 Y vé si encuentras á mi mal remedio.  
 Desde que Enéas arribó á mis playas  
 No tuve mas afan que complacerlo,  
 Estudiar sus miradas, sus acciones,  
 Anticiparme á todos sus deseos,  
 Idolatrarlo, en fin. Diestro en la flecha,  
 Era la caza su mayor recreo;  
 Y tú me has visto las mañanas todas  
 Acompañarle por el bosque espeso,  
 Por la llanura de los verdes valles,  
 Y por la cumbre de los altos cerros.  
 Ayer sereno, como nunca, el día  
 En oriente lució: los compañeros  
 De Enéas, los magnates de mi corte,  
 Y Ascánio mismo, con nosotros fueron.  
 Mas, no bien se esparciera por los campos  
 El venatorio bando, cuando el trueno  
 Empezó á retumbar y en negra nube  
 Cubrirse el sol, y encapotarse el cielo.  
 Ardiendo el rayo sin cesar cruzaba,  
 Y el aire todo convertido en fuego,  
 El miedo santo á las eternas causas,

El pavor inspiraba, y el respeto.  
 Toda la comitiva disipóse;  
 Y en las cabañas ó en los hondos senos  
 De las cavernas dó las fieras moran  
 Buscaron un asilo los dispersos.  
 A Enéas y á tu hermana un bosque amigo  
 Amparo les prestó y en su silencio  
 Solo la voz de amor fué triunfadora,  
 Y empezó á resonar dentro del pecho.  
 Ana, si Dido fué culpable, ha sido  
 Cómplice de su culpa el mismo cielo.  
 El suspendió sus rayos y sus iras  
 En el momento que en el bosque espeso  
 Penetró nuestra planta; cual si fuera  
 La tormenta terrible, de himeneo  
 La precursora pompa. Aquel instante  
 Estalló mi volcán, y... ¿que te puedo  
 Decir yo con mi voz, que no te diga  
 Mejor que con mi voz con mi silencio?

*Dirá esto cubriéndose el rostro, como avergonzada.*

ANA

Prosigue, Dido: de tu blanda hermana  
 No esperes otra cosa que consuelos.

DIDO

Tal es mi culpa, si llamarse culpa  
 Puede el amor, y la pasión que debo  
 A un héroe que ya miro como esposo,  
 Y que sin duda lo es... pero yo tiemblo  
 Al recordar la noche que ha seguido  
 A un día que empezó tan placentero.  
 Llegó la hora en que recibe á todos  
 En paz amiga el regalado sueño,  
 Y en que los miembros fatigados hallan  
 El plácido descanso en blando lecho.  
 No bien entré en el mío, y mis sentidos

Ocupaba el sopor, cuando del templo  
Donde reposan en la yerta tumba  
Las frías cenizas de Siquéo,  
De repente las bóvedas temblaron;  
Y, arrojando con furia el pavimento  
Las lozas sepulcrales, fué mi esposo  
Entre los descarnados esqueletos  
El que primero commoverse miro,  
Y acercarse hácia mí con paso lento.  
Su mirar era horrible, y en mi oído,  
Sonó ronca su voz, cual suena el trueno,  
Cuando, de monte en monte retumbando,  
Lejos se escucha resonar el éco.  
« ¡Perjura! » (dijo), y al decirlo airado,  
Me arrancó con violencia de mi lecho;  
Y, llevándome al borde de su tumba,  
« Este es (añade) tu debido premio.  
« Has roto el juramento sacrosanto  
« Que pronunciaste al espirar Siquéo,  
« Y que oyeron los dioses infernales,  
« Que presiden la muerte y el silencio:  
« Ven á sufrir tormentos espantosos  
« En la mansión callada de los muertos. »  
Sus palabras horrísonas entonces  
Los cadáveres todos repitieron,  
Y ya lanzaban en la horrenda huesa  
A tu hermana infeliz, cuando su acento  
« ¡Enéas! (exclamó), ven á librarne  
« De los horrores que por ti padezco. »  
A mi voz los espectros, silenciosos,  
El mar me señalaron, y cubierto  
De bajeles el mar, el mismo Enéas  
Iba huyendo de Dido en uno de ellos.  
Entonces desperté y, abandonada  
Al furor de las sombras, aquel sueño  
Hubiera puesto término á mi vida,  
Si en fuerza del pavor no me despierto.  
Un sudor frío, anunciador de muerte,  
Bañaba todos mis cansados miembros,

Y la imaginación me presentaba  
 En cada nuevo instante horrores nuevos.  
 Al fin brilló la luz, que nunca, nunca  
 Ha tardado como hoy á mi deseo.  
 Ana, ya tú lo viste: el alba apenas  
 Apagaba su lumbre á los luceros,  
 Cuando volé á tu estancia; de la mía,  
 Y de mi lecho, y de mi misma huyendo;  
 Ya sabes mi delito y mis temores:  
 Si el primero no es tal ¡pluguiera al cielo  
 Que éstos no fuesen mas que sombra vana,  
 Y que volasen cual voló mi sueño!

ANA

¿Y así, Dido, te entregas al prestigio  
 De una ilusión soñada? ¡Qué! ¿Los celos  
 Es tan fuerte pasión que sus furios  
 Lleve hasta las mansiones de los muertos?  
 A los que yacen en la tumba ¿piensas  
 Que ni tú, ni tu amor...

DIDO

Si; ya lo veo:  
 Mas, si nada hay común entre el que goza  
 La luz del día, y el que fué; á lo menos  
 Es muy posible que un amante ingrato  
 A quien vive por él deje muriendo.

ANA

Mas ¿qué razón á tus temores hallas?  
 ¿Qué mudanza ves tú que yo no veo?

DIDO

Esta es la hora, y este mismo el sitio  
 A que todos los días el primero  
 Concorre Eneas, y de aquí á la caza

Conmigo sale. ¿Dónde está? Yo temo  
Que la primera vez que falta Enéas  
No sé que me prepara de funesto.

ANA

Tal vez no tardará: pero siquiera,  
En tanto que el motivo no sabemos,  
No anticipes tu mal. ¿A quién, hermana,  
Para ser infeliz le falta tiempo?  
Tú verás como Enéas...mas Barcénia  
Hacia aquí viene ya: todo el misterio  
De su labio sabrás; verás cual vuelves  
A tu tranquilidad y tu sosiego.

## ESCENA V

DIDO, ANA, BARCENIA

DIDO

¿Qué me dices, Barcénia?—¿Son fundados,  
O no debo dar crédito á mis sueños?

BARCÉNIA

No os comprendo, señora; ni tampoco  
De comprender acabo lo que vengo  
De escuchar y de ver: de nuestras playas  
Hoy los troyanos se despiden creo.  
Unos á otros en secreto se hablan,  
En confuso tropel bajan al puerto,  
Y Enéas y Cloánto, y otros jefes,  
Parecen ordenar un movimiento  
Que debe hacer la armada. En tal conducta  
Hay algo ciertamente de misterio:  
Los tírios y troyanos ya no forman,  
Como hasta el día de hoy, un solo pueblo;  
Desconfían, se evitan, y parece

Mostrarse mutuamente algún recelo.  
 Se habla de un modo vario de la causa  
 Que ha producido tan extraño efecto:  
 Todos se encuentran, se preguntan todos,  
 Y nadie sabe responder lo cierto;  
 Pero yo temo que tal vez mañana...

## DIDO

*Prorrumpirá con impetu, y su agitación irá creciendo por grados hasta finalizar el acto.*

Basta, Barcénia.—¿Y es posible, cielos,  
 Que así se burle, sin hallar castigo,  
 De una reina infeliz un extranjero?  
 ¿Qué más he de saber?—¡Hermana! ¡amiga!  
 Vé, dí á ese monstruo que deseo verlo,  
 Verlo la última vez: tú sola puedes  
 Librarme en tantas ansias: el perverso  
 A tí sola se abría, y te confiaba  
 Su doble corazón y sus secretos.  
 Ana, él te amaba, y á tu hermana triste  
 Mostraba solo su mentido fuego.

## ANA

No más insultes mi amistad, querida;  
 Que ya bastante en tu dolor padezco.  
 Buscaré á tu enemigo; mal he dicho:  
 No lo será tal vez... en fin, yo vuelo  
 A encontrarme con él: es imposible  
 Que quepa tal perfidia en tales pechos.

## DIDO

Vé, vuela, llama al cruel: dile que Dido  
 Arde más en su amor cada momento;  
 Dile que se consumen mis entrañas  
 En destructor inapagable incendio,  
 Y que todo mi ser... no digas nada...  
 Deja que me abandone.—Yo ¿qué pierdo



Si he perdido mi paz, mi dulce calma,  
 Y quizá mi virtud, por un perverso?  
 La muerte nada más... tal vez la hora  
 Es esta ya, en que, tranquilo y quieto,  
 Se lanzará á la mar, y de mi pena  
 Se burlará con otros, convirtiendo  
 Hacia Cartago la insultante vista  
 Y gozando en mi mal... ¿Ves como el tiempo,  
 Ana mía se vá?—Vuela, querida;  
 Pide, ruega, importuna: yo no creo  
 Que tanto mienta el exterior de un hombre...  
 ¡Tórnelo yo á mirar, y parta luego!  
 Pero no huya de mí sin que mi lengua  
 ¡Ingrato! ¡Ingrato! la repita al menos.

## ACTO SEGUNDO

## ESCENA I

ENÉAS—NESTÉO

ENÉAS

Era mejor que el corazón, amigo,  
 Hecho de bronce ó de diamante fuera,  
 Y que nunca jamás, en él tuviesen  
 Algún poder las impresiones tiernas.  
 Mi trabajada vida ningún paso  
 Me ofreció tan difícil; y más cuesta  
 En la lucha de afectos encontrados  
 Hacer que al corazón la gloria venza,  
 Que insultar los peligros y la muerte  
 En el ardor feroz de la pelea,  
 Y arrollar con denuedo imperturbable  
 En negra noche las falanges griegas.

¿Quién creería que un pecho acostumbrado  
 A los horrores de la cruda guerra,  
 Fuese pecho amador, blando, sensible,  
 Que á los encantos del amor cediera?  
 Ello es así.—De mi valor, Nestéo,  
 El esfuerzo mayor es esta ausencia.  
 Dido se quejará de su destino,  
 Pero nunca de mí. Por donde quiera  
 Lléveme el hado; mas la imagen suya  
 Estará siempre en mi memoria impresa;  
 Que el amor no degrada, y nunca puede  
 Ser generoso quien ingrato sea.

NESTÉO

La pasión de la reina es acreedora  
 A una pasión igual, y si no fueran  
 Las órdenes del cielo...

ENÉAS

No, Nesteo;  
 Es grande mi pasión, mas no me ciega;  
 Y yo estoy bien seguro de mi triunfo,  
 Pues mi primer deber lucha con ella.  
 La victoria es costosa, pero al cabo  
 Siempre fué necesaria: estas riberas  
 No son en las que un día los troyanos  
 Hallar su patria y su fortuna esperan.  
 Las reliquias de Troya, reservadas  
 Para formar una nación soberbia,  
 Deben solo fijarse en las regiones  
 Do el Tiber corre, y el latino reina.  
 El oráculo santo lo ha ordenado;  
 Y á nosotros, amigo, solo resta  
 Obedecer al cielo, y engreírnos  
 De ser los instrumentos que quisieran  
 Los dioses elegir, para que un día  
 Su voluntad suprema se cumpliera.  
 Mas, aunque las deidades sus designios

Hubieran ocultado, nunca Enéas  
Pudiera permitir que tantos héroes  
Como han sobrevivido á la funesta  
Destrucción de su patria, peregrinos  
En la extensión de la anchurosa tierra,  
Mendigasen asilos extranjeros,  
Y esclavos fuesen de una ley agena.  
Atravesando mares, é insultando  
La muerte, la desgracia, y la miseria,  
Debiéramos buscar de cualquier modo  
Entre nuevos peligros, glorias nuevas.  
La historia de los héroes pocos días  
Debe marcar oscuros, y la nuestra  
Ha de servir de ejemplo á las edades  
Por más que cueste al corazón violencia.

## NESTÉO

Tal es mi parecer; y el labio mío  
Jamás desmiente mi interior. Quisiera  
Que, mudos los oráculos, dejaran  
A nuestra sola decisión la empresa  
De conquistar la fama; y que la gloria  
De un inmortal renombre la debieran  
A sí mismos, no al cielo, los troyanos.  
Mas, por mucho que el alma se poséa  
De esta noble ambición, no puede menos  
Que lamentar la suerte de una reina...

## ENÉAS

Es justo, amigo: como tú lamento  
Su desventura yo: ¿ni quien pudiera  
Con más razón dolerse de sus males,  
Que el mismo que los causa? la denuncia  
De la pasión de Dido, sus transportes,  
El fuego abrasador en que se incendia,  
Estériles no han sido, y á mi pecho  
Harto cuesta el sentirlos.—Era fuerza  
Esperar en Cartago á que volviese

La estación mansa de la primavera,  
 Para lanzar á un mar desconocido  
 Nuestras pequeñas naves; y la reina  
 En todo este periodo ha fomentado  
 La infundada esperanza de que Enéas,  
 Prestándose por fin á un himeneo,  
 No saldría ya más de estas riberas.  
 Su amor pasó á mi pecho, pero nunca  
 Su ceguedad pasó; ni de mi lengua  
 El dictado de esposa escuchar pudo,  
 Por más que quiso que su esposo fuera.  
 Si yo no me debiese á los destinos,  
 Solo á Dido, Nestéo, me debiera;  
 Porque al cabo la amé; ni vendrá día  
 En que de haberla amado me arrepienta.

#### NESTÉO

¡ Dificil posición! Y ¡ cómo á veces  
 Los cuidados que el cielo nos dispensa,  
 Y el interés que en nuestra dicha toma  
 Suspiros mil al corazón le cuestan!  
 Mas por esto, señor, mejor sería,  
 Pues no hay otro remedio, que la ausencia  
 Fuese como la fuga, sin mostrarnos  
 Otra vez á la vista de la reina.  
 ¿ A qué fin exponeros á reproches  
 Que ciertamente la razón condena,  
 Pero que el corazón, por más que luce,  
 Encuentra justos, y en silencio aprueba?  
 Bien veis que á Dido ni el amor de gloria  
 Ni el destino arrebató: amante y ciega  
 Ni escucha más razón que su cariño,  
 Ni siente más que su pasión intensa.  
 O ¿ quereis que, abatida, desolada,  
 Desperada después, vuestra presencia  
 Encone más la herida de su pecho,  
 Y se deje llevar... ¡ Señor! es fuerza  
 Que huyamos de una vez: en su delirio

Una mujer amante todo atenta,  
 Y quien sabe si Dido... más, vos mismo,  
 Al rayar este día, con la idea  
 Estabais de partir sin ser notado.  
 ¿Qué causa puede haber que así convierta...

## ENÉAS

Es verdad, lo pensé; mas yo creía  
 Ocultar nuestra fuga de la reina,  
 Y que su desengaño le viniese  
 Cuando, lejos del puerto nuestras velas,  
 Ni yo viera su llanto, ni ella misma  
 Que yo insultaba su dolor creyera.  
 Se frustró mi designio, el movimiento  
 En que están los troyanos, la presteza  
 Con que acuden al puerto, mi salida  
 Temprano del palacio, y la sorpresa  
 Que ha causado á la reina el que este día  
 Faltase yo del sitio en que me espera  
 Para ir á la caza, han excitado  
 Su amarga duda, y su cruel sospecha.  
 Yo lo temí cuando en la playa misma  
 En medio del concurso ví á Barcenia,  
 Y la curiosidad que la agitaba;  
 Y sin embargo resistí esta prueba.  
 Mas la hermana de Dido de repente  
 Ansiosa entre el tumulto se me acerca,  
 Me aparta de Cloánto, de su hermana  
 Me pinta la aflicción... llora, me ruega,  
 Y yo entonces prometo... ¿Quién resiste  
 Consolar á su amante, cuando ella  
 No exige más consuelos que la vista  
 Del causador de sus amargas penas?  
 Le prometí volver; he vuelto, amigo,  
 Y ¡ojalá que mi pecho no sintiera  
 Lo terrible del lance! mas, al menos,  
 Yo puedo resistir...

## NESTÉO

Podeis; pero ella  
 Ni sabrá, ni podrá: no son consuelos,  
 Son causas de furor las que la reina  
 En su delirio busca; la esperanza  
 Aun quizá la promete... ¿Quién consuela  
 A una mujer frenética? Es preciso  
 Que vuestra pronta fuga la convenza  
 Que ya no hay esperar: entonces puede  
 Que, por creeros ingrato...

## ENÉAS

¿Y yo debiera  
 Darla motivo para que algún día  
 Me impute con razón nota tan fea,  
 Y recuerde mi nombre como el nombre  
 De un insensible, que el dolor desprecia?  
 No, Nestéo; he de verla: estoy seguro  
 De no olvidarme de quien soy: la reina  
 Sabrá que, si la dejo, en ningún tiempo  
 La dejaría, si no fuese Enéas.  
 Pronto debe venir hasta este sitio:  
 Retírate, Nesteo: en la ribera  
 Que todo se prepare, y vuelve al punto  
 En que deba mi nave dar la vela.

*(Se va).*

## ESCENA II

## DIDO — ENÉAS

Al empezar esta escena habrá algunos momentos de silencio, en los que Dido mirará á Eneas con cierto aire de indignación; y éste manifestará lo indeciso y difícil de su posición actual. Al cabo Dido prorrumpirá exaltado; y en toda la escena ambos actores variarán de voz, de expresión y de afecto, según lo que expresen los versos.

## DIDO

¿Pudiste, pérfido, esperar; creíste  
 Que el disimulo tu maldad cubriera?

¿Y así, callado, entre ignominia y llanto  
Dejarme abandonada?—¿Menosprecias  
El hospedaje que te dí oficiosa,  
Y que pude no darte? ¿la obsecuencia,  
La amistad de los tírios? más que todo,  
¿La pasión impetuosa de una reina?  
¡Perjuro! ¿sabes lo que á mí me debes?  
¿O el burlarte en mi mal crees que á tu nombre  
Puede añadir honor?—¡Qué es esto, Enéas!  
Mi amor, la mano que te dí de esposa,  
Este fuego voraz, que por mis venas  
Circula y cunde, y me consume toda,  
Sin dejarme sentir más existencia  
Que la que siento para amarte ¿nada,  
Nada es bastante para hacer que vuelvas  
A contemplar á Dido, y los horrores  
En que la dejas para siempre envuelta?  
Bien lo predijo mi espantoso sueño...  
La tumba, nada más, la tumba yerta,  
La venganza terrible de los manes,  
Ese es el premio que mi amor espera.  
Anoche yo te ví, te ví, perjuro,  
Abandonar á Dido; y Dido, en presa  
A los espectros, y á la horrenda muerte,  
Conoció tarde lo que amarte cuesta.  
Yo te llamaba, y te llamaba en vano,  
Héme ya junto á tí: puedes siquiera  
Librarme de tí mismo, de los males  
Que, aun en idea, sin piedad me aterran.  
¡Ingrato! ¡ingrato! tan siquiera aguarda  
A que, más decidida, te prometa  
Un viaje fácil la estación propicia.  
Un día, nada más, un día espera.  
Yo no pretendo que en Cartago siempre  
Vivas, y reines, y á mi lado mueras:  
¡Oh! ¡si pudiera ser! pero te ruego  
Que un breve espacio, una pequeña tregua  
Prestes á mi dolor, mientras mi pecho  
A vivir muertas en la horrible ausencia

Se puede preparar; mientras la suerte  
 A saber ser tan infeliz me enseña.  
 ¿Me lo podrás negar?—¿Tendrás acaso  
 De bronce el corazón?—Parta mi Enéas,  
 Parta á su Italia, y en remotos climas  
 Un bello reino y una amante bella  
 Busque en buenhora; pero deme al menos  
 Derramar mi dolor en su presencia;  
 Y esta inmensa pasión siquiera logre  
 Que quien la vió nacer, un día vea  
 Hasta donde llegó... ¡Mísera Dido!  
 ¡Oh Dioses! ¡Qué furor!... Y si tuvieras  
 Pecho de bronce, y corazón de roca,  
 ¿Qué mas harías con tu amante? ¿Cierras  
 El labio mentidor? ¿Nada respondes?  
 ¿Llegar pudiste hasta esperar mi afrenta  
 Para entonces, malvado, y solo entonces,  
 Abandonarme así? ¡Oh luz funesta  
 La que ayer me alumbró! ¿Por que no vino  
 Una fiera del bosque... ¡Oh Dios! Tu lengua  
 Hora calla, traidor? Mejor callára  
 Cuando á tu amante en su delirio oyeras.  
 ¡Cruel! ¿Y no se asoma por tus ojos  
 Ni mentida, una lágrima siquiera?

## ENÉAS

! Dido! ¡Mísera reina! Yo conozco  
 La razón de tu amor: jamás Enéas  
 Se olvidará de lo que á Dido debe,  
 Y de los males que por él la cercan.  
 Si yo solo de mí y de mis acciones,  
 Como tú de las tuyas, dispusiera,  
 Nunca tendrías que llamarme ingrato,  
 Por mas que fuese tu pasión violenta.  
 No es para mi la vida que los cielos  
 Con afán cuidadoso me dispensan:  
 Me debo á sus designios; y el Olimpo,  
 Cuando escoge á un mortal, marca la senda



Por dó debe marchar, ni le permite  
Un solo paso separarse de ella.  
No es una sombra vana, no es un sueño  
Al que obedezco yo, ¿ ni quién pudiera  
Asi curarse de ilusiones tales?  
Un dios es, Dido, quien á mi me ordena  
Buscar entre peligros y borrascas  
Mas allá de los mares otra tierra.  
Un dios, es, Dido, quien mis pasos mueve:  
A la deidad, no á mi...

## DIDO

¡ Malvado! ¿ Piensas  
Que también no hay un dios que á Dido cuida,  
Y del perjurio y la traición la venga?

## ENÉAS

No soy perjuro ni traidor, querida:  
Si así te llama y te llamó mi lengua  
Nunca, jamás, la desmintió mi pecho,  
Donde tu imágen y tu amor se encierran.  
Bastantes días ya, bastantes días  
Me reclama la gloria, que debieran  
Solamente en buscarla haberse empleado,  
Si nunca ardido en tu querer hubiera.  
Mis compañeros de infortunio, aquellos  
Que quisieron ponerme á su cabeza,  
Y llamarme su rey, desde el momento  
En que, entre el fuego y la matanza griega,  
Los libré del incendio de su patria,  
Después que el cielo decretó perderla;  
Esos han acusado con justicia  
Mi estación en Cartago: ellos esperan,  
Confiados en la fé de los oráculos,  
Que Italia admire de la Troya nueva  
El naciente esplendor: yo mismo, Dido,  
A acusarme llegué; ni pudo Enéas  
Esperar á que un Dios lo concitára,  
Si no te hubiera amado con vehemencia.

## DIDO

No insultes mas en mi presencia al cielo.  
 ¿De cuando acá los Dioses aconsejan,  
 El perjúrio, el engaño; y autorizan  
 A que un mortal sacrílego se atreva  
 A cubrir con su nombre sacrosanto  
 Las abominaciones que detestan?

## ENÉAS

Siempre el perjúrio y la traición me imputas,  
 Cuando mis sentimientos no se mezclan  
 Con crímenes tan feos. ¿En qué tiempo  
 Su juramento ha quebrantado Enéas?  
 Te juré que te amaba; y te amo, Dido,  
 Y te amaré, mientras la lumbre vea  
 Del sol vivificante, y esta vida  
 Me dispense el destino que me fuerza.  
 Yo debí obedecerle, y fué por eso  
 Que consentir no quise en que encendiera  
 Himeneo su antorcha, y nuestras almas  
 Por siempre uniese en ligadura eterna.  
 Nunca mi esposa te llamé, ni nunca  
 Se escapó de mi lábios una prenda  
 De tamaño valor: te alucinaste,  
 Y á los delirios de tu pasión ciega  
 Diste una realidad, que...

## DIDO

Tú, tú mismo  
 Me hiciste concebir tan lisonjeras,  
 Tan dulces esperanzas. ¿Con que objeto  
 Fomentabas mi llama, y en mis venas  
 El veneno fatal á cada instante  
 Vertían tus palabras halagüeñas?  
 Pero yo ¿donde voy? ¿Como pretendo  
 Con llanto débil ablandar la peña  
 De que es formado el corazón de un mónstruo?  
 Mis lágrimas ¿que valen?...nada...aumentan

El triunfo del malvado, y, engreído,  
Contempla mi dolor y lo desprecia.  
¿Se le oye algún suspiro? ¿Algún sollozo  
Interrumpe su hablar? Quiere que crea  
Que lo violenta un dios; como si fuesen  
Los dioses como Dido, que no piensa  
En nada más que en él; como si un hombre,  
Un hombre solo interesar pudiera  
A los que en lo alto de su gloria miran  
Como nada los cielos y la tierra.  
¡Un dios! ¡Blasfemo! Parte; parte, inícuo;  
La ambición es tu dios: te llama; vuela  
Donde ella te arrebató, mientras Dido  
Morirá de dolor: sí; pero tiembla,  
Tiembla cuando, en el mar, el rayo, el viento,  
Y los escollos que mi costa cercan,  
Y amotinadas las bramantes olas,  
En venganza de Dido se conmuevan.  
Me llamarás entonces, pero entonces  
Morirás desoído. Cuando muera  
Tu amante desolada, entre los brazos  
De tierna hermana espirará siquiera,  
Y sus reliquias posarán tranquilas,  
Y bañadas de llanto en tumba régia;  
Pero tú morirás, y tu cadáver,  
Al volver de las ondas, será presa  
De los marinos mónstruos: é, insepulto,  
Ni en las mansiones de la muerte horrenda  
Descansarán tus manes. Parte, ingrato,  
No esperes en Italia recompensas  
Hallar de tu traición: parte; que Dido  
Entonce al menos estará contenta  
Cuando allá á las regiones de las almas  
De tu espantable fin llegue la nueva.

*(Se vá con precipitación).*

## ESCENA III

ENÉAS (*solo*)

ENÉAS

¡Dido! ¡Dido infeliz! Ya no me escucha.  
 La triste se abandona á la violencia  
 De su pasión fatal; y yo, que la amo,  
 ¿Qué puedo hacer por mitigar su pena?  
 Nada me es dado; nada: yo conmigo  
 Me llevo su dolor; pero esta ausencia  
 Se juzga ingratitud; y mi memoria,  
 Manchada de una nota que detesta  
 Mi corazón sincero, será odiada  
 De la mujer que adoro. Mas valiera,  
 Si, mas valiera que la suerte oscura  
 Me hubiese confundido entre la inmensa  
 Muchedumbre vulgar: mi nombre entonces  
 Cuando muriere yo, también muriera,  
 Sin emplearse la fama en trasmitirlo  
 De una edad á otra edad: empero, exenta,  
 Mi vida fuera mía, y mi cariño  
 No costára á mi amante lo que cuesta.  
 ¡Oh cielos! El tormento que yo sufro  
 No debería ser la recompensa  
 Del sacrificio doloroso y grande  
 Que á nuestra voluntad consagra Enéas.  
 Perdonadme, deidades inmortales:  
 Pero, ya que me disteis resistencia  
 Para acallar los gritos de mi pecho,  
 Y no escuchar más voces que las vuestras,  
 Mirad á Dido con piedad un día:  
 Y llegue á persuadirse que su amante  
 Hasta un extremo tal supo quererla,  
 Que á una pasión tan dulce, nada, nada,  
 Que no fueran los dioses prefiriera.  
 Pero, Enéas: ¡qué es esto!—¿Tu cariño

Puede cegarte ya? Sigue la senda  
 Que la gloria te marca: los troyanos  
 Te eligieron su rey; toda la tierra  
 Está pendiente de un destino nuevo:  
 Las esperanzas de los tuyos llena,  
 Cual debieras hacerlo, aunque el Olimpo  
 No se dignara dirigir la empresa.  
 Mucho tarda Nestéo: nuestras naves  
 Pudieran ya partir; nada interesa  
 El esperar la noche, porque Dido  
 Ya penetró el misterio. ¡Que violentas  
 Son ya las horas que en Cartago pasan!  
 Mas ¿qué será? La hermana de la reina  
 Hacia esta estancia se dirige. ¡A mi alma  
 Nuevos combates por mi mal esperan!

## E S C E N A I V.

ANA, ENÉAS

ANA

En nueva vez os busco, para daros  
 Por mi infeliz hermana nuevas quejas.  
 ¿Era posible que en el pecho vuestro  
 Se anidara, señor, una dureza  
 Que el exterior desmiente, y que parece  
 No poderse hermanar con vuestras prendas?  
 En mi no vereis llanto; y esto mismo  
 Me cierra la esperanza. Al que no mueva  
 Las lágrimas preciosas de su amante  
 ¿Qué podrá ya mover? Pero, ¿no piensa  
 El héroe de Illion en la desgracia  
 De Cartago, los tirios, y la reina?  
 Cuando arribasteis vos á nuestros puertos  
 En hora afortunada, estas riberas  
 Recien dejaba el implacable Yarbas.  
 Bien lo sabeis, señor; en la demencia

De su pasión feroz, pidió de, Dido  
 El tálamo partir, y que la diestra  
 La entregara mi hermana, consintiendo  
 En un enlace que el amor detesta.  
 Dido se denegó, y él mismo entonces  
 Se presentó en Cartago. La fiereza  
 De un carácter atroz, unida al fuego  
 De un amor tan furioso como aquella,  
 Se dejó ver en Yarbas: Dido opuso  
 Mas tenaz y más justa resistencia  
 Al temerario empeño; y, desesperado,  
 El amante feroz se ausenta de ella:  
 Pero, al partir, «Yo volveré (le dijo)  
 « No ya como á rogarte; ni la tea  
 « Que mi mano traerá podrá agaparse  
 « Sin que en cenizas á Cartago vuelva.  
 « Tu sola escaparás de tal incendio;  
 « Pero no más que para ser la presa  
 « En que se cebe mi rencor. Armada  
 « A toda la Getúlia en mi defensa  
 « Pronto verás venir; y arrebatada  
 « De en medio de los tuyos, en mis tierras  
 « Serás esclava, pagará bien caro  
 « Tu orgullo, tus insultos, y mi afrenta;  
 « Y, si aquí á Yarbas conociste amante,  
 « Allá conocerás como se venga».

Dijo, y partió; y en los confines nuestros  
 Ya bramaban las furias de la guerra,  
 Cuando entraron, preñadas de troyanos,  
 A este puerto, señor, las naves vuestras.  
 Dido las recibió; y al ver un héroe  
 De cuyo nombre sus comarcas llenas  
 Estaban de antemano, y los soldados  
 Que pelearon diez años contra Grecia,  
 Ni ya temió de Yarbas los insulos,  
 Ni pensó en levantar las fortalezas  
 Que en el cimiento veis, y en que debían  
 Ampararse los tirios en la guerra.  
 La fama al punto discurrió, y de Yarbas

Llevó al oído la funesta nueva  
 De tan próspero arribo, y los amores  
 Que en el pecho encendisteis de la reina. .  
 Lo supo; y, si, temiendo á los troyanos,  
 Contuvo sus furores la impotencia,  
 La sed de su venganza mas se enciende:  
 ¿Y cual será su efecto cuando vea  
 Que, abandonada la infelice Dido  
 Del brazo que se alzaba en su defensa,  
 En presa queda á los rencores suyos?  
 ¿Cómo será su rabia, cuando aumentan  
 Los celos su furor? ¡señor! al menos  
 Esperad unos meses, mientras puedan  
 Levantarse los muros de Cartago,  
 Ya que nos falta quien su vez hiciera.  
 Esperad unos meses: el delirio  
 Calmará de la reina, y ya dispuesta  
 A miraros partir, no hará en su pecho  
 El estrago que temo vuestra ausencia.  
 ¡Enéas! ¿No escuchais? Si en su infortunio  
 A mi hermana mirárais, no cupiera  
 Mas resistencia en vos: yo la he dejado  
 En poder de sus tristes compañeras  
 Abandonada á su dolor terrible,  
 A un dolor que la mata: ni su lengua  
 Pronuncia ya mas voz que la de *muerde*, .  
 Ni ya mi esfuerzo á consolarla llega.

## ENÉAS

Señora, vuestra hermana es la que causa  
 Que el favor que los cielos me dispensan  
 Tenga por infortunio; y que la gloria  
 Me parezca enfadosa, cuando vuelan  
 Todos mis compañeros en su busca,  
 Y ellos me llaman cual me llama aquella.  
 ¿Y qué quereis de mí? Yo adoro á Dido;  
 Empero mas adoro la suprema

Voluntad de los dioses: ellos mismos  
 Abatirse se dignan hasta Enéas,  
 Lo futuro me enseñan, y me mandan  
 Que parta al punto de esta dulce tierra:  
 Y yo ¿qué puedo hacer?—Mi amante mismo  
 La misma Dido ¿en mi lugar qué hiciera?  
 ¿Teme de Yarbas el rencor innoble?  
 Y antes que yo viniese ¿cual defensa,  
 Que no fueran los tírios, á la rabia  
 Del tirano vecino se opusiera?  
 Los tírios bastarán; estas murallas  
 Tienen tiempo de alzarse, antes que pueda  
 El duro Yarbas concitar su pueblo,  
 Reunirlo, armarlo, y emprender la guerra.  
 Además, el amor no dura mucho  
 En un pecho feroz; la llama tierna  
 Es extranjera en él, arde de paso,  
 Y luego lo abandona á su rudeza.  
 Así de Yarbas la pasión insana  
 Tal vez no existe ya, ni...

## ANA

Si existiera  
 En vuestro pecho la que en otros dias  
 A mi hermana jurasteis, no pudiera  
 La ingratitud dictaros los efugios  
 Que vuestro mismo corazón condena.

## ENÉAS

Ni yo ni nadie condenarme puede.  
 Entre las esperanzas lisonjeras  
 De que una nueva Troya allá en Italia  
 Emúle de la antigua la grandeza,  
 Y de ver á los míos presidiendo  
 Los grandes cambios que la tierra espera,  
 Solo Dido me aflige; solo Dido  
 Al hondo pecho los tormentos lleva  
 Que amargan mi ventura, y que me impiden



Ser feliz de una vez.—Jamás ausencia  
 Fué más justa en amante que la mía:  
 Jamás hubo ninguno que cediera  
 A una necesidad más imperiosa  
 Que la que á mi me arrastra. Si la reina  
 Piensa que solo en su ulcerado pecho  
 La hiel amarga del dolor se ceba,  
 Es porque todavía no ha acabado  
 De conocer el corazón de Enéas.  
 Pero Nestéo viene.

ANA

¡Oh Dios!

ENÉAS

¡Señora!  
 Quizá el momento de partir se acerca:  
 Volad á vuestra hermana, consoladla;  
 Si á mi me fuera dado, yo lo hiciera:  
 Vuélvana la razón vuestros consejos,  
 Más no la aconsejais que me aborrezca.

ESCENA V.

ANA, ENÉAS, NESTÉO

ENÉAS

¡Cuál tardaste, Nestéo! No tardaras  
 Si lo que siento yo también sintieras

NESTÉO

No de otro modo pudo ser: las naves  
 Estaban prontas ya, y sólo á Enéas  
 Esperaba el navio de Cloánte,  
 Para tender al viento nuestras velas.  
 Yo volaba á llamaros, cuando siento

El náutico clamor desde la tierra,  
 Y observo á los pilotos prepararse,  
 Cual para resistir fiera tormenta.  
 El lejano horizonte iba cubriendo  
 Caliginosa nube, y densa niebla  
 Nos ocultaba el mar, mientras brillaba  
 En el resto del cielo, más serena,  
 Del almo sol la esplendorosa lumbre . . .

## ANA

¿No veis, no veis, señor, lo que os espera  
 Si á la merced del pérfido elemento  
 Exponeis otra vez vuestra existencia?

## NESTÉO

No, señora; los cielos han hablado  
 Más que nunca esta vez. En la ribera  
 Conmigo estaba el sacerdote santo;  
 Y, humillando su faz hasta la tierra,  
 Invocó en alta voz á las deidades  
 Que al troyano protegen, y su lengua  
 Enmudeció después: sus actitudes,  
 Su mirar, sus acciones, todo muestra  
 Que lo agitaba un dios, y que á su vista  
 Los celestes arcanos se presentan.  
 Al cabo prorrumpió: « No pienses, (dijo)  
 « Troyana gente, que segura senda  
 « Nos abrirá la mar, mientras no tiña  
 « La sangre de las víctimas la arena,  
 « Y no presencie Enéas y sus jefes  
 « El sacrificio que Neptuno ordena.  
 « La conquista de Troya costó al griego  
 « Sacrificar en Aulida á Ifigenia,  
 « Y el mismo día se inmoló en las aras  
 « Del dios del mar una hecatombe entera.  
 « Sin sangre de una virgen al troyano  
 « El ponto se abre cuando á Italia vuela;  
 « Que, inmolados tres toros á Neptuno,

« El mar y el viento su favor nos presta. »  
 Dijo, y al punto el horizonte limpio  
 Quedó de nubes y de oscura niebla.  
 Yo dispuse al momento que Cloanto,  
 Sergesto, y los demás, que á la cabeza  
 Están de nuestra gente, se impusiesen  
 Del celestial portento; y, con presteza,  
 Las naves por un rato abandonando,  
 Saltasen nuevamente á la ribera.  
 Os aguardan, señor, y el sacerdote,  
 Para empezar el sacrificio, espera  
 Que concurráis también: cuando termine,  
 El bélico clarín hará la seña  
 Del reembarco de todo.

## ENÉAS

¡Ana! Ahora,  
 Decid, ¿nos habla el cielo? ¿Puede Enéas  
 Ser acusado con razón de ingrato?  
 Vamos, Nestéo.

## ANA

Sí; la triste reina  
 También es una víctima inocente  
 Que sacrifica Enéas, Ifigénia,  
 Al puerto de Calcas inmolada,  
 En Aulida espiró. Su misma tierra  
 Verá morir á Dido, porque quiso  
 Un bárbaro troyano que muriera.

## ENÉAS

No más, señora, atormentéis mi pecho:  
 Si vuestro labio sin razón se niega  
 A consolar á Dido, y al contrario  
 Su desesperación tal vez aumenta,  
 Enéas hará más; vendrá de nuevo  
 A ver si alcanza mitigar la fuerza  
 Del dolor de su amante. Los momentos

Que, en concluyendo el sacrificio, pueda  
 Permanecer aquí, serán de Dido;  
 Y cuando los clarines den la seña  
 Del instante postrero, de su lado  
 Recién me apartaré; que la terneza  
 Del que llamasteis bárbaro, se extiende  
 A más de lo que creéis. ¡Pueda mi lengua  
 Persuadir á mi amante, y las deidades  
 Apartar de sus ojos esa venda  
 Que no la deja ver, y que su hermana  
 Se empeña en no rasgar, como debiera!

## ACTO TERCERO

### ESCENA I

DIDO — ANA

DIDO

¿Aun dura el sacrificio? ¿Y el malvado  
 El castigo no teme de su audacia?  
 Implora á las deidades que le ayuden  
 A faltar á su fé. ¿Cuál arrogancia  
 Es igual á la suya? ¿Piensa acaso  
 Que un sacrificio en las mentidas aras  
 Comprometa á los dioses, como á Dido  
 Conprometer pudieran sus palabras?  
 Pero ¡hermana! ¿se va? ¿se vá, querida?  
 ¿Nada dice de mí? ¿Y abandonada  
 Así me deja á los furores míos,  
 Así me deja á la pasión de Yarbas,  
 Y á los horrores que en idea veo,  
 Y á la muerte infeliz que me amenaza?  
 ¡Ana! ¿No volverá? Quizá mi llanto

Penetrará una vez en sus entrañas,  
 Y un pecho ablandará que no es de bronce;  
 Que al menos no lo fué. Dime, ¿lloraba  
 Cuando tú le pintaste mis dolores?  
 ¿Dió un suspiro á tus quejas, ya que nada  
 A mis lágrimas dió? ¿nada te dijo?  
 ¿Ni siquiera te dijo que me amaba?

## ANA

Lo repitió, querida; pero el duro  
 Miente como mintió; ni hay esperanza  
 De vencerle jamás. Deja que vuele  
 A hallar la muerte en su anhelada Italia.  
 Tú, ya piensa en tí misma; y este llanto  
 Que sea el postrer llanto que derrama  
 Por un infame tu dolor terrible.  
 Lloro, más con tus lágrimas apaga  
 Hasta el último resto del incendio  
 Que furioso en tu pecho se cebaba.  
 Llorar más de una vez por un ingrato  
 Es un delirio que quizá . . .

## DIDO

Ya basta;  
 Basta traidora de rasgar mi pecho.  
 Cuando Dido indecisa batallaba  
 Entre la fé á Siquéo, y este fuego  
 En que de pronto ardió, ¿no fué mi hermana  
 No fueron sus consejos lisonjeros  
 Los que, adulando mi funesta llama,  
 Hicieron que, cediendo á su violencia,  
 Mi fé y mis juramentos olvidara?  
 Tuya es la culpa, tuya: ¿y como ahora  
 Pretendes que desame? ¿Piensas, falsa  
 Que hay poder en los cielos ni en la tierra  
 Capaz de hacer que de mi pecho salga  
 La imagen del perjuro que idolatro,  
 Y que en medio del alma está enclavada?

Sábelo si lo ignoras: este incendio  
 Que reduce á pavezas mis entrañas,  
 Y en vez de sangre por mis venas corre,  
 No es amor, no es pasión; es la venganza  
 De algún ser superior, es el enojo  
 De todas las deidades, conjuradas  
 En contra de esta triste; así llegaron,  
 Ya llegaron al colmo mis desgracias,  
 Y mi sufrir excede la medida  
 Que á un mortal la natura le señala.  
 ¿Lo sabes?—Oye más,—Sí: tú, tú misma  
 En mis males horrendos empeñada,  
 Quieres abandonarme. ¿A que, perjura,  
 A que me aconsejastes que le amara,  
 Si era de haber un día en que tu labio  
 Así se desmintiera? ¿en que tu hermana,  
 Lejos de hallar consuelo en tu cariño,  
 Viera en tí á su enemiga? ¡Oh Dios! ¡Ingrata!  
 ¿Quieres que deje que de mí se aparte?  
 ¿Quieres que deje que se ausente á Italia,  
 Y otra mujer feliz, y otros amores,  
 Y mi abandono. . . . ¡Cielo! ¡Que! ¿Pensabas  
 Que hay vida para mí sin que conmigo  
 Viva el amante que idolatra el alma?  
 ¿Qué puede hacerme dulce la existencia?  
 Ni tu amor, ni tu fé. ¡Qué fé! ya falta  
 De tu pecho también: ya te pusiste  
 Del bando del malvado, y. . .

## ANA

¡Dido! ¡Amada!  
 Amada de mi vida, ¿que furores,  
 Qué poder invencible te arrebató,  
 Y de tal mado trastornarte puede,  
 Que aun contra mí tu corazón se alarma?  
 ¡Cielos! ¡yo tu enemiga! ¡yo ponerme  
 Del bando del perverso! Me faltaba  
 Este género nuevo de tormento

Sobre el dolor que tu dolor me causa.  
 ¡Yo engañarte, querida!—¡yo, que vivo  
 Para que vivas tú!

DIDO

Perdona, hermana;  
 Perdóname otra vez,—¿De mí qué esperas?  
 Mi pecho sabe amarte como me amas  
 Pero yo estoy en presa á mis furores,  
 Y esta pasión ... ¡oh Dios! Mi furia insana  
 ¿Tal vez pudo ofenderte? Dulce amiga,  
 ¿Me querrás perdonar?

ANA

Vuelva la calma,  
 Vuelva, mi Dido, á tu angustiado pecho.  
 ¿No soy tu hermana yo? ¿No tienes tantas  
 Pruebas de mi amistad? El labio mío;  
 Si alguna vez te dijo que le amáras,  
 Fué porque nunca sospeché que Enéas....

DIDO

No me le nombres más; deja que parta  
 Do le llame el destino: ¿será cierto  
 Que le llama tal vez?—¡Siquiera, gratas  
 Las deidades que implora, fácil senda  
 Por entre el mar y los escollos le abran  
 Y, ¡ojalá que no en vano se derrame  
 La sangre de la víctima en las aras,  
 Y los fervientes votos que alza al cielo  
 No los disipe el viento en nuestras playas.  
 Yo curaré mi mal: también á Dido  
 La escuchará algún dios.—¿No miras, Ana,  
 Cual la tranquilidad vuelve á mi pecho,  
 Y la razón, triunfando de mi llama,  
 Ni grita en vano, ni el furor impide  
 Que la obedezca ya?

ANA

¡Ah! No burladas  
 Mis esperanzas queden.—¡Qué dichosas  
 Fuéramos ambas, si el amor dejara  
 Su sitio á mi amistad! ¡Cómo mi mano  
 Derramaría bálsamo en tus llagas!  
 Házmelo consentir.

DIDO

Ana; yo nunca  
 Mis sentimientos te oculté: las ansias  
 Te revelé de mi pasión furiosa:  
 ¿Y podré reservarte la mudanza  
 Que han obrado los cielos en mi pecho,  
 Cuando menos mi pecho lo esperaba?

ANA

¡Ay, Dido!—¿Será cierto?—¡Oh Dios!—¡Qué nueva  
 Tan lisonjera y dulce para mi alma!  
 Bien: no lo veas más: llama á Barcénia,  
 Llámala de una vez: de aquí que vaya  
 Hasta el lugar del sacrificio, y diga  
 A tu enemigo que al momento parta;  
 Que no le quieres ver; que...

DIDO

No es posible.  
 ¡Que no le quiero ver!—Ana, te engañas,  
 Y me engaño yo misma... No, no creas  
 Que le amo ya; mas antes de que salga  
 Para siempre de aquí... ¡Dios! ¡para siempre!  
 ¡Que idea tan atroz!—¡Como desgarra  
 De nuevo el corazón!

ANA

¡Ah Dido! ¡Dido!  
 ¡Como te burlas de tu triste hermana!



Modera tus transportes, y refrena  
Esa pasión frenética...

DIDO

¡Inhumanas,  
Más que inhumanas las deidades todas  
Que el mortal reverencia!—Dido: basta,  
Basta ya de sufrir: venga la muerte,  
Y ahogue de una vez en mis entrañas  
Este mal insanable, este veneno  
Que me emponzoña toda.—¿Piensas, Ana,  
Que hay vida para Dido, si se lleva  
Enéas mi vivir?—Pero ¿qué aguarda  
Mi furor que no tienta los socorros  
Que pueden valer?—Si: que á las armas  
Vuelen mis tírios, y con los troyanos  
En la defensa de mi amor combatan;  
Incendien sus bajeles, y destruyan  
De la agua en las orillas esas aras  
Que alzó la iniquidad, y en las que ahora  
El incienso en mi daño se levanta.  
Venguen los tírios á su reina, y luego...

ANA

¿Qué dices, Dido? ¿Bastarán las armas  
De un puñado de hombres, que contigo  
De la Fenicia huyeron, contra tantas  
Legiones que obedecen al inícuo,  
Y que arden todas por marchar á Italia?  
Pon un freno, querida, á tus transportes,  
Y deja que la mar venga mañana  
Sobre tu misma costa...

DIDO

No lo creas:  
Enéas partirá; que nada basta  
A poder detenerlo; y á Cartago  
Verás venir al indomable Yarbas:

Verás destruir desde el cimiento mismo  
 Mi naciente ciudad; oirás la llama  
 Más que en Troya estallar; y yo, cautiva,  
 Después que de los míos la matanza  
 Y el exterminio vea, á los rencores  
 Seré de un rey feroz abandonada,  
 Enéas entre tanto...

ANA

¿Y desde ahora  
 Por qué no prevenimos las desgracias  
 Que acabas de pintar? ¿Por qué tus tirios  
 No seguirán alzando estas murallas,  
 Como antes que vinieran los troyanos  
 A sembrar el horror en tus comarcas!

DIDO

Déjame ya. Barcénia en los altares  
 No sé que puede hacer que tanto tarda.  
 Yo también á los dioses en mi templo  
 Quise rogar por mí: también prepara  
 Ya la sacerdotiza el sacrificio  
 Que aplaque á Vénus, y en la tumba helada  
 La sombra aplaque del esposo mío.  
 ¿Ultimo efugio que me resta, hermana?  
 Si este me falta ¿encontraré por suerte  
 El que de tu amistad mi pecho aguarda?

ANA

¿Y lo podrás dudar?

DIDO

Dí, ¿me prometes  
 Servirme de una vez? y de las ansias  
 Que mi pecho devoran ¿será dado  
 Que por la ayuda de una mano cara  
 Libre me pueda ver?

ANA

Háblame, Dido:  
 Háblame por piedad. ¿Qué quieres que haga  
 Para verte tranquila? Yo ¿qué cosa  
 Te podré denegar?

DIDO

¡Querida! Nada.

ANA

Nada, querida; nada: si mi muerte  
 Puede librar tu vida...

DIDO

Bien; pues arma,  
 Arma tu mano de un puñal, y luego  
 Aquí, donde está el fuego, aquí, mi amada,  
 Húndele todo.

ANA

¡Oh Dios! ¡Qué horror! ¿Y Dido  
 Tal se atreve á esperar? ¡Ingrata! ¡ingrata!  
 ¿Este es el premio de cariño tanto?  
 ¿Así cual nunca, mi amistad agravias?  
 ¿No te estremeces, Dido?

DIDO

No: la muerte  
 Por una mano tan querida dada  
 ¡Qué dulce me sería! ¿Lo rehusas?  
 Puede ser que lo sientas.

ANA

¡Cielo! ¡Hermana!  
 Ten piedad de tí misma. ¡Oh Dios! Barcénia

*(Aparte).*

Se acerca; del horror viene agitada;  
Y su rostro... ¿Será, será que á tantos  
Otro motivo de furor se añade?

## ESCENA II

DIDO—ANA—BARCÉNIA

*Esta se presenta como horrorizada, y hasta en su modo de hablar indicará el espanto. Dido se poseerá cada vez más de los mismos sentimientos.*

DIDO

¿Qué te agita; Barcénia? ¿Qué terrores  
Aumentas á los míos? Habla; acaba  
De matarme tal vez. ¿Pudiera el cielo...

BARCÉNIA

Señora; el cielo sin piedad aparta  
Su bondad de nosotros. ¡Ah! Yo tiemblo  
De repetir, señora, lo que pasa  
En el templo.—¡Qué horror!

DIDO

*(con una inquietud animosa y afligente).*

Prosigue.

ANA *(con interés).*

Nada;  
Nada será, querida: el miedo turba  
Muy facilmente las vulgares almas.

BARCÉNIA

No enojas mas al cielo y á los dioses  
Que presiden la muerte.—Yo la causa  
De tal portento ignoro: pero nunca

La deidad al mortal mostró tan clara  
 Su venganza terrible. De la reina  
 Obedecí el mandato, y á las aras  
 Con la sacerdotiza me conduje.  
 Recien las libaciones preparaba  
 Y los santos licores, que debían  
 Verterse por sus manos en la llama,  
 Cuando el incienso ardió; y oscuro, y denso,  
 El humo, lejos de subir, se baja,  
 Por invisible mano rechazado  
 Del aire y los altares. Azorada  
 La intérprete del cielo, los licores  
 Iba en el fuego á echar; pero apagada  
 La lumbre estaba ya, y el vino todo  
 En negra sangre convertido. . .

DIDO (*temblando*)

¡Hermana!

ANA

*Con una emoción que procurará dominar al momento.*

¡Dido! ¡Qué horror!

BARCÉNIA

La tumba de Siquéo  
 Tres veces se abre entonces, y otras tantas  
 Cerrada con estrépito horroroso,  
 Sus hondas cavidades retumbaban.  
 El espanto, señora, me ha apartado  
 Del ominoso templo; y, encargada  
 Por la sacerdotiza de que os llame,  
 Pude apenas llegar hasta esta estancia.  
 Solo os espera; porque sola, dice,  
 Que con la reina las deidades hablen.

ANA

No vayas, Dido, no: deja que aplaque  
 Semira á la deidad, si está irritada.

## BARCÉNIA

No, señora; volad: Semira inmóvil  
En la puerta del templo...

## DIDO

Sí: mi planta  
Apenas nuevo ya; mas voy: los dioses  
A la muerte, no al templo, á Dido llaman.  
Ninguna de las dos mis pasos siga,  
Ninguna de las dos.—Semira, aguarda

*Dirá estos dos últimos versos con imperio, y con una serenidad como la de la desesperación. Se va.*

## ESCENA III

## ANA — BARCÉNIA

## ANA

¡Qué has hecho incauta! ¿No pudiste acaso  
Moderar tu pavor? Mira: mi hermana  
Ya sabes que ama á Eneas; mas no sabes  
Cuantos horrores desde anoche á su alma  
Un sueño trajo, en que Siquéo mismo  
En vengadora voz la amenazaba:  
No sabes la partida del troyano  
El atentado que tal vez prepara:  
Nada sabes, en fin: pero yo temo  
Lo que debes temer; vuela, insensata;  
No abandones á Dido ni un momento;  
No la abandones á su furia insana.  
Yo tardo unos instantes porque espero  
Al que sus penas horrosas causa,  
Y conviene que le hable, antes que Dido  
Pueda volver aquí: parte: ¡que tardas!  
Un momento que pase es una furia  
Que entra de nuevo á devorarla...

## BARCÉNIA

¿Y Ana,  
Y Dido misma á la infeliz Barcénia  
No quisieron hacer una confianza,  
Que era justa quizá, que cuando menos?...

## ANA

No era preciso, amiga: yo bastaba,  
O creía bastar: pero ha llegado  
El instante en que tú... ¡Querida! ¿aguardas  
A que otra vez mi lengua te repita,  
Que Dido está en peligro?

## BARCÉNIA

¡Oh Dios! ¡Y tanta  
Amistad que mi pecho la profesa!  
Voy, señora; ya voy donde me llama  
Mas que todo, el cariño.

## ANA

Si, mi amiga;  
Obsérvala de cerca, y desalada  
Vuela hacia mí en el punto en que... ¡Dios santo!

*(Suena un clarín como á lo lejos. Se supone ser en la ribera).*

¿Oyes la seña? Esa es. ¿Oyes? Mi hermana  
La escuchará también: ya parte Enéas:  
Fué mentida su vuelta: vamos; nada  
Nos puede detener: vamos á Dido:  
Volemos, dulce amiga á consolarla;  
Que este instante decide para siempre  
De su suerte Barcénia, y ya se pasa

*(Se van con precipitación).*

## ESCENA IV

*La escena estará un breve rato en una soledad y un silencio profundo; pasado este, se presentarán los dos actores.*

ENÉAS — NESTÉO

NESTÉO

Qué insólito silencio! Este palacio  
Que siempre resonó. . .

ENÉAS

Nestéo, calla.  
Vengo á cumplir los últimos deberes  
Que me impone el amor, y apenas basta  
A resistir mi corazón. Amigo;  
Te lo debo decir, si así te llama  
Mi pecho con verdad; voy á ausentarme  
Para siempre de Dido; y estas playas  
En jamás volverán á ver á Enéas,  
Ni Enéas á su amante desolada.  
Así lo quiere el cielo: mas mi vista  
De mirarla, Nestéo, no se sácia:  
El instante final es el mas fuerte  
De todos los instantes: nunca estalla  
Con mas furia el amor, que en el momento.  
En que es preciso abandonar su amada.  
No me increpes, amigo: todo está hecho  
Para la gloria ya: permite que haga  
Algo por mis amores; y mi pecho  
Que tanto ha suspirado en esta estancia,  
Suspire en ella por la vez postrera,  
Y oiga mi Dido mis postreras ansias.  
Ya la seña se dió; nuestras legiones  
Embarcándose están: mientras que tarda  
La última seña, que á partir nos fuerza,  
Y no permite espera, es justo salga  
Amor y nada más, del pecho mio,



Amor, y nada más. ¿A bien que faltan  
 Muy menguados instantes? Pero Dido  
 ¿Dónde se ocultará. ¿No habrá su hermana  
 Llegado á persuadirla que su amante  
 La adora mas que nunca la adoraba?  
 Nestéo, ¿dónde está? ¿Será que crea,  
 Que todavía crea que es ingrata  
 Una alma en que ella vive, y fuera suya,  
 Si fuese mía, como son las almas  
 De todos los felices?

## NESTÉO

Es muy justo,  
 Es muy justo, señor, que se deshaga  
 Un rato el corazón entre suspiros  
 Que una noble pasión del pecho arranca.  
 Os dignasteis llamarme vuestro amigo:  
 Lo soy, señor, lo soy: vuestra confianza  
 Probadme en esta vez: no se repriman  
 Vuestros sollozos mas: nunca degrada  
 El querer con nobleza: un pecho grande  
 Sensible debe ser.

## ENÉAS

Nestéo, basta.  
 Si el débil llanto de los ojos míos  
 Brotar pudiera alguna vez, brotára  
 Solo en esta ocasión. En ella al menos  
 Lo arrancaría la mas digna causa,  
 Y el secreto dichoso de tal llanto  
 En pecho como el tuyo se encerrára.  
 Mas el silencio del palacio crece,  
 Ni hay quien se acerque á estos lugares. . .

## NESTÉO

Ana:  
 Parece dirigirse hácia este sitio.  
 ¿No es ella? ¿No la veis?

## ENÉAS

Si amigo. ¡Cuantas  
Tristes ideas con su vista llenan  
De sinsabor y de inquietud el alma!

## ESCENA V

ANA, ENÉAS, NESTÉO

ANA

Tal vez ya no hay remedio.—¡Oh Dios! ¡Que veo!  
¿Que haceis aquí, señor?

ENÉAS

¿Y vuestra hermana?

ANA (*con cierto aire de ironía*)

Mi hermana sufre mas de lo que Enéas  
Es capaz de gozar, cuando le llaman  
Cielos y gloria á un tiempo, y cuando llegan  
Las horas de partir. ¡Señor! el alma  
De los grandes campeones no se vence  
Con amor ni con llanto. ¡Que pensara  
De un héroe el universo, si pudiera  
Ceder el héroe á las pasiones blandas!  
En buen hora partid: lo que ya importa  
Es que Dido no tenga la desgracia  
De volveros á ver; la herida suya  
Está sangrando sin cesar, y es rara  
Especie de crueldad venir vos mismo  
Otra vez y otra vez á desgarrarla.

ENÉAS

¿Hasta cuando, señora, mis dolores

Han de ser descreídos? Esta llama  
 Que mentida pensais y que en mi pecho  
 Encendió la pasión de vuestra hermana,  
 Es una llama noble, duradera,  
 Que de un soplo imprevisto no se apaga,  
 Ni se complace en insultar los males  
 Del objeto adorado que la causa.

## ANA

Que sea cual decis: nada interesa  
 A dios ser querido ó engañado  
 De vos en adelante: mas, si es cierto  
 Que os llega á lastimar su suerte infausta  
 Partid en el momento; mis esfuerzos  
 Bastarán, si es posible, á consolarla;  
 Y si no, lloraré, como ya lloro,  
 Los males que su amante la prepara.

## ENÉAS

A prepararla vengo y á pedirla  
 De nuevo que me crea. Mis palabras  
 La podrán persuadir de mis amores,  
 Y de la obligación que me arrebató  
 Tan lejos de su lado. Nunca Dido  
 Llegue á juzgarme ingrato: entonces, Ana,  
 Me ausentaré forzado, pero al menos  
 Me ausentaré sin que padezca el alma  
 Con la idea feroz de que mi amante  
 Juzga mentida mi pasión tirana.

## ANA

Del corazón en el primer desorden  
 ¿Cómo os podrá escuchar? Vuestras miradas,  
 Vuestras voces, señor, serán puñales  
 Que en su pecho entrarán. Cuando la calma  
 La restituya su razón, entonces  
 Yo os prometo... lo haré... me obligo á hablarla,  
 Y á decirla tal vez cuanto vos mismo

La pudierais decir: ahora, parta,  
 Parta cuanto antes vuestra nave. Dido  
 No tardará en volver hasta esta estancia,  
 Sola en su templo con Semira queda;  
 Barcénia está esperándola que salga  
 Para no abandonarle un solo instante  
 A sus terrores y á su furia.

## NESTÉO

De Ana

El consejo seguid: vuestra presencia  
 Funesta puede ser; y quien pensaba  
 Darla consuelos en su mal, acaso  
 Torne incurable la profunda llaga.

## ANA

Si: sed piadoso en esta vez siquiera:  
 Si amais á Dido, por piedad dejadla,  
 Ya que no puede siempre á vuestro lado...

## ENÉAS

A pesar de la fuerte repugnancia  
 Que siente el corazón, estoy resuelto.  
 Adios, señora, adios. ¡Puedan mis ansias  
 Ser creídas de Dido, y mi memoria  
 No ser jamás aborrecida!. Parta,  
 Parta sin verla yo: decís que, si amo  
 Lo debo hacer.

ANA (*viendo á Dido, y saliéndole al encuentro*)

Oh! Dios

## ESCENA VI

DIDO, ANA, ENÉAS, NESTÉO, BARCÉNIA

*Dido saldrá con toda precipitación, como horrorizada. Al encontrarse con su hermana, sin reparar en nadie, hará las exclamaciones con que empieza esta escena y permanecerá como en un delirio en los brazos de Ana, hasta que, vuelva á hablar Barcénia que la venta siguiendo.*

DIDO

¡Piedad! ¡Hermana!

ANA

¿Que es esto, cielo santo? ¡Qué terrores!  
Barcénia, tú la sigues. ¿De qué causa  
Arranca este furor?

BARCÉNIA

Señora, tiemblo  
De mirar á la reina. Cuando pasa.  
Me amedrenta y me aterra. Un atentado  
Revuelve allá en su mente, y nada alcanza  
A poder refrenarla. En los umbrales  
Del templo me dejasteis: azorada  
De repente la reina sale, y entra  
Furiosa en su aposento: mis pisadas  
De cerca la seguían; y observando  
Que la observaba yo, vi que llevaba  
La mano hácia su seno: y sin hablarme,  
Salió otra vez despavorida...

DIDO

Nada;  
Nada es, amiga. ¡Cielos! ¿Todavía  
¡Bárbaro! Todavía no se sácia.  
Tu impiedad de afligirme? ¿Que haces? ¿Vienes  
A mirar ya completa y consumada  
Tu obra de iniquidad? ¡malvado! ¿Esperas....

## ENÉAS

Espero; Dido consolarte.

## DIDO

¡Cuanta,  
Cuanta crueldad en ese pecho anidas!  
¡Hijo de Vénus tú! La tigre hircana,  
Cuya leche ferina fué, en naciendo,  
Tu sustento primero, tus entrañas  
A ser feroces enseñó—¿Pensaste  
Que Dido acaso tu favor aguarda?  
¿A qué vienes aquí? Parte, perverso,  
¿A mí? lo ves? la tumba helada  
Se me abre á cada paso . . . allí Siquéo  
Me espera: sí: ¿no ves como me llama  
A jurarme de nuevo entre las sombras  
Un amor eternal? ¡Cenizas caras  
De mi primer objeto! confundidas  
Con las mías seréis. ¿No miras, Ana,  
No miras en contorno los sepulcros,  
Y los espectros, y la muerte . . .

## ANA

¡Hermana!  
¡Dido de mi alma! Por piedad te ruego . . .

## DIDO

No hay piedad para mí: si la encontrára  
Maldijera el hallarla: ni en los cielos  
La quiero ya esperar. Parte á tu Italia:  
¿Que aguardas yá? lo ruego, te lo mando:  
Ésa es, Enéas, tu dichosa patria,  
Y no aquel suelo engendrador de sierpes,  
Que sostuvo de Troya las murallas,  
Y que algún día la justicia griega  
Estéril hizo en vengadora llama.  
Vuela, vuela de mí. Mis mismos dioses

Impiadosos me arrojan de sus aras.  
 Y cuanto toco se convierte en sangre,  
 Y cuanto miro en derredor me espanta,  
 Y las serpientes de las Furias moran  
 Aquí, aquí. ¿Las ves como desgarran

*(Oprimiéndose con la mano el corazón).*

El corazón sangriento y envenenan  
 Hasta el aliento que mi labio exhala?  
 ¿Que haces aquí, malvado? ¿Ni á la tumba  
 Quieres que baje con placer?

ENÉAS

¡Amada! ¡Amada!  
 ¡Amada más que nunca! No tu pecho  
 Así abandones al furor. . . .

*(Suena como en la ribera la última seña del clarín).*

DIDO

¿Te llaman,  
 Te llaman, Dido, las terribles voces  
 Que en los sepulcros retumbando vagan?  
 Ana, ¿no las escuchas?

ANA

¡Dios! ¡Enéas!  
 ¡No pudiérais partir sin que sonara  
 Otra vez un clarín que anuncia muerte?  
 ¡Esto hace, Enéas, quien á Dido amaba?

ENÉAS

Parte, Nestéo; que Cloánto espere  
 Un momento no más. . . .

NESTÉO

¡Señor!

*(Como increpándole su debilidad).*

## DIDO

No partas;  
 Deja que muera la infelice Dido,  
 A los que vuelan á buscar á Italia  
 Gloria y renombre ¿interesar pudiera  
 Una flaca mujer la débil llama  
 De un corazón indigno de los héroes?  
 No, Nestéo. . . ¡Ah! Yo tiemblo. . . ¿Puedes Ana,  
 Rogar al Cielo. . . pero ¡que! . . . Semira  
 A mi lado en el templo le rogaba,  
 Y el templo todo repitió mil voces  
 De *muerte*, y nada más. . . *muerte* sonaban  
 Las espaciosas bóvedas, y *muerte*  
 Las tumbas respondían.

## ANA

Basta, basta:  
 Vuelve en tu acuerdo: te lo ruego, Dido:  
 Yo soy quien te lo ruego.

## DIDO

Sí, mi hermana:  
 Tranquila estoy, tranquila: también puedes  
 Tranquilizarte tú—Dido lo manda.

## ESCENA VII

DIDO, ANA, ENÉAS, NESTÉO, SERGESTO, BARCÉNIA

## SERGESTO

Ya se ha dado, señor, la última seña:  
 Ya se empieza á mover toda la armada;  
 Solo á vos y Nestéo en la ribera  
 Un corto resto de mi tropa aguarda.  
 El viento es favorable: apenas riza  
 La suma superficie de las aguas;



Y el sacerdote dice que los dioses  
Ya os acusan, señor.

## ENÉAS

Nestéo, ¿falta  
Aun algo que añadir á mis dolores?  
¿Por qué no me ausenté sin que llegara  
A este sitio la reina? ¿Como puedo  
En medio del furor abandonarla?

## DIDO

Nada temas, Enéas. . . parte. . . ¡Dido! . . .  
Ya voy, ya voy, Siquéo. . . ¡Sombra airada,  
No me persigas más!. . . ¡Qué sudor frío  
Discurre por mis miembros! ¡Dios! *Helada*  
*Una mitad de mí ya no la siento.* (1)  
¡Ana! ¡Barcénia! Pero ¡qué! ¿No basta  
Mi mano á libertarme de mí misma?  
Mira, traidor. y aprende.

(*Saca precipitadamente un puñal que habrá traído oculto, y se hiere*)

## ENÉAS

¡Dido!!

## ANA

¡Hermana!!

## NESTÉO

¡Que horror!

## SERGESTO

¡Señor! ¿Que haceis? ¿qué haceis? Huyamos  
De este sitio espantoso.

(1)

Helada,

Una mitad de mí ya no la siento—(Verso de Cienfuegos).

DIDO (*moribunda*)

¡Sombra amada!..  
Perdóname.. te digo.. ¡Hermana!.. ¡Enéas!..  
Yo te amaba.. ¡cruel! y tú me matas. (*muere*)

ENÉAS

Nestéo ¿que hago yó?

NESTÉO

Partir al punto.

ENÉAS

¡Que funesto presagio llevo á Italia!

---

# ARGIA

TRAGEDIA EN CINCO ACTOS

1827

---

## ACTORES

CREÓN—Rey de Tébas.

ADRASTO—Rey de Argos.

ARGIA—Hija de Adrasto, viuda de Polinico.

EURIMEDÓN—Favorito de Creón y general de sus  
fuerzas.

GUARDIAS DE CREÓN—SOLDADOS DE ADRASTO.

*La escena es en Tébas, en el palacio de Creón.*

## ARGIA

## TRAGEDIA EN CINCO ACTOS

## ACTO PRIMERO

## ESCENA I

CREÓN, ARGIA ; y al fin de la escena GUARDIAS.

## CREÓN

No con tanta imprudencia abrais el pecho  
 A una esperanza vana. El resultado  
 Puede seros, señora, mas terrible  
 De lo que habeis creído; y vuestro engaño  
 Quizá me compadece. Con el sitio  
 Que ha puesto á Tébas vuestro padre Adrasto,  
 ¿Su venganza y la de Argia se consuman,  
 Y el trono de Creón se ha derrocado?  
 Os engañais, señora; el pueblo todo,

*Al Sr. D. Joaquín González Ledo.*

Señor :

Ha sido demasiado pública mi desgracia, para que me retraiga de recordarla, cuando la gratitud me impulsa á hacer que sea conocido por todas partes un hombre generoso. A principios de Octubre del año pasado, me ví precisado á ocultarme en mi país; y mi conducta fué para mis paisanos, en aquella época, como un texto sobre el que cada cual hizo su glosa, por valerme de la expresión del célebre Boileau. Vd., como todos, creyó que yo había fugado de Buenos Aires; y estando Vd. próximo á regresar á su patria, me dirigió á la Colonia del Sacramento, donde suponía que yo me hallaba entonces la carta siguiente :

Señor :

No he tenido la fortuna de tratarlo; lo respetaba por sus talentos, lo lamento por su desgracia, y acuso la... con que he procedido. Soy extranjero aquí, y no puedo ofrecerle socorros; pero regreso á mi patria, donde tengo amigos, tengo una casa, y algunos medios de que puedo disponer. Sfrvase Vd. de ellos, y cuente con todo, si quiere transportarse allí.

Perdóneme Vd. si lo avergüenzo con esta carta, pero sepa que nadie está impuesto de su contenido. También yo fui desgraciado; y fuera de eso, *Homo sum, et humanum nihil á me alienum puto.*

Soy, señor, su más seguro servidor.

J. G. LEDO.

Buenos Aires, 7 de Octubre de 1823.

Si no me ama, me teme; y mis soldados  
 No se dejan vencer por los que el lujo  
 Y la molicie de Argos enervaron.  
 Si estais en Tébas por el gusto vuestro,  
 ¿Qué quiere Adrasto aquí?

ARGIA

¿Podreis dudarlo?  
 ¡En Tébas yo gustosa! El hijo mío,  
 En una oscura cárcel encerrado,  
 ¿Su balbuciente labio no despliega,  
 Llamando al cielo y á su madre en vano?  
 A eso viene mi padre; á libertarme  
 Del furor de los monstruos.

CREÓN

¡Libertaros!  
 ¡Insentata!

ARGIA

¡Creón! El cetro en Tébas  
 Es puñal de sus reyes: alcanzarlo,

Si se considera, Señor, que Vd. dirigió esta carta á un hombre que no conocía personalmente; que Vd. debía suponerse que yo me hallaba en circunstancias de admitir sus ofertas; y que ponía Vd. á mi disposición su fortuna, sin otra relación ni interés que el de proteger á un desgraciado, no podrá extrañarse que yo manifieste del modo más público mi gratitud hacia un extranjero sensible, que se ha portado de un modo tan contrario al de aquellos de mis paisanos, que, en mi fortuna, se llamaban más mis amigos. También es indudable que á muchos de mis compatriotas tengo que vivir eternamente agradecido: pero las circunstancias que hacen la acción de Vd. más acreedora á mi reconocimiento, no me permiten perder la primera ocasión que se me presenta de hacer saber á todos que el nombre de LEDO debe aumentar la lista, harto diminuta, de los hombres verdaderamente generosos.

Este solo interés me ha decidido á poner el nombre de Vd. al frente de la primer composición mía que se ha publicado desde la época de su carta; y á satisfacer, dedicándosela, la deuda que me ha hecho contraer su bondad. Felizmente también es Vd. un hombre de letras; y, si su prudencia sabrá excusar los muchos defectos de la pieza que le dedico, su ilustración se dignará tal vez indicármelos, y darme así otra prueba del afecto con que Vd. se ha servido distinguirme.

Soy, Señor, con la mayor consideración.—Atento servidor.

JUAN C. VARELA.

Buenos Aires, Junio 20 de 1824.

Pretenderlo no mas, es prepararse  
 El fin de Polinício y de su hermano.  
 Vos empuñais tal cetro; y las deidades  
 Se cansan de los crímenes al cabo.  
 Eteócles y mi esposo, fraticidas,  
 En sangre uno del otro se bañaron;  
 Por ceder el primero á la violencia  
 De un odio injusto y de ambición de mando,  
 Y Polinício por derecho á un trono  
 Que le usurpaba su perjuero hermano.  
 ¡Ay! Jocasta, Creón, era su madre;  
 Vuestros sobrinos eran; y acallando  
 Los gritos de la sangre en vuestro pecho,  
 Aquellos tres cadáveres formaron  
 La escala ignominiosa, que hasta el solio  
 Os pudo conducir. ¿Tanto atentado  
 Dejará impune por ventura el cielo?

## CREÓN

Polinício y Eteócles terminaron  
 Una vida de horrores; ni sus nombres  
 Me debéis repetir. En este estado  
 Hablad de vos, de vuestra propia suerte,  
 De la del hijo que llamais amado.

## ARGIA

La suerte de los dos menos ingrata  
 Desde ayer me parece. Los soldados  
 Que condujo mi padre, y amenazan  
 Ésta erguida ciudad desde su campo,  
 Son la esperanza de Argia.

## CREÓN

¡Qué esperanza!  
 ¿De qué, de qué viene á vengarse Adrasto?  
 ¿Para qué consintió que allá en su reino  
 A Polinício dierais esa mano,  
 Que no podía contener el golpe

Que ya le preparaba el cielo airado?  
Todo esto es consecuencia de aquel yerro;  
Yo no lo sé enmendar: de mi contrario  
Sabré triunfar ó perecer; pero antes  
Muchos perecerán.

## ARGIA

Mi padre acaso  
No hubiera vuelto en armas contra Tébas,  
A no verse de nuevo provocado  
Por vuestra extraña atrocidad. Reciente  
De los hijos de Edipo el fin infausto,  
Y aun humeando la sangre de Jocasta,  
Ocupasteis el trono. Sepultado  
El cadáver de Eteócles fué con pompa  
En magnífica tumba, y aplacaron  
Sus manes execrables los aromas  
Que sobre su sepulcro se quemaron.  
A Polinicio en tanto una orden vuestra  
Le negó estos honores; y en el campo  
Arrojado insepulto su cadáver,  
De las bestias feroces fuera pasto,  
Si de Antígona la piedad no hubiese  
Vuestra inaudita ley atropellado.  
Ella erigió la pira, y con mi hijo  
Vine yo disfrazada desde Argos,  
A buscar de mi esposo las cenizas,  
Que su hermano guardaba. Llego y hallo  
Que también Antígona con la muerte  
Su oficiosa piedad había pagado.  
¡Bárbaro! ¿Era delito haber rendido  
Honores funerales á un hermano  
Tan digno de su amor? ¿Era delito  
No haber nacido, como vos, malvado?

## CREÓN

Desprecio esos insultos y el motivo  
De la esperanza vuestra. Mas ¿acaso

La muerte de Antígona es la que viene  
 Vuestro padre á vengar? En mis estados  
 Mi voluntad es ley, y á nadie debo  
 De nada responder. En vuestras manos  
 Puse yo mismo los helados restos  
 De Polinico, para vos tan caros,  
 Y os ordené volver á vuestra patria  
 Con los despojos del que amasteis tanto.  
 ¿Por qué no habeis partido?

## ARGIA

¿Y yo podría  
 Llevar sus restos fríos, y dejando  
 Aquí la imagen viva de mi esposo,  
 Ir sin el fruto de mi amor infausto?  
 Me hubieseis vuelto mi hijo, y al instante  
 Me hubiera yo de Tébas ausentado.  
 ¿Quién puede aquí vivir? ¿No ha sido siempre  
 La mansión del delito este palacio?  
 ¡Hijo de mi dolor! Tú solo, solo  
 Me aprisionas aquí. ¡Creón! ¡Ah! ¡Cuánto  
 Ansío por verlo ya! ¿Por qué motivo  
 Lo niegan desde ayer á mis abrazos?

## CREÓN

Acabad de una vez de conocerme,  
 Que todo el corazón voy á mostraros;  
 Y ved si temo á vos ni á vuestro padre,  
 Cuando así á mi enemiga me declaro.  
 Al interés de mi ambición, señora,  
 Todo se subordina. Los hermanos  
 Habían muerto ya; Jocasta quiso  
 Seguirlos á la tumba; y no quedando  
 De esa horrible familia entre los vivos  
 Mas que Antígona ya, fué necesario  
 Sacrificarla á mi quietud, pues siendo  
 Hermana de los dos, pudiera al cabo  
 Juzgarse con derecho á la corona,



Fingir un tiempo, y cuando yo, confiado,  
 Libre ya de enemigos me creyese,  
 Arrebatarme el cetro de las manos.  
 Ella debió morir; para los reyes  
 La sospecha que cause algun vasallo  
 Es sobrado delito: mas su muerte,  
 Sin visos de justicia, á mi reinado  
 Pudiera ser perjudicial. Por eso  
 Dicté la ley que os enfurece tanto  
 Y el cuerpo exangüe del esposo vuestro  
 De honores funerales fué privado.  
 Yo bien sabía que Antígona sola  
 Osaría oponerse á mi mandato,  
 Y que la pena impuesta al que rindiera  
 Los últimos honores á su hermano,  
 No podría arredrarla; porque siempre  
 Su amor á Polinício fué extremado.  
 Cayó en las redes que tendió mi astucia,  
 Y todos mis designios se lograron.  
 Por lo demás, á mí ¿qué me importaba  
 Dar ó no sepultura...

## ARGIA

¡Dios! ¿Y tantos  
 Respetos se atropellan? ¿Tanto puede  
 La ambición de mandar en un tirano?

## CREÓN

Argia, voy á concluir, Por mis afanes  
 Acabó esa familia, que ha llenado  
 De escándalos la Grecia, y que yo ansiaba  
 Por ver exterminada y dar un paso  
 Desde vasallo á rey. Entre mis triunfos  
 Solamente me daba sobresaltos  
 Ese hijo vuestro, que, en edad tan tierna,  
 Solo á odiar á Creón está enseñado.  
 Crecer en él miraba un enemigo,  
 A quien un día el interés del mando,

Que lo creería suyo, y el deseo  
 De vengar á su padre infortunado,  
 Le harían mendigar por toda Grecia  
 El favor de mil reyes en mi daño ;  
 Porque el de Adrasto es poco. Mi fortuna  
 Me puso en fin al niño entre las manos  
 Cuando, oculta con él, aquí llegasteis.  
 Y ya ¿ qué debo hacer? ¿ Habré de darlo  
 De nuevo á vuestro padre, y no teniendo  
 Ya nada que temer, un gran contrario  
 Me formaré yo mismo?—No señora.  
 Hasta aquí su cariño os ha obligado  
 A quedáros en Tébas: desde ahora,  
 Quedais por orden mía: este palacio  
 Será vuestra prisión, mientras decida  
 De la madre y del hijo el mismo Adrasto.

## ARGIA

Está, señor, ya decidido: al punto  
 Mandadnos á los dos hasta su campo,  
 Y ciertamente ordenará mi padre  
 El sitio levantar.

## CREÓN

¡ Proyecto vano!  
 De mi poder vuestro hijo nunca sale:  
 Y... Señora... temblad.—O vuelve á Argos  
 Vuestro irritado padre, ó mi venganza  
 Será digna del nombre de atentado.  
 No hay medio: ó muero, ó mando: mas mi muerte,  
 Si es preciso que llegue...—No es del caso  
 Deciros más: á Eurimedon espero:  
 Debeis, hasta que os llame, retiraros.—  
 ¡ Soldados! Conducid hasta su estancia,

*Dirá esta expresión acercándose al bastidor, y llamando á los guardias, que se presentarán al momento en la escena.*

Y custodiad á esa mujer.

ARGIA

¡Malvado!  
 ¿Será que todavía horrores nuevos  
 Meditareis furioso?—¡Hijo adorado!—  
 ¡Haced, señor, siquiera que lo vea!—  
 ¿Adonde, sin mi beso y mis abrazos,  
 Gemirá desde ayer? ¡Oh Dios!

CREÓN

Vinieron  
 Desde ayer vuestras tropas á sitiarnos.

ARGIA

Pero un niño, Creón, que apenas sabe  
 A quien debe la vida, ni...

CREÓN

Entretanto  
 Justo es que la altivez y la soberbia  
 Se vayan á rogar acostumbrando

ARGIA

¡Bárbaro! ¡Yo rogarte!, Argia te insulta;  
 Quien ruega es una madre: pero ¿cuando  
 Un corazón feroz ha distinguido. . .

CREÓN (á los soldados)

Llevala; y que ninguno en mi palacio  
 Se atreva á hablarla sin una orden mía.

*Las guardias conducen á Argia, que hará algunos esfuerzos por permanecer. En los momentos mismos en que Argia desocupa la escena, se presenta en ella Eurimedon.*

## ESCENA II

CREÓN, EURIMEDON

CREÓN

Eurimedon, ha tiempo que te aguardo.

EURIMEDON

Vuestro servicio é interés me tienen  
Lejos de vos, Señor, tiempo más largo  
Del que quisiera yo.—¿Argia irá presa?

*Hará esta pregunta como quien habla consigo mismo ; pero de modo que lo escuche Creón.*

CREÓN .

Lo sabrás. Dime ahora ¿has observado,  
Desde que yo me retiré del muro,  
Y la noche llegó, si los argianos  
Han movido su campo?

EURIMEDON

Ya habeis visto  
Que de los puestos que hoy han ocupado  
No pueden ofendernos, ni es posible  
Que alcancen nuestras flechas á dañarlos.  
Señor, el enemigo no parece  
Que en combatir se empeña: los soldados,  
Enclavando sus lanzas en la tierra,  
Descansaban inmóviles. Periandro,  
A favor de las sombras de la noche,  
Ha salido del muro con sus bravos,  
Y al enemigo hasta que vuelva el día,  
Celoso observará.

CREÓN

Tal vez tratados  
Me querrán proponer. Yo nada temo,

Eurimedon, de los soldados de Argos:  
 Los míos son bastantes y atrevidos:  
 Pero el pueblo de Tébas, ya cansado  
 De horrores y de sangre, en esta guerra  
 Puede al fin revelarse contra su amo,  
 Y, sacudiendo sedicioso el yugo,  
 A los proyectos cooperar de Adrasto.

## EURIMEDON

Señor, al pueblo se intimida: es hecho  
 Para temblar y obedecer callando.  
 Semejante á las fieras, sus furoros  
 Contra el que lo domó nunca estallaron.  
 Siempre enemigo fué de quien le teme,  
 De quien sabe oprimirlo siempre esclavo.

## CREÓN

Eurimedon, tú sólo en toda Tébas  
 Eres el hombre á quien mi amigo llamo  
 Y á quien lo creo tal. No me alucino:  
 El pueblo me aborrece; y si dejamos  
 Que, en el trastorno que la guerra causa,  
 Encuentre la ocasión de demostrarlo,  
 Puede perderse todo. El obedece,  
 Pero murmura en el silencio. ¡Cuanto  
 Me costó contenerlo, cuando puse  
 La red en que cayeron los hermanos  
 Polinicio y Etéocles! El primero  
 Era el amor del pueblo, en que mil bandos  
 Se armaban ya por él, á no haber sido  
 Que supe con mi astucia sujetarlo  
 Y alucinar á todos, encubriendo  
 Los planes que á tí solo se confiaron.  
 Ellos murieron; y al subir al trono  
 Fué necesario, y justo nuevos lazos  
 A Antígona tender, y el pueblo todo  
 Se anegó por su muerte en nuevo llanto.  
 Yo sé exponerme, pero no sin causa;

Y la que contra Tébas trae Adrasto  
 Es la de Polinicio. Ya he resuelto  
 Más bien que combatir, que los tratados  
 Nos vuelvan á la paz; como no exijan  
 Que entregue al hijo de Argia. En este caso,  
 Moriré, morirás, morirán ellos,  
 Todos perecerán; pero del mando  
 Descenderé á morir como he vivido,  
 Vengativo, implacable; y arrastrando  
 Todos mis enemigos á mi tumba,  
 Contento entonces al sepulcro bajo.

EURIMEDON

Nada debeis temer.

CREÓN

Yo nada temo.  
 Quien hizo por el trono, hasta ocuparlo,  
 Lo que ha hecho Creón, por conservarse,  
 Todo atropellará si es necesario

EURIMEDON

Obedeceros es mi sola gloria.  
 Me llamais vuestro amigo, y soy soldado.  
 Os lo digo señor, porque es preciso  
 Combatir y vencer. Bien sé que Adrasto,  
 Si Argia y su hijo se le entregan, luego  
 Pondrá fin á la guerra que ha empezado:  
 Pero ni vos podreis volverie el nieto,  
 Ni Adrasto pasará por un tratado  
 Que no tenga por base aquesta entrega.  
 Lo repito; lidiemos y vencamos.

CREÓN

Si no hay remedio, correrá la sangre;  
 Pero yo, Eurimedon, he imaginado.  
 Una astucia que puede conducirnos



## CREÓN

Escucha.—Adrasto

No tiene tanta fuerza, que confie  
 En ella sola para el resultado  
 Feliz de su campaña; y, si ha venido,  
 Es, menos por confianza en sus soldados,  
 Que por causar la sedición en Tébas.  
 Por otra parte, yo sé bien que basto  
 Con mi tropa á destruirlo; mas mi tropa,  
 Empleada en contener al populacho,  
 No debe distraerse, y exponerme,  
 Al menos á morir sin ser vengado.  
 En la pasada guerra la fortuna  
 Me arrebató mis hijos; pero al cabo  
 Me senté sobre el trono, y mi grandeza  
 No me dejó lugar para mi llanto.  
 Casándome con Argia hago heredero  
 A su hijo de este trono; y si á ocuparlo  
 Llega cuando yo muera, es porque quise,  
 Pero no porque nadie me ha forzado.  
 A bien que, muerto yo, muere conmigo  
 Esta frenética ambición de mando.

## EURIMEDON

¿Y Argia, señor, consentirá? La altiva  
 Viuda de Polinico, que vengado  
 Nunca creerá bastante el menosprecio  
 Que hicisteis del cadáver de su amado,  
 Ni las astucias vuestras, que lo hicieron  
 Descender á la tumba con su hermano.

## CREÓN

Argia consentirá. La alternativa  
 Será la muerte, ó aceptar mi mano.  
 Además, ella sabe que su padre,  
 No está muy abundante de soldados,  
 Y educar para rey un hijo suyo  
 Es sobrada venganza de su agravio.



## EURIMEDON

Y en el caso que Argia (porque es joven)  
Os llegue á dar un hijo, ¿vos acaso  
Consentiréis que reine el de otro padre,  
Y de un padre, señor, que odiásteis tanto?

## CREÓN

¡Ah! No, amigo: eso no. Si tal sucede,  
Un veneno, un puñal bien disfrazado,  
Una red que se tienda, el tiempo mismo  
Nos dará la ocasión de libertarnos  
De quien ya entonces heredar no debe.  
El peligro es de hoy; y si el tratado  
Cimenta la amistad y la confianza  
Entre ambos reyes, el de Tebas y Argos,  
Mañana seré fuerte; el pueblo mismo,  
De quien recelo ahora, alucinado,  
Justo me llamará; y humilde y ciego,  
De quien yo nombre rey será el esclavo.  
Este es mi plan, Eurimedon. ¿Qué dices?  
Tan solo á consultarlo te he llamado.

## EURIMEDON

Es muy digno de un rey: y sobre todo  
¿Qué se pierde, señor, con intentarlo?  
Si no surte el efecto...

## CREÓN

Entonces Argia  
Y su hijo morirán; y contra Adrasto,  
Y contra el pueblo peharemos todos,  
Y, si yo muero, moriré vengado.  
Viéndolos perecer, aunque perezca.

## EURIMEDON

Ya os he dicho, señor, que soy soldado,  
Que os amo, y que...

## CREÓN

Lo sé. Argia está presa,  
 Porque no convenía en mi palacio  
 Dejarla libre, desde que han venido  
 De su padre las tropas á sitiarnos:  
 Pero libre estará, si entra en los planes  
 Que con mis intereses ha acordado.  
 Vuela á su estancia, empieza á prepararla,  
 Dile que mis enojos han cambiado,  
 Que he pensado en su suerte y en la mía,  
 Permítele de su hijo los abrazos,  
 Dile que amo la paz, mas mis recelos  
 Ten cuidado á su vista de ocultarlos;  
 Y que luego me espere en este sitio.  
 No le descubras todo el plan.

## EURIMEDON

Ya parto.

## ESCENA III

CREÓN *(solo)*

O consiente la altiva en este enlace,  
 O el venidero sol alumbrará estragos  
 Que jamás alumbró.—Bajar del sólio  
 Es peor que morir.—Voy entretanto  
 A recorrer los muros.—Madre é hijo  
 En mi poder están: puedo acabarlos  
 En un instante, y el tomar á Tébas  
 No es obra de otro instante. ¡Argia! ¡Lisandro!  
 Muy pronto se decide vuestra suerte;  
 Y viviréis ó moriréis entrambos,  
 Según lo dicte el interés del trono,  
 Según yo quiera desplegar mi labio.

## ACTO SEGUNDO

## ESCENA I

ARGIA (*sola*)

¡Qué extraña novedad! Apenas puedo  
Volver de mi sorpresa!—¡Mitigada  
La furia de Creón!—¿Será posible?  
A nombre suyo Eurimedon me hablaba  
De paz y de amistad; y el hijo mío...  
¡Lisandro de mi amor! ¡Ah! ¡Cómo el alma  
Se ha gozado en tus besos! y tu rostro  
¡Cómo mi llanto maternal bañaba!  
¿Qué benéfica mano de repente  
Me ha dado este consuelo en mi desgracia?  
Pero... ¿podré dudarlo? A los temores  
De Creón es debida esta mudanza.  
Las armas de mi padre habrán logrado  
Sobre las suyas la primer ventaja;  
Se acercará el peligro, y ¿qué tirano  
A vista del peligro no desmaya?  
El temor en Creón hace las veces  
De justicia y piedad. Ya que no bastan  
Su poder y su astucia á los designios  
De su loca ambición y su venganza,  
Quiere que le agradezcan por favores  
Lo que es necesidad; pero se engaña;  
Que él mismo me ha enseñado á que conozca,  
Todas sus artes, y el doblez de su alma.  
Pero yo me arrebató. No me traje  
A la execranda Tébas la esperanza  
De alzar al hijo mío sobre un trono  
De que el cielo jamás el rayo aparta.  
De Antigóna al llamado vine oculta,  
Para llevarme las cenizas caras

De su hermano y mi esposo, y conocerla,  
 Porque supo querer á quien yo amaba.  
 ¡Ay! ¡Que no la abracé!—¡Ni pude en mi hijo  
 La imágen de su hermano presentarla!  
 Creón me descubrió: déjeme ahora  
 Salir de Tébas, y partir cargada  
 Del peso suave de la helada urna  
 Que los despojos de mi amado guarda:  
 Déjeme conducir el tierno fruto,  
 De mi infeliz amor, y nunca Argia  
 Le llamará tirano, nunca Adrasto  
 Ya contra Tébas volverá sus armas.  
 Sí, Creón, vive y reina; y mi Lisandro  
 Solo me ayuda en mi tranquila patria  
 A llorar á su padre. Si los cielos  
 Lo hicieron para rey, Argos lo aguarda  
 Con un trono de paz, después que aprenda  
 De Adrasto las virtudes del que manda.  
 ¡En qué ansiedad estoy!—Nadie parece.

*Mirando afuera como atemorizada.*

No veo en todas partes mas que guardias.  
 Creón me hace esperarlo en este sitio;  
 Pero ya que no viene, y á la estancia  
 Puedo volver de mi hijo...—¡Qué silencio!  
 El palacio esta noche la morada  
 Parece de los muertos.—De repente  
 Yo no sé que temor mi pecho asalta;  
 Y el corazón...—¡Oh Dios!...—Alguno viene.

*Se retirará sobresaltada al fondo del teatro.*

## ESCENA II

*Creón dirá los cinco primeros versos de esta escena sin ver á Argia: hasta que reparando en ella, le dirige la palabra.*

CREÓN—ARGIA

CREÓN

Cual si no hubiera guerra, todo calla.  
 No parece esta noche precursora

De los sucesos que la luz aguardan.  
Siempre entre las tinieblas espantosas  
Las catástrofes grandes se preparan.

Demasiado tal vez en este sitio  
Os hice Argia, esperar; pero la causa  
Os es tan conocida como justa,  
Y no lo extrañaréis.

ARGIA

Vuestra tardanza  
No es lo que extraño ciertamente; veo  
Los motivos que sobran á excusarla.

CREÓN

Si ellos no fueran tantos y tan fuertes,  
Tiempo ha que á vuestro lado me encontrára,  
Porque nunca he deseado como ahora,  
Por su propio interés, hablar con Argia.

ARGIA

Argia no tiene otro interés que su hijo.

CREÓN

Pero en las circunstancias en que se halla,  
Ese interés alguna cosa tiene  
De común con Creón.

ARGIA

¿Es arrogancia,  
O desprecio por mí lo que os induce  
A recordar, Creón, la inícuca causa  
Que produjo el efecto de que tenga  
Algo común con vos el hijo de Argia?

CREÓN

No es arrogancia ni desprecio. Acaso  
Pensásteis que esta noche se os pasára

Sin gozar las caricias de Lisandro ;  
 Y Eurimedón, por mi orden, á gozarlas,  
 Sin que vos lo esperárais, os condujo.  
 ¿Nada os dice, señora, esta mudanza?  
 Que el efecto produzca tan siquiera  
 De que escuchéis ahora mis palabras  
 Con menos prevención: que un breve rato  
 De los resentimientos olvidada,  
 Conozcais que la cólera no siempre  
 Mis otros sentimientos avasalla;  
 Que también la razón mis pasos guía,  
 Y la justicia en mis acciones manda.

## ARGIA

Difícil es, Creón; pero tal triunfo  
 ¿Quién podrá celebrarlo mas que Argia ?

## CREÓN

No lo extrañéis, señora. Un rey, que mira  
 Que otro rey una guerra le declara  
 Con precipitación, y que sus tropas,  
 Invadiendo de pronto sus comarcas,  
 Asédian su ciudad, cede por fuerza  
 Al impulso primero de su saña.  
 Mi conducta con vos ha sido efecto  
 De una causa tan grave

## ARGIA

Aun se ignoraban  
 En Tébas los proyectos de mi padre.  
 Ni teniais temor de que sus armas  
 A amenazar viniesen vuestros muros,  
 De repente inundando las campañas,  
 Cuando vuestro rencor, no satisfecho  
 Con ejercer su bárbara venganza  
 Hasta en las sombras que á la Estigia fueron,  
 En un infante tierno se cebaba.  
 No es un sitio de ayer, no es esta guerra

La que hace en vuestro pecho hervir la rabia  
Al contrario; esa rabia envejecida  
Es de tan justa guerra infame causa.

CREÓN

¿Y porque me insultais? ¿Será, señora,  
Que nunca deis oído á mis palabras,  
Y prefirais el insultarme siempre  
Al placer de que acaben las desgracias  
Que pesan sobre vos y vuestro hijo?  
¿Creón es inmutable? ¿Y sus entrañas  
Ya no podrán á la piedad abrirse?

ARGIA

Vuestra alma está al delito acostumbrada,  
Y la senda del crimen arraigado  
No se abandona en un instante.

CREÓN

Basta:  
Si es que no puedo, según vos, mudarne,  
Seré lo que hasta aqui; sereis mi esclava,  
Vuestro hijo gemirá mas que ha gemido,  
Ni lo vereis ya más.

ARGIA

No me acobardan  
Unos furores, que, en el caso vuestro,  
La desesperación tal vez arranca,  
Y ya tocan su fin.

CREÓN

Es excesiva,  
Pero es bastante vana la confianza  
Que teneis en Adrasto y en sus tropas.  
Ya poco tiempo para el día falta,  
Y no vendrá otra noche, sin que muera

Para siempre jamás esa esperanza.  
 Yo quería evitar á mis vasallos  
 El prodigar su sangre, á vuestra patria  
 Funerales sin fin, al hijo vuestro  
 La esclavitud en que al presente se halla,  
 Y, sobre todo, hacer que á vuestro lado  
 Siempre fuera feliz. ¿No quiere Argia  
 Mas que horrores y muertes? Bien! Que sea:  
 Pero no me atribuya sus desgracias.

ARGIA

¿Ociosas todavía en esta guerra,  
 No se han desenvainado las espadas?

CREÓN

No se han desenvainado; pero pronto  
 Se ha de ver en qué sangre están bañadas;  
 Y, derrotado Adrasto, tiemblen todos  
 Los que de Adrasto en mi palacio se hallan.

ARGIA

¿Y proponéis la paz?

CREÓN

No la propongo:  
 La recibo, la doy, cual más os plazca;  
 Porque tan solo en vuestra mano dejo  
 El que haya medio ó no de celebrarla.

ARGIA

Si me volveis mi hijo...

CREÓN

Mas os vuelvo,  
 Pues con un padre os lo presento.



## ARGIA

¡Ay, Argia!  
 ¡Con un padre! ¡Callad! ¡Oh, Polinico!  
 ¡Temprana sombra! ¿Dónde estás? La cara  
 Prenda de nuestro amor infortunado,  
 ¿Qué otro padre que tú... ¡Creón!... ya basta:  
 Despedazad mi corazón, y nunca,  
 Hablando de Lisandro, la palabra  
 De padre pronunciéis.

## CREÓN

Con un amigo  
 Os lo vuelvo á lo menos, que lo haga  
 Saber amarme, y aun reinar un día.

## ARGIA

¡Amaros! ¡A Creón! ¡El hijo de Argia!

## CREÓN

Si no me llega á amar, sabrá siquiera  
 Que, pudiendo haber hecho su desgracia  
 Larga como mi vida, generoso,  
 Aun hice más de lo que se deseaba:  
 Que su fortuna preferí y la vuestra  
 A la gloria tan fácil como vana  
 De vencer á quien vino á libertaros;  
 Y que lo hice feliz, cuando...

## ARGIA

¿Se engañan  
 Mis oídos, Creón? ¿Que dios ha sido  
 Capaz de obrar en vos tanta mudanza?

## CREÓN

Os pido, Argia, hasta os ruego, que tranquila  
 Me escuchéis un momento.—Las alianzas

Que forma el himeneo entre los reyes,  
 Son efecto común de lo que llaman  
 Razón de estado, ó interés del trono;  
 Pero se forman, y una vez formadas,  
 Se cimienta la paz, y los esposos,  
 Conociéndose bien, al cabo se aman.  
 Lisandro en Tébas será rey un día.  
 Creón lo jura por su vida, si Argia  
 El lazo forma con que al juramento  
 Mi voluntad por siempre quede atada.  
 Himeneo y la paz bajen á Tébas.  
 Señora...—esta es mi mano...—ó aceptadla,  
 O no me atribuyais...

## ARGIA

Recién conozco,  
 Si, conozco recién que en algo iguala  
 Al bárbaro Creón esta infelice.  
 ¿A que es posible comparar la rabia  
 Que tu insultante audacia me ha causado,  
 Sinó á la que emponzoña tus entrañas?  
 ¡Hombre de fierro!—¿Quién te ha sugerido  
 Ese género nuevo de venganza?  
 Nunca me ví mas humillada... nunca  
 Mas insano furor... Dáme esa espada,  
 Verás como tu saugre de veneno  
 Por una mano débil se derrama.  
 Yo moriré después; porque la afrenta  
 De haber sido el objeto en que fijáras  
 Tu pensamiento infame... ¡Oh Dios! ¿Cual furia,  
 De los hondos infiernos ha lanzado,  
 La crueldad inaudita te ha inspirado  
 De hablar así conmigo? ¿Con que Argia  
 No te era conocida?

## CREÓN

Pues por eso  
 Os quiero hacer mi esposa. No me engaña

Una altivez que no teneis. Conozco  
 Que á no ser por las vanas esperanzas  
 Que fundais en Adrasto, de mi lecho  
 El honor...

ARGIA

No prosigas: y si tu alma  
 En humillarme, bárbaro, se goza,  
 No lograrás tal triunfo.

*Argia quiere partir con precipitación; Creón la detiene, y la fuerza á permanecer.*

CREON

Esa arrogancia  
 Merecía humillarse ciertamente:  
 Pero Creón os honra, cuando baja  
 Su pensamiento á vos.

ARGIA

¿A quién podría  
 Honrar jamás Creón sino á quien mata?  
 Aquel que no sufrais sobre la tierra,  
 ¿Que prueba de virtud dará mas clara?

CREON

Sabeis que la venganza está en mi mano,  
 Pero que contra vos no quiero usarla;  
 Por eso me insultais: sois la primera  
 Que impunemente á quien hablais agravia.  
 ¿A que nombrar la muerte?—Yo, señora,  
 Hacer de Argos y Tébas esperaba  
 La mansión de la paz y de la vida.  
 En vuestra mano está. No hagais que parta  
 La primer flecha; volará y tras ella  
 Mil muertes volarán, y vuestra patria  
 Será una inmensa tumba, á la memoria  
 De los héroes de Argos levantada.

Pensadlo bien, señora : el himeneo  
Trae la oliva en su mano

ARGIA

Las entrañas  
De la tierra se abren, y el infierno  
Es quien sus furias implacables manda  
A presidir de Tébas los destinos.  
Esa lengua, Creón, ¿ como profana  
El nombre de himeneo, que algún día  
De Polinico el alma con mi alma  
Unió enlazada tan estrecha y fuerte,  
Que ni tus iras á romperla bastan?

CREON

Polinico en las sombras de la muerte  
Está tranquilo, ni se cura de Argia.

ARGIA

No manches su memoria con nombrar  
¡Ah! ¿ No temblais, Creón? En esta sala  
Se consumó el horrendo fratricidio,  
Preparado por vos: en esta sala  
Me parece que miro de repente  
Que el frígido esqueleto se levanta,  
Y con ira que solo entre las sombras  
Puede engendrarse tal, su hijo, y Argia.  
¿ No lo mirais, Creón. Vuestra perfidia,  
Y no el valor de Eteócles la morada  
De la muerte le abrió.

CREON

Siempre la muerte  
En vuestro labio está. No quiero darla.  
Y pareceis desear que yo consienta  
En los campos de Ádrasto en derramarla.  
Un esposo llorais; se acerca el día ;

Y, si no consentis en nuestra alianza  
 Un padre llorareis, porque ¿que espera  
 Sino la muerte en desigual batalla?

ARGIA

¡Quien! ¡Mi padre la muerte!—¡Dios! No escuches  
 El voto de un malvado. Desolada  
 Estoy bastante ya.

CREON

Pues al momento,  
 Señora, consentid, y tal alianza  
 Vuestro padre autorize. Algunas horas,  
 Con Lisandro en delicias anegada,  
 Habeis pasado en esta noche: muchas  
 Y nunca interrumpidas, os aguardan.  
 Si el furor deponéis, que igual al mío  
 Vos mismo habeis llamado. Yo, sin causa  
 Tan justa como vos, olvido todo.  
 ¿Será que nunca os olvideis de nada?

ARGIA

¿Y vos, que mereceis? ¡Traidor! ¡Impío!  
 Mientras á mi Lisandro acariciaba,  
 Tal vez sentí por vos menos desprecio:  
 Llenaba toda la existencia de Argia  
 El amor maternal, y aquel momento  
 Hasta odiar á Creón se me olvidaba.  
 ¡Ay, hijo! ¿Quién creyera que el malvado  
 Hacer de tus caricias intentára,  
 Por un refinamiento de perfidia,  
 El inaudito precio de mi infamia?

CREON

Basta de insultos, me degrado  
 En toleraros más: mi lengua calla  
 Lo que os hará temblar quizá bien presto:

Mas mi furor es tal, que quiere pausas  
 Para cobrar mas fuerza, y prontamente  
 Con encono mayor volver al alma.  
 ¡Agenor! Tus soldados.

*. Dirá esto, acercándose al bastidor, y llamando al oficial y guardias, que se presentarán inmediatamente en la escena. El teatro se empezará á iluminar como si rayara el día, y progresivamente se aumentará la luz, hasta que al fin del acto quede del todo claro.*

ARGIA

Argia empieza  
 Recién á aborreceros.

CREÓN (*al oficial*)

En su estancia  
 Con el mayor rigor que quede presa;  
 Quítale el hijo, y cuida con tu guardia  
 De que jamás lo escuche ni lo vea.  
 Aprende á conocerme, temerária,  
 Y tiembla por tu hijo, y por...

ARGIA

Mi hijo  
 En mi prisión, Creón...

CREÓN (*á los soldados*)

Arrebatadla.

*Los guardias arrebatan á Argia.*

ESCENA III

CREÓN (*solo*)

La aurora ya se muestra en el oriente.  
 ¡Oh tú, dia de horror que te levantas!

¿A quién serás funesto? Mas ¡que digo!  
 A mi solo jamás. Si los monarcas,  
 Como se dicen dueños de sus pueblos,  
 Lo fuesen en verdad, no hubiera de Argia  
 Sufrido tanto insulto, ni humillado  
 Se viera mi furor. ¡Oh! ¡Si mi espada  
 De cuantos sediciosos hay en Tébas  
 Pudiera el pecho atravesar! Sus tramas  
 Encubren los traidores: si me fuera  
 Posible en un momento destrozarlas,  
 ¿Qué sería de Adrasto? ¿Qué sería  
 De esa mujer altiva y su esperanza?  
 ¡Esperanza! ¿Cuál es?—A mi palacio  
 ¿Qué pueblo puede entrar á libertarla,  
 Qué ejército que venga desde Argos,  
 Sin dejar un momento á mi venganza?  
 ¡Y no reinaré más ¡Oh! Sí.—¡Quien sabe  
 Si son acaso mis sospechas vanas!

ESCENA IV

CREÓN—EURIMEDON

CREÓN

Eurimedon ¿qué dices?

EURIMEDON

En el cielo  
 El resplandor del sol recién rayaba,  
 Cuando del campo regresó Periandro.  
 El ejército de Argos no se avanza  
 A los muros aún: nuestras legiones  
 Los cubren y defienden, preparadas  
 A que ningún argiano las insulte,  
 Y ardiendo ya en la sed de la matanza  
 Pero sabréis bien pronto si á esta guerra  
 Ponen fin los tratados ó las armas.

CREON

¿Por qué? ¿Qué ha sucedido?

EURIMEDON

El mismo Adrasto,  
Sin broquel, sin espada, sin sus guardias,  
Y la oliva en la diestra levantando,  
Hasta el pié se acercó de las murallas.  
Desde allí pudo hablarme: en sus acciones,  
En su rostro, y en todas sus palabras  
El deseo de paz no más se muestra.

CREON

Entonces está débil.—Nuestras armas  
¿No pudieran batirlo en el momento,  
Y enseñarle á su costa á respetarlas?

EURIMEDON

Fácil fuera tal vez: pero... es preciso  
Que os lo diga, señor.—La desconfianza  
Que en el pueblo teneis, quizá es más justa  
De lo que habeis creído.

CREON

¡El pueblo! Acaba.

EURIMEDON

Al rumor prontamente divulgado  
De que el rey enemigo se acercaba  
Con señales de paz, en nuestras calles,  
En nuestros templos y en las anchas plazas  
El pueblo se reunía, y muchas voces  
De *paz*, de *libertad*, se levantaban.  
Isménio con su gente los tumultos  
Logró al fin disipar, y hacer que...



CREON

Basta.

Y qué!—¿ Ese pueblo infame no ha sufrido  
 Los crímenes de todos sus monarcas?  
 ¿ Por qué condena mi justicia ahora?  
 ¿ O está sujeto al pueblo quien lo manda?  
 Habla: ¿ Qué quiere Adrasto?

EURIMEDON

Para él solo  
 De Tébas pide que las puertas se abran;  
 Que anhela por hablaros; y ha jurado  
 Por la vida de Argia que sus armas,  
 Si se quiere escuchar á la justicia,  
 No habrán de derramar sangre tebana.

CREON

¿ Por la vida de Argia?—Poco hace  
 Que, como nunca, conmovió mi rabia.

EURIMEDON

¡ Qué!—¿ Prefiere la muerte á vuestra mano  
 Esa mujer frenética, insensata?  
 Bien lo temía yo.

CREON

No me dió tiempo  
 Mi furor con la muerte á amenazarla.  
 ¡ Oh pueblo! ¡ pueblo vil!—¿ Con que tú solo,  
 A mi pesar refrenas mis venganzas?  
 ¿ Con que yo, que ni al cielo temería  
 Si no fuera por tí, hasta á la infamia,  
 Hasta la astucia baja he de humillarme,  
 Por evitar la guerra, de hacer que Argia  
 Me oíga ofrecer mi mano, y la desprecie?  
 ¡ Oh pueblo! ¡ A lo que fuerzas á un monarca!  
 ¡ Oh ambición de mandar! ¡ A lo que obligas  
 A quien no quiere vida, si no manda!

EURIMEDON

Nada debéis temer: vuestros soldados...

CREON

Antes que muera yo, matarán á Argia.  
Por la puerta Emoloides que entre Adrasto;  
Y que Periandro, con la fuerza armada  
Que le obedece, sobre el pueblo vele.

ESCENA V

CREÓN *(solo)*

Voy á ver entre tanto si descansa  
Mi espíritu un momento; mas mis iras  
¡Oh furias infernales! aumentadlas.

ACTO TERCERO

ESCENA I

CREÓN *(solo)*

El valor de Periandro es conocido,  
Y su lealtad también: no temo al pueblo,  
Mientras que su legión incontrastable  
Se ocupe solamente en contenerlo.  
Mas, si en el caso de un combate, al muro  
No va toda mi fuerza... ¡Oh duda! ¡Oh cielo!

Si hicísteis á Creón tan ambicioso,  
 ¿Por qué no permitís que sus deseos  
 Se cumplan sin obstáculo? A oponerse  
 Si llega el universo á mis proyectos,  
 ¿Por qué no tiene para mi venganza  
 Una sola cabeza el universo?  
 ¡Yo habré de recibir en mi palacio  
 A quien me insulta! ¡Oh furia!

## ESCENA II

CREÓN—EURIMEDON

EURIMEDON

A Adrasto dejo  
 En el salón de los embajadores;  
 Allí os espera, y á anunciarlo vengo.

CREÓN

¿Solo ha venido ?

EURIMEDON

Solo.

CREÓN

¡Nuevo insulto!  
 ¡Creón ya no es temible!—¿O habrá un medio  
 Que un rey estime vil, como lo vengue,  
 Y á quien quiera perder pueda perderlo?

EURIMEDON

¡ Señor! Me atrevería á aconsejaros  
 Que lo escuchéis tranquilo. Siempre hay tiempo  
 Para ejercer venganzas que son justas.

CREÓN

Bien. Ven con él aqui.

EURIMEDON

Ya os obedezco

## ESCENA III

CREÓN (*solo*)

Siempre hay tiempo; es verdad. Mas que á mi furia  
 Cederé á mi interés este momento.  
 A Adrasto escucharé; pero si Adrasto  
 Librar piensa ese niño, que aborrezco,  
 De mi poder, no hay paz; y si los dioses  
 Me desampan, llamaré al infierno. (1)  
 Creo nadar en sangre en mi palacio:  
 Mas la mía. ¡Que rabia! ¡Oh pueblo! ¡Oh pueblo!

## ESCENA IV

CREÓN, ADRASTO, EURIMEDON

EURIMEDON

Os presento, señor, al rey de Argos.

CREÓN (*á Eurimedon*)

Retírate á los muros. El ejército  
 Es sobrado á cubrirlos: una parte  
 Que descanse, y la otra observe de ellos  
 El enemigo campo, y si sucede  
 Haber un movimiento, vuelve luego.

---

(1) Flectere si nequeo superos, Acheronta movebo-Virg.

## ESCENA V

CREÓN—ADRASTO

ADRASTO

Nada sucederá: no jura en vano  
 El rey de Argos jamás. Ese guerrero  
 Que acaba de partir en este instante,  
 Sabe ya cuales son mis sentimientos;  
 Y que, entre el aparato de las armas,  
 El deseo de paz reina en mi pecho.

CREÓN

¡El deseo de paz! ¿Con fuerza armada  
 Se solicitan paces?

ADRASTO

El acero  
 Que empuñan mis soldados, no se tiñe  
 Sino en sangre de injustos. El derecho  
 De la justicia y la razón se atiende,  
 Y no creais que la sangre inunde el suelo.

CREÓN

¿Y es injusto Creón? ¿Es necesario  
 Para que reconozca esos derechos,  
 Con la espada en la mano reclamarlos?  
 ¿O venis á insultarme, aquí en el centro  
 De mi poder? ¿En medio de mis guardias?  
 ¿En un palacio de que yo soy dueño,  
 Y en el que nadie, sin que tiemble, pisa?  
 Que su perjurio hermano le usurpaba,  
 Y del que era mas digno que el protervo  
 Yo vine á sostener de Polinico  
 Los derechos hollados: quiso el cielo  
 Que él y Eteócles murieran; y mi patria

Me miró regresar de asombro lleno,  
 Pues Tébas en vergüenza de la Grecia,  
 Fué escándalo de todo el universo.  
 Desde entonces reinais.

## CREÓN

Esa palabra,  
 Esa última palabra, que, queriendo  
 Acaso contenerla, os ha arrancado  
 La imperiosa vehemencia del deseo,  
 Justifican bastante la conducta  
 Que ha observado Creón con vuestro nieto.  
 Si; desde entonces reino; ni es Adrasto  
 Quien debe preguntar con que derecho.  
 Si es que lo tuve ó no cuando mi mano  
 Con sobrada justicia empuñó el cetro.  
 Ahora, que me siento sobre el trono,  
 ¿Quién podrá disputármelo? Por eso  
 A Lisandro detuve, cuando vino  
 Argia con él aqui. Si era heredero  
 Del trono que yo ocupo, los delitos  
 De su padre infeliz, que en él cayeron;  
 De todos sus derechos lo privaron.  
 Tébas detesta al hijo de un perverso,  
 Que trajo alguna vez contra su patria  
 Las armas de los reyes extranjeros.  
 Yo, por bien del estado, no he querido  
 Libertar á Lisandro; mas, supuesto  
 Que amais la paz y vuestras intenciones  
 Se conforman en esto á mis deseos;  
 Entrad por un tratado que yo mismo  
 Os iba á proponer: este secreto  
 Ya es conocido de Argia, y de otro modo  
 No será rey Lisandro en ningún tiempo.

## ADRASTO

¿Qué secreto? ¿Que rey? Creón bien sabe  
 Que del trono que ocupa el heredero

Es Lisandro, y no más; y yo le juro  
 Que si en Tébas con crímenes tan feos  
 No se manchase el solio, mis soldados  
 Harían devolvérselo á su dueño.  
 Pero no es esto lo que Adrasto quiere;  
 Porque ama mucho á su inocente nieto,  
 Para sentarlo nunca bajo el filo  
 De un cuchillo invisible y justiciero.  
 En Argos reinará, y...

CREÓN

En vano Adrasto.  
 Por librarlo de mi, finge pretextos.

ADRASTO

Si como tiene fuerza, no tuviera,  
 No se humillara Adrasto al fingimiento.

CREÓN

El camino de Tébas por dos veces  
 Han conocido ya vuestros guerreros;  
 Y Creón es prudente.

ADRASTO

Pero nunca  
 Sabrá que yo he faltado á un juramento.

CREÓN

Los reyes juran hoy, pero mañana....

ADRASTO

¡Los reyes! No, Creón. ¿Con más respeto  
 No os tratáis á vos mismo?

CREÓN

Nunca puede  
 Responder un monarca de sucesos.

## 'ADRASTO

No digo de Creón, del universo  
Un monarca legítimo no tiembla.

## CREÓN

¿Qué me quieres decir? Pero... al momento  
Explicaos. ¿Qué buscais?

## ADRASTO

Bien conocidas

Os son mis pretensiones hace tiempo  
Tres veces desde Argos han venido  
Mis enviados á Tébas: si con ellos  
Me hubieseis vuelto á mi hija y á Lisandro,  
Sin llenarlos de insultos y desprecios,  
No me hubierais forzado á que sitiasen  
La mal segura Tébas mis guerreros.  
Yo siempre amé la paz: quizá he sufrido  
Más de lo que debí; pero yo aprecio  
La vida de los hombres sobre el vano  
Orgullo que se adquiere con el cetro;  
Y aunque siempre están prontos mis vasallos.  
A ofrecerme su sangre, la respeto.  
Pero, Creón, soy padre y soy monarca:  
De títulos tan grandes, el primero  
Es para mí muy santo, y reputado  
Como el mayor favor que debo al cielo.  
Mi dignidad de rey habeis hollado  
En mis embajadores; y, sintiendo  
Que ya no hay otro medio que la fuerza.  
Para hacer respetar tantos derechos,  
Me valí de la fuerza. Argia y Lisandro  
Salgan de su penoso cautiverio;  
Vuelvan á mi poder, y mis legiones  
El regresar en paz hasta mi reino  
Preferirán á la ominosa gloria  
De marchar vencedoras sobre muertos.



Esta es mi pretensión. Argia y su hijo  
 Que sean de la paz el digno precio.  
 A bien, Creón, que nada solicito  
 Que no me lo debáis; y olvido excesos  
 De que acaso pudiera, y aun debiera,  
 Tomar justa venganza, y no me vengo.  
 Ya sabéis todo: ó elegid las paces,  
 Que, á fuer de soberano, aquí os ofrezco,  
 Ó temed altamente los enojos  
 De un ofendido padre, á quien el cielo  
 Proteje en su justicia, y cuyas iras  
 Sabrán medirse por su amor paterno.

## CREÓN

Esas iras, Adrasto, ni son justas,  
 Ni alarman á Creón. Ha mucho tiempo  
 Que Argia estuviera en Argos, si ella misma  
 No prefiriese Tébas á ese reino.  
 El objeto que trajo en su venida  
 Fué el de llevar los despreciables restos  
 De su bárbaro esposo, que la espada  
 Se atrevió á hundir en el fraterno pecho.  
 Yo se los entregué. . . .

## ADRASTO

No de ese modo  
 Debeis hablar conmigo. Bien sabemos  
 La causa de ese doble fratricidio,  
 Y quien lo preparó, con cual objeto.  
 ¡Creón! Bastante os digo. Esas cenizas,  
 Que llamais despreciables, hasta el cielo  
 Piden venganza aún; y acaso, acaso  
 Hay en la tierra quien escuche el eco.

## CREÓN

¡Sereis vos ciertamente!

## ADRASTO

Tal vez sea;

Pero Creón, en este instante hablemos  
 Como de rey á rey; como lo exigen  
 La paz, mi dignidad, mi honor, y . . . el vuestro.  
 Usad de este lenguaje; que sin duda  
 No sereis vos quien perdereis en ello.

## CREÓN

¿Fundais tanta arrogancia en que no es esta  
 La primer vez que Tébas un asedio  
 Ha sufrido por vos? ¡Bastante caro  
 Le costó ese socorro á vuestro yerno!

## ADRASTO

A todos les costó; que el justo á veces  
 En la ruina se envuelve del perverso.  
 No era hecho Polinicio para el crimen,  
 Ni fué crimen en él pedir un cetro  
 Que el tiempo y la política conducen;  
 Ni basta el juramento á detenerlos.

## ADRASTO

El tiempo y la política son nada  
 Para un hombre de fé, para un rey menos.

## CREÓN

Pero vos habeis dicho que á mi trono  
 Nadie con más razón tiene derecho  
 Que Lisandro.

## ADRASTO

Y lo digo.

## CREÓN

Y eso basta.  
 Para que nunca salga de mi reino.

Sobre todo, el tratado que propongo  
Disipa desconfianzas, y el cimienta  
Hechará de una paz firme y estable.  
En vuestra mano está.

## ADRASTO

Si no envilezco  
Mi gloria; y de Argia y de Lisandro rompo  
La pesada cadena, proponedlo.

## CREÓN

No os envilecerá: veréis al cabo  
Que, en el poder y rango que poséo,  
Conozco que la paz es sobre todo.  
¡Así llegáseis vos á conocerlo!  
¡Agenor. Que venga Argia. No le digas

*Se acercará al bastidor y llamar á Agenor, y este oficial se  
presentará en el momento en la escena.*

Que está su padre aquí; que su contento  
Quiero aumentar con la sorpresa.

*Se va Agenor.*

## ADRASTO

¿A mi hija  
Me permitís que vea? Lo agradezco  
No lo solicité, por no exponerme  
A vuestra desconfianza ó á un desprecio:  
Pero el proyecto....

## CREÓN

De su labio mismo  
Lo podeis escuchar en el momento  
Su inexperiencia, y su dolor acaso  
Se lo hacen reprobar; pero, más cuerdo,  
Pensad, Adrasto, que, sin él, no hay Argia  
Ni paces para vos; que mis guerreros

Ya impacientes están, porque no buscan  
 Los vuestros en el muro su escarmiento;  
 Y que Creón será más formidable  
 Si se une á su ambición un menosprecio  
 Ahí la teneis.

## ESCENA VI

CREÓN — ADRASTO — ARGIA

ARGIA

¿Tal vez para humillarme  
 De nuevo me llamáis?... ¡Oh Dios! ¡Qué veo!  
 ¡Vos en Tébas, mi padre!

*Argia corre á abrazarse con su padre, y permanecen abrazados mientras Creón dice los dos primeros de los versos que siguen.*

ADRASTO

Sí, hija mía.

CREÓN (*aparte*)

Si esta ocasión tan favorable pierdo,  
 ¿Cual otra espera mi venganza? Adrasto,  
 Quedaos con ella; volverá bien presto.

## ESCENA VII

ADRASTO — ARGIA

ARGIA

¿Dónde os hallais?—No sé si me abandone  
 Al temor ó al placer.—¿Cómo os encuentro  
 En la mansión del dolo y la venganza?  
 ¿Sois víctima también?—Hablad—¿Qué es esto?

ADRASTO

Vuelve á mi brazos, Argia.—¡Hija querida!  
Descarga tus temores en mi pecho  
Tranquilízate.

ARGIA

Yo tranquilizarme,  
Cuando aquí os miro solo é indefenso!  
La perfidia y Creón reinan en Tébas;  
¿No lo sabeis, señor?

ADRASTO

Por eso vengo  
A libertar á mi hija y á Lisandro  
De la perfidia y de Creón: al menos  
El malvado esta vez no es un tirano  
Púes me deja abrazarte.

ARGIA

¡Y qué! ¿No debo  
Esperar mas abrazos de mi padre  
Que los que me permita ese perverso?

ADRASTO

Sí; en Argos los tendrás. Ahora es fuerza,  
Emplear de otra manera estos momentos,  
Y á tu quietud sacrificar las ansias  
De estrecharte mil veces en mi seno.

ARGIA

¡A mi quietud!—¡Ah! Si. Con vuestra vista  
Puedo al fin mi furor lanzar del pecho.  
Y en el vuestro señor, ¿no han rebosado  
La indignación, las iras, y el deseo  
De una venganza grande?—Habeis podido  
La última infamia tolerar sereno?

Una madre, que tiembla por su hijo,  
 Está expuesta al indigno atrevimiento  
 Del inicuo que, á fuerza de atentados  
 Ahogó en su corazón los sentimientos:  
 Pero un padre, un monarca, un hombre ¿escucha  
 Tantos insultos sin vengarse luego?  
 Creón pensó que mi virtud, mi gloria;  
 Y mi amor maternal tuvieran precio,  
 Y los quiso comprar: ¿pero á vos mismo  
 Se ha atrevido, señor, á proponerlo?  
 ¿Sois rey, y lo sufrís?—Soy vuestra hija,  
 ¿Y así me cubre un vil de vilipendio?  
 ¡La paz! ¿Y qué es la paz siendo comprada  
 Con mi vergüenza y el oprobio vuestro?  
 ¡Yo, esposa de Creón! ¡Ah! No es posible  
 Que mi padre consienta....

ADRASTO

No comprendo,  
 Argia, lo que me dices.

ARGIA

¡Qué! ¿El malvado  
 Os ha ocultado el criminal proyecto  
 Que se ha atrevido anoche á revelarme?

ADRASTO

Animado mi pecho del deseo  
 De ahorrar la sangre y evitar desgracias;  
 Dejé mi campo; y solo, sin mi acero,  
 Y sin otra defensa que la oliva,  
 Me he presentado en Tébas, prometiendo  
 A su bárbaro rey olvido y paces,  
 Como quiera entregarme en el momento  
 A Lisandro y á tí: mas mi designio  
 Se frustra ciertamente. Me convenzo  
 De que no hay con tiranos mas tratado

Que humillarse á su yugo como siervos,  
 O exterminarlos sin piedad. Tu padre  
 Va á libertar de un monstruo al universo;  
 El mismo es quien me obliga: no consiente  
 En que salgais de Tébas, ni yo puedo  
 Consentir en la paz sin libertaros,  
 ¿Qué tratado propone? Su secreto  
 Dice que tú lo sabes, y has venido  
 A confiarme sus planes.

ARGIA

El perverso

Temió arrostrar vuestro furor, y quiere  
 Que mi labio repita lo que el miedo  
 En los suyos heló. Para insultaros  
 Le faltó el inaudito atrevimiento  
 Que ha tenido conmigo, al proponerme  
 Mi vergüenza y mi afrenta.

ADRASTO

¿Por qué medios  
 Piensa lograr la paz?—Habla

ARGIA

Ya he dicho  
 Cuanto puedo deciros.—¡Ah! ¡En mi lecho  
 El que causó la muerte de mi esposo!  
 ¡El que hace padecer á mi hijo tierno!  
 ¡El bárbaro Creón!

ADRASTO

¡Argia!

ARGIA

¡Lisandro!  
 ¿Te arrancan de mis brazos porque tengo  
 Una virtud común? ¿Es heroísmo

El mirar con horror este himeneo?  
 Al grande criminal, grandes virtudes  
 Lo deben irritar; mas mi desprecio  
 Es un deber muy fácil de cumplirse,  
 Ni debe enfurecer hasta el extremo  
 De mi hijo infeliz. . . ¡Oh padre mío!  
 Viuda de Polinico ¿Creeis que puedo  
 Ser esposa jamás. . . .

ADRASTO

¡Hija! ¿Qué dices?  
 ¿Qué ha intentado Creón?—Yo me avergüenzo  
 ¡Esposa tú! ¿De quién?

ARGIA

No quiere paces  
 El tirano de Tébas á otro precio

ADRASTO

¿Y tú pudiste oirlo? ¿Y tú venganza?  
 Pero ¿que me detiene, que no vuelo  
 A encontrar á este monstruo abominable,  
 Y en su sangre lavar mi vituperio?

ARGIA

Deteneos, señor: solo y sin armas,  
 De la crueldad y la perfidia en medio,  
 ¿Qué pretendéis hacer?—Volved al campo  
 Huid de mis abrazos un momento  
 Por vuestro mismo honor, y con la espada  
 Entrad de nuevo á Tébas, conduciendo  
 Inevitable muerte á los malvados,  
 Y libertad para Argia y vuestro nieto.

ADRASTO

¿Y dónde está Lisandro?



## ARGIA

De mis brazos  
Lo han arrancado porque no consiento  
En este enlace infame. ¡Ah! Libertadnos;  
Libertad á Lisandro cuando menos.

## ADRASTO

Si: lo juro por tí: jamás Adrasto  
Ha faltado á tan grato juramento:  
Será completa la venganza mía;  
Y, porque sea tal, un breve tiempo  
Sofocaré en mi pecho los enojos.

## ARGIA

Pero no os expongais: de los guerreros  
Dirigid el furor en la batalla,  
Mas no lo precedais.—¡Oh dios! Si pierdo....  
¡Ah! ¡quién os diera ahora los soldados  
Que en ese mismo campo perecieron,  
Sosteniendo la causa de mi esposo  
Y vengarlo en su muerte no pudieron!

## ADRASTO

Pocos me restan, pero son valientes;  
Y yo soy padre de Argia.

## ARGIA

¿Y habeis vuelto  
Sobre la grande Tébas, sin la fuerza  
Necesaria á domarla? Señor, tiemblo  
Por vuestra suerte y la de mi hijo.—¿Acaso  
Ha decretado en su furor el cielo  
Que mi esposo, y mi padre, y mi Lisandro  
De una misma venganza en corto tiempo  
Víctimas han de ser? ¿Y yo infelice  
Lo habré de ver, sin perecer primero?

## ADRASTO

No temas, hija mía, no hay tirano  
 Que no se labre él mismo su escarmiento,  
 Y Creón ya ha llenado la medida  
 Que tiene la paciencia de los pueblos.  
 Los feroces ministros de sus crímenes  
 No bastan en el trono á sostenerlo;  
 Y....

## ARGIA

¿Qué esperáis? En los primeros pasos  
 Está de su reinado, y todos ellos  
 Creón con el terror y con la sangre  
 Ha sabido marcar. Quizá en el pueblo  
 Ninguno lo ama, pero todos tiemblan.  
 Sus tropas han llegado hasta el extremo  
 De la licencia ya; y él les permite,  
 Como sean feroces, cuanto exceso  
 La rabia militar cometer puede  
 Contra los ciudadanos indefensos,  
 El soldado de Tébas es un tigre  
 Que no se harta de sangre

## ADRASTO

Muchos de ellos  
 Destestan á Creón. De Periandro  
 Con la legión irresistible cuento;  
 Y con él combinados de antemano  
 Están todos mis planes. En mi reino  
 Sus cartas recibí por mis enviados;  
 Y anoche mismo, que cubrió los puestos  
 Avanzados del muro, fué á mi campo,  
 Y convino conmigo en cuales medios  
 Se debían emplear, sino pasaba  
 Creón por mis propuestas. Los proyectos  
 De Periandro se ignoran por los viles;  
 Y, como su valor es manifiesto,

Allí lo ocupan donde el riesgo es grande.  
Su legión le obedece con respeto,  
Tiene muchos parciales decididos,  
Y es justamente amado por el pueblo.

ARGIA

¿Teneis, señor confianza?

ADRASTO

¿Has olvidado  
Cuanto amó á Polinicio ese guerrero,  
Y el tiempo que ha que cauteloso piensa  
En librar á su patria de un perverso?

ARGIA

Bien lo recuerdo. Pero yo he temido  
Que, viciado también con el ejemplo  
Del cruel Eurimedon, y....

ADRASTO

Alguno viene.  
¡Hija mía, firmeza! Este secreto  
Ya sabes lo que vale. Mis fatigas  
Al lado tuyo olvidaré bien presto.

## ESCENA VIII

CREÓN—ADRASTO—ARGIA—EURIMEDON

CREÓN

Si las olvidaréis. La paz Adrasto,  
Cuando la consolida el himeneo....

ADRASTO

Sí por mostrar confianza á quien debiera

No mostrar mas que ódios y recelos  
 No hubiera entrado desarmado en Tébas,  
 Ya hubiese contestado con mi acero.  
 Mas vuestro triunfo es corto; preparaos  
 Que otro sol ya no alumbra tanto exceso.

ARGIA

¡Padre mío! ¿Qué hacéis?

CREÓN (*A Adrasto*)

En este instante  
 Pudiera daros muerte, mas la dejo  
 Para cuando me sea mas gloriosa.

ADRASTO

Creón no tiene gloria: solo el miedo  
 Es capaz de impedirle los delitos.

CREÓN

Eurimedon, conduce en el momento  
 A este insultante rey fuera del muro,  
 Y vuelva su hija á su penoso encierro:  
 Entrégala á Agenor.

ADRASTO

Ella y el mundo  
 Se librarán de vos: yo lo prometo.

ESCENA IX

CREÓN (solo)

¿Y soy Creón, y sufro? ¿O es destino  
 Que, cuando en igual sed estoy ardiendo

De venganza y de mando, nunca, nunca  
Pueda llegar á verme satisfecho?  
La suerte me presenta en mi palacio  
A mi enemigo, solo é indefenso;  
Me insulta, me desprecia; y con su hija  
Lo entretiene mi astucia, mientras vuelo  
A mandarle una muerte inevitable,  
¿Y destrozados mis designios veo?  
Mi ambición pone freno á mi venganza. •  
Enrimedon, Periandro, el fuerte Isménio,  
Mis mejores amigos, han salvado  
A Adrasto de la muerte, y sus consejos  
Mi implacable furor han retenido.  
¿Con que es preciso ya? ¿debo vencerlo,  
Si lo quiero perder, sin yo perderme?  
Pero ¿por qué vencer? menos expuesto  
Era inmolarlo aquí: para un contrario  
Son el valor ó el dolo iguales medios.  
¿Y quien me ha detenido. Los temores  
De irritar más y más á todo el pueblo,  
Y llenar mi venganza sin que el trono  
Se pudiese afianzar al mismo tiempo.  
Sí, Creón, ya la guerra es necesaria;  
Y después de triunfar, ¡Oh! ¡Cuál me vengo  
Del pueblo, de Argia, de su padre, y su hijo!  
Correr mas ríos de la sangre veo  
Debida á mi venganza, que de toda  
Cuanta derramarán tantos guerreros!



Tiene ya diestramente los soldados  
Que sobre el pueblo velan.

CREÓN

¡Ay amigo!  
¡Ojalá que Creón no se arrepienta  
De haber una vez sola consentido  
En no derramar sangre, y de las manos  
Permitir escaparse á un enemigo!

EURIMEDON

Si Eurimedon en vos solo mirara  
Al monarca de Tébas, á los filos  
De mi espada cayeran sin examen  
Las cabezas de todos los proscriptos  
Que señalaseis vos; mas mi respeto  
Es igual por mi rey á mi cariño.  
Si amais ó aborreceis, amo, aborrezco,  
Vuestros impulsos, como propios, sigo,  
Y con que vos queráis que corra sangre,  
El hacerla correr es deber mío:  
Pero también lo es corresponderos  
Tantos favores de que usais conmigo,  
Y pagar la amistad con que me honro,  
Y de que habeis querido hallarme digno.

CREÓN

El que me favorezca mis venganzas  
No me sabe querer.

EURIMEDON

Y el advertido  
Que, por favorecerlas, las dilata,  
Conciliando, señor, á un tiempo mismo  
Vuestros justos furoros, y el deseo  
Mas justo, de afianzar vuestro dominio,  
¿Ese no sabe amaros?

## CREÓN

Me avergüenzo  
 De que otro sea quien me indique arbitrios  
 De conciliar mis intereses todos.  
 ¿O crees tú que Creón aun no ha aprendido  
 El arte de reinar y de vengarse?  
 Para subir al trono me he valido  
 De todas sus lecciones, ¿y olvidarlas  
 Pudiera, cuando más las necesito?

## EURIMEDON

Permitidme que os diga que los puestos  
 De vasallo y de rey son muy distintos.  
 El que obedece y á mandar aspira,  
 Su interés, sus recursos, sus peligros  
 Ve con sus propios ojos; y detiene  
 O apresura sus pasos á su arbitrio,  
 Según las circunstancias que le cercan  
 Y pesa y examina por sí mismo.  
 Pero, llegando al trono, ya no puede  
 Ni ver, ni oír, ni dar á sus designios  
 Un impulso feliz, sino por medio  
 De los leales que tenga á su servicio.  
 Al resplandor de la diadema brilla  
 La majestad no más; y desde el sitio  
 Elevado del solio, las miradas  
 De los reyes no bajan al abismo  
 De humillación y quejas, en que yace  
 El pueblo infame justamente hundido,  
 Y del que lucha por salir.

## CREÓN

¿Y el pueblo.  
 Es algo ante su rey? ¿O su destino  
 Ya no es callar y obedecer?

## EURIMEDON

Del trono



Siempre fueron los pueblos enemigos  
Su gloria es humillar á los monarcas.

CREÓN

¿Y su padre cuál es?

EURIMEDON

El que ha tenido  
En todo tiempo el débil contra el fuerte; ·  
El dolo, la traición, el artificio.  
Con tal que tienda á destrozarse el cetro,  
A todo se dá el nombre de heroísmo.  
Estas armas, señor, no son temibles  
Para el que sabe prevenir sus tiros;  
Pero es preciso prevenirlos. Llega  
De repente entre riesgos y conflictos  
A vacilar el trono; ¿y sus columnas  
No serán del monarca los amigos?  
¿No amarán á su rey los que se atreven  
A mostrarle veraces el camino  
Que es preciso seguir, y que no puede  
Por sí solo, aunque quiera descubrirlo?  
Os lo digo, señor, no porque intente  
Ni pueda contrariar vuestros designios,  
Ni porque me colmeis de más favores  
Que los que mi esperanza han excedido:  
Pero os quiero hacer ver en mis consejos  
Vuestro bien solo, y nada más he visto;  
Y que, si á darlos me atreví, os dignasteis  
Vos mismo á vuestro súbdito pedirlos.  
Adrasto, Argia, Lisandro una parte  
De ese pueblo insolente y atrevido  
Perecer deben, si los planes vuestros  
Ciegos no abrazan: pero ya es preciso,  
Si el primero resiste en un combate  
Vencerlo, y, en el acto de vencido,  
Sacrificarlo á una venganza justa:  
Que todo es excusable ó permitido.

Y el furor de la guerra todo cubre.  
 Y, pereciendo Adrasto, Argia, su hijo  
 ¿Donde van á encontrar libertadores?  
 ¿Donde un apoyo el pueblo? ¿Sus gemidos  
 Habrá ya quien escuche? Los clamores  
 Que no puedan alzar, serán seguidos  
 Del seguro exterminio de rebeldes;  
 Y una sola sospecha, un leve indicio,  
 Que siempre para un rey debe ser crimen,  
 Se borraré con sangre.—Os lo repito;  
 No tendreis más que hablar, y en el momento  
 Mi sola espada os ahorrará suplicios.

## CREÓN

Te escuché, Eurimedon.—Un rey á veces  
 Nada es menos que rey: su poderío  
 Es un nombre y no más, porque no alcanza  
 A do van sus deseos.—Mas ¿qué digo?  
 Si todo me abandona, yo me basto  
 Mientras hierva en furor el pecho mío.  
 ¡Amigo! sí; tú lo eres. ¿Me respondes  
 Que triunfarás de Adrasto? ¿Serás digno  
 De ser vasallo de Creón un día?

## EURIMEDON

Desde el tiempo de Eteócle y Polinicio  
 Adrasto me conoce, y bien le consta  
 Cuanto hice yo por vos. Por él vencido,  
 Mi cierto galardón será la muerte.  
 Triunfaré ó moriré.

## CREÓN

Triunfar, amigo,  
 Triunfar, y nada más: ese es el medio  
 De mandar y vengarme: tú lo has dicho;  
 Y Creón sin venganza no es monarca,  
 Y sin el cetro no es Creón.

## EURIMEDON

Yo mismo

Debí haber muerto á Adrasto en esta sala,  
Cuando á insultaros indefenso vino;  
Y dobló sus insultos, desechando  
Tratados con que honrarlo habeis querido:  
Pero, ya lo sabeis, su muerte entonces,  
Si servía al furor, á un precipicio  
El trono despeñaba. El pueblo á oleadas  
Se agolpó á este palacio, y á impedirlo,  
No bastaron las fuerzas de Periandro;  
Bien que de la violencia usar no quiso;  
Porque en la muchedumbre aun no se oían  
De sedición los clamorosos gritos.  
Mas no se disipó tanto tumulto  
Hasta el instante en que salió conmigo.  
Adrasto de este sitio, llamó entonces  
Periandro de su tropa los caudillos,  
Y logró con astucia y con prudencia  
Disolver las reuniones.—Este indicio,  
Y otros que ha dado el insolente pueblo,  
Os deben persuadir que no hay partido  
Que se pueda tomar para acallarlos,  
Fuera del de vencer al enemigo;  
Y aun este debe emplearse cuando falten  
Al Rey de Tébas los demás arbitrios.  
El tiempo urge; señor; Adrasto puede,  
Antes que el sol se ponga, combatirnos,  
Y excitar los furores populares,  
Que, mientras no hay alarma, están dormidos,  
Y tal vez hay peligro en despertarlos.  
Hay quien muera por vos, siendo preciso;  
Mas si podemos evitar el choque,  
Lo debemos hacer; y yo imagino  
Que solo Argia á su padre quitar puede  
Las armas de la mano; que á su hijo  
Mejor querrá mirar á vuestro lado  
Que no envuelto en su sangre; y que el rey mismo

Si sabe que los cuellos amenaza  
 De Lisandro y de Argia un solo filo,  
 Para el que un solo instante es suficiente,  
 Frenará sus furores vengativos.  
 Ofreced nuevamente vuestra mano  
 A esa flaca mujer, que ha resistido  
 Solo porque confía: amenazadla,  
 Quitarla la esperanza, y...

CREÓN (*como dudando*)

Argia... su hijo...—  
 Ya sé lo que he de hacer. Por precaverme  
 Y en un último lance que el destino  
 No me quite siquiera mi venganza,  
 Haz que sea Lisandro conducido  
 A la mazmorra oculta, donde han muerto  
 Mis anteriores víctimas.—¡Sigilo,  
 Y guardias escogidas! Que si llega  
 El trance necesario, un asesino  
 Del me responderá, sin que siquiera  
 Pueda escucharse su infantil gemido.—  
 Después vuela á los muros: yo con Argia  
 Estaré prontamente.

EURIMEDON

Y yo á serviros  
 Me preparo de modo, que este día  
 Conozcais lo que os amo.

CREÓN

Parte, amigo.

## ESCENA II

CREÓN (*solo*)

¡Triste fatalidad! ¡Dioses supremos!  
 ¿Qué corazón es este que ha cabido

A Creón por desgracia?—O sois injustos,  
 O debeis proteger unos designios  
 Que son necesidad de mi existencia,—  
 ¿Por qué he nacido así? ¿Por qué respiro  
 Ambición y venganza, y nada sácia  
 Mi abrasadora sed? ¿Por qué no abrigo  
 Un corazón mas vil cuanto mas tierno?  
 Viviera humilde, mas quizá tranquilo.—  
 ¡Y qué es esto! ¡Qué digo! ¿Tal deseo  
 Concebir un instante habré podido,  
 Sin que su sola idea me confunda,  
 Y sin avergonzarme de mi mismo?  
 ¿Soy hecho yo para vivir humilde?  
 ¿Soy hecho para amar?—¡Oh! su destino  
 Ningun mortal violenta: giman todos,  
 Y yo perezca, pero siga el mío.—  
 Mas ¿por qué perecer, si aun es posible  
 Triunfar sin exponerme?—Mis oídos  
 No escucharán de Argia más desprecios,  
 Porque tengo en mis manos el arbitrio  
 De reducirla al punto á ser mi esposa.—  
 ¿Y el pueblo? ¿Adrasto?—¡Qué! ¿Por qué vacilo  
 Entre el temór y la esperanza?—Al cabo  
 En este horrible día he conocido  
 Que también tiembla un rey: pero ya es tarde  
 Para retrogradar en el camino  
 Que un génio de furor me ha señalado.  
 Un muro han levantado mis delitos  
 Que queda tras de mí; que se interpone  
 Entre Creón y la virtud—¡Delitos!  
 ¡Virtudes!—¡Oh! ¿Qué son? Vanos fantasmas  
 Que á su arbitrio inventaron los caprichos  
 De los que no han podido hacerse grandes  
 Y arrastran viles un vivir mezquino.  
 Yo de otra esfera soy, y mis virtudes  
 Son las de todo rey, cuando ha aprendido  
 El arte indispensable al que se sienta  
 En el lugar que yo.—Mas ¿qué delirios  
 Ofuscan mi razón?—Siento, y extraño

Sentir estos temores repentinos.—  
 ¡Qué! ¿Ya no soy Creón?—Argia, sí, Argia  
 Lo dijo anoche en este mismo sitio;  
 Ella lo dijo ¡oh dios! y allí la sombra,  
 Allí la sombra está de Polinico,  
 Y brota negra sangre la honda llaga  
 Que le abrió de su hermano el cruel cuchillo.  
 ¡Espectro rencoroso! No me culpes  
 Porque yo preparé tal fratricidio...—  
 El trono... tu moriste por el trono;  
 ¿Y es culpa hacer morir por conseguirlo?  
 ¡Oh! no me muestres los desechos miembros  
 De un cadáver horrible y corrompido  
 En medio de los campos sin sepulcro—  
 ¿La venganza contigo á los abismos  
 De la tumba ha bajado?—¿Qué me quieres?  
 ¿Que al silencio eternal baje contigo?—  
 Mas Creón, ¿donde estás? ¿y por qué tiemblas?  
 ¿Tendrá en tí la ilusión el poderío  
 Que tiene sobre el débil? No. En tu acuerdo  
 Vuelve, Creón, y caiga en el olvido  
 Tu temor pasajero.—¿Y estoy solo?—  
 Sí, solo estoy.—Al fin nadie me ha visto  
 Temblar. Cual fuera la venganza mía  
 Si hubiera aquí de mi terror testigos.—  
 Voy á buscar á Argia, y ensañado  
 Cual nunca llevo el pecho.

ARGIA (*adentro*)

No, asesinos,  
 No podreis detenerme.

CREÓN

¿Argia es? ¿Qué es esto?  
 Dejadla entrar, soldados.

## ESCENA III

CREÓN—ARGIA

ARGIA

*Sale y se arroja precipitadamente á los pies de Creón.*

Los oídos

Abrid, señor, al cabo á la plegaria  
De una mísera madre: mis suspiros,  
Mis lágrimas amargas, vuestro pecho  
Por un instante tornarán benigno.  
Yo lo espero, Creón.—A vuestras plantas  
A Argia no mireis, mirad os pido  
La desolada madre de Lisandro.  
¿Qué habeis hecho señor? ¿Dónde está mi hijo?  
Respondedme.—¿Callais? ¡Oh Dios! Yo misma  
Arrebatat lo ví por los impíos,  
Pasarlo por delante de mi estancia,  
Al cielo alzar sus ayes doloridos,  
Tender á mí las inocentes palmas,  
Y ni valerlo ni valerme.—Un niño  
¿Dónde por los soldados mas feroces  
Entre horrenda algazara es conducido?  
¿Vos lo habeis ordenado?—No es posible.—  
¿Qué habeis hecho, señor? ¿Dónde está mi hijo?

CREÓN

Lo que no he ordenado es que atrevida  
Vinierais hasta aquí sin mi permiso.  
Habeis violado la prisión. ¿Qué guardia  
Ha sido la capaz de consentirlo?

ARGIA

*Levantándose del suelo.*

Ninguna. Mis dolores, mis transportes,

Mi desesperación y mi cariño  
 En medio de las guardias me lanzaron,  
 Cuando ví que Lisandro...—¿Y es delito  
 Haberlas en su furia atropellado,  
 Y volar desolada hasta este sitio?  
 Sin darme pronta y dolorosa muerte  
 ¿Qué soldados bastáran á impedirlo?  
 Una madre...

## CREÓN

Una madre tanto exceso  
 No cometiera impugne: más la he visto  
 Arrojar á mis pies, llorar, rogarme,  
 Y esta disculpa solamente admito.

## ARGIA

Esta es la primer vez que mis rodillas  
 Ante el poder se doblan. Sin mi hijo  
 ¿Quién lo viera jamás?—Pero ¿á qué parte,  
 Señor, lo arrebataron?—¿Está vivo?—  
 ¿Hará falta también al poder vuestro  
 Escuchar de una madre los gemidos?

## CREÓN

*Con cierto aire de ironía feroz.*

¿Y Adrastro? ¿Y el ejército que viene  
 A librar á Lisandro, ya han perdido  
 El poder de atajar el llanto vuestro?  
 No llorabais anoche. El enemigo,  
 Señora, es poderoso; y ya mi trono  
 Bambolea en el borde de un abismo.  
 ¿No lo habeis dicho vos? ¿Vuestra esperanza  
 Y vuestro orgullo quedan desmentidos  
 En un solo momento?—No,—¿Sois Argia,  
 Y podeis humillaros?—¿O habeis visto  
 Que, á pesar de Argos, y á pesar del mundo,  
 Os puedo hacer temblar? ¿Habeis sentido



Que, si al primer ensayo de mi furia,  
Os hago estremecer por vuestro hijo,  
Puedo en lo que me resta de este día  
A tal punto llevar vuestro suplicio,  
Que ni llorar podais?

## ARGIA

¡Oh! Si: gozáos  
Al ver mi confusión. Ya he conocido  
Lo que podeis y lo que puedo Adrasto;  
Ya no soy más que madre, y mi destino  
Es llorar como tal.—Un solo instante  
Basta para llenar vuestros designios,  
Si son designios de venganza y muerte;  
Y, aún cuando triunfe, no podrá impedirlo  
El que no sabe el tiempo que le baste  
Para pelear, vencer, y redimirnos.—  
Sí, Creón; lo confieso: de vos solo  
Espera su salud el hijo mío:  
De vos solo. . . —

## CREÓN

El momento que se pierda  
Para vos, nada más, será perdido.—  
Aprovechad el tiempo; poco os falta;  
En Lisandro pensad, y decidíos,  
Antes que ataque Adrasto nuestros muros  
Hasta el pié del altar venid conmigo;  
Y aparentando que cedéis gustosa,  
Y no como quien marcha á un sacrificio,  
Entrad al templo, y aceptad mi mano.  
Después al pueblo vuestro labio mismo  
Dirá que vuestro hijo es heredero  
Del trono de Creón; que habeis querido  
De grado ser mi esposa; y que los dioses  
Bendicen esta unión, y dan propicios  
La paz á Tébas. Al instante á Adrasto  
Escribireis también lo que yo mismo

Sabré dictar, y Eurimedon que parta  
 A llevar al rey de Argos vuestro aviso.  
 Esto es todo señora; no hay más tiempo  
 Que el que se vuela ya. Vuestros suspiros,  
 Vuestro llanto y dolor no son del caso.  
 El momento en que avance el enemigo  
 Es el momento en que este suelo tiña  
 La sangre de Lisandro. Prevenidlo:  
 Solo de vos depende: no hay más medio:  
 O salvad ó perded á vuestro hijo.

## ARGIA

¡Oh Dios! ¡Creón! . . . — ¡Oh Dios! — Tomad mi sangre:  
 Saciaos, señor, con ella: agradecido  
 Mi pecho quedará.

## CREÓN

No. Vuestra sangre  
 Ha de correr también; pero es preciso  
 Que ella sea la última, y que llene  
 De mi venganza hasta el menor vacío.  
 Después que, á vuestra vista, entre mil ansias,  
 Y entre el horror de bárbaros suplicios,  
 Lisandro exale el postrimer aliento;  
 Después que de su madre los oídos  
 Sus muribundos ayes despedazen,  
 Y hagan que larga muerte en mil martirios  
 A pausas baje á las entrañas vuestras,  
 Entonces moriréis.

## ARGIA

¡Hijo! — Yo espiro.

*Dira la expresión ¡hijo! con el grito penetrante del dolor, y diciendo yo espiro, caerá desmayada sobre un sofá.*

## CREÓN

*Creón dirá lo que sigue contemplando á Argia, tocándola, y expresando los sentimientos que indican los versos, hasta que viendo que Eurimedon entra á la escena, le dirige la palabra.*

¡Cuán vehemente en su pecho es el impulso  
 Del amor maternal! Este deliquio  
 La vino á sorprender sin decidirse.  
 El será pasajero,—De su hijo  
 Preferirá la vida, y á mis planes  
 Servirá en adelante.—¡Qué suplicio  
 En esta indecisión en que he quedado!  
 A nada me resuelvo. Mis designios  
 Se frustrarán sin duda, si es que puede  
 Solo el dolor matarla.—Pero vive  
 Siento latir su pecho, aún respira.  
 Volviendo del letargo el triunfo es mío.  
 Mírala, Eurimedon.

## ESCENA IV

CREÓN—ARGIA—EURIMEDON

EURIMEDON

¡Qué! ¿Está ya muerta?

CREÓN

No: pero apenas supo que los filos  
 De una espada, ya pronta á dar el golpe,  
 Amagan á Lisandro, si conmigo  
 No la liga himeneo, anonadada  
 Al peso del dolor no ha resistido,  
 Y está sin sentimiento.—¿No la miras?  
 ¿Qué te dice su rostro?

EURIMEDON

Si ha podido  
 El solo amago tanto, no es posible  
 Que resista la prueba: prevenios  
 A ser esposo de Argia.

CREÓN

¿Y aún es tiempo?

EURIMEDON

Recién mueve su campo el enemigo.

CREÓN

Pues que muera Lisandro, y á la madre  
 El corazón traspásale ahora mismo.  
 Hunde mil veces tu puñal.—¿Qué tardas?  
 No: espera á que ella vuelva, y muera el hijo:  
 Parte á sacrificarlo; y, cuando tornes,  
 Que ya no es madre le diré yo mismo.  
 Mas no: trae á Lisandro: aquí perezca:  
 Llegó la hora de sangre; corre, amigo;  
 Y cuando venga Adrasto por su hija,  
 Respóndele que su hija ya ha vivido.

ARGIA

*Mientras dice Creón los dos ó tres últimos versos anteriores.  
 Argia irá volviendo pausadamente de su letargo; y hablará,  
 después de haberse acercado á los otros actores.*

¿Adrasto?.. ¿Mi hijo?.. ¿Qué decís?—¿Aún vive?

CREÓN

Argia, silencio y preparaos.

EURIMEDON

Vencidos

Aún no estamos, señor; venid al muro:  
 Recién está el combate prevenido:  
 Si Argia lo impide, vivirá dichosa:  
 Si de Adrasto triunfamos, él, cautivo  
 Con la hija suya, doblarán el triunfo;  
 Y si la suerte inclina sus caprichos

En favor de ese rey, Argia y Lisandro  
Mueren en un momento.

CREÓN (*á Argia*)

¿Habeis oido?

EURIMEDON

Entre el palacio, ¿quién podrá librarlos?  
Yo ya lo prometí, sabré cumplirlo.  
Derramemos la sangre, pero en tiempo.  
La sangre es un caudal, que, si es preciso  
Al interés, se economiza; y luego  
Llega la hora, y se derrama á ríos.  
No disimuleis más: sepa la altiva  
Que himeneo ó la muerte es el destino  
A que está reservada: ¡y cuales muertes!  
El trono así lo exige

CREÓN (*A Argia*)

Hasta este sitio  
Pronto viene Agenor: á vuestro encierro  
Retornareis con él.

ARGIA

¿Y el hijo mio?

CREÓN

Consentid, ó muy pronto no sois madre:  
Esta es la última vez que lo repito.  
Vamos al muro.

## ESCENA V.

ARGIA (sola)

¡Soberanos dioses!  
 ¡Que poco poderoso es el auxilio  
 Que dais á la inocencia! ¡Cómo triunfan  
 Con vuestra tolerancia los delitos!  
 ¿Para quien, dioses, reservais el rayo?  
 ¡Para quien!—Para mí, para mi hijo.  
 ¡Que! su vida ó su muerte está en mi mano,  
 Y siendo yo su madre ¿habré podido  
 Vacilar un momento?—Vuelve, monstruo,  
 Vuelve Creón y admite el sacrificio  
 Que hago ya á tu ambición y tus furoros:  
 Seré tu esposa... ¡Dios! ¡Manes queridos  
 De Polinicio! ¿me escuchais?—No: nunca  
 La que supo adorarte cuando vivo,  
 Y la que, aun muerto, tu memoria adora,  
 Jamás, jamás tu Argia, esposo mío,  
 De tal infamia cubrirá tu llama,  
 Ni en negros humos ahogará su brillo.  
 ¡Yo esposa de Creón!—Perdona, amado,  
 Perdóname otra vez: mas tú querido,  
 Tú adorado Lisandro... ¿No te acuerdas,  
 Cuando de Argos partiste, al despedirnos,  
 Cuando me hablaste de él?—¡Cielo! ¿Y ahora  
 Soy yo que lo abandono á su suplicio?  
 ¿Así guardo el tesoro que confiaste  
 En tu postrer abrazo á mi cariño?  
 ¡Deidades del Olimpo, ó del Averno!  
 ¿Cuáles me protegéis? ¿por qué camino  
 De mi dolor salir?—Argia, ¿no escuchas  
 Los moribundos ayes de tu hijo?

¡Madre!, sí: ¡Madre!, en su agonía grita;  
Y ya no hay madre para él.—¡Qué miro!

*Se recostará á un bastidor abatidísima y como insensible. Mientras dura la larga pausa que debe haber, se presenta en la escena Agenor, se acerca á Argia, y ésta cuando lo siente, vuelve en sí, le dirige los dos primeros versos que siguen, al fin del acto parte con él.*

Ya voy, ministro de furor y muerte.  
¿A arrebatarme vienes? Ya te sigo,  
Vuela á mi estancia, y con la helada urna,  
Do los restos están de Polinico,  
Me abrazaré llorando. ¡Pueda en ella  
De mi antigua esperanza hallar vestigios!  
Y al consultar, esposo, tus cenizas,  
Díle á tu Argia lo que hará por tu hijo.

## ACTO QUINTO

### ESCENA I.

CREÓN—AGENOR Y SUS GUARDIAS

CREÓN

No sé que aterrador presentimiento  
Mi incontrastable corazón agita,  
Desde que ví que Adrasto á las murallas  
Presidiendo su tropa, se aproxima.  
El cielo está pesando mi destino,  
Y en muy pocos momentos ya se inclina  
El inmutable fiel de la balanza  
Al lado de mi gloria ó de mi ruina.  
Aun no empieza el combate.—¡Oh! ¡si evitarlo  
Pudiera yo!—¡Agenor! Haz que te siga  
Argia hasta este lugar: parte; no tardes;

Nunca han valido mas que en este día  
Los menores instantes.

*Se vá Agenor. Las guardias quedan en la escena.*

¡Oh! Argia, impide  
Este combate horrible, ó de mis iras...  
¡Cielo! ¡Yo despreciado! ¡Yo vencido!  
¡Qué ansiedad! ¡Ah Creón! ¿Por qué á tu vista  
De la honda eternidad se abre la puerta,  
Y esta idea espantosa te horroriza?  
¿Númenes implacables? ¿Cuál castigo...?  
Pero no: yo no cedo. Que decida  
De la guerra á su arbitrio la fortuna,  
Pero nada trastorna el alma mía.

## ESCENA II.

CREÓN—ARGIA—AGENOR Y SUS GUARDIAS.

CREÓN

Argia, ¿Habeis elegido?

ARGIA

Sí.

CREÓN

¿Mi mano?

ARGIA

Mi muerte.

CREÓN

Morireis. Más, precedida  
Vuestra muerte será de la del hijo  
Que no quereis salvar. No fuera digna  
De Creón su venganza y se perdiera,  
No muriendo Lisandro á vuestra vista,  
Y no apurando vos hasta las heces



El cáliz de su bárbara agonía.  
Ya os lo he dicho otra vez.

ARGIA

¿Pero mi sangre  
No es bastante, Creón? ¿Y que diría  
De un rey el universo, si supiera  
Que un niño tierno conmovió sus iras,  
Hasta el extremo de emparar las manos  
En su sangre inculpada?

CREÓN

No se cuida  
Creón de lo que diga el universo:  
Todo su mundo es él.—¿Argia imagina  
Evadirse del golpe que le espera,  
O que mi alma, al ver lágrimas, vacila?  
Perdeis llanto y palabras: una sola  
Proferid, y con ella muerte ó vida.

ARGIA

Sí, muerte para mí.—¿Creón! No es furia  
La que hay en vuestro pecho: es la justicia  
Quien lo hace inexorable: mas yo sola  
Al género de muerte mas impía  
Debo ser destinada. Yo he venido  
A Tébas á buscar unas cenizas  
Que insepultas mandasteis que quedaran.  
Yo, yo soy solamente quien motiva  
Los furores de Adrasto: en esta guerra  
Se ha empeñado no más que por su hija.  
Yo, yo la viuda soy de Polinico,  
Y por él os desprecio: y este día  
De sangre y mortandad, ¿quién lo ha traído?  
¿Quién es la que se niega á verse unida  
Al rey de Tébas con estrecho lazo?  
¿Quién es la que se niega y desestima?  
Yo sola soy, Creon, ¡Ah! ¡cuántas causas  
Para que justamente á vuestras iras  
Caiga la sola madre! Pero mi hijo,

Que ni ama ni aborrece todavía;  
 Que llora en su desgracia y no la siente;  
 Que no sabe si hay tronos, ni otras dichas  
 Es capaz de gozar que de su madre  
 Los besos, los abrazos, las caricias,  
 ¿Ese niño inocente es bien que muera?  
 Si me dejais vivir, aprendería  
 Entonces de su madre á aborreceros:  
 Matadme y estorbadlo.

## CREÓN

En este día  
 Perocereis los dos, y es corto el tiempo  
 De enseñar y aprender. ¡Qué! ¿Decidida  
 No creéis que está su suerte?—Yo conozco  
 Que despreciais la muerte, y atrevida  
 La insultareis sin duda; y es por eso  
 Que debéis lentamente recibirla  
 De Lisandro en persona. Vuestra sangre  
 Me vengará de Adrasto, cual me vengo  
 En Lisandro de vos. Si vuestra ruina  
 No me fuera por esto necesaria,  
 Os dejara vivir; porque la vida,  
 Sin gozar de vuestro hijo, más tormentos  
 Os causaría que la muerte misma.  
 No salvais á ese niño. ¿Qué le importa  
 La ternura de madre á una heroína  
 Que prefiere morir á dar su mano?  
 ¡Oh! tanta gloria de una madre es digna.  
 Ciertamente mi mano os envilece.  
 Bien veis que os hago honor.

## ARGIA

¿Más abatida,  
 Más humillada, bárbaro, me quieres?  
 Vuela, vuela, malvado, y asesina  
 Con tu execrada mano al niño tierno,  
 Que yo amo más porque tu rabia exita:

Bebe su sangre: arráncale del pecho  
 El débil corazón: mientras palpita  
 Gózate con mirarlo: en mil pedazos  
 Destrózalo...—¡Ay!...—¡Que más!—¡Cruel!—Perdida  
 Está ya mi razón!—Señor!

*Se arroja á los pies de Creón.*

La muerte...

¡Ay! ¡por piedad, la muerte! Aquí rendida  
 A vuestros pies la pido.

CREÓN

Sed mi esposa;  
 El himeneo la batalla impida,  
 Regresen los argianos á su patria,  
 Y vivireis los dos.

ARGIA

*Levantándose del suelo.*

¡Ah! Las cenizas  
 De Polinício, que bañó mi llanto,  
 ¿Por qué no respondieron?—¡Sombra amiga!  
 Sal de los hondos senos de la muerte;  
 Llega, y en Tébas á tu esposa mira.  
 Dime ¿por qué te amé?—¿Por qué mi hiciste  
 La madre de Lisandro?—¡Arrepentida  
 Argia estará de serlo! No, mi esposo.  
 Mas, ¿no escuchas la voz de tu querida?  
 ¿No vuelas, Polinício, á mi socorro?  
 Un bárbaro asesino solicita,  
 Por interés de su ambición sin freno,  
 Lo que mi amor te dió. Lisandro espira  
 Si no se alza tu brazo descarnado,  
 Si el dolor de quien vive no da vida  
 A los que, sombras, en la Estigia vagan;  
 Si no vienes en fin.—¡Creón! ¿Soy hija  
 De Adrasto todavía? ¿Vive? ¿Acaso  
 La suerte de un combate?...—¡Qué agonías!  
 Hija y madre á la vez...

CREÓN

Ya no hay más tiempo.  
¿Consentis?

ARGIA

¡Ah! Matadme.

CREÓN

Conducidla  
Soldados, á la lóbrega mazmorra;  
Suplan las teas á la luz del día,  
Que en aquella prisión jamás penetra;  
Alumbrad mi venganza; que á su vista  
Muera cruelmente el hijo; y á este sitio,  
Salpicada de sangre tan querida,  
Arrastradla otra vez.

ARGIA

¡Creón! Dejadme  
Que consulte de nuevo las cenizas  
De mi perdido esposo. Permitidme  
Que un momento no más...

CREÓN (*á los soldados*)

Esas reliquias  
De la urna sacad en que reposan,  
Y en el suelo furiosos esparcidlas,  
A los pies del verdugo que á Lisandro  
Debe arrancar la abominable vida.  
Este es un sacrificio anticipado  
A los manes de Argia. Si mis iras  
No toleran igual entre los vivos,  
¿Valdrán más que Creón estas cenizas?

ARGIA

Pero ni yo ni vos amar podemos  
Este enlace sacrílego: si unida  
Estuve á Polinicio...

CREÓN

¿Quién se acerca?

ARGIA

¡Deidades! Protegedme en este día.

CREÓN

¿Qué es esto, Eurimedon?

## ESCENA III

CREÓN—ARGIA—EURIMEDON—AGENOR Y SUS GUARDIAS.

EURIMEDON

*Saldrá precipitado, furioso, y con la espada desnuda.*

¡Señor! Salváos  
 Tan solamente pudo la perfidia  
 Lo que el valor de Adrasto no pudiera.  
 Periandro... ¡Ah! De Periandro la inaudita  
 Traición es sin ejemplo. Se ha vendido,  
 Y nos vendió. Las huestes enemigas  
 A la puerta Emoloides amagaban,  
 Y, viendo nuestra tropa prevenida,  
 Rehusaban acercarse. De repente  
 La legión de Periandro se aproxima  
 Al muro que cubríamos; el pueblo  
 Con ímpetu furioso lo seguía,  
 Y, armado ya por él desde antemano,  
 A un combate interior se precipita  
 Con los soldados nuestros. Entretanto  
 La legión del traidor carga, desquicia  
 Las principales puertas, y los muros  
 A los argianos en su seno abrigan.  
 Todo ha sido un momento.—Adrasto, el pueblo,  
 El pérfido Periandro, todavía

Vertiendo están la sangre de los fieles  
 Que al honor de su rey se sacrifican.  
 Pero el número vence. Ismenio apenas  
 Será posible que las avenidas  
 Del palacio defienda un breve rato:  
 En este empeño queda: decidida  
 Vuestra guardia á morir, se ha preparado  
 A que la entrada...—

CREÓN

Basta. ¿Y esa vida  
 Por qué no se ha perdido? ¿Así se guarda  
 Una fé tantas veces prometida?

EURIMEDON

Yo he volado hasta vos con este aviso...—

CREÓN

Bien. El pueblo...—Periandro...—

ARGIA

Al fin tranquila  
 Puede Argia respirar.

CREÓN (*á Eurimedon*)

¡Amigo! El mando  
 Espiró ya, pero comienza mi ira.—  
 Ahora mismo arrebatála: haz que mire  
 Que á pesar de su triunfo, el hijo espira  
 Y traedle aquí de nuevo. Ella no debe  
 Morir por otra mano que la mía.

ARGIA

No Creón.

CREÓN

Parte al punto: sácia tu alma

Con el placer de ver como palpita  
Roto su corazón...—

ARGIA

No. Vuestra esposa  
Seré más bien.

CREÓN

No es tiempo ya.—Daos prisa  
A arrastrarla de aquí.

ARGIA (*á los soldados*)

¡Oh Dios! Dejadme.  
Lisandro! ¡Ah, mi Lisandro! ¡Horrible día!

*Una parte de las guardias arrebatan violentamente á Argia,  
y parten con Eurimedon. El resto de ellas queda con Agenor  
en la escena.*

#### ESCENA IV

CREON—AGENOR GUARDIAS

CREÓN

*Creón prorrumpirá después de una pausa regular, en la que  
manifestará el furor y la desesperación. Las pequeñas líneas  
que parten los versos indican las circunstancias en que este actor  
debe variar sus posiciones y su tono, hacer su pausa, mostrar  
la impetuosa contrariedad de afectos en que debe batallar.*

Y Creón ya no es rey. El trono mío  
Caer de otra manera no podía.  
¡Traidores! ¡Oh! ¡Qué furia!—¡Cuánta sangre!  
Un momento no más: y ya la mía  
Ha de correr también.—Decid.

*Hará estas preguntas á los mismos soldados de su guardia,  
como si no los conociera.*

¿Vosotros  
Sois soldados de Adrasto? ¡Qué! ¿Ya pisa

Mi palacio ese rey?—¡Qué rey! No sabe  
 Triunfar, si no triunfando la perfidia.  
 Y yo ¿cómo triunfé?—¿Remordimientos?  
 ¡Oh no: jamás, Creón: no lo admitas.  
 Ya ha saltado la sangre de Lisandro.  
 Argia la ha visto ya, y Argia no expira  
 Porque el genio que manda en mis venganzas  
 Dilata por mi bien sus agonías.  
 Yo moriré después, sin que ella sepa  
 Cual es mi suerte, y esta idea misma  
 Doblará sus tormentos cuando muera.

*Se oirá un ruido de armas y voces á lo lejos. Este, en intervalos más ó menos cortos, se irá sintiendo más cerca, hasta el principio de la escena sexta.*

¡Qué rumor!, Agenor, Parte: ¿La grita  
 Y el tumulto no escuchas? Parte y dime  
 Si ya Adrasto á este sitio se encamina.

*Se va solo Agenor, y no vuelve más á la escena.*

¡Oh! ¡Qué fuera de mí si mi venganza  
 Me quitara también, como me quita  
 El poder de vengarme en adelante!  
 ¡Oh! ¡Qué fuera de mí, si salva á su hija  
 Y si á Lisandro salva!—El ruido crece,  
 ¡Qué momentos, Creón! ¡Cómo te agitan!  
 ¡Cielos! ¿Quién entra aquí?

## ESCENA V

CREÓN—ARGIA—EURIMEDON—LOS GUARDIAS  
 DE LA ESCENA ANTERIOR

ARGIA

Quien de tu rabia  
 Ha triunfado, Creón; quien todavía  
 Es madre, y lo será.



CREÓN

¿Qué es lo que dices?

EURIMEDON

La legión de Periandro, á mi salida,  
 Ya entraba en el palacio; y los soldados  
 Que á Lisandro guardaban, ó caían  
 Á los golpes traidores, ó vencidos,  
 El peso de las armas deponían.  
 Al subterráneo penetró Periandro  
 Con planta vencedora y atrevida,  
 Y, al llegar á la torre, descubrimos  
 Que en sus brazos al niño conducía  
 Lejos de su prisión, y que volaba  
 Al encuentro de Adrasto.

CREÓN

Todavía

¡Oh furias infernales! si hay furores,  
 Traedlos á mi pecho.

EURIMEDON

La osadía.

De Isménio y Agenor y algunos bravos  
 Es lo solo que resta; pero expiran  
 Sin poderos valer. ¡Señor! salváos:  
 Ya se acercan: mirad por vuestra vida:  
 Si es posible, salváos.

CREÓN

¡Eh! ¿Qué dices?  
 ¿Qué sirve ya el vivir?—¡Ah! ¿Mi desdicha  
 Sabes cual es, cobarde?—Es que tu mano  
 No supo responderme de una vida,  
 Y ha dejado incompleta mi venganza.  
 ¿De una vida? ¡Qué digo! Si respira

Adrasto, á tí lo debe. ¿No te acuerdas?  
 ¡Con que traidores todos!—Pero su hija...

ARGIA

¡La hija de Adrasto! Mi Lisandro vive;  
 No temo á nadie ya.

CREÓN

¡Altiva! ¿Miras  
 El triunfo de tu padre? ¿Ves mi tropa  
 Que, á fuerza de perfidia, está vencida?  
 Vélo, pero no esperes. ¿Por qué piensas  
 Que estos breves momentos aun respiras?  
 És porque veas y que te atormentes  
 Con la idea feroz de que mi ruina  
 Y el triunfo de los tuyos no te salvan,  
 Vélos antes de morir: vive afligida  
 Este instante final... ¡Eh! ¡Quien!... ¿Que ruido

*Es el tropel de los actores de la escena siguiente. Creón, al sentirlo, agarrará á Argia con una mano, y con la otra de desenvainará un puñal.*

¿Qué es eso, Eurimedon?

EURIMEDON

Ya se aproximan,  
 Señor, los vencedores á este sitio.

## ESCENA VI

*Al presentarse los soldados argianos en la escena, los de Creón y Eurimedon harán con las armas un movimiento ligero, como de querer defenderse, pero á otro movimiento igual de los soldados de Adrasto, se contendrán al instante.*

CREON—ADRASTO—ARGIA—EURIMEDON

GUARDIAS DE CREON—SOLDADOS DE ADRASTO

ADRASTO

¡Monstruo! Entrégame á Argia.

CREÓN

Recíbidla.

*Hiere mortalmente á Argia.*

ARGIA

¡Bárbaro!

ADRASTO

*Correrá á abrazar á Argia, exclamando dolorosamente ¡hija!*

¡Hija!

ARGIA

¡Padre!... En vuestros brazos...  
Pues vive mi hijo... Moriré tranquila.

*Muere en brazos de su padre.*

ADRASTO

¡Soldados! A pedazos las entrañas  
De esa fiera arrancad.

CREÓN

La mano mía,  
Es quien sola penetra en mis entrañas.

*Se hiere con el mismo puñal con que hirió á Argia.*

Adrasto... muero yo... pero mis iras  
Hasta el infierno bajarán conmigo...  
Y en el infierno triunfarán de tu hija.

*Cae sin que nadie lo sostenga, y expira abandonado.*



# INDICE

PÁGINAS

NOTICIAS biográficas y bibliográficas..... VII

## ANTOLOGÍA

*Juan Crisóstomo Lafinur :*

HIMNO PATRIÓTICO.....	5
LA OBLIGACIÓN Y EL AMOR.....	8
A UNA ROSA.—Soneto.....	22
LAS FLORES.—Oda.....	23
ELLA EN EL BAÑO.....	29
A LA GLORIOSA JORNADA DE MAYO.—Oda..	34
A LA ORACIÓN FÚNEBRE DEL PRBRO. GÓMEZ EN LAS EXEQUIAS DEL GENERAL BELGRANO. —Oda.....	39
A LA MUERTE DEL GENERAL BELGRANO.— Canto fúnebre.....	43
A LA MUERTE DEL GENERAL D. MANUEL BEL- GRANO.—Canto elegíaco..	48
A LA LIBERTAD DE LIMA.—Oda... ..	52
HIMNO PATRIÓTICO.....	58
BRINDIS.....	60
BRINDIS ..	61

*Juan Cruz Varela :*

LA ENEIDA.....	65
A LOS GENERALES DON JOSÉ DE SAN MARTIN Y DON ANTONIO MARCOS BALCARCE.—Canto	110
AL TRIUNFO DE NUESTRAS ARMAS EN MAIPO Oda.....	125
AL SEÑOR CORONEL DON FEDERICO RAUCH...	133
A LA VICTORIA COMPLETA CONSEGUIDA POR EL GENERAL JUAN ANTONIO LAVALLEJA.— Oda.....	140

	PÁGINAS
AMOR.—Fragmento de un poema.....	144
EPIGRAMAS.....	146
CANCIÓN.....	147
A LAFINUR.....	151
A LA MUERTE DEL GENERAL BELGRANO.....	155
A LA LIBERTAD DE LIMA.....	164
EN ELOGIO DE MI AMIGO DON ESTEBAN DE LUCA.....	171
A DON JUAN C. VARELA (Oda de Luca).....	176
A LA PREOCUPACIÓN.—Oda.....	180
EL INCENDIO DEL PUEBLO DE CANGALLO EN EL PERÚ.....	184
LA GLORIA DE BUENOS AIRES.—Canción.....	185
EN HONOR DE BUENOS AIRES.....	189
AL BELLO SEXO ARGENTINO.—Oda.....	194
SOBRE LA INVENCION Y LIBERTAD DE LA IM- PRENTA.....	199
A BUENOS AIRES.—Oda.....	209
AL 25 DE MAYO DE 1822.—Soneto.....	216
EPÍGRAMAS.....	217
LA CORONA DE MAYO.....	219
A LA PAZ.....	227
AL TRIUNFO DE AYACUCHO.—Oda (improvisada).	236
EN UN CONVITE DE AMIGOS.....	241
ODA.....	249
TRIUNFO DE ITUZAINGÓ.—Canto lírico.....	253
AL COMBATE NAVAL DEL 11 DE JUNIO DE 1826 Oda.....	278
A LAS MUSAS.....	280
DIDO.—Tragedia en tres actos.....	287
ARGIA.—Tragedia en cinco actos.....	349

